NORA Y SU VÉRTIGO CONSTANTE

EDURNE CADELO



NORA Y SU VÉRTIGO CONSTANTE

EDURNE CADELO

Nora y su vértigo constante
Segunda edición: Octubre de 2025
© de la obra Edurne Cadelo
www.lacadelo.com
edurnecadelo@gmail.com
Instagram: @lacadelo
Facebook: Edurne Lacadelo
Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:
Nerea Pérez Expósito | www.imagina-designs.com
ISBN: 9798270009458
No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Para mis tres goles en el noventa:
César, Darío y Mateo

Hoy es siempre todavía.
ANTONIO MACHADO, *Poesías completas*

Índice

1 Aniversario
2 Lara
3 Jaime
4 De domingo
5 Ella, a Londres. ¿Y yo?
6 ¿Lo medito o no lo medito?
7 El apartamento
8 ¿Quién soy?
9 Hola y adiós
10 La inquilina
11 Nueva vida
12 Bienvenida
13 Cine de verano
14 Café o té
15 La tormenta
16 Duermevela
17 Disimulando
18 Demasiado vino
19 La *party*
20 Última vez
21 Conversación pendiente
22 Sigo siendo yo
23 ¿Jugamos?
24 Poesía
25 Los tiempos
26 Natural
27 Camden
28 Terraza y manta
29 Te sigo
30 La visita
31 Amigos
32 Nada que ver
33 Su hábitat
34 Miedo a perder
35 A lo loco

36 Cumpleaños feliz
37 Regreso
38 Navidad, *fum, fum, fum*
39 Barcelona
40 Oportunidades
41Lo niego todo
42 Cuidado con los cuidados
43 Cannes
44 Batalla perdida en la costa azul
45 Perdiendo el norte
46 Háblame
47 Una estación
48 Lo admito
49 La Gran Manzana
50 La curiosidad mató a la gata
51 Una vida de mentira
52 Despierta, Nora
53 Perdido
54 Refugio
55 La explosión
56 Fin de curso
57 Ojos que no ven...
58 Rota
59 No puedo
60 Pasar página
61 Quédate a dormir
62 Háblame de futuro
63 Mi diosa de la vida
64 Ella cierra el círculo
65 Solo Ele
Epílogo
Nota de autora
Playlist

1
Aniversario

He pasado demasiadas horas sentada en este sillón; gris, de líneas rectas y tejido frío, pero, a la vez, cómodo y mullido. Hasta hubo un tiempo en que pensé que tenía la forma de mi trasero. Era dejarme caer aquí y envolverme una sensación de extraña calidez, como cuando una prenda de abrigo se te amolda tanto al cuerpo que parece una segunda piel.

Venir dos o tres veces por semana para hablar de mis sentimientos me convirtió en parte del mobiliario de esta consulta. Afortunadamente, mis visitas cada vez son más esporádicas. Los tonos cálidos de las paredes, el cuadro de espiral infinita colgado a la derecha, las estanterías en blanco nuclear, sin demasiados adornos, y el peculiar olor a suavizante, sí, de esos de colonia para bebés, son detalles que han conseguido transmitirme algo de calma en medio de mi tempestad interior. En resumen, todo el conjunto ha formado parte de mi vida estos dos últimos años, por lo que, acomodarme aquí es casi como sentarme en casa.

—¿Cómo estás hoy, Nora? —pregunta la doctora Sánchez, Amelia para mí. Después de dos años, nos tuteamos.

—Mejor, pero con ganas de que pase pronto el día.

—¿Has dormido bien? ¿Has tenido alguna pesadilla?

—No. Bueno, me desperté sobre las tres de la madrugada, pero sin sudores ni recuerdos. Me di la vuelta y me volví a dormir.Las pesadillas bloquean mi mente y mi cuerpo. Siempre son las mismas: recurrentes, angustiosas y terroríficas. Consiguen paralizarme en mitad de la noche y me impiden volver a dormir durante un par de horas. Suelen ser de dos tipos: en la primera, conduzco yo y morimos las dos. Y en la segunda, me avisan por teléfono de que se muere ella; sin coche, sin carretera, sin motivo. Solo una voz rasgada al otro lado de la línea y dos palabras: está muerta.

—Eso está muy bien, Nora. Entonces, desde tu última visita hace un mes no has vuelto a tenerlas, ¿verdad?

—Exacto.

—Perfecto, pues creo que lo has logrado. Ahora necesitas volver a manejar tu vida. Sería bueno que buscases un trabajo, que salieras más o, incluso, que conocieras a gente nueva. Fuera de tu círculo, me refiero.

Abro tanto los ojos que Amelia me muestra una tímida sonrisa.

—¿Fuera de mi círculo? No creo que ahora mismo esté preparada para nada nuevo.

—Piénsalo, quizás podrías apuntarte a alguna clase, volver a escribir, hablar con tus antiguos compañeros o hacer algún viaje, sola. Necesitas aprender a disfrutar de tu independencia ahora que Lara se va a marchar. Medítalo.

Cuando empiezo a asimilar las palabras de mi psicóloga sobre empezar a vivir, salir de mi círculo y lo de la gente nueva, una punzada de dolor se instala en mi pecho al recordarme el viaje de mi hija.

Lara, mi niña que ya no lo es tanto —hoy cumple catorce—, la única persona que me ha transmitido la energía necesaria para levantarme por las mañanas desde que él se fue, ha decidido irse a Londres a estudiar el próximo curso, con su mejor amiga, Ruth.

No le puedo negar nada y ella lo sabe. Sin embargo, cabe la posibilidad de que todos los miedos se apoderen de mí de nuevo y consigan tambalear los cimientos de esta nueva etapa que intento afrontar.

—Está bien, lo pensaré —afirmo, aunque lo diga con la boca pequeña.

Nos despedimos con un abrazo sentido. Me recuerda que, ante cualquier síntoma o duda, la llame. Además, me dice que siempre que me apetezca le puedo mandar algún correo para ponerla al día sobre cómo afronto los cambios o, incluso, concertar cita para una sesión.

Cuando salgo por el portal, exhalo con fuerza y miro al cielo.

«Vamos, Nora, es un día más».

Agosto en Madrid es siempre un mes raro, así que hoy me he venido en coche hasta el centro. Poco tráfico, calles vacías y una calma extraña.

Voy con el tiempo justo y consigo aparcar cerca de la iglesia. Es lo último que me apetece ahora mismo, pero mis suegros se han empeñado en celebrar una misa por el segundo aniversario de la muerte de Fernando, mi marido.

Jaime, mi cuñado, me espera en las escaleras. Creo que todo el mundo ya está dentro y agradezco su gesto. Lo que peor llevo en estas ocasiones es ser el centro de todas las miradas. Miradas de lástima en su gran mayoría.

—Hola, siento llegar tarde.

—Tranquila. He dejado a Lara en casa de Ruth. Está como loca con la fiesta.

—Lo sé. Espero que no tardemos mucho, no quiero perderme nada.

—¿Entramos? —Jaime me coge del brazo.

Yo solo emito un suspiro y asiento con la cabeza. El cura empieza a hablar cuando recorremos el pasillo central. La iglesia está abarrotada, mis suegros siempre tienen ese poder de convocatoria. Aunque yo preferiría que todo fuera un poco más íntimo. Sus compromisos siempre prevalecen sobre el deseo de los demás, en este caso, sobre el mío. Se hace un silencio sepulcral y a mí me gustaría estar escondida entre las dos grandes almohadas de mi cama en este momento.

Todos esperan, incluido el párroco, a que nos sentemos en el banco de la primera fila, reservado para la familia. Cuando hemos tomado asiento, continúa.

Hace exactamente dos años recibí una llamada que cambió mi vida y ahora, aquí plantada, desconecto un poco del sermón y recuerdo en bucle cómo fueron esas últimas horas de aquel día de agosto.

Fernando había acudido a hacer una entrevista a la casa de vacaciones del ministro de Economía en Valencia, y yo le había llamado ya un par de veces porque era el cumpleaños de nuestra hija e iba a llegar muy tarde. Según mis cálculos, la entrevista

terminaba a mediodía y él me había prometido que antes de las siete estaría en casa. A las ocho hablamos por teléfono, bueno, más bien le grité: «Es agosto y estás de vacaciones. Es el cumpleaños de Lara, te está esperando». No entendía por qué se había empeñado en hacer ese trabajo él mismo, cuando podía haber mandado a cualquier otro periodista de su equipo. Él se limitó a decirme que se había enrollado más de lo normal y que era una oportunidad importante para el periódico. Me juró que llegaría lo antes posible. Le colgué después de repetir: «Acelera». Me he arrepentido tantas veces de esa puñetera palabra...

Lara no quería meterse en la cama hasta que no llegara su padre, y Jaime me estaba ayudando a recoger los restos de la fiesta cuando mi móvil sonó.

—¿Eleonora Molina?

—Sí, soy yo.

Y en ese momento supe que esa llamada, en la que alguien pronunciaba mi nombre completo, a las once de la noche de aquel caluroso día de agosto, iba a cambiarme la vida.

—Su marido ha tenido un accidente en la autopista A3 dirección Madrid, lo han trasladado al hospital...

Solté el móvil y Jaime lo recogió del suelo. No fui capaz de seguir escuchando, no sabía si él estaba bien, mal, ni adónde lo habían llevado.

Abracé a Lara tan fuerte que creo que le hice daño. Mientras, de fondo, oí a Jaime hacerse cargo de la situación.

Mi hija solo preguntaba si era su padre y yo solo podía estrecharla más y más fuerte entre mis brazos.

Jaime nos abrazó a las dos antes de irse.

—Ha tenido un accidente, pero todo va a salir bien, tranquilas.

—Tito... —Mi hija sollozó. Yo seguía en estado catatónico.

—Id a dormir, cuando sepa algo os llamo.

A partir de ese instante solo conservo recuerdos muy borrosos, gracias a todas las pastillas que me administraron enseguida. Murió en el acto, a pocos kilómetros de Madrid. En la llamada no nos lo dijeron, pero, cuando Jaime llegó al hospital, le comunicaron que

solo habían podido certificar su muerte. Yo no me separé de Lara. Mi última imagen de él es en el tanatorio, metido en aquel ataúd de madera. Esa misma imagen distorsionada es la que veo en este instante si cierro los ojos más de dos segundos.

—La paz sea con vosotros —dice el cura, y vuelvo al presente. Mi suegra, sentada a mi derecha, me acerca su mano con los ojos llenos de lágrimas.

Nunca he sido demasiado religiosa. Mis padres siempre me dieron libertad para elegir, pero la familia de Fernando es bastante conservadora. Accedí a casarme con él por la iglesia, a bautizar a Lara y a asistir con ellos a todos los eventos religiosos que se precien. Sin embargo, ahora me siento fuera de lugar.

Las palabras de Amelia regresan a mi cabeza. Quizás ha llegado la hora de salir de este círculo. Si te soy sincera, creo que no me hace ningún bien seguir rodeada del mismo dolor más tiempo.

La salida de la iglesia es todavía más tortuosa; besos, abrazos, palabras de consuelo de familiares, amigos, amigos de amigos y de los que no llegan ni a conocidos. La mayoría son compromisos de mi suegro, dueño de una de las empresas de construcción más importantes de este país, por eso le llueven los lameculos.

—¡Hola, Nora! Felicita a Lara de mi parte. Seguro que está preciosa —me dice Beatriz con los ojos rojos, probablemente también haya estado llorando.

—Gracias. Si, está muy guapa.

Beatriz es la hija del socio de mi suegro y era la novia de Jaime cuando Fernando murió. Los tres eran amigos de la infancia. Después del entierro comenzaron los rumores sobre su ruptura. Yo no quise preguntar, porque en ese momento ya tenía suficiente con abrir los ojos por las mañanas y llevar a mi hija al colegio. Fue precipitado y extraño, porque tenían hasta planes de boda y, de repente, todo se canceló.

Observo a Jaime llevarse a Beatriz a un lugar más apartado, con un movimiento algo forzado.

Aprovecho que estoy sola durante unos segundos para bajar rápido las escaleras y salir pitando de allí.

Tengo casi media hora para regodearme en el pasado, en él y en la vida que construimos. Sin lágrimas.

Escuchar *Thinking´Bout You,* de Dua Lipa, en bucle no mejora mi estado de ánimo durante los primeros kilómetros, pero me comprometo a llegar a la urbanización con la mejor de mis sonrisas, la que se merece mi hija en su fiesta de cumpleaños.

2
Lara

Cuando Fernando me llevó a comer a casa de sus padres aquel domingo de diciembre, tenía muy claro que no me iba a dejar convencer. Hacía solo unas semanas que nos habíamos enterado de que íbamos a ser padres y yo solo quería tomarme las cosas con calma, pero él tenía otros planes.

Fernando y yo nos conocimos estudiando periodismo. Él ya estaba en segundo, pero tenía alguna asignatura de primero que compartía conmigo. Al principio, solo fuimos amigos de universidad. Intercambio de apuntes, trabajos, cafés, biblioteca, lo básico. Yo había llegado a la capital tan centrada en mis estudios que los primeros meses no fui consciente de todas las veces que él se insinuaba. No se lo puse nada fácil. Mi meta era acabar la carrera cuanto antes, porque a mis padres les costaba una pasta que yo estuviera estudiando en Madrid, así que no tenía ni tiempo ni ganas de enredarme con nadie. Además, era y sigo siendo muy tímida, sobre todo para relacionarme con el sexo opuesto. Quizás porque durante todos mis años en el instituto siempre fui «la perfecta rata de biblioteca» y nunca «el alma de la fiesta».

Casi dos años tuvieron que pasar para que le dejara invitarme a cenar en lo que supuestamente fue nuestra primera cita. A partir de ese momento, fuimos inseparables. Quizás es que me gustó demasiado la sensación de gustarle a alguien física y mentalmente, porque, hasta entonces, las únicas muestras de cariño que había recibido se debieron a la calidad de mis apuntes.

Fernando vivía solo, en el barrio de Salamanca, en un piso que era de sus padres. Yo, en cambio, tenía alquilada una habitación en uno compartido cerca de Atocha, con cuatro chicas más. Me resistí y le costó un triunfo llevarme a su cama. Era ingenua, inexperta y bastante cohibida, así que estar con él, a solas y sin ropa, nunca era mi primera opción. Cuando comprobé que la forma en la que me

había besado y tocado mi único rollo durante el último año de instituto no tenía nada que ver con lo que Fernando me hacía sentir, me dejé llevar y, a partir de ese instante, empecé a vivir los mejores meses de mi vida. El significado de la palabra amor comenzó a colarse debajo de mi piel con la misma habilidad que sus dedos lo hacían bajo mis camisetas.

Terminamos la carrera juntos, él nunca tuvo prisa. Yo estuve a punto de volverme al norte, a vivir con mis padres, porque se me empezaba a terminar el dinero de la última beca y con lo que ganaba en la cafetería del campus trabajando a media jornada no era suficiente, pero justo antes de hacer las maletas, me llamaron para hacer una entrevista en El Nuevo Sol*, un diario, de tirada nacional, que acababa de echar a rodar. Y no solo a mí, sino también a Fer. En dos días nos dieron el trabajo. Creo que la mano de mi suegro tuvo mucho que ver, pero de eso me enteré bastante más tarde.*

Fer quiso que me mudara a su piso en cuanto empecé a trabajar, pero me negué. Yo ya conocía a sus padres y sabía que la idea de vivir juntos, sin haber pasado antes por el altar, no contaría con su beneplácito. Así que, a pesar de sus reticencias, con mi primer sueldo me busqué un apartamento enano en Malasaña cuando todavía eran asequibles, lo alquilé y me independicé.

El trabajo me gustaba mucho, el ambiente en el periódico era muy bueno y había bastante gente joven con la que compartía la pasión por intentar hacer un periodismo de calidad. Parecía que todo estaba saliendo como siempre lo había planeado en mi cabeza, incluyendo a Fernando, con el que cada vez me sentía mejor. Amada, respetada e ilusionada con un futuro juntos.

Siempre habíamos tomado precauciones, pero algo falló. La prueba dijo que estaba esperando un bebé y, de pronto, todas nuestras metas cambiaron de nuevo.

Decidimos entonces que me mudaría a su piso, para poder preparar la llegada de nuestro hijo, hasta que encontráramos un nuevo hogar, pero ambos queríamos tomarnos las cosas con tranquilidad, o eso pensaba yo. Hacernos a la idea de que íbamos a

ser padres, sin necesidad de actuar atropelladamente, y con esa intención fuimos aquel domingo a comer a su casa.

Nuestros planes duraron lo que tardó mi suegra en negarse en redondo y en organizar una boda exprés con más de quinientos invitados. Ya te he dicho que es única para montar saraos. Por supuesto, con el consentimiento de su hijo, al que la idea no le disgustaba en absoluto. Mis padres no estaban muy de acuerdo con los pasos precipitados que estaba dando, pero siempre hemos sido una familia bastante independiente y aceptaron mi decisión, o mi claudicación, según se mire.

Con veintiséis años estaba casada, viviendo en un chalé de tres plantas con jardín y piscina —regalo de boda de mis suegros—, en una de las urbanizaciones más pijas a las afueras de Madrid y a poca distancia de ellos, por supuesto.

Fueron meses bastante duros. Sin querer, me encontré con una vida planificada y organizada, pero esta vez no por mí. Además de con un embarazo de alto riesgo que me mantuvo durante muchas semanas en reposo absoluto y con la incertidumbre constante de si llegaría a término.

El día que nació mi niña, todo se llenó de color. Descubrí que nada era más importante que tener a mi bebé en brazos. Conseguí olvidarme un poco de todo lo que me rodeaba y aprendí, por el bien de mi salud mental, a centrarme en ella y en Fer.

Abro la puerta de entrada con el mando a distancia y dejo el coche en el garaje. Antes de ir a casa de Víctor y Rosa, mis vecinos y padres de Ruth, voy a cambiarme. Será mejor que me deshaga de este traje negro y me ponga un vestido más ligero.

Mi hija ha querido celebrar su fiesta de cumpleaños en la piscina con sus amigos. Rosa se ofreció como anfitriona para hacerlo en su jardín, hecho que agradezco sobremanera, porque así no he tenido que ocuparme de los preparativos.

Ya lo sé, parece una maldita broma del destino que el cumpleaños de mi niña coincida con un día tan triste para ambas. Pero me niego a que ella deje de celebrar una fecha tan importante por esa triste coincidencia. El año pasado lo hablamos, lo meditamos, como

siempre me dice Amelia, y decidimos, entre las dos, que lo mejor sería repartir el día.

Cuando nos despertamos, recordamos a su padre, desayunamos juntas y hablamos de todo lo que nos encantaba de él, como un pequeño homenaje; si nos apetece, hasta nos permitimos soltar algunas lágrimas. A partir del mediodía activamos el modo celebración y no volvemos a mencionar la nostalgia por la pérdida, ni tan siquiera su nombre.

A Fer y a mí no nos dio tiempo a hablar de esas típicas cosas sobre muerte y duelo mientras estuvimos juntos, porque nunca piensas que vas a morir sin cumplir los cuarenta, pero estoy segura de que a él le parece perfecta nuestra manera de pasar un día tan especial. Estoy convencida de que se alegra por nosotras donde esté.

Lo sé, Amelia también me ha recomendado que deje de hablar de él en presente, pero, de momento, no puedo.

El timbre de la puerta exterior suena y bajo los escalones de dos en dos con las sandalias en la mano. Después de mirar por el videoportero y comprobar que es Úrsula quien llama, abro.

—Mete el coche, que ya salgo. —Pulso el mando de la puerta metálica de nuevo.

La urbanización tiene seguridad, pero la casa también cuenta con un sistema propio. Mis suegros se empeñaron en instalarlo cuando nos quedamos solas. No me negué, porque la otra opción que me plantearon era ir a vivir con ellos y esa, sin duda, no tenía intención de aceptarla.

Cojo mi bolso de cuero trenzado marrón, que lleva conmigo desde que llegué a Madrid, hace ya más de veinte años, y las llaves, y salgo al encuentro de mi amiga.

—Norita, estás muy guapa con ese vestido —comenta con su mejor sonrisa mientras se levanta las gafas de sol para observarme con detenimiento.

—No será para tanto. Vamos o llegaremos cuando la fiesta termine.

—Por la noche, cuando volvamos, ya nos ponemos al día. —Me aprieta el brazo con la mano. Es su manera de infundirme valor.

Giramos la esquina y oímos las voces de los niños. Risas y el sonido del agua al salpicar.

—¡Mami! ¡Qué guapa estás! —Mi hija sale de la piscina para abrazarme cuando franqueo la verja de entrada.

—Te lo he dicho —insiste mi amiga.

Lara me abraza y me empapa. Hace calor, así que no me quejo, pero ahora el vestido se me pega al pecho y ahueco la tela para que se seque. Sin perder tiempo, dos de sus amigos la arrastran, lanzándola a la piscina de nuevo.

—Hola, chicas. Venid aquí, que todavía quedan canapés.

Esa es Rosa, que nos espera en el porche acristalado del lateral. Dos globos gigantes con el número catorce al lado de una especie de *photocall*, con un montón de fotos de mi niña, presiden la estancia. Ha quedado todo precioso. Espero que a Lara le haya gustado, porque Rosa es siempre muy detallista y cariñosa con ella.

—Vaya con los *pijus*, cómo se lo curran, ¿no?

—Úrsula, baja el tono, que te van a oír —me quejo.

Mi amiga fue la primera compañera que tuve en el periódico. Llegó una semana más tarde que yo, pero enseguida conectamos. Es de un pueblo de Toledo, pero se crio con su tía en la pensión que esta regentaba en pleno Lavapiés, rodeada de lo mejorcito del barrio, como ella siempre recalca: prostitutas, en su gran mayoría, y gente obrera, sobre todo de fuera de Madrid y con pocos recursos. Gracias a su magnífico expediente nunca le faltaron las becas y terminó la carrera de Relaciones Públicas y Marketing siendo una de las mejores. La competencia la tentó rápido y cambió de periódico, de sección y de vida, pero nunca perdimos el contacto. Lo que más me gusta de ella es que da igual el nivel de vida que lleve ahora, porque siempre conserva su esencia. Úrsula es de esas personas que prefiere hablar claro y no bonito, y a mí me viene genial tenerla a mi lado, es mi toma de tierra en este mundo ideal en el que me he movido los últimos años.

Víctor y Rosa nos besan y nos pasan dos botellines de cerveza. Nos sentamos junto a ellos y comemos un poco de lo que ha quedado. Les doy las gracias por enésima vez.

—Ya sabes que a Rosa le encanta organizar fiestas. Al final le has hecho un favor tú a ella —bromea Víctor entre risas.

—¿Un favor?

—Claro, ya sabes que cuando cerramos el bufete en vacaciones no sabe qué hacer con su vida.

—Y cuando se vayan las niñas será peor —afirma Rosa con voz lastimera.

Úrsula me acerca otra cerveza, porque sabe que todavía estoy haciéndome a la idea. En unos días viajaremos a Londres para llevar a Ruth y a Lara. Como ya te he dicho, se van a estudiar a un internado el próximo curso. Ha sido una decisión de ambas y ellas están entusiasmadas con la idea; yo, no tanto.

Rosa me empieza a hablar de todo lo que tienen que llevar, de la reserva de hotel para nosotros y de muchos preparativos más, pero yo me quedo absorta observando a mi hija a través de cristal. El sonido de su risa me llega de fondo y me fijo en que su cuerpo cambia cada día, sin poder detenerlo. Es tan alta como yo, melena larga morena, y ojos rasgados de un color marrón verdoso, como los de Fer. Luce sus primeras curvas y comienza a dejar atrás su cuerpo de niña. Es guapa, y no lo digo porque sea su madre, solo hay que mirar cómo la observan un par de compañeros de clase: como si fuera un bombón dentro de la caja a punto de salir del envoltorio. Creo que necesitaré un tiempo para acostumbrarme a eso también.

He estado casi dos años sumida en el letargo —como siempre me recuerda mi amiga— y ahora, de repente, tengo que salir de mi burbuja y volver a respirar, sola.

Después de un par de horas, los regalos y el famoso «cumpleaños feliz», cantado a pleno pulmón por todos los presentes, se pone el broche final a la celebración y regresamos a casa.

Vamos cargadas como mulas con todas las bolsas y riéndonos sin parar por las elucubraciones de Úrsula con respecto a los amigos de Lara. Mi hija no suelta prenda y, según nos confiesa, no le gusta ninguno.

Espero que esa mentalidad, todavía un poco infantil, no desaparezca en Londres.

3
Jaime

Cuando Úrsula consigue abrir la puerta de mi casa, mientras Lara y yo sujetamos todos los paquetes, se da de bruces con mi cuñado, que, al oírnos llegar, estaba abriendo desde dentro.

—¡Coño, qué susto! —le espeta mi amiga.

—Traed, yo os ayudo —se ofrece él.

Le entregamos el cargamento y sube con mi hija las escaleras para dejarlo todo en su habitación. No me pasa desapercibido el repaso visual que hace mi amiga a Jaime; sin sacarla de su ensoñación, la arrastro hasta la cocina. Creo que ambas necesitamos una copa de vino.

—¿Qué tal? ¿Te gusta lo que has visto?

—¿Eh? No sé de qué me estás hablando...

—¡Venga, amiga! Si casi se te olvida pestañear.

—Perdona, es que no me había fijado hasta ahora en esa retaguardia que gasta tu cuñado.

—Será porque, hasta hace un mes, Pablo ocupaba todos tus pensamientos.

—No me lo nombres, por favor. Y abre una botella de vino de esas que tienes escondidas para cuando vengo a verte.

—Me has leído el pensamiento.

—Por cierto, siempre que vengo está aquí. Parece que vive con vosotras.

Saco una botella de vino blanco y, mientras la abro, le recuerdo que Jaime tiene llaves de casa desde que Fer murió. Él viene y va cuando le apetece. Los primeros meses se hizo un poco cargo de las dos. No nos dejaba mucho tiempo solas, me ayudaba con Lara, llenaba la nevera e, incluso, cocinaba cuando me veía sin muchas fuerzas. Él vive en una casita, dentro de la finca de sus padres, que se construyó hace algunos años, así que está a muy poca distancia de aquí. Le gusta llevar a Lara a entrenar al club y recogerla del

colegio, y algunos viernes se queda con nosotras para una sesión de pizza-peli. Para mí es normal verlo por casa.

Lara interrumpe nuestra conversación y nos da dos besos antes de irse a la cama. Ha sido un día largo y cargado de emociones, está agotada.

Jaime aparece por detrás y se sirve una copa de vino. Mi amiga vuelve a observar todos sus movimientos.

—Ya le he dicho a Lara que no me dio tiempo a llegar a la fiesta —se disculpa.

—Tranquilo, ha estado muy entretenida.

—Lo sé, algo me ha contado. Es que tuve que pasar por el despacho y al final la cosa se complicó.

Jaime es el director financiero de la empresa de su padre, su mano derecha. Fer siempre fue de letras y su hermano, de números. Su padre estaba empeñado en dejar la empresa en manos de sus dos hijos, pero mi marido siempre se resistió. Por supuesto, tenía la misma participación accionarial que su hermano, aunque él nunca quiso saber nada de la gestión.

—Hace muy buena noche, ¿queréis que nos sentemos fuera? —propongo.

—Sí, espera, que enciendo la luz y unas velas para que no nos piquen los mosquitos —comenta Jaime.

Mi amiga saca la botella y las copas.

Huele a una mezcla de citronela y tierra húmeda, porque se acaba de apagar el riego automático del jardín. Es un olor que me recuerda a casa, pero a la mía, en la que viví con mis padres hasta que me vine a Madrid, escondida entre montañas en el norte. Recuerdo cómo me gustaba salir con mi madre a la puerta después de que hubiera descargado una tormenta. «Vamos a respirar la tierra», me decía ella, y a mí me encantaba ese olor; a puro, a raíz, a verde.

La única cosa que me gustó de esta casa cuando me la enseñaron la primera vez fue el jardín, aunque por aquel entonces solo eran unos cuantos metros cuadrados de césped amarillento y tierra seca. No sé por qué enseguida lo visualicé, como si fuera mi contacto particular con mis orígenes. Desde el primer día se convirtió en mi proyecto. Planté árboles, flores y arbustos, diseñé hasta la última

piedra y conseguí, con mucho esfuerzo, que luciera espectacular. Siempre he sido yo la encargada de cuidarlo, incluso cuando no he tenido casi fuerzas para nada más. Fer siempre me recriminaba que podíamos pagar a un jardinero, pero a mí me encantaba, y me encanta, mancharme las manos de tierra.

Nos acomodamos en el porche más grande de los dos, con vistas a la piscina, que ahora tiene el fondo iluminado. Sigue haciendo calor, así que me descalzo y mi amiga me imita. Ambas subimos los pies al sofá para estar más cómodas.

Úrsula nos empieza a contar cosas sobre el viaje que iba a hacer con Pablo, su último novio —que ya no lo es—, y que ha decidido no cancelar y hacer sola. Ella y su maleta recorriendo mundo. Mi cuñado le pregunta por más detalles.

Sin querer, me evado un poco de la conversación general y me fijo de forma distraída en Jaime. Se parece bastante a su hermano y, dado que su presencia es tan habitual, casi nunca me detengo a contemplarlo como ha hecho Úrsula antes.

Moreno, con el pelo liso rapado en la nuca y algo más largo en la parte de arriba. Ojos verdosos, como los de Fer y parecidos a los de Lara, y una sonrisa tierna. Le encanta jugar al pádel con sus amigos en el club y cuidarse siempre que puede en el gimnasio, así que te puedo decir que tiene un buen cuerpo, definido. Jaime es dos años más pequeño que Fer y siempre estuvieron muy unidos, desde niños, sobre todo porque para los dos era muy importante la familia; sagrada, diría yo. Nunca lo he visto llorar por su muerte, ni ponerse triste siquiera, es como si desde aquel día, al salir del hospital, se hubiera guardado dentro todos los sentimientos y fuera incapaz de exteriorizarlos. Al principio yo intentaba hablar de mi marido con él, pensaba que, si los dos sacábamos la tristeza de nuestro corazón, juntos, nos iría mejor, pero él enseguida cambiaba de tema y me traía de vuelta al presente, omitiendo el pasado. Se le juntó la pérdida de su hermano con su ruptura con Beatriz, que trabajaba y trabaja con él en la empresa, por lo que yo le dejé llevar el peso de nuestras conversaciones, nimias y triviales. Me centré en nuestro nuevo día a día con Lara y no quise ahondar más en su herida, que seguro tendrá abierta.

Mientras ellos hablan sobre las ventajas de viajar solos, cosa que a mí en la vida se me ocurriría, aprovecho para escudriñar a mi amiga; ahora es su turno. Me fijo en su lenguaje corporal; las manos en continuo movimiento, la sonrisa permanente en sus labios rojos, los dedos colocando ese mechón rebelde de su melena rubia, las piernas delgadas, cruzadas encima del sofá, y los ojos chispeantes. Siempre ha sido «nivel experta» a la hora de relacionarse con el sexo masculino. Guapa, inteligente, decidida y sin pelos en la lengua. Destila seguridad por todas partes, todo lo contrario que yo. Si se fija un objetivo, casi siempre lo consigue, aunque, hasta ahora, nadie ha cumplido sus expectativas, demasiado altas, quizás. Le suele pasar que el físico, normalmente, enmascara a un auténtico cretino, como le ha ocurrido con Pablo.

No sé, hemos coincidido algunas veces Jaime, ella y yo en mi casa, pero es la primera vez que mi mente consigue ver lo que tengo a mi alrededor, a estos dos interactuando y no solo mi propio interior. Es como si hubiera estado dos años sin tener vista periférica, solo frontal, la justa para no darme de bruces.

—Amelia me ha recomendado salir de mi círculo —suelto, aprovechando el pequeño silencio que se ha instaurado.

—¿De qué círculo? —pregunta Jaime, elevando la ceja derecha.

—Pues de todo este circo que le habéis montado —responde mi amiga.

—Úrsula... —la recrimino. No quiero que Jaime se ofenda.

—Somos su familia. Lara y Nora tienen su vida aquí. Esto no es un circo, ni nosotros los payasos —añade Jaime con un tono desagradable.

—Tranquilos —intercedo—. Amelia quiere decir que tendría que volver a trabajar, buscar nuevas metas, relacionarme con otra gente, fuera de mi zona de confort.

—Pues me parece cojonudo. Te lo llevo diciendo mucho tiempo. Necesitas volver a vivir, amiga, y dejar de sobrevivir.

—No sé, quizás podría buscar algo para volver a trabajar y a escribir.

—Claro, preguntaré en el periódico. Quizás puedas empezar por una columna de actualidad o alguna sección pequeña.

—Está bien, pero nada de sucesos ni economía —aclaro.

Esas fueron las dos secciones en las que trabajó Fernando, y ahora mismo mi mente no necesita una regresión; más bien todo lo contrario.

Hace unos años, Fernando se involucró mucho en un caso real que estaban investigando en su sección, sobre unas muertes un tanto extrañas que ocurrían en la capital. Fue una historia muy mediática. Él invertía casi todas las horas del día en las que estaba despierto en documentarse e investigar; se convirtió en su obsesión. Cuando detuvieron al asesino, fue a entrevistarlo a la cárcel varias veces, y meses después, todo se tradujo en la publicación de su primer y único libro, que fue número uno en ventas. Yo le ayudé a escribir muchísimas páginas, para que él pudiera seguir trabajando en la redacción y entregar a la editorial a tiempo el manuscrito; por aquel entonces yo tenía reducción de jornada para estar más tiempo con Lara y pude echarle una mano cuando me lo pidió. No me puso en los agradecimientos ni me mencionó públicamente, pero siempre me lo recordaba en la intimidad, a su manera. La presión de esos meses y el tema tan poco agradable pasaron factura a nuestra relación y, por ello, después de la publicación, decidió cambiar de sección.

En economía la cosa no mejoró. El trabajo empezaba a absorberlo otra vez y yo nunca lo entendía. Al final, estaba claro que era cosa de él y no del puesto que ocupaba.

Yo siempre trabajé en local, sección pequeña y bastante tranquila, por eso pedí la reducción después de mi baja por maternidad. Él y su familia insistieron en contratar a una niñera para que nos ayudase, pero yo siempre tuve claro que podía ocuparme de mi única hija. Me di cuenta de que Fer cada vez priorizaba más su vida laboral frente a la familiar, y yo no estaba dispuesta a que mi hija no se criara con ninguno de sus padres.

Cuando Fer murió no pude seguir trabajando, lo intenté los primeros días, pero cada centímetro cuadrado de ese periódico me recordaba a él. A nuestra primera entrevista, recién graduados, a nuestros primeros años allí, a todo lo que fuimos y a lo que no volveríamos a ser. Y aunque Amelia, Úrsula y mis padres me

aconsejaron que no lo dejara, me faltaba el aire entre aquellas paredes, de modo que al final rescindí mi contrato.

Jaime se levanta sin decir ni una palabra y entra en casa. No sé por qué le ha sentado tan mal la noticia de que quiera volver a hacer cosas.

—¿Qué mosca le ha picado ahora a este? —me pregunta mi amiga.

—No lo sé. Puede que le hayas ofendido llamándolo payaso.

—Nora, ya sabes lo que pienso de todo esto. —Hace círculos con el dedo índice.

Úrsula siempre me ha dicho que, después de morir Fernando, tendría que haberme mudado a un piso en Madrid y haber cerrado esta etapa de mi vida. Mis padres me aconsejaron que volviera al pueblo con ellos, que allí iba a respirar aire más limpio y que me recuperaría mejor. Pero estaba Lara, esta es su familia también, sus amigos, su colegio, su entorno. Ella tiene la vida hecha aquí y ya es bastante duro perder a un padre como para, encima, deshacerte de todo lo demás y empezar de nuevo. Si yo hubiera estado sola, probablemente sí que habría dado carpetazo a toda mi vida anterior y habría intentado empezar en cualquier otra parte. Sin embargo, me quedé aquí y me dejé llevar por la corriente.

—Me voy —nos informa Jaime—. Mañana vengo a recoger a Lara para llevarla a su partido de tenis.

—Está bien.

—Hasta mañana —espeta mi amiga con desdén.

—Hasta mañana —responde él, seco.

Úrsula sirve dos copas más de vino y empieza a hablar de su ex como medida disuasoria para relajar el ambiente. Sabe que es mejor no volver a hablar de «la familia».

Ahora que nos hemos quedado solas, sé que la velada se alargará.

4
De domingo

Es el último domingo de Lara en Madrid, así que mi suegra ha organizado un almuerzo familiar como despedida. Pensé que sería solo para nosotras, pero, como siempre, me equivoqué.

Isabel, mi suegra, está acostumbrada a hacerlo todo a lo grande, y proclamar a los cuatro vientos que mi hija se va a uno de los colegios más prestigiosos de Londres no podía ser menos.

Nos acabamos de sentar a la mesa. Jaime, mis suegros, Lara y yo. También Roberto, el socio de mi suegro, su hijo Leandro, con su mujer y sus dos niños, y su otra hija, Beatriz, que está sentada al lado de la última novia de su padre. Su mujer hace tiempo que lo abandonó por un empresario marbellí y dejó la capital para vivir en el sur. Como debíamos ser pocos, también ha invitado a sus hermanas, con sus respectivos maridos y sus hijos. Queda patente que una despedida íntima no es.

Luisa sirve los entrantes. El domingo suele ser su día libre, al menos a la hora de la comida, cuando venimos nosotras, pero está claro que hoy, con tanta gente, ha tenido que quedarse a trabajar.

El primer tema de conversación son los próximos proyectos de la empresa en Dubái, y noto cómo Jaime, sentado a mi derecha, suspira con resignación y tuerce el gesto. Trata de centrar toda su atención en Lara, que, en definitiva, es quien debería ser la protagonista, pero su padre y Roberto le preguntan constantemente, interrumpiendo cualquier otro tema que saque. Beatriz lo observa desde la distancia con cara de pocos amigos. No sé cómo se llevarán en el trabajo, pero las últimas veces en las que he coincidido con ellos casi se puede palpar la tensión entre ambos.

—Es la despedida de Lara, creo que deberíamos dejar los temas de trabajo para mañana —dice con media sonrisa que no le llega a los ojos.

—El trabajo no descansa ni los domingos —afirma su padre con rotundidad.

Jaime lo mira y se calla. Me molesta que lo trate siempre como si fuera inferior. Ya sabemos todos que él fundó la empresa y que se ha dedicado en cuerpo y alma a llevarla a lo más alto, pero Jaime es su hijo y creo que un digno sucesor, no debería hablarle así. Hace años que noté la diferencia de trato entre sus dos hijos: a pesar de que Fer nunca aceptó trabajar codo con codo con su padre y Jaime sí, mi suegro siempre prefirió a su primogénito.

El ambiente se relaja durante el primer y el segundo plato, al menos mientras tienen la boca llena. Cuando llega el postre veo a Lara enredar con el móvil, me imagino que estará algo nerviosa por el inicio de esta nueva etapa. Sé que quiere a sus abuelos un montón y ellos a ella, pero ahora mismo su cara refleja aburrimiento.

—El café lo tomaremos en el jardín —ordena mi suegra a Luisa.

—Yo te ayudo —me ofrezco, para ir a la cocina y respirar un ambiente más normal.

—No hace falta, Nora. Ve a sentarte —contesta ella con apuro.

Sé lo intransigente que puede llegar a ser mi suegra, pero yo considero a Luisa una más de la familia, así que no se me van a caer los anillos por echarle una mano y que no tenga que dar cuatro viajes.

—Mamá, me ha llamado Ruth. Han quedado todos en el club para hacernos una especie de despedida, ¿puedo ir? —Lara se asoma por la puerta y me intenta embaucar con su mejor sonrisa.

—Sí, pero espera, que le digo a tu tío que te acerque. Toma, coge esta bandeja y ayúdanos.

No me pasa desapercibida la cara de mi suegra cuando nos ve con las manos ocupadas; sin embargo, la ignoro. Están todos sentados alrededor de unas mesas bajas de madera de teca, debajo de una palmera gigante, a la sombra. Depositamos las bandejas y Luisa les sirve el café.

—¿Jaime? —pregunto.

—Se ha ido a su casa hace un minuto —responde mi suegro.

Me tomo el café rápido; por cierto, es ya el tercero del día, sé que tendría que bajar la dosis, pero, precisamente cuando estoy

nerviosa, en vez de evitarlo me lo meto casi en vena, como una drogadicta.

Lara me mira impaciente y, para no hacerla sufrir más, me levanto y voy a buscar a Jaime. Los puedo acompañar hasta el club y después podría dejarme en casa. Yo todavía tengo que acabar de hacer las maletas y sería la excusa perfecta para no pasar aquí media tarde.

Avanzo por el camino de losetas de piedra a través de la finca y, antes de llegar a la parte delantera de su casa, escucho voces.

—No vas a contarles nada, ¿entendido? Quiero que se te meta de una vez por todas en la cabeza. —Es la voz de mi cuñado con un tono diferente al habitual.

—¡Tienen derecho a saberlo, Jaime! —grita Beatriz.

No sé a qué viene esta discusión, pero está claro que no hay buen rollo entre ellos; quizás sean solo cosas de negocios. Me quedo a unos pasos de distancia porque no quiero interrumpirlos.

—No pienso repetírtelo. No te quiero cerca —espeta Jaime y como si hubiera notado mi presencia, se gira en mi dirección.

Cuando me ve aquí plantada eleva una ceja, sorprendido.

—Lo siento, no quería interrumpir —me disculpo.

—No interrumpes. Beatriz ya se va.

Lo dice tan enfadado que ella agacha la cabeza y pasa delante de mí sin mirarme.

—Es que Lara quiere ir al club. La podemos llevar y luego ya me dejas en casa.

—Perfecto, voy a coger la llave del coche.

Lara se despide de todos los invitados. Aprovecho para hacer lo mismo y escaquearme. Prefiero hacer la maleta tranquilamente y estar un poco sola, a ver si mi cuerpo y mi mente se empiezan a acostumbrar.

Lara sube el volumen de la radio del coche de su tío y canta como una loca *Sucker*, de Jonas Brothers, a los que ha descubierto hace poco. Jaime y yo solo podemos sonreír al verla tan feliz.

—Luego me acerca a casa Rosa —me avisa antes de salir del coche.

—Perfecto, pero no vuelvas muy tarde, que mañana madrugamos.

—Dame un beso —dice su tío antes de que cierre la puerta—. Pórtate bien. Mañana os acerco al aeropuerto.

—Vale, tito —contesta ella mientras lo besa y ambos se revuelven el pelo el uno al otro.

Arranca de nuevo el motor y nos alejamos. Jaime posa su mano en mi rodilla izquierda y doy un pequeño respingo en el asiento por su contacto; no sé si lo nota, pero la deja ahí, posada.

—Yo también la voy a echar de menos. —Me acaricia la parte de piel que queda al descubierto por la largura de mi falda.

Me revuelvo incómoda en el asiento, colocándome en otra posición, menos expuesta. No estoy acostumbrada a estas muestras de cariño por su parte. De vez en cuando es Lara la que nos pide que la abracemos a la vez, y ahí sí que ninguno de los dos nos resistimos.

—Espero que ella también nos eche algo de menos a nosotros.

—Seguro que sí —dice, y coloca sus dos manos en el volante de nuevo.

Mi móvil suena e interrumpe nuestra conversación. Es Úrsula.

—Dime, mujer soltera que viaja sola.

—Ya te contaré a la vuelta mi experiencia, listilla. ¿Ya has hecho la maleta?

—Estoy de camino a casa para terminarla.

—Bueno, pues dale un beso a Larita y disfruta de dos días en Londres. Te llamo para decirte que ya hablé con los del periódico. Escribe una columna de opinión, de lo que te dé la gana, y mándala al correo que te pasaré ahora por WhatsApp. Si les gusta, querrán una semanal.

—¿En serio? —pregunto alucinada. Jaime me mira expectante, porque solo está oyendo mi parte de conversación.

—Completamente en serio. Ponte las pilas —me recalca mi amiga —. Te dejo, que tengo que embarcar. Confío en ti. Te llamo en unos días.

—Muy bien. Cuídate.

—Lo mismo.

Cuando cuelgo, una sonrisa se queda instalada en mi cara. Creo que, pese a estar algo deprimida por la marcha de mi niña, es la

primera vez en dos años que siento una especie de cosquilleo por dentro.

—¿Qué es eso tan increíble que te ha hecho sonreír?

—Úrsula me ha conseguido una prueba para escribir una columna en el periódico.

—Nora, si querías volver a trabajar, podías habérmelo dicho. Ya sabes que en la empresa tenemos un jefe de prensa, no me hubiera costado nada que ocuparas su puesto.

—Jaime... —contesto con incomodidad.

—Está bien, yo solo te digo que es una opción. No la descartes todavía.

—Muchas gracias, pero sabes que no encajaría en la empresa.

Noto cómo se queda pensativo unos segundos. No quiero que le ofenda mi negativa, pero él debería saber que, aunque me esté planteando volver a trabajar, jamás habría pensado en aprovecharme de sus contactos, ni mucho menos trabajar para ellos.

Llegamos a mi casa y, antes de bajarme del coche, me atrevo a preguntarle por su discusión con Beatriz. Desde que hemos salido me ronda la cabeza. No sé, me gustaría que después de todo el tiempo que hemos pasado juntos durante estos dos años, tuviese la confianza suficiente para hablarme de sus cosas.

—¿Está todo bien con Beatriz? Parecía que estabais discutiendo.

—Está todo perfecto. Solo son cosas del trabajo, tranquila.

—Sé que has estado ocupándote de Lara y de mí después de lo de Fer, pero quiero que sepas que puedes contarme cualquier cosa. Empiezo a ser consciente de que he estado tan centrada en mí que no me he preocupado de lo que pasaba a mi alrededor. Me parece que he sido una egoísta.

—No digas tonterías, Nora. Eres cualquier cosa menos egoísta —me reprende—. De todas maneras, ahora que vamos a estar solos, me gustaría seguir con nuestra rutina de pizza-peli de los viernes, para no romper la tradición. O, incluso, si te apetece, también podríamos ir al cine y a cenar por ahí.

Su proposición me sorprende, porque nunca hemos estado él y yo a solas en todo este tiempo. Es como si ahora que se va Lara, nuestro punto de unión, no quisiera que perdiéramos el contacto.

—Claro. Si consigo que me den esa columna, tendré que ponerme al día sobre muchas cosas. Volver al cine es una buena opción.

Sonríe complacido con mis palabras y nos despedimos hasta mañana.

Entro en casa con la ilusión de empezar a dar pasos de gigante para afrontar todos los cambios que se aproximan y de nuevo siento una opresión en el pecho.

Mierda, ya está aquí la sensación de vértigo, otra vez.

«No quieras volver a correr antes de haber empezado a caminar, Nora».

5
Ella, a Londres. ¿Y yo?

La capital británica nos ha recibido con su particular tono grisáceo, da igual que todavía sea verano; como ya sabes, el sol no se deja ver mucho por aquí. Las niñas han venido muy emocionadas durante todo el trayecto, cotorreando sin parar y gastándose bromas. Se han puesto algo más nerviosas a medida que nos acercábamos al colegio y yo, ni te cuento. No puedo parar de pensar que, en un par de días, estaré mucho más sola.

A nuestra llegada hemos firmado todo el papeleo que estaba pendiente y nos hemos despedido con unos cuantos besos —para su propia vergüenza—, antes de dejarlas en el vestíbulo. Ahora tendrán que esperar al resto de compañeros para la presentación oficial. No las veremos hasta mañana, cuando harán una jornada de puertas abiertas para las familias. Me imagino que será la típica bienvenida con un tour por todas las instalaciones. Nos hablarán de los horarios y de las normas y, entonces, quedará inaugurada la apertura del curso, con la consiguiente despedida.

Estoy segura de que van a notar el cambio; colegio nuevo, otro país, otra cultura, otra lengua, su primera vez fuera de casa y, encima, sin sus familias. Mi hija siempre ha tenido predilección por los idiomas, y uno de sus mejores argumentos para que la dejase venir fue convencerme de que perfeccionará el inglés. Según ella, será una experiencia muy útil para cuando estudie Filología Inglesa en la universidad —carrera que ha tenido en mente desde muy pequeña—. Además de inglés, Lara ha estudiado francés y este año empezó con el alemán; sin duda, tiene bastante facilidad y le encantan. Siempre ha sido muy responsable, confío en que siga así.

Me acabo de dar cuenta de que esta es mi tercera vez en Londres.

La primera vez vine con mi familia, cuando tenía dieciséis años. Mi padre fue profesor rural y siempre que tenía vacaciones nos íbamos de viaje a «respirar ciudades», como solía decirnos a mi madre y a

mí. Bonita contradicción, ¿verdad? Ella me instaba a «respirar la tierra» y él, a patear las urbes. Dos polos opuestos, inseparables, así son ellos. Ese espíritu viajero no lo han perdido con los años, y ahora que ya están los dos jubilados lo han convertido en su pasatiempo favorito. Aquellos fueron días de caminar mucho, visitar todos los monumentos posibles y empaparnos de la cultura local. Él y su vena de educador, que no ha perdido. Fue como si hubiera venido de excursión con el instituto, pero con mis padres.

La segunda vez que estuve aquí fue durante un puente con Úrsula. Era Fer quien tenía el viaje programado conmigo, pero al final me dijo que tenía mucho trabajo y que me fuera con mi amiga. Recuerdo que me cogí un cabreo monumental cuando me lo comunicó, sin embargo, mi amiga y su verborrea me cambiaron el humor desde el aeropuerto. Ese fue un viaje menos cultural que el anterior. Tiendas, más tiendas y todos los mercadillos posibles. Después, cervezas en todos los pubs que encontrábamos abiertos de camino al hotel. Recuerdo a mi amiga compitiendo contra tíos de dos metros por una ronda de chupitos. Yo soy más de tomarme una copa de buen vino con conversación pausada, pero esos días con ella me adapté al entorno. Cuando lo pienso me parece que fue hace siglos.

También me acuerdo ahora de aquella vez en la que estuve a punto de dejar mi sección en el periódico y aceptar una sustitución en Internacional, puesto que me obligaba a venir a vivir aquí durante nueve meses. Lara era pequeña y le dije a Fer que me hacía mucha ilusión cambiar un poco de aires. Él podía haber pedido una excedencia y haberme acompañado con la niña, pero me dijo que era imposible, que su carrera estaba empezando a despegar y que no podía dejarlo todo sin más para que yo cubriera una vacante temporal. Había que dar una respuesta rápida, así que decliné la oferta, sin plantearme más opciones.

Y como no hay dos sin tres... No te puedo decir si este viaje será de tipo cultural, de ocio o de qué clase, porque el revoltijo de sentimientos que ahora mismo se mueve por todo mi cuerpo no me deja buscar la definición exacta. Espero, al menos, que no sea de ese tipo de viajes que a una le gustaría... olvidar.

Rosa interrumpe mis pensamientos mientras nos registramos en el hotel.

—Hemos quedado para comer con un primo de Víctor, ya te he hablado de él, ¿te acuerdas? Es el que vive a caballo entre Londres y Madrid. Ven con nosotros, será divertido.

—Sí, ven, y así lo conoces. A él también le hemos hablado de ti —añade Víctor.

Tengo la sensación de que se han guiñado un ojo.

¿Qué interés puedo tener yo en conocer a su primo? No sé en qué momento les he dado a entender que necesito una cita.

—Prefiero descansar un poco y salir luego a dar una vuelta. Tengo apuntadas un par de librerías que quiero visitar y me vendrá bien despejarme. Os veo esta noche para la cena.

—¡Qué pena! —se lamenta Rosa.

—Ya me lo presentaréis otro día —digo con la boca pequeña, muy pequeña.

Me despido de ellos en el pasillo hasta la noche y entro en mi habitación.

Lo primero que hago es inspeccionarla. No sé realmente lo que busco, pero me gusta comprobar que todo esté limpio. Después, saco la ropa para que no se arrugue y la cuelgo en el armario. Aunque no he traído gran cosa, prefiero que esté todo ordenado y a la vista, otra de mis manías.

Decido que lo mejor será irme a dar una vuelta. Tal vez si me pierdo entre el gentío de las calles londinenses, me deshaga de esta sensación de melancolía que amenaza con hacerse fuerte en mí.

Ya la estoy echando de menos y todavía no he vuelto a casa. En mi mente solo rebota una idea: ella, en Londres. ¿Y yo?

Callejeo por la ciudad con un mapa en la mano que me han dado en el hotel. Sé que podría llevar el GPS del móvil y la vocecita cantándome si giro a la derecha o a la izquierda, pero, para muchas cosas, me sigue gustando lo arcaico. No me cuesta mucho encontrar la primera librería que estoy buscando en Notting Hill. Nada más entrar, me pierdo en la sección de libros de segunda mano. Me encanta deslizar las manos por esas páginas usadas y sentir la energía de quien lo sostuvo antes que yo. Es como si los libros

contarán dos historias: la que está escrita y la de quien lo leyó con anterioridad. Busco una edición especial de *Mujercitas*, porque quiero regalársela a mi madre. Gracias a ella y a esa historia, tengo este vicio sano por las letras. Seguro que le va a hacer mucha ilusión.

Pregunto en mi inglés —algo oxidado— a una dependienta y, al final, consigo un pequeño ejemplar que no está en muy mal estado y que además tiene ilustraciones.

Al salir de nuevo a la calle miro al cielo, que cada vez está más negro. Las tripas me empiezan a rugir y me doy cuenta de que son más de las tres de la tarde y no he comido nada desde el desayuno. Mientras busco en el mapa la dirección de la siguiente librería que quiero visitar, no paro de caminar. Empiezo a oír algún trueno y siento las primeras gotas de lluvia mojarme la cara. Llevo solo unos vaqueros y una camiseta blanca, con unas Converse del mismo color. Creo que me voy a calar. Busco un sitio para refugiarme cuando las gotas engordan y a los truenos ya los acompañan los rayos. Sin duda, estoy en medio de una buena tormenta de verano. La gente empieza a acelerar el paso por las aceras y se hace más difícil circular. La tromba de agua ya es un hecho.

Levanto la vista y busco donde cobijarme. Creo que estoy en Portobello Road. Me arriesgo a cruzar la carretera en mitad del chaparrón y esquivo a un par de coches con demasiada suerte: nunca me acuerdo de que aquí conducen en dirección contraria a la nuestra. En la esquina descubro un letrero de madera donde se lee: Café Havana.

No lo pienso ni un segundo y entro como alma que lleva el diablo.

—¡Mierda! —exclamo en un tono bastante alto al cerrar la puerta. Me sacudo las gotas como puedo, que ya me resbalan por casi todo el cuerpo. Estoy hecha un auténtico desastre, pero el olor a café inunda mis fosas nasales y me hace olvidar el resto.

—¡Menuda tormenta! —me dice una voz femenina, en un español muy dulce—. ¿Quiere que le deje algo para secarse?

—No, muchas gracias, enseguida estará seco —contesto en español y así me ahorro buscar las palabras exactas en inglés—. Lo que sí quiero es un café, solo y doble —digo con rotundidad,

mientras echo un vistazo rápido a las maravillosas bandejas de cristal cargadas de dulces que reposan en la barra.

—Perfecto. El baño está detrás de esa puerta, por si quiere pasar en lo que se lo preparo.

—Genial. Pero no me trates de usted, que me haces mayor.

—Ok, ok —repite ella con una sonrisa, y levanta la mano en señal de disculpa.

Frente al espejo del aseo compruebo el desastre. Pelo pegado como si me hubiera lamido una vaca, la camiseta blanca como una segunda piel, marcándome todo el sujetador, y, lo peor de todo, las zapatillas chorreando; si me las quito y las escurro, puedo regar las plantas de una jardinera. Espero no coger una pulmonía. Con el secador de manos me seco un poco la camiseta, en una postura imposible, y me revuelvo el pelo con los dedos. Desde que me corté la melena no necesito peinarme mucho. Creo que el café caliente me va a sentar de lujo.

Me siento en la barra y ya tengo mi taza esperándome.

—¿Eso de ahí es tarta de zanahoria?

—Exacto. *Carrot cake*, para los *sir* y para las *ladies.*

Me río por el tono jocoso que ha empleado y, por supuesto, le pido un trozo. Hace años que no la como y siempre fue una de mis favoritas. Me explica que me ha puesto un café colombiano, recién molido, con más concentración de cafeína que los normales, para activar mi cuerpo.

Sin dejar de meterme cucharadas de tarta en la boca, porque está espectacular, observo todo el local. Es pequeño y muy coqueto. Las paredes son de ladrillo visto y están pintadas en blanco; hay un montón de cuadros estilo *vintage* de carteles de Cuba, llenos de colores, que las adornan. Cuento tres mesas pequeñas, con sillas completamente diferentes a su alrededor, y un banco corrido con cojines verdes. Además de la barra principal, donde estoy sentada en un taburete de esos altos, veo una barra de madera estrecha, pegada a la cristalera que da a la calle; esa es la zona que tiene más luz.

—Cubana, supongo —digo con cautela al ver la decoración.

—Supones bien. Y tú, española, sin duda.

—Exacto.

—Mi nombre es Dafne, encantada.

—Yo soy Nora, un placer. —Nos estrechamos las manos.

Dafne me cuenta que toda la repostería que tiene es casera, hecha con sus propias manos, y que además es una apasionada del café. Por eso decidió abrir su propia cafetería en el país del «té de las cinco», y también porque no le gusta seguir la corriente.

Me encanta su sonrisa y su acento cubano, mezclado con un punto más británico. Su piel es tostada, como los granos del café que me ha servido, y su melena, muy rizosa; ahora la lleva recogida en un moño desenfadado con un pañuelo multicolor. Sin duda, es su toque más exótico. Sus ojos son negros y profundos, pero transmiten calma.

Atiende a otros clientes y aprovecho para comprobar el móvil. Estoy tan a gusto aquí sentada que no me he acordado ni de mirarlo.

Tengo un wasap de mi amiga.

URSU:
Ya he aterrizado en el paraíso. Viajar sola es un placer,
¿qué tal por Londres?

Aparece en línea en cuanto contesto.

Yo:
Todo bien. Disfruta de tu soledad, amiga.

URSU:
Tengo un amiguito que vive allí y es bastante mono
¿quieres su número? Igual te hace más amena la tarde

Yo:
¿En serio? ¿Por qué hoy de repente habéis abierto la veda para buscarme distracción?

URSU:
¿Quién más quiere que te abran la cueva?

Yo:
¡Qué bestia eres! Tienes alma de camionero, pero sin lo

que le cuelga entre las piernas.

URSU:
Dime quién. Quizás es que después de dos años todos pensamos que alguien te tendría que tocar pronto, para que no se te olvide.

Yo:
Rosa y Víctor, que hoy me querían presentar a un primo suyo. Agradezco vuestras intenciones, pero voy a pasar.

URSU:
Está bien, pero entonces concéntrate en esa columna, que te quiero volver a ver activa, aunque sea solo con el trabajo.

Yo:
Perfecto, pues no me despistes.

URSU:
Yo también te quiero, *my friend.*

Unos emojis de besos y corazones ponen fin a la conversación.

Parece que todo mi entorno estaba esperando a que se cumplieran los dos años de la muerte de Fer para meterse de lleno en mi intimidad, como si no me conocieran.

Saco del bolso la libreta y el bolígrafo, y le pido otro café a Dafne, solo que ahora me siento en la barra de la cristalera, para observar la calle. Ella inclina la cabeza con aprobación y me hace hueco para que pueda instalarme con los bártulos.

Definitivamente, me encanta este sitio.

Apunto solo algunas ideas que se pasean por mi mente, inconexas o no, porque todavía no tengo muy claro de qué quiero escribir, pero creo que de este esquema general podré sacar algo útil.

La cafeína ha activado mi cuerpo y mi mente. Los minutos pasan veloces. Levanto la vista del papel y me doy cuenta de que ya no llueve. Es tarde y creo que tengo que volver al hotel.

Recojo mis cosas y me revuelvo el pelo de nuevo, ahora ya está seco. Me acerco a la barra para pagar.

He estado tan concentrada en mi tarea que no me he percatado de que ahora el café está lleno. Me coloco en una esquina y le pido a Dafne la cuenta. Me fijo en un corcho pequeño, colgado en la pared de la izquierda, cargado de diminutos anuncios. Los hay de profesores de idiomas, de ayuda a domicilio, algunos de tiendas del barrio solicitando personal y, por último, el que más llama mi atención, uno de color azul donde pone «APARTMENT FOR RENT» y que tiene unas tiras en la parte inferior con el número de teléfono.

Una idea absurda e impulsiva cruza mi mente en este instante y, antes de que Dafne me dé el cambio, arranco una tira y me la guardo en el bolsillo de los vaqueros, a toda velocidad, como si estuviera cometiendo un delito. Espero que no me haya visto nadie o pensará que estoy loca.

Nos despedimos y le digo que antes de marcharme a Madrid volveré a tomarme un último café.

—Te estaré esperando. —Me guiña un ojo.

Y salgo convencida de que me lo dice de verdad.

6
¿Lo medito o no lo medito?

La bienvenida en el colegio está siendo de lo más animada. Después del discurso de apertura de la directora y de la presentación de todos los profesores, nos han sorprendido con un espectáculo de luces y danza, digno de cualquier teatro de Broadway. The Arts College es una de las instituciones más exclusivas de la ciudad, donde, además de cursar los estudios generales, fomentan la creatividad de su alumnado a través de las artes escénicas: danza, interpretación, música... Ruth siempre ha tenido una vena muy artística, desde pequeña, y cuando le propuso a Lara venir a estudiar aquí este año, mi hija no puso ninguna objeción. Al fin y al cabo, lo hace para perfeccionar el idioma, por eso no le importó que su amiga eligiera un centro con este perfil.

—Mami, mira, podré seguir jugando al tenis —me dice mi niña mientras paseamos por las instalaciones deportivas. Desde que hemos llegado esta mañana, se ha enganchado a mi brazo y todavía no me ha soltado.

Su calor, su olor, sus manos... Estoy segura de que este es el único recuerdo que quiero conservar.

Nos hacen una visita guiada completa, conversamos con algún profesor, preguntamos sobre los fines de semana y los permisos para las salidas y tomamos un pequeño *lunch* en una carpa que han instalado en el jardín.

No quiero llorar cuando nos damos el último abrazo, pero creo que una lágrima resbala incontrolable por mi mejilla.

—Voy a estar bien, mamá. Puedes venir algún fin de semana. Sería genial, no estamos tan lejos.

—Lo sé. Tú tranquila.

—No llores, mami. Además, no vas a estar sola, el tío Jaime siempre está por casa. Y va a ser guay que vuelvas a trabajar.

—¡Claro! —respondo, manteniendo un tono alegre, aunque me cueste horrores—. Tú disfruta y aprende un montón.

Rosa y Víctor también la abrazan y yo hago lo mismo con Ruth. Da igual cómo me sienta, solo me importa que esté feliz. Su cara junto a su amiga lo refleja. Eso es más que suficiente.

Cinco minutos después, salimos por la verja hacia la calle y suspiro con alivio. He estado a punto de derrumbarme delante de ella.

—¡Vámonos de compras, Nora! Seguro que nos cambia el humor.

—No lo creo —contesto con desinterés—. De todas maneras, gracias por la invitación, pero ayer, con la tormenta, me faltó visitar una librería, así que hoy me perderé entre libros.

—¿Estás segura? Quizás es mejor que no te vayas sola.

Si hay algo que no soporto, es que me traten con condescendencia. No quiero dar pena. A nadie.

—Tranquila, estoy perfectamente. Callejear me despejará —sentencio con voz mucho más firme.

Ellos paran un taxi y nos despedimos. Avanzo unos metros hasta situarme en un lugar más tranquilo y miro el nombre de la calle. El colegio no está en el mismo centro de la ciudad, pero tampoco en el extrarradio. Saco mi móvil para comprobar una cosa y no me lo pienso dos veces, paro otro taxi y le indico la dirección del Café Havana.

Entro decidida y me siento directamente en el rincón de la cristalera, que por suerte está vacío. Dafne me saluda levantando una ceja con una bonita sonrisa en los labios. Está sirviendo una mesa justo detrás de mí; cuando termina, se acerca.

—¿Solo y doble? —pregunta como si nos conociéramos de toda la vida.

—Exacto. —Sonrío, porque se ha acordado.

—Te voy a traer también un par de *cookies* de chocolate negro, que, como ya sabrás, es un fantástico antidepresivo.Ahora sí que me río abiertamente, porque es como una bruja y parece que me esté leyendo la mente.

—Bruja —digo entre dientes cuando se ha girado hacia la barra.

—Nieta de santera, que casi es lo mismo —responde con su acento más cubano.

El resto de los clientes nos miran sin entender nada. Y ella contonea las caderas al ritmo de la canción que suena en ese momento.

Saco la libreta y busco el bolígrafo en el bolso. Dafne regresa con la bandeja a servirme y me ve escribiendo.

—¿Eres escritora?

—No, soy periodista.

—¿Y estás en Londres por trabajo o por placer?

—Para ser exactos, por ninguna de las dos cosas.

Se vuelve porque hay una pareja esperando en la barra, y me dice en un susurro:

—Tómate el café y ahora me lo cuentas todo.

Me hace gracia su tono y su mirada expectante, como si fuera una amiga de toda la vida a la que hace tiempo que no ves y se quiere poner al día.

Ahora suena *Havana*, de Camila Cabello, y no puedo evitar acordarme de Lara otra vez. Ella y Ruth nos deleitaron con una actuación espectacular las pasadas Navidades. Fue graciosísimo verlas tan metidas en el papel. Antes de que se me caiga otra lagrimilla me meto la mano en el bolsillo para ver si tengo un pañuelo y poder limpiarme los ojos en caso de llanto, pero lo que aparece entre mis dedos, como una premonición, es el trozo de papel con el teléfono del apartamento que se alquila.

Dafne se acerca otra vez, ahora que la cosa está más calmada, y yo escondo el papelito debajo de la tapa de la libreta, sin saber muy bien por qué tanto secretismo.

—Soy toda oídos —dice, resuelta.

Y, efectivamente, como si de mi amiga del colegio se tratara, le hago un resumen rápido de mi vida, desde los dieciocho aproximadamente hasta hoy. Porque a veces es mucho más fácil desahogarte con una extraña que con tus conocidos. Sin reproches ni rencores. Ella escucha con atención, de vez en cuando se aleja para servir a algún cliente, pero inmediatamente vuelve a mi lado, como si no quisiera perderse ni un solo detalle.

A mí me sienta genial soltar toda la historia, sin demasiados dramas —incluida la muerte de Fer—, solo hechos. Hasta que llego

al verdadero motivo de mi viaje: Lara. Lo que más me sorprende es que Dafne, en vez de compadecerse de mí por haberme quedado sola, me dice, convencida:

—No te preguntes el *porqué,* pero ahora tienes delante de tus ojos la señal que estabas esperando para empezar otra vez.

—El problema es ese, Dafne, que yo no estaba esperando nada.

Nada.

—Ya, pero es que las buenas oportunidades se presentan así, sin esperarlas, esa es la magia. Tienes que... ¿Cómo es eso que dicen ustedes, los españoles? Coger los cuernos del toro...

—Coger el toro por los cuernos —la corrijo. Y las dos estallamos en carcajadas.

—Pues eso. Con firmeza y decisión. Toma las riendas de tu vida, Nora, porque nadie mejor que tú va a guiarte. Te lo digo yo, que llegué a este país con veinte años, sin saber apenas el idioma y embarazada, siguiendo el camino que me marcaron otros.

Abro mucho los ojos y Dafne me sonríe. Yo también quiero saber su historia, pero son casi las siete de la tarde y el café está lleno. Ella vuelve a colocarse detrás de la barra y yo retomo la escritura.

Estoy tan concentrada que no me doy cuenta de que Dafne me ha servido otro café hace rato. Lo bebo sin prisas, saboreando hasta la última gota. Las palabras me salen solas y creo que ya tengo claro de qué quiero hablar. Escribiré dos columnas diferentes y se las pasaré a Ursu, para que me haga de lectora cero; he estado tan ausente del mundo periodístico en los últimos tiempos que no quiero meter la pata.

Levanto la vista hacia la cristalera y me doy cuenta de que está empezando a hacerse de noche. Miro a mi alrededor y veo a Dafne recoger la última mesa y sacar la escoba para barrer el suelo. Ya solo quedamos ella y yo.

—Vaya, se me ha pasado el tiempo volando, tendrás que cerrar.

—Sí, cierro ahora, pero tranquila, todavía me queda un rato para dejarlo todo recogido.

—No, si tengo que irme. Mañana cojo el avión temprano para regresar a Madrid.

Lo guardo todo en el bolso y le pido la cuenta.

—A este último café te invito yo.

Le agradezco el gesto con cariño.

—Ha sido un placer, Dafne. Ahora vendré a Londres más a menudo, así que volveré a verte para que me cuentes tu historia.

—El placer ha sido mío, Nora. —Me da un cálido abrazo—. Y recuerda que, a veces, es difícil entender que para llegar a un lado hay que marcharse de otro.

Asiento con la cabeza y nos sonreímos con sinceridad. Al final va a ser verdad que es un poco bruja.

Sus palabras se quedan resonando en mi mente una y otra vez de regreso al hotel. Mando un mensaje a Rosa y a Víctor, excusándome por la cena, porque no me apetece nada compartir más charla por hoy, y me meto en mi habitación.

Me doy una ducha, me pongo el camisón y me tumbo encima de la cama con la mirada perdida en el techo.

Sin querer, empiezo a pensar en un millón de cosas. En Amelia y en su consejo sobre salir de mi círculo. En la distancia que hay entre Londres y Madrid. En un chalé de tres plantas, frío y vacío. En las nuevas etapas. En ese «vivir» y no «sobrevivir» que me recalca siempre Úrsula.

Me incorporo para alcanzar la libreta y pasar a limpio todas las ideas de esta tarde, y como esa «señal» de la que me ha hablado antes Dafne, se cae al suelo el trozo de papel azul.

Lo hago girar entre los dedos, como hacíamos con los bolígrafos Bic en las clases del instituto. Jugueteo con él mientras me río sola.

¿Lo medito o no lo medito?

Si Amelia me viera por un agujerito, se estaría apiadando de mí.

En fin, que quizás tenga que coger el toro por los cuernos. Otra vez palabras de mi pequeña bruja. No lo medito más.

Cojo el móvil, marco todos los números y escucho impaciente los tonos de llamada.

Uno. Dos. Tres. Cuatro.

Y cuando las manos me tiemblan y estoy a punto de colgar, porque no tengo ni idea de qué coño voy a decir, escucho una voz masculina que responde:

—*Hello*...

—*Hello*... Eh... Yo... —Me quedo en blanco como una auténtica boba, incapaz de decir ni una palabra más en inglés—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Cuelgo y lanzo el móvil contra la cama.

7
El apartamento

ALAN

En pocos días comenzarán las clases, así que he echado más horas durante estas últimas semanas para tener el apartamento listo lo antes posible. No sé en qué momento me pareció buena idea sacar de ahí los trastos que había dejado Andrea y darle un buen lavado de cara para volver a alquilarlo.

Si prefieres que sea sincero, te diré que sí sé por qué lo he hecho.

Lo primero, porque necesito la pasta para poder pagar la hipoteca de esta casa —todavía no sé cómo me dejé convencer por mi padre para comprarla—, y, dado que mi amigo y último inquilino decidió mudarse a otro barrio, tenía que volver a ponerlo en alquiler. Y lo segundo y no menos importante, porque trabajar, especialmente con las manos, me ha servido como terapia para intentar superar el ciclón que ha arrasado mi vida los últimos meses.

Va a ser la primera vez que ejerza de profesor, y aunque serán solo unas horas a la semana, tengo muchas ganas de empezar esta nueva etapa. Con treinta y cinco tacos tampoco es tan tarde para los nuevos comienzos, ¿o sí?

A finales del año pasado tomé la decisión de no volver a subirme a las pasarelas; básicamente, porque he estado casi quince años desfilando sobre ellas. Eso se traduce en millones de aviones, incontables hoteles, montones de ciudades e infinitas maletas. Siempre de una punta del mundo a la otra, sin apenas descanso.

Llegué a este mundillo de manera fortuita, como le ocurrió a la mayoría de mis compañeros de profesión. Un día, en el sitio más insospechado, alguien se fija en ti, le gusta tu cara, se acerca a saludar, te da su número de teléfono y con veinte añitos recién cumplidos hueles el dinero fácil —o al menos piensas que lo es— y vislumbras una oportunidad enorme —tías, tías guapas, tías espectaculares, viajes y ropa, más o menos en ese orden—. Casi sin

darte cuenta, estás posando delante de un fotógrafo para tu primer portafolio. El resto es como todo en esta vida: tener un poco de suerte, caer en gracia y buenos contactos. Menos mal que seguí el consejo de mi madre —ella, tan sabia siempre, como la mayoría de nuestras progenitoras— y no abandoné mis estudios de Bellas Artes. Intenté compaginar la carrera con el trabajo, aunque no fuera una tarea fácil; sin embargo, conseguí graduarme.

Ya llevaba un tiempo haciendo campañas publicitarias puntuales y reduciendo los desfiles. Durante esos meses, en los que empecé a alejarme paulatinamente, fui consciente de que necesitaba enfocar mi vida hacia mi verdadero sueño: el arte. Los veinte años ya los había dejado bastante atrás y, como bien imaginas, ya saboreé todas esas «enormes oportunidades».

Al principio ha sido todo un poco raro. Un cambio de ritmo muy drástico, sobre todo mentalmente. Normalidad de horarios, establecer rutinas, menos estrés, más tiempo para pintar, para leer; en definitiva, para vivir y respirarlo —soy de los que piensa que a veces se vive sin respirar lo suficiente—. Aunque no lo suelo reconocer delante de nadie, mi cuerpo también necesitaba un parón, no solo mi mente.

Como si no tuviera suficientes cosas a las que habituarme, antes de empezar el verano decidí poner punto final a mi historia con Camille y, con ello, intentar salir de una vez por todas del bucle sin sentido en el que nos habíamos sumergido. Sexo. Risas. Reproches. Llantos. Y no siempre en ese orden.

Con estas premisas espero que entiendas que este no ha sido mi mejor verano. No he disfrutado de esas veladas eternas que se alargan hasta el amanecer, ni de viajes relámpago a la playa, ni de escapadas con mi moto hasta donde las ganas me lleven; ni tan siquiera he podido aguantar los momentos *happy* de mis amigos.

He preferido alejarme un poco del ruido, de los excesos y de ella.

Me he escondido en el apartamento, exprimiendo al máximo mis ideas creativas e invirtiendo toda mi fuerza bruta en cada centímetro cuadrado de superficie, con un único objetivo: que quedara perfecto.

Ayer coloqué un par de anuncios por el barrio. El primero, en el café de Dafne —mi cubana favorita—. Además, aproveché para

comerme un trozo de una de sus tartas caseras, que han sido mi mayor vicio estas últimas semanas, porque apenas he tenido tiempo para cocinar.

Después dejé otro en el centro de yoga, que está a un par de calles. Allí también tienen una pared cargada de anuncios de todo tipo. Si veo que no me llama nadie en una semana, le pediré a Andrea —además de ser mi mejor amigo y exinquilino, es un fotógrafo cojonudo— que haga unas fotos y las subiré a internet.

Acabo de terminar de colgar un par de cuadros que he bajado de mi estudio y de probar todos los enchufes que he cambiado. Está todo «de revista», como diría mi madre.

Cierro con la llave y subo a mi casa por las escaleras del patio. El apartamento que alquilo se puede considerar como la planta baja de mi casa, pero, en vez de ser oscuro como un sótano, tiene muchísima luz, gracias a la cristalera de la parte delantera. El patio recibe el sol desde primera hora de la mañana hasta casi media tarde, cuando luce en esta ciudad, claro, que no es siempre. Por supuesto, lo compartiré con mi nuevo inquilino, porque, sin duda, es un rincón muy agradable en medio de tanto ladrillo.

Me descalzo antes de entrar y dejo las chanclas en el último escalón. Ahora me vienen a la mente los capullos de mis colegas, a los que siempre que organizo fiestas en mi casa —bastante a menudo antes de este verano— obligo a descalzarse. En muchos países de Europa siempre lo hacen, no sé por qué les parece tan raro. Será porque son como una pequeña delegación de Naciones Unidas, cada uno de un lugar diferente. Andrea se mofa llamándome «*scottish pies*», que casi suena como el papel higiénico ese del perrito. Una mezcla extraña de español y escocés que se ha inventado, lo que soy, en realidad.

Antes de meterme en la ducha me suena el móvil. Está encima de la isla de la cocina y con la vibración casi se cae —sería el tercero de este año—. Soy un poco desastre, ya lo descubrirás.

Miro la pantalla, pero no sé quién llama, pone «Desconocido».

—*Hello*... —respondo.

—*Hello*... Eh... Yo... —Una voz femenina habla al otro lado, pero casi no la entiendo—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —repite tres veces

y cuelga.

Miro la pantalla, incrédulo. Era española, eso seguro, porque la pronunciación era perfecta. No sé si se habrá equivocado de número o es que se ha trabado con el idioma.

Enciendo el fuego y coloco la tetera, todo siempre mejora después de un té. Aún tengo el móvil en la mano, porque realmente me he quedado como un idiota. Sus tres «mierda» bien claritos no me han transmitido buenas vibraciones.

Cabe la posibilidad de que se haya equivocado al marcar. Podría dejarlo correr, pero ese saludo en inglés del principio me ha descolocado un poco.

Mi dedo actúa por inercia y pulsa la tecla de llamada. Oigo que descuelga y, antes de que conteste, me adelanto.

—Disculpa, creo que me has llamado hace un par de minutos, pero después de una despedida un tanto... curiosa, se te ha cortado la llamada, ¿no?

—Perdón, lo siento. Ya veo que hablas español.

—Así es. Dime que después del *hello* te has mordido la lengua, ya sabemos todos que eso jode un montón. O quizás te has tropezado con algo. Si vas descalza y te has golpeado el dedo meñique, duele de cojones. ¿Estás bien? ¿Quieres que llame a emergencias? Los últimos «mierda» me han preocupado.

—Vaya. Creí que había cortado la llamada antes de soltar esa parte.

—Pues no. Además, soy de oído fino.

—Ya me doy cuenta, ya. Sí, estoy bien, gracias —responde con cierto retintín, siguiéndome el juego. No sé si está a punto de echarse a reír o de colgarme otra vez, por capullo.

—Creo que será mejor que empecemos de nuevo la conversación, ahora que ya hemos escogido el idioma. —Cuelgo, así, sin darle tiempo a réplica.

Me río como un crío unos segundos, los suficientes para darme cuenta de que sería bastante ridículo que ella pasara de mí ahora. ¿Te imaginas que no vuelve a marcar? Se la notaba tan cortada cuando ha descolgado que no me he podido resistir.

Me sirvo el té en mi taza preferida, una de color negro con la silueta de una mujer plateada, que pinté yo mismo. Antes de dar el primer sorbo, suena el móvil de nuevo.

—Hola —contesto con parsimonia.

—Hola. Llamo por el anuncio del apartamento, ¿es ahí? —Y me parece escuchar una levísima risa.

Esto de empezar de nuevo ha sido buena idea.

—Correcto. ¿Quieres que te dé detalles por teléfono o prefieres venir a verlo?

—Pues... —Duda. Duda unos cuantos segundos, en los que los dos permanecemos en silencio. Yo espero con calma una respuesta—. El problema es que vuelo a España mañana temprano, no me va a dar tiempo.

—Si quieres, te lo puedo enseñar ahora.

—¿Ahora?

—Sí. Si te apetece verlo antes de irte, ahora estoy libre.

—Está bien. Dame la dirección, aunque tardaré un rato.

—Sin problema. Apunta: 200 Wetsbourne Park Road.

—Muy bien. Ahora nos vemos.

—Por cierto, me llamo Alan. ¿Y tú?

—Nora.

—Perfecto, Nora. *See you*.

Me despido y cuelgo. Estoy a punto de decirle tres «mierda» en inglés, pero no quiero pincharla más.

Me termino el té, sin prisas, conecto el móvil al altavoz y cuando empieza a sonar *New Light*, de John Mayer, que me da muy buen rollo, me meto en la ducha. Necesito quitarme este olor a humanidad antes de recibir a mi posible inquilina.

Estoy un buen rato bajo el chorro de agua casi fría. Soy de los que prefiere que no esté muy caliente, para espabilar. Justo cuando cierro el grifo, después de haberme aclarado bien, oigo el timbre de la puerta.

¡Ya está aquí!

El timbre suena de nuevo. Quizás lleva un rato llamando y no la he oído. Me anudo la primera toalla que encuentro a la cintura y bajo las escaleras con los pies mojados. Estoy a punto de caerme.

Abro sin mirar y veo a una chica de espaldas, andando hacia la salida. Desde esta distancia parece menuda. Tiene el pelo moreno y ondulado, justo a la altura de la nuca. Lleva un vestido corto, de lunares blancos y negros, y una cazadora vaquera encima.

—¿Nora?

Ella se vuelve y la expresión que veo en su cara es de sorpresa y pánico a la vez. Baja la mirada y me hace un repaso rápido, todavía sin articular palabra. Yo mismo me miro y me doy cuenta de que la toalla que me he puesto para cubrirme es la del lavabo. Ridículamente minúscula para mi generosa anatomía. Me cubre el paquete y el culo, al ras. Estará alucinando. Queda con un tío al que no conoce de nada y este va y la recibe medio en bolas. Pensará que soy un puto exhibicionista.

—Si te pillo en mal momento, lo dejamos —consigue decir sin levantar la mirada de su bolso, como si estuviera buscando algo, nerviosa.

—Disculpa, estaba en la ducha. Pasa y espérame en el salón. Voy a vestirme.

Y, sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y dejo la puerta abierta, invitándola con ese gesto a que entre en mi casa.

8
¿Quién soy?

No tengo ni idea de quién soy ni de qué hago aquí. El letargo ese en el que he estado sumida, como dice la graciosilla de Úrsula, me ha debido de matar las neuronas que me quedaban vivas.

Sola, en Londres, de noche, delante de la puerta de un tío con el que he hablado hace un rato por teléfono sobre el alquiler del apartamento. ¿Y si es... un asesino en serie? ¿O un violador...? O algo más chungo. Total, siempre soy de las que se pone en lo peor.

Loca. Estoy loca.

Después de mi primer intento de llamada fallido, me ha sonado el móvil y, ¡sorpresa!, era él. Lo he cogido rápido y sin pensar. Cuando ha empezado a hablarme en español y a recordarme los tres «mierda» que he soltado por mi bonita boca, me he puesto roja como un tomate, menos mal que no podía verme nadie.

No sé por qué demonios mi hija se ha venido a vivir a esta ciudad a perfeccionar el inglés si aquí todo el mundo habla español.

Voy a centrarme, que me desvío del tema.

La conversación ha sido muy rara. Hasta me ha preguntado si estaba bien o llamaba a emergencias. Mi cara era un poema. La estupefacción total ha llegado cuando me ha soltado que como ya habíamos escogido idioma, lo mejor sería empezar la conversación de nuevo y, con las mismas, me ha colgado. Él a mí, sin un triste adiós. Y yo, como soy idiota o una inconsciente, le he seguido el juego volviendo a marcar.

Por fin nos hemos centrado en el tema principal, el alquiler del apartamento, y, ni corta ni perezosa, he decidido venir a verlo esta misma noche.

Ya estaba en camisón, así que me he puesto el único vestido que he traído, las zapatillas y la cazadora, y en el mismo hotel he cogido un taxi.

He llamado a Úrsula por el camino y casi la mato de un susto por la diferencia horaria. Le he hecho un resumen rápido, básicamente porque mi mente negativa necesita estar segura de que, si me ocurre algo, sepa dónde puede encontrarme. También la he obligado a quedarse con la custodia de Lara en caso de fallecimiento; del mío, por supuesto. La he pedido que me lo jurase tres veces. Esto se lo toma a cachondeo, pero en cuanto llegue a Madrid quiero hablar con mi abogado y dejarlo por escrito.

—Eres gilipollas, con todas las letras —me ha contestado sin titubear.

—Seguro que sí, pero apunta bien la dirección, y si dentro de una hora no sabes nada de mí, llama a la poli, por favor.

—Nora, es solo un tío, no todos muerden. Irás, te enseñará el apartamento, le pondrás un millón de pegas, porque tu subconsciente siempre te echa todos los planes por tierra, y volverás al hotel, sana y salva. Y mañana a Madrid, con tus amigos los *pijus,* a tu chalé burbuja.

—Una hora, Ursu. Puedes empezar a preocuparte dentro de una hora.

Y justo cuando he colgado, el taxista me ha dicho que había llegado a mi destino.

La zona me gusta, es una calle residencial al lado de Portobello. La mayoría de las casas son de estilo victoriano, algunas están pintadas de colores y otras con la fachada de ladrillo, como esta. Parece un barrio tranquilo, pero cerca de las calles con más ambiente. Tranquilidad absoluta tampoco es lo que estoy buscando.

Me sudan las manos y no hace nada de calor. Llamo al timbre y espero a que abran.

Nada.

Miro el número en la puerta y hasta saco el móvil para ver mi ubicación y comprobar que no me he equivocado.

Vuelvo a llamar, esta vez insistiendo un poco. Nada.

Lo intento una última vez y, dado que no obtengo respuesta, me vuelvo y bajo las escaleras para irme por donde he venido, a ver si en esta misma calle puedo coger otro taxi. Debe ser una señal del destino, que me dice que lo mejor es salir de aquí.

—¿Nora? —oigo que me preguntan.

Me giro y la imagen me impacta. No sé si me bloquea la mente, el cuerpo o las dos cosas a la vez. Un chico rubio, alto y con el pelo mojado está apoyado en el marco de la puerta. ¡Ah, y casi desnudo!, que ese dato lo había omitido. Se puede considerar que no lo está del todo porque una toalla negra anudada a la cadera le cubre las partes nobles. ¿Nobles? Esa expresión es propia de una señora de más de setenta.

La neurona más espabilada de las que me quedan ha decidido tomar el mando y dar la orden a mi cerebro para que empiece a hablar.

—Si te pillo en mal momento, lo dejamos —consigo decir sin mirarlo a la cara. Ni al pecho, ni a la parte que hay entre el pecho y el comienzo de la toalla.

No quiero ver nada. Abro el bolso y disimulo. No tengo ni puñetera idea de qué busco en realidad.

—Disculpa, estaba en la ducha. Pasa y espérame en el salón. Voy a vestirme.

Y como no soy capaz de articular ninguna palabra más, se da la vuelta y deja la puerta abierta. Parece una clara invitación. Saco el móvil y tecleo rápido mientras subo por las escaleras.

Yo:

Media hora a contar desde ya.

Se lo envío a Úrsula y entro en la casa.

La entrada es grande y lo primero que veo es que las paredes están forradas de madera pintada en azul oscuro, como las casas señoriales.

Al fondo, una puerta doble que está medio abierta; imagino que será la del salón. No hay rastro de... ¿Alan? Alan, dijo que se llamaba, ¿no? Todo está en silencio, menos cuando cruje la madera.

—Bajo en un minuto —me grita desde el piso de arriba.

Me quedo inmóvil en el salón, observando todo lo que me rodea.

La casa por fuera tenía muy buen aspecto, pero el interior me está dejando boquiabierta. La chimenea, en el centro de la pared de la derecha, es lo que más llama mi atención; grande y forrada de

madera muy oscura, casi negra. Encima tiene un espejo muy antiguo, algo deteriorado y sobre la repisa dos cuadros de líneas abstractas, en tonos azules y fucsias, aportando un increíble toque de color. A ambos lados están las estanterías, cargadas de libros. La mayoría son de gran formato, así que deduzco que son de los que contienen imágenes. En un hueco a la izquierda veo un equipo de música, ultramoderno, con esos altavoces de última generación estratégicamente repartidos por las esquinas. Casi a ras de suelo, un televisor de no muchas pulgadas.

Me gusta que las letras ocupen más espacio. Por orden de preferencia, diría que a Alan le van: los libros, la música y, en último lugar, la caja tonta.

Una cristalera enorme ocupa la otra pared, en la que se distingue una puerta que da salida a una terraza. El sofá, amarillo y gris, grande y con forma de ele. Tres mesas metálicas, a juego y en cobre envejecido, se reparten por la estancia; la primera, situada al lado de un radiador de hierro fundido negro, de los antiguos, pintado a juego con la pared, y las otras dos, en el centro de la alfombra.

Me llama mucho la atención un cuadro que está apoyado en el suelo, blanco y negro. Es de una mujer sosteniendo una cámara de fotos antigua, y se lee debajo «I Love Art...».

Creo que el arte también está entre sus preferencias.

Estoy tan ensimismada contemplándolo todo que no he reparado en la presencia de Alan en la puerta.

—Ya estoy listo. Perdóname por haberte abierto en bolas, pero he salido de la ducha y he bajado a todo correr —dice, estirándose la camiseta que todavía trae a medio poner.

Está descalzo, y observo unas líneas de tinta sobre sus empeines. Lleva puestos unos vaqueros azul claro, muy desgastados, y el pelo todavía revuelto. Lo que no sé explicar es por qué narices lo estoy examinando con tal precisión.

Huele muy bien, a recién duchado, a fresco, a ropa limpia. Inspiro un par de veces su olor desde mi posición, intentando descifrar los matices de su colonia —cítricos, quizás un toque de romero (las plantas enseguida las detecto) y agua salada—, como si no hubiera apreciado un perfume así de masculino hace millones de años.

—Tranquilo.

Se acerca como para darme dos besos, solo que soy más rápida y alargo la mano. Él adivina mi gesto y sonríe. Estira la suya para darnos un leve apretón y mi mirada se fija en los dos anillos de plata que lleva puestos en los dedos pulgar e índice, y en la pulsera, de plata también, que rodea su muñeca.

Me suelto rápido de su contacto.

¿Qué clase de tío sale a abrir la puerta desnudo? ¿Un tarado?

¿Un exhibicionista? Un... No se me ocurren más calificativos. Y yo aquí, en su casa, con él a solas.

«Guarda las distancias, Nora, por si acaso. Guárdalas».

Alan es un chico alto y fuerte. Con una ligera barba, de pocos días, que casi no se distingue porque es muy clara. Ahora que la distancia es bastante más corta que antes, lo miro a la cara. Tiene los ojos azules, casi transparentes, y su mirada me intimida, no me preguntes por qué. Debajo de su ropa me imagino un cuerpo moldeado a base de horas de gimnasio, en realidad, más que imaginármelo, lo puedo confirmar, porque ya lo vi antes, no lo olvides. Mis ojos se detienen otra vez en una línea negra de un tatuaje que nace casi en su muñeca y se pierde debajo de la manga de la camiseta, por el interior del brazo. Está claro que la tinta también le gusta.

«Nora, ¿puedes volver al tema que te ha traído hasta aquí?».

Esa es mi voz interior. Como he vuelto a darle a la tecla, creo que mi mente periodística se intenta quedar con cada pequeño detalle. Nunca sabes dónde puede surgir una historia.

—De todas maneras, creo que hay un malentendido. En el anuncio decía apartamento y esto es una casa, enorme. Enorme y preciosa, por cierto.

—Me alegro de que te guste, pero no.

—¿No?

—Perdón, me refiero a que no es un malentendido. Lo que alquilo es el apartamento de la planta baja. Acompáñame.

Pasa por delante de mí, abre la puerta de la cristalera y me indica con la mano que salga yo primero. Al poner un pie en la pequeña terraza, se encienden las luces, supongo que tienen un sensor.

Mis ojos ahora solo pueden ver el patio que hay debajo. Cemento, madera, un camino de losetas y algo de vegetación; un árbol pequeño y unas cuantas plantas que pasaron a mejor vida. Está limpio y cuidado, pero yo le hubiera metido un poco de color. Me fijo en un par de jardineras vacías y en una mesa de madera de teca, con un banco pegado a la valla, con cojines, además de un par de sillas colocadas al otro lado. Al fondo hay un pequeño cobertizo. El patio se encuentra entre los muros de las propiedades colindantes y posee cierta intimidad.

No sé por qué mi cerebro me devuelve mi propia imagen ahí sentada con un libro en la mano.

—Mira, allí al final hay una puerta de acceso. Es la entrada por la calle de atrás, pero ahí no puse timbre. Por eso he quedado contigo en mi casa. Tú podrás entrar y salir por ahí con tus llaves, y así tendrás total independencia.

Me sorprenden sus palabras. Está dando por hecho que se lo voy a alquilar, e intuyo que es por la expresión de satisfacción que refleja mi cara.

Después de bajar las escaleras, a mano derecha, observo otra cristalera que es parte de la fachada del apartamento. Aunque es el bajo, debe de tener mucha luz. Abre una puerta de doble hoja y me vuelve a dejar pasar primero. Todo un caballero.

Echo un vistazo rápido. Es pequeño. Muy pequeño, aunque con el techo bastante alto, por lo que no da sensación de agobio. Todavía huele a pintura. Paredes de ladrillo visto, muy rústicas. Cocina tipo americana, blanca y abierta. A través de una pequeña barra, con un par de taburetes, accedes a la zona que hace de salita, porque no llega a salón. Un sofá gris claro con una mesa baja delante y una alfombra en los mismos tonos. Todo está nuevo, o al menos lo parece. Algún cuadro suelto en la pared y una lámpara bastante antigua, restaurada y pintada de blanco también.

Mientras lo inspecciono todo, Alan me cuenta que ha terminado de reformarlo esta semana, él mismo, con sus propias manos. Me enseña que la cocina tiene de todo a pesar de ser enana, como él la define.

—¿Te gusta?

—Bueno... Creo que me podría servir.

Me guía hasta el final, donde veo dos puertas. Entramos en la de la izquierda; es la habitación, solo tiene una. También en tonos blancos y grises. Cama grande, butaca al lado de un espejo de pie y dos mesitas. Casi de pared a pared, un armario empotrado, hasta el techo. Y, tras la otra puerta, un baño. De tamaño no está mal, comparado con el resto de la casa, aunque no tiene bañera, solo ducha.

—¿Es el primero que has visto? —se interesa.

—Sí. He venido a Londres por otro motivo, pero he pensado que podría quedarme un tiempo. Todavía no lo he decidido.

Alan me acompaña hasta la puerta después de que lo haya visto todo y me dice que, si me quedo, el patio lo compartiremos. Me cuenta que es un barrio tranquilo, bastante seguro, y que además está muy bien situado, cerca de Portobello Road y todas sus posibilidades de ocio.

—Me gusta la ciudad, su trasiego y su ruido, pero reconozco que a veces me abruma y necesito desconectar —afirma, convencido.

Me hacen gracia sus palabras, porque yo, que me he criado primero entre la paz de las montañas y después en el bullicio de una gran ciudad como Madrid, sé de lo que habla. A mí también me gusta guardar un equilibrio entre el campo y la ciudad. Lo de mi urbanización no se puede considerar ni una cosa ni otra, porque hasta para comprar el pan tienes que coger el coche.

Subimos las escaleras de nuevo y me doy cuenta de que ha estado descalzo todo este tiempo.

Entramos en su casa y me ofrece algo para beber. Solo pido un poco de agua, tengo la boca seca, aunque no he hablado mucho. Lo acompaño hasta su cocina, que está pegada al salón, y me vuelvo a quedar alucinada. Es enorme y muy moderna. Contrasta con el estilo sobrio chic del salón y de la entrada, más acordes con la casa.

—Hablas muy bien español —comento después de beber un buen trago.

—Tú también —se burla—. Es broma. Mi madre es de Barcelona y mi padre escocés. Nací y viví en Edimburgo hasta los doce, después mis padres se separaron y me fui a vivir a España con mi madre. A

los dieciocho, cuando ya no podía soportarme más, me mandó con mi padre aquí. Creo que soy un ejemplo perfecto de bilingüismo —dice, sonriendo—. Y, tú, ¿de dónde eres?

—Yo soy de un pequeño pueblo del norte, cerca de los Picos de Europa. Me fui a estudiar la carrera a Madrid y allí me quedé, hasta ahora, al menos.

Le pregunto por el dinero y las condiciones. Solo me quedo con la cifra en libras que me da y la fianza. Comenta que firmaríamos un contrato muy básico. Entiende que es mejor ser flexible con ciertos puntos.

Me suena el móvil y corto la llamada sin mirar.

—Está bien, tengo que meditarlo —comento.

«Mentirosa, hay algo dentro de ti que te impulsa a coger un bolígrafo ahora mismo y firmar ese contrato. Reconoce que te gusta la idea de vivir sola, en ese apartamento, lejos de todo y de todos».

El móvil vuelve a sonar, insistente. También oigo la señal de los wasaps.

—Cógelo, tranquila.

Miro la pantalla por curiosidad y veo que es Úrsula. Mierda, ha pasado más de media hora desde mi último mensaje. Solo falta que avise a la policía.

—Un segundo —me disculpo, mientras tecleo todo lo rápido que puedo.

Yo:

Estoy bien, estoy entera. En cinco minutos te llamo.

—Está bien. Tienes veinticuatro horas para darme una respuesta. Hay un par de chicas que ya lo han visto y también están interesadas.

Vaya, qué solicitado está, ¿no?

—Perfecto. Mañana por la noche te digo algo.

Alargo la mano para despedirme de nuevo, me la estrecha un poco más fuerte que antes y vislumbro una ligera sonrisa. Cuando la está retirando, noto cómo roza con su dedo mi alianza. Me quedo quieta, hasta parece que contengo el aire en los pulmones, como si de

repente hubiera vuelto a la realidad, a lo que realmente soy: la mujer de Fer, o, mejor dicho, su viuda.

—Espero tu llamada, entonces.

Nos despedimos en la puerta y camino por la calle en busca de un taxi mientras marco el teléfono de mi amiga, ¡al carajo la diferencia horaria!

Si hay alguien capaz de darme el empujón necesario para mudarme aquí, es ella.

9
Hola y adiós

Acabo de aterrizar en Madrid. Un vuelo corto y sin incidentes. Tiene razón Lara cuando me dice que no vamos a estar tan lejos.

Ayer me mandó un mensaje antes de meterse en la cama. Me dijo que estaba bien, solo un poco nerviosa porque hoy empezaban las clases. Ya se han hecho amigas de las chicas de la habitación de al lado, otras dos novatas como ellas.

Desde que salí de casa de Alan anoche no paro de darle vueltas a lo mismo. Me quedo. Me voy. Me quedo. Me voy. Como si estuviera en un callejón sin salida, ahí me detengo, en mitad de la más absoluta incertidumbre.

La conversación con Úrsula se alargó hasta casi la madrugada; la mía, claro. Mi amiga me dijo que después de haberle dado un susto de muerte y de haberla desvelado, tenía que contárselo todo, incluso hasta los detalles más tontos. Me acribilló a preguntas, como si la periodista fuera ella. La llamada. La casa. El casero. El apartamento. La ropa que llevaba. Guapo o feo. Edad. Altura. Color de ojos. Casado o soltero. La zona. La distancia al bar más cercano. Estado de la cocina y el baño —según su criterio, imprescindibles en un alquiler—. Y así estuvimos hasta las tantas.

Su veredicto: «DILE QUE SÍ, YA».

Y eso que no le he dicho que Alan me ha parecido un tipo interesante y, por supuesto, he obviado que físicamente podría ser portada del suplemento de moda que sale los sábados con el periódico. Conociéndola, me hubiera pedido hasta una foto y su teléfono. Si saca su vena más profesional, os aseguro que lo hubiera querido vender como su producto estrella.

Rosa y Víctor me traen hasta casa.

—Llámame alguna tarde o vente a casa y nos tomamos un café. Seguro que, si hablamos de ellas, lo llevaremos mejor —dice mi vecina.

—Claro, pero no te preocupes, que seguro que nos llaman la mayoría de los días.

—Y si te apetece que salgamos a cenar un día, dínoslo. Nos vendrá bien aprovechar ahora que nos hemos quedado sin hijos.

—Está bien, os llamaré cualquier día de estos.

En vez de entrar en casa, me descalzo y me doy un paseo por el jardín. Miro mis plantas y compruebo que todas estén bien. Luego, me siento en el borde de la piscina y meto los pies en el agua.

Tengo un nudo en el estómago. Debería ser valiente y entrar en casa, pero, de momento, no puedo.

Él hace tiempo que no está y ahora ella, tampoco.

Observo la casa desde fuera. Me abruma lo grande que es y lo pequeña y sola que me voy a sentir dentro.

Cierro los ojos y, como si de un sueño futurible se tratase, me imagino entrando por la puerta del patio de Alan. Arrastro mi maleta por el camino de losetas y llego hasta la entrada del apartamento. Sigo con los ojos cerrados todavía. Introduzco la llave roja, la misma que sostenía él en la mano ayer, y cierro la puerta tras de mí. En mi imaginación, en cuanto me cuelo entre esas cuatro paredes, respiro.

Mi móvil suena para devolverme al presente.

—Hola.

—Hola, ¿ya estás en casa? —pregunta Jaime.

—Sí, acabo de llegar.

—Tengo bastante trabajo, pero sobre las ocho o así me paso y me lo cuentas todo.

—Vale, aquí estaré.

—Lara está bien, Nora. Anoche hablé con ella. No te preocupes.

—Lo sé, es solo que tengo que ir haciéndome a la idea.

—Ok. Luego te veo, ya llevo yo la cena.

Cuelgo y me levanto. No puedo seguir perdiendo el tiempo. Me armo de valor y entro en casa.

Como si supiera que la necesito, Ursu me manda un audio de más de un minuto. Lo escucho mientras deshago la maleta.

«Norita, entra en esa burbuja de una puta vez, es una casa, no te va a comer. Saca la maleta grande, la negra, y mete todo lo que puedas. Ropa, el portátil, un par de fotos y el último libro que hayas

comprado, nada más, que te conozco. Pasa de llevarte muchas cosas porque en cuarenta metros cuadrados no te va a caber casi *na*. Los abrigos, ya volverás a buscarlos cuando entre el invierno, o ya te los llevo yo o compras otros, eso es lo de menos. Llama a tu casero, el escocés, y dile que te lo quedas. Ya. Y que el viernes a mucho tardar estás allí. No levantes las cejas como si estuviera loca, que nos conocemos. Es tu puñetera oportunidad, amiga. Tuya, de nadie más. Tienes un día para enviarme una columna decente, así que déjate de lamentaciones y vuelve a la vida, ¡coño!».

Me río. Joder con mi Ursu, es como si hubiera colocado una cámara de vigilancia.

Se acabó, por una vez en la vida voy a hacerle caso. Saco la maleta grande y sigo cada una de sus instrucciones.

Mientras decido qué me llevo y qué dejo, llamo a mis padres. No me lo cogen porque están de crucero por el Mediterráneo. Me imagino que me devolverán la llamada cuando tengan cobertura. Entro en la habitación de Lara y cojo dos cuadros pequeños que están en su mesita. En uno estamos los tres, hace unos años, en la piscina. Reímos con ella colgada de nuestros cuellos; la foto la sacó Jaime.

En la otra está ella sola. Se la hice un domingo cualquiera mientras leía en su habitación, con los cascos puestos, el pelo alborotado, tirada en la cama y en pijama. Ella la odia y a mí me encanta. Desprende vida por los cuatro costados. Esa es mi hija, fuerte, feliz y valiente, mucho más que su madre.

Dejo la maleta a medias y me bajo al salón con el portátil y la libreta. Me siento a la mesa, al lado de la ventana. Ha llegado la hora de ponerme a escribir.

La columna me sale casi sola. El tema: «Niños con mochilas vacías». Figuradamente, claro. Lo empecé a pensar en Londres, después de dejar a Lara en su nuevo colegio y verla feliz. Escribo rápido porque lo tengo muy claro. Hablo sobre esos padres que tienden a cargar las mochilas de sus hijos con sus propios anhelos o frustraciones. Da igual si son deportivas, curriculares o sentimentales. Cada uno tiene que soportar su propio peso, y, en los tiempos que corren, nuestros niños y adolescentes no necesitan que

sus padres viertan en ellos aquellos sueños o expectativas que no llegaron a cumplir por sí mismos. La vida ya se encargará de mandarles sus propias piedras.

Ni en los meses en los que he estado más deprimida, sin ganas de nada y queriendo desaparecer, se me hubiera pasado por la cabeza verter mi dolor, mi miedo y mi desasosiego en Lara, nunca. La educación consiste en proporcionar las herramientas necesarias para que nuestros hijos se formen como personas independientes, no como un apéndice hecho a nuestra imagen y semejanza, de lo que queramos que sean o de lo que nosotros quisimos ser.

Cuando la termino abro Spotify y me enredo buscando nuevas canciones. Voy a darme unos minutos para sosegarme —volver a escribir con esta intensidad ha desatado mis endorfinas—. Despues, la releeré un par de veces y se la mandaré a Úrsula.

Descubro *Mama*, de Clean Bandit y Ellie Goulding, y me voy a la cocina a prepararme algo para comer.

Con el estómago lleno y la cabeza despejada, le envío a mi amiga la columna.

Por la tarde por fin hablo con mis padres. Acaban de desembarcar en Venecia. Les cuento cómo dejé a Lara, lo de mi columna y la decisión que he tomado respecto a la mudanza. Les sorprende. No obstante, me dicen que les parece muy acertada. «Tienes que volver a elegir tu camino, hija», dice mi madre. Cuelgo con la sensación de estar haciendo lo correcto.

Estoy tan a gusto delante del ordenador que me animo a abrir un nuevo documento Word: *Nuevo Proyecto*, lo llamo. Siempre he tenido ganas de saber si sería capaz de escribir una novela. No tengo muy claro de qué género todavía, pero sí que me gustaría contar cosas reales, de la vida misma... ¿Autobiográfica? Pues no sé. Quizás escribir sobre todo lo que he sentido estos meses me sirva para reforzar la terapia que empecé con Amelia. No lo descarto, aunque me encantaría también contar la historia de otras mujeres.

Cuando el sol ya no calienta tanto me doy un baño en la piscina. He estado tantas horas sentada hoy que mi cuerpo lo agradece. Justo cuando salgo y me estoy secando con la toalla, llega Jaime.

—Hola.

—Hola.

—Voy a dejar la compra en la cocina.

Trae una bolsa grande de papel con lo que me imagino que es la cena. Subo a mi habitación a cambiarme y, cuando regreso, veo que ha traído comida hawaiana, de un restaurante que hay cerca de su trabajo que le encanta.

—Espero que te apetezca esto. Es que he tenido un día de locos y no me ha dado tiempo a nada más.

—Tranquilo, está bien.

Saca todo lo que ha traído en unas bandejas mientras yo abro una botella de vino. Se sienta en el porche y yo le sigo.

—El viernes reservo donde quieras y te invito a cenar —sugiere con una sonrisa.

Puedo alargar el momento, decírselo luego, o incluso mañana, pero prefiero soltarlo ya.

—Jaime, el viernes no podrá ser. Me voy a Londres.

—¿Otra vez? No pensarás ir todos los fines de semana, ¿verdad? Lara está muy bien, ya te lo he dicho. La noté muy contenta.

—No, no me has entendido. Me voy a vivir a Londres.

—¿Por qué?

Me sorprende mucho su pregunta. Podía haberme dicho que estoy loca, que tengo que dejar a Lara crecer, que no puedo vivir pendiente de ella siempre o mil argumentos más, pero no, él solo formula una pregunta para conocer mis motivos.

—Necesito salir de aquí, Jaime. Necesito ocuparme de mí misma y dejar de sobrevivir.

—¿Hablas tú o Úrsula? Porque me parece que esas son más sus palabras que las tuyas.

Me mosqueo un poco, porque hace mucho tiempo que ya no me enfado. Su pregunta me ofende. Puede que haya escuchado esas palabras a mi amiga alguna vez, pero ahora las estoy diciendo yo, convencida.

—Puede que sean sus palabras, pero ahora, por fin, salen de mi boca.

Jaime se calla y me observa, como si la noticia lo hubiera bloqueado por completo. Se acerca más a mí y coge mis manos

entre las suyas.

—Lara no está, Nora, pero yo sí. Mírame, estoy aquí para ti. Lo estoy desde hace mucho tiempo, solo tienes que abrir los ojos y verme.

Está cerca, muy cerca. Y sus ojos verdes bailan de los míos a mi boca y viceversa. No quiero ponerme tensa, pero nunca lo había visto mirarme así. Jaime es mi cuñado. Es verdad que siempre ha estado ahí para nosotras, pero yo nunca lo he visto como algo más, ni a él ni a nadie, para ser más precisa.

—Eres muy importante para Lara. —Pronuncio con énfasis el nombre de mi hija y me separo de él lo suficiente para soltarme de su agarre—. Y te agradezco todo lo que nos has ayudado y nos ayudas, pero tengo que volver a vivir, Jaime. Y necesito hacerlo lejos y sola.

Noto cómo inspira, conteniendo algo que no sé descifrar, puede ser rabia, enfado o pena. Se sirve otra copa de vino y se la bebe casi de un trago.

—Huye si quieres, pero seguimos siendo vuestra familia. —Se levanta—. Puedes terminarte la cena, porque he perdido el apetito.

Me da la espalda y se encamina hacia la puerta. No quiero que se vaya así, enfadado conmigo o con él mismo, no lo comprendo. Me gustaría que me dijera por qué se lo ha tomado tan mal, lo que le pasa por la cabeza ahora mismo, pero se calla, porque Jaime es sinónimo de hermetismo.

—¡Jaime! Quédate, podemos seguir hablando.

—No, ahora no quiero hablar, Nora, porque, si lo hago, olvidarías su ausencia.

No me da tiempo a preguntar más, ha cerrado la puerta y se marcha sin decir adiós.

—Adiós —digo más para mí que para él.

No sé qué ha querido decir con lo de la ausencia. No entiendo su acercamiento, ni su cabreo. Solo me ha quedado clara una cosa —después de esta escena que no me esperaba—, o, más que clara, cristalina, y es que tengo que mandar un wasap, ahora.

Yo:
Me lo quedo.

Tres palabras.
Nueva vida.

10
La inquilina

ALAN

La primera toma de contacto con mis alumnos ha sido un verdadero caos. Me he dejado llevar por las ganas de entrar con buen pie y por el entusiasmo de conocerlos, así que he ido sin brújula, intentando ser el más gracioso. Error. Menos mal que estaba Becca, mi amiga de la universidad, ahora directora de la escuela, para guiarme. Me ha dicho que tener buen rollo con mis alumnos es fundamental, al menos estos primeros días, sin embargo, no puedo limitarme a ese estado de euforia inicial. Necesito marcar la línea de separación —aunque sea delgada— entre alumno y profesor.

El estrés ha hecho mella en mí. A pesar del agotamiento, como es jueves, he quedado con los chicos en el Black, nuestro pub favorito, para tomar unas pintas.

Andrea y Robert ya están sentados en nuestro rincón, la mesa del fondo, la más escondida.

Black, el dueño del pub —no sabemos si se llama así de verdad o es un mote—, me hace un levantamiento de cejas a modo de saludo y me dice que ahora me sirve la camarera. Es un tío enorme, que rozará los dos metros, con unos bíceps que no le caben en las mangas de las camisetas. Es bastante parco en palabras, aunque con nosotros lo tiene fácil, somos asiduos y siempre bebemos lo mismo: cerveza doble malta. De modo que no nos hace falta intercambiar más que un par de gestos y listo.

—Vaya, Scott, tienes cara de cansado. —A mi amigo Andrea le encanta llamarme por mi apellido, así todos saben que soy escocés. Yo a él lo llamo Espagueti, pero no es lo mismo—. Ser profesor no te sienta nada bien. Quizá deberías replanteártelo.

—Gracias, capullo.

—No hace falta que me pongas al día. Becca me ha contado todos los detalles, incluido lo de que casi te convencen para no hacer

exámenes hasta junio —se mofa Robert, el hermano mellizo de Becca. Viven juntos en una casa que heredaron de sus padres, así que habré sido su tema de conversación durante las cenas esta semana.

—¿En serio? Ya te engañan hasta los de dieciocho —me vacila el otro.

La camarera me sirve la cerveza y trae otras dos para mis amigos. Brindamos, porque siempre nos gusta chocar nuestras jarras antes de dar el primer trago.

—*Good luck!* —decimos al unísono, en vez del característico *cheers.*

—¿Habéis visto cómo le sienta la camiseta? —suelta Andrea sin filtro.

—¡Andrea! Te acabo de decir que la he visto con Black, muy acaramelados, creo que están saliendo. ¿Tú has visto a ese tío? No deberías ni mirarla a los ojos —le advierte Robert.

Mi amigo el irlandés es el papá de todos. Nos cuida y nos protege de cualquier peligro. Como es policía, el instinto protector le viene de serie y aunque se quite el uniforme, siempre está de servicio. Puede parecer que está metido de lleno en una conversación; sin embargo, no se le escapa nada de lo que sucede a su alrededor.

Andrea lo mira perplejo. Robert y yo nos reímos. No sería la primera vez que el italiano se mete en un jardín que ya tiene jardinero. Por eso nuestro amigo le avisa, porque luego es él quien tiene que mediar para evitar males mayores.

Conocí a Espagueti en una de mis primeras sesiones de fotos. Él era el ayudante de la fotógrafa. En ese momento, solo tenía veintidós añitos. Ella, también italiana, quince años más que él. Mi amigo no la ayudaba solo con las cámaras, como bien imaginas. Conectamos enseguida y nos hicimos inseparables. Destilaba talento por aquel entonces y su nombre corrió como la pólvora entre las agencias de modelos. En muy poco tiempo consiguió bastante prestigio y comenzó su carrera en solitario. Hemos compartido millones de momentos; hemos vivido juntos, viajado juntos, trabajado juntos. Incluso... hemos hecho juntos otras cosas, lo dejo ahí. Es mi mejor amigo. A Andrea nunca le faltan clientes y siempre

tiene el objetivo preparado. El de la cámara y el otro también. No he conocido a nadie al que le gusten más las mujeres. Además, tiene un imán especial para las tías y un gusto poco definido: altas, bajas, jóvenes, maduras, rubias, morenas, pelirrojas, tímidas, atrevidas. No le importan ni la raza ni la religión. Él solo quiere dar su amor, que lo tiene «a raudales», según sus palabras. Al principio se suele enganchar como un quinceañero a su primer amor, después, la cosa pierde intensidad. A veces me dice que está convencido de que llegará la definitiva, a lo que yo siempre añado: «O no».

—Y ¿cuándo llega tu inquilino? —me pregunta Robert.

—Inquilina. Es una chica.

—¡Vaya, qué calladito lo tenías!, ¿no? A mí solo me habías dicho que ya lo habías alquilado, sin especificar género. Interesante, eso es que está buena —concluye Andrea con un movimiento de cejas.

—Es que lo que cuenta es la acción de alquilar, no el sujeto —rebato, aguantándome la risa. Hablar con él en serio a veces es imposible. A los treinta y siete ya tendría que haber dejado atrás la pubertad, ¿verdad?

Mañana llega Nora. Me mandó un escueto mensaje antes de que se cumpliera el plazo de veinticuatro horas que le di. Ya sé que le mentí sobre eso de que lo habían visto otras chicas, pero es que me dio la sensación, cuando la conocí, de que es de ese tipo de personas que nadan en su propio mar de dudas. De las que necesitan un poco de presión para tomar decisiones. La vi dubitativa en la puerta de casa antes de entrar. Bueno, ahí la vi un poco alucinada por lo de mi despelote, lógico. La vi nerviosa en el salón, esquivando mi mirada y a la vez observándolo todo. Y la vi llena de miedos cuando nos despedimos. Sus ojos, su cuerpo en tensión, sus manos temblorosas, sobre todo cuando rocé el anillo que llevaba en la mano derecha. Espero que se sienta cómoda en su nuevo hogar y que sea feliz en Londres. No sé por qué tengo la sensación de que está huyendo de algo o de alguien.

Ella no lo sabe, pero en cuanto se marchó de casa recordé que ya la había visto antes, en el café de Dafne. Me sonaba su cara y no sabía de qué.

Recordé a aquella chica morena, con actitud rara, arrancando la tira de papel del anuncio. Me hizo gracia en aquel momento y me quedé intrigado. Después, con todo el ajetreo por dejar el apartamento perfecto, no caí en que era la misma hasta que se fue de mi casa y mi cerebro rescató su imagen.

A Andrea no le pienso decir que, efectivamente, es guapa. Menuda, morena de piel y de pelo, con un par de ojos negros muy bonitos. Labios carnosos y boca suntuosa. Solo le falta sonreír, porque su gesto es demasiado serio. Nariz pequeña y afilada. Además, olía como una jodida flor, eso es así. No he sabido adivinar cuál era su perfume, pero tengo su olor metido en la cabeza desde que se marchó.

Mis amigos discuten sobre una escapada de fin de semana que tienen pendiente a Italia y yo sigo divagando con mi inquilina hasta que llega la tercera ronda a la mesa. Les confirmo que será la última. La voz de Camille, a mi espalda, me devuelve al presente.

—Hola —saluda comedida.

—Hola —contestamos todos.

Los chicos me miran para ver mi reacción. Intento que no se note que no esperaba volver a verla tan pronto. Se sienta frente a mí y deja un hueco a Becca, que viene tras ella. Robert le pregunta por sus vacaciones en París y Andrea, mientras tanto, intenta sonsacar a Becca detalles sobre mis clases y mis alumnas. Puto loco. Yo solo bebo y observo. Soy de los que creen que los silencios, a veces, dicen muchas más cosas que un millón de palabras.

Camille habla con todos y de vez en cuando me mira. No esquivo su mirada, pero la pierdo en mi cerveza con frecuencia. Hace tres meses que no la veía. Tres meses en los que no nos hemos llamado ni mandado mensajes. Nada. Tres meses en los que he saboreado la calma después de la tempestad, y, francamente, me gustaría continuar del mismo modo.

Los miro y me ratifico: parecemos la asamblea de Naciones Unidas. Nuestras conversaciones casi siempre son en español, aunque intercalamos algunas expresiones en inglés. Así despotricamos a gusto, sin que el resto de los habitantes de esta ciudad nos entiendan. Los hermanos se defienden bien gracias a los

intercambios estivales con familias españolas durante su adolescencia. Andrea ha vivido en Barcelona algunos años y Camille veraneaba en San Sebastián con la familia de su padre.

—Me voy, que mañana tengo lío —les informo.

—Claro, tienes que preparar la fiesta de bienvenida a tu nueva inquilina —suelta Andrea, y puedo sentir el poder de una mirada, la de Camille clavándose en mis pupilas.

—Me voy porque tengo clase a primera hora y no quiero que la directora, que es una irlandesa pelirroja con muy malas pulgas, me ponga de patitas en la calle la primera semana.

—¡Qué sería de ti sin esa irlandesa! —me dice Becca, guiñándome un ojo. Ella mejor que nadie sabe todo lo que he sufrido con esta historia. Le doy un beso en la coronilla y digo otro adiós generalizado. Camille se levanta y me sigue.

—¿Puedo hablar contigo un segundo? —Me roza el brazo para intentar detenerme cuando estoy en la puerta.

—Camille, estoy cansado, de verdad. Me apetece irme a casa.

Salgo a la calle, pero me sigue. No tengo ganas de discutir.

—Lo siento. Sé que fui una imbécil y que no debí comportarme así.

—Tranquila. Vamos a olvidarlo. Ahora has vuelto y por el bien de todo el grupo deberíamos poder estar en el mismo sitio sin problemas, ¿no crees?

—De acuerdo. Ya sabes que ellos también son como mi familia.

—Lo sé. Me voy a descansar.

—Muy bien. Nos vemos.

—Nos vemos —repito más tranquilo.

La conozco desde hace diez años, ella tenía veinte y yo veinticinco cuando nos vimos la primera vez. Mi primera relación seria. Mi primer amor. Un choque de dos trenes de mercancías con sustancias peligrosas. Hemos compartido millones de cosas, no todas buenas. Sé cómo piensa. Cómo habla. Cómo actúa. Ha vuelto cuando dijo que no lo haría jamás. Hoy pide disculpas y las acepto, porque lo hemos sido todo. Mañana me rogará que volvamos a ser amigos, como lo fuimos entre tantas idas y venidas. Me ablandaré y cederé. Entonces ella se acercará más y querrá abrir de nuevo esa puerta

que está completamente cerrada. No lo logrará, se enfadará y volverá el caos. No tengo dudas.

11
Nueva vida

Acabo de encender el móvil nada más aterrizar y tengo tres llamadas perdidas de Alan.

—Hola, creo que me has llamado.

—Sí, es que no voy a poder abrirte, me ha salido un *shooting* de última hora, pero te he dejado las llaves en el Café Havana, ya sabes cuál es, donde cogiste el número del apartamento.

Me quedo en silencio unos segundos, procesando la información. No sé qué ha dicho qué tiene... ¿Un su...? Ni idea, pero lo que sí he entendido es lo del café, ¿cómo sabe que cogí allí el número?

¿No había puesto más anuncios en toda la ciudad?

—Nora, ¿sigues ahí?

—Perdona, es que estoy un poco confusa.

—Tranquila. —Carraspea para aclararse la voz—. Te vi coger el anuncio, solo que no lo recordé hasta que te fuiste de mi casa el otro día.

—¡Vaya, no sé qué pensar! Me estás dando un poco de miedo.

—Lo siento, te lo podía haber comentado, pero no le di importancia. En serio, Nora, periodista y española, puedes confiar en mí.

—Ahora lo estás poniendo peor.

—No te preocupes —dice con un tono más bajo—. Dafne y yo somos buenos amigos. Cuando le he pedido el favor y le he dado tu nombre, enseguida se ha acordado de ti. Ella te dará la llave y, si quieres, te puede hablar maravillas de mí, pídele referencias.

—Está bien, iré por allí.

—Perfecto. Cualquier cosa que necesites, me llamas.

Cuelgo y me quedo dándole vueltas a sus palabras. Si me vio coger el anuncio, me vio esconderlo como una idiota. Genial, pensará que estoy loca. Espero que Dafne solo le haya mencionado mi profesión y no toda mi historia. Prefiero seguir siendo solo Nora, en presente.

Pensaba coger el metro, pero traigo una maleta enorme con todo lo que he conseguido meter y pesa una tonelada, así que el transporte público queda descartado hasta mañana.

Esto de comenzar una nueva vida también incluye recuperar mi independencia económica. No quiero tocar ni un céntimo del dinero que dejó Fer, ni de todo lo que recibí por el accidente. Jaime ha sido el encargado de administrar todo después de su muerte y confío plenamente en su gestión. En este tiempo, yo me he limitado a coger lo imprescindible para la casa y para mi hija. Considero que lo más justo es que todo sea de Lara. El dinero no suplirá la ausencia de su padre, pero le hará la vida más fácil en el futuro.

Ya hablé con mi hija y le conté todo lo referente a mi traslado. Le he dicho que esté tranquila, que no quiero interferir en su curso ni en su nueva etapa aquí. Se puso muy contenta con mi decisión. Sabe que he vuelto a escribir y está convencida que me va a venir muy bien el cambio de país. Ella siempre ve el lado positivo a todo, la envidio. He quedado con ella para comer juntas este domingo.

Úrsula me ha dicho que vendrá a verme pronto y que le ha encantado mi columna. Ya se la ha pasado al responsable del periódico, ahora solo queda esperar su decisión. Ojalá me den una oportunidad.

Jaime ignoró mis llamadas hasta el miércoles, cuando, por fin, me mandó un mensaje diciéndome que había adelantado sus vacaciones y que estaba a punto de despegar. «Hablamos cuando vuelva», fue su única frase de despedida.

Mis suegros están de vacaciones en Mallorca, de modo que les comuniqué mi decisión durante una breve conversación telefónica. Estaban al tanto porque su hijo ya se lo había dicho. Tuve que escuchar algunas tonterías sobre cometer errores a mi edad, pero los ignoré y punto. No iba a enfadarme con ellos a estas alturas. Rosa y Víctor creo que todavía están asimilando la noticia. Pago al taxista y me bajo en la misma puerta del Café Havana.

Entro con mi maleta a rastras, pero con decisión, como si ya lo sintiera parte de mi nueva vida.

—Hola, Nora. Me alegra verte de nuevo.

Dafne me recibe con su mejor sonrisa y ese tono de voz que desprende energía.

—Yo también me alegro —contesto complacida—. Ponme uno solo y doble.

Me ayuda con la maleta y la guarda detrás de la barra. Mientras me sirve, me cuenta que se quedó muy sorprendida cuando Alan le dijo que su nueva inquilina, Nora, vendría a buscar las llaves del apartamento.

—Con ese nombre y española, tenías que ser tú.

—Ya sé que le dijiste que era periodista. —Dejo caer para darle pie a que me cuente qué más cosas habló con él.

—Sí, solo le conté eso, pero intentó sacarme más información. —Hace un gesto con los ojos y sonríe—. Nunca lo había visto tan preguntón.

—Está bien —concluyo. Me sorprende la curiosidad de Alan.

—Nora, nunca se me ocurriría contarle lo que tú me has dicho en confianza.

Sonrío y ella sale de la barra para abrazarme. Me encanta que esta mujer risueña y alegre me dé una bienvenida tan sincera.

—Puedes confiar en mí —añade.

—Entonces yo también puedo preguntar por mi casero, ¿no?

—Claro, te daré la información básica, como hice con él. Es modelo y profesor de arte, compagina las dos cosas. El resto os lo tendréis que contar vosotros mismos.

Abro mucho los ojos, porque es verdad que, por su aspecto físico, hasta yo misma lo imaginé como portada de alguna revista de moda, pero también hay abogados con buen cuerpo y buena cara. Nunca me lo hubiera imaginado de modelo, en realidad. Lo del arte sí que le pega más, como intuí al ver el primer día su casa.

Recibo un wasap de Úrsula.

URSU:
Nora, la columna es tuya. Una semanal. Te pasarán a tu correo electrónico las condiciones y el contrato. Sigue inspirándote con los *british*. Confío en ti.

—¿Y esa sonrisa?

—Buenas noticias. Creo que vas a tener que reservarme ese rincón para escribir y servirme muchos cafés.

—Por supuesto, le pondré una placa con tu nombre. —Me guiña un ojo y sigue atendiendo a otros clientes mientras yo apuro el café.

La puerta del local se abre y entra un chico joven. Lleva puesta una gorra colocada al revés y una mochila negra a la espalda. Lo miro a la cara y es como si estuviera viendo la versión masculina de Dafne, aunque su color de piel es más claro y sus ojos mucho más verdes.

—Quince minutos tarde —espeta ella sin dejar de servir a otro cliente.

—Ha sido culpa de papá, no me rayes.

—Lávate las manos y prepara la masa de las galletas, que ya tenía que estar hecha.

El chico avanza con pocas ganas y pasa detrás de la barra para entrar en la cocina. Miro a Dafne, que está poniendo los ojos en blanco.

—¡Y se saluda al entrar, Evan! —le suelta antes de verlo desaparecer.

—¿Es tu hijo? —pregunto, aunque parece obvio.

—Sí, y espero que la concentración de hormonas le suba pronto del ombligo para arriba, a ver si la sangre le vuelve a llegar al cerebro.

Me río más fuerte, incluso me miran un par de señoras. Me ha hecho mucha gracia cómo lo ha dicho, con ese acento tan caribeño. A Dafne se le contagia mi risa.

—Mejor reír que llorar —afirma.

Termino el café, me devuelve la maleta y me entrega un llavero con una chapa metálica donde se lee el famoso: «*Keep calm and carry on*». ¿Casualidad o intención? Dafne no se percata de mi cara de sorpresa y me indica, ya en la calle, dónde está el supermercado más cercano, para que pueda comprar lo que necesite. Después nos despedimos. Sabe que vendré casi a diario, así que me da su número de móvil y lo guardo en mis contactos.

—Vivo en un piso cerca de la casa de Alan, así que, si necesitas cualquier cosa, llámame.

Hago una parada rápida en el supermercado para comprar cuatro cosas básicas. Mañana ya haré una lista más detallada con todo lo

que voy a necesitar.

Arrastro la maleta y en menos de diez minutos estoy metiendo la llave en la puerta del patio. La calle de atrás parece mucho más tranquila. Me cuesta un poco abrir, está claro que esta cerradura apenas se usa. Lo consigo con algo de esfuerzo y miro la casa desde esta perspectiva. Me gusta.

Empiezo a tirar de la maleta y mi mente rememora esas mismas imágenes que ya fabriqué mientras estaba en Madrid, entrando por aquí, comenzando algo nuevo. Atravieso el camino de losetas hasta la entrada del apartamento.

Antes de meter la llave roja en la cerradura, me doy cuenta de que hay una planta colocada en el suelo, delante de la puerta. Es una orquídea, con la flor de un color rosa muy intenso, casi fucsia. Está envuelta con un plástico transparente y tiene un lazo alrededor. En la parte de arriba hay un sobre pequeño.

Lo despego y saco una tarjeta blanca donde se lee:

«Bienvenida. Alan».

Jugueteo con la tarjeta entre los dedos, sorprendida y complacida por el detalle.

Entro y dejo la maleta en la habitación. Inspiro un par de veces despacio y después dejo escapar el aire de los pulmones a la misma velocidad. Igual que lo había imaginado. Entrar y respirar. Empiezo a sacar todo. El olor a pintura ha desaparecido. Me lo tomo con calma. Pensado donde dejar cada cosa, como si fuera importante cada paso a partir de este instante, encajando cada pieza de mi nuevo puzle. La ropa en el armario, el neceser en el baño, el portátil encima de la cama, el libro sobre la almohada. Y los dos marcos con las fotos: el de Lara, encima de la mesita de noche, y el de los tres juntos, en una pequeña balda que hay en salón.

Hago fotos de todos los rincones y se las envío a mis padres y a mi amiga.

Por último, recojo la orquídea y la coloco al lado del sofá, cerca de la ventana, para que reciba toda la luz posible.

Después, dejo caer todo el peso de mi cuerpo sobre el cojines.

«Ya está, Nora. Ya está. Primer día de tu nueva vida».

New Life, de Fuel Fandango, suena con fuerza en mi móvil.

Entonces, cierro los ojos. Me siento en paz, con la ilusión aflorando en el alma.

Y que pase lo que tenga que pasar.

12
Bienvenida

ALAN

Ya sabía yo que al final Andrea me liaba. La sesión fotográfica de última hora era en una tienda de ropa en el centro. El trabajo era para Camille y otro modelo, que dio la bendita casualidad de que se puso enfermo por la mañana y no les avisó con mucha antelación para que lo sustituyeran. Podían haber llamado a cualquier otro disponible de la agencia, pero Espagueti, ante la insistencia de Camille, pensó que el mejor candidato para reemplazarlo era yo. He trabajado con ella muchas veces, pero la verdad es que en este instante es lo que menos me apetece. Cuanta más distancia física exista entre nuestros cuerpos, mejor.

Camille y yo hemos estado mucho tiempo perdidos en una relación que no iba a ningún sitio, solo porque ella era incapaz de romper la conexión adictiva y a la vez destructiva que nos imantaba. Lo cierto es que yo tampoco puse demasiada resistencia. Así que al final, siempre terminábamos igual. Hasta que decidí poner punto final a aquello, por el bien de los dos.

Ahora mismo llevo tres meses sin follar, pero mi mano y mi polla se entienden divinamente. Sin dramas. Estoy tranquilo. En presente. El pasado no volverá y el futuro no me preocupa. No me marco metas, solo objetivos a corto plazo. Digamos que vivo el momento. Mi momento.

Terminamos con las fotos muy tarde y encima hubo una fiesta en la misma tienda. Música, alcohol y gente del mundo de la moda. Tuvimos que quedarnos por cortesía y volví a casa a las tantas.

Así que me acabo de despertar. Como es sábado, quería subir al estudio un rato para preparar las clases de esta semana. Pero casi es mediodía y necesito despejarme antes.

Me asomo al balcón de mi habitación, parece que el sol hoy también nos acompaña. Me estiro y me paso las manos por la cara

para desperezarme. Me gustan estos últimos rayos de verano y sentir la ligera brisa que corre. Cuando llevas tantos años viviendo en esta ciudad, sabes que tienes que disfrutar de cada hora que el cielo esté despejado.

Miro hacia abajo y veo a Nora, mi nueva inquilina. Está sentada en el banco al lado de la valla, con una pierna doblada de forma muy extraña encima de la madera y una taza en la mano.

—¡Buenos días!

Ella levanta la vista e intenta encontrar de dónde viene mi voz. Como estoy en el piso de arriba, nos separan dos alturas.

—Buenos días. —Se pone la mano delante de los ojos a modo de visera. Me observa un segundo y baja la mirada a su taza otra vez.

Me parece oír que maldice entre dientes.

—¿Todo bien?

—Sí, sí —responde sin apartar la vista de su taza. Acto seguido, se levanta y, sin decir nada más, entra en su apartamento.

¡Qué poco comunicativa está!

Me quedo unos segundos más al sol. Estiro los brazos y me crujo los dedos de las manos hasta que escucho ese sonido tan característico. Entro de nuevo en mi habitación y busco el móvil. Cuando lo cojo, me veo reflejado en la pared donde está apoyada la cama, es entera de espejo, de lado a lado. La carcajada me sale sola. ¡Estoy completamente desnudo! Ahora entiendo por qué mi inquilina ha salido despavorida. Al final va a pensar que soy un puto exhibicionista.

Me ha faltado decir: «¡Bienvenida!», y haberlo acompañado con un meneo de caderas, para que mis pelotas chocaran entre sí. Casi como una escena de cualquier película de Woody Allen.

En realidad, suelo dormir desnudo la mayoría de las veces; me encanta el tacto de las sábanas sobre mi cuerpo. Sin embargo, al levantarme, siempre me pongo un calzoncillo. Lo que pasa es que ayer llegué tardísimo y con tres copas de más, así que no tengo ni idea de dónde dejé la ropa. Lo más probable es que esté en la planta de abajo.

Menuda reacción. Me vuelvo a reír solo. Estoy muy acostumbrado a pasearme desnudo, en el *backstage* de los desfiles, en las sesiones...

que no me supone ningún problema cambiarme de ropa delante de veinte personas. Además, estoy muy a gusto con mi cuerpo. Reconozco que cualquiera es más pudoroso que yo.

Nora tiene pinta de ser bastante tímida. Huye del contacto físico, se tensó cuando la toqué, aunque apenas fueron unos segundos, y evita mirarme de frente. Me desconcierta porque no tiene veinte años. Encima, lleva una alianza en la mano derecha. Tíos desnudos habrá tenido que ver, ¿no? Al menos uno, supongo.

Me meto en la ducha y me despejo del todo. Cuando salgo, me pongo un pantalón corto y una camiseta. Bajo a la cocina a desayunar y, en lo que se hace el té, me preparo una tostada. A estas horas debería estar comiendo. Lo llevo todo al salón y abro el ventanal para que se renueve el aire. Efectivamente, toda mi ropa está tirada en el sofá. Me asomo a la terraza y echo un vistazo al patio, no hay ni rastro de ella. Me siento mal por ser el causante de su cautiverio, con el buen día que hace.

Termino mi desayuno y recuerdo que tiene que firmar el contrato de alquiler. Lo encuentro en el cajón del escritorio junto a un montón de facturas que debería revisar, pero como soy un desastre para el papeleo, siempre lo postergo. Lo cojo y bajo a disculparme.

La puerta está abierta. Aun así, golpeo con los nudillos el cristal de la entrada para avisarla.

—¿Nora...?

No me contesta, pero oigo su voz, por lo que supongo que está hablando por teléfono.

—Nora, soy Alan —insisto.

—Ahora salgo —contesta, y se despide de su interlocutor.

El apartamento huele a una mezcla de café recién hecho y a su perfume. Ese que ya me dejó algo perturbado cuando nos conocimos. Echo un vistazo rápido y veo un portátil encima de la mesa y un marco con una foto en la balda, junto a un par de libros. La imagen es de ella en una piscina con un chico moreno y una niña en medio; los tres ríen. Empiezo a elucubrar sobre quiénes serán cuando sale de la habitación.

—Perdona, estaba hablando por teléfono.

—No, perdóname tú por lo de antes. Te juro que no me he dado cuenta de que estaba desnudo. Las consecuencias de una resaca tonta —argumento.

Casi oigo los engranajes de su cabeza buscando una respuesta.

—Tranquilo, es tu casa.

Me río y junto las manos a modo de disculpa. Ella permanece seria.

—Te traigo el contrato para firmarlo. Déjame tu documento de identidad y así relleno todos los datos.

—Está bien, voy a buscarlo.

Me siento en el sofá y ella saca su cartera del bolso y un bolígrafo. Me tiende ambos y se sienta a mi lado.

—Muchas gracias por el detalle de bienvenida.

¿Detalle? Está claro que no debe de ser mi desnudo integral. No sé a qué se refiere, así que sonrío para no quedar como un gilipollas. El alcohol me ha dejado tonto. Su perfume, a esta distancia tan corta, se cuela por mis fosas nasales y me embriaga. Me tengo que morder la lengua para no confesarle que huele jodidamente bien. Cabeceo para librarme de mis propios pensamientos y entonces, veo la puñetera orquídea. ¡Ese es el detalle! Soy un capullo.

He quedado como un caballero, y la verdad es que nada más lejos de la realidad. Ha sido pura casualidad. El lunes, cuando inauguramos el curso, Becca nos regaló una planta a cada profesor. Y ayer la bajé aquí para deshacerme de ella —en mi casa hubiera tenido una vida muy corta—. Por supuesto, ese dato no tiene por qué conocerlo.

—Eleonora Molina —leo en voz alta mientras escribo su nombre.

—La preciosa herencia de mi abuela —añade con ironía—. Dejémoslo en Nora.

—Está bien, pero si esto significa un nuevo comienzo, puedo llamarte Ele.

Noto cómo se altera su respiración al escuchar lo de «nuevo comienzo» y cómo me mira, extrañada, por tomarme la licencia de acortar su verdadero nombre. Me gustan esas tres primeras letras. Musicales y sencillas, lo que parece ella. Cada segundo que pasa me intriga más. Ella. Su historia, porque sé que esconde una, más o menos como todos.

Atisbo una leve sonrisa, no obstante, guarda silencio y firmamos.

—Esta noche mis amigos organizan un cine de verano en su jardín. Si no tienes otro plan y te apetece, puedes venir con nosotros.

Bravo, Alan. Ese «con nosotros» ha sonado mucho más casual que un «conmigo».

Me mira, dubitativa. Creo que mi invitación la ha pillado por sorpresa. También es extraño para mí haberla invitado. ¿Qué pretendo? No sé, está sola en una ciudad nueva, no creo que aquí conozca a nadie, no hay nada malo en ser un buen anfitrión, ¿no?

Vale, que sí, que también es que quiero conocerla más y averiguar por qué pienso con frecuencia en ella.

—No sé, yo...

—También estará Dafne —la interrumpo antes de que descarte la idea. Sé que ellas han conectado, aunque la cubana no me haya querido contar demasiado. Sí, acabo de usarla de comodín.

—Bueno, está bien.

—Perfecto, a las ocho paso a buscarte y nos vamos.

Nos decimos «hasta luego» y subo a mi casa saboreando una pequeñísima victoria, aunque todavía no tenga ni puta idea de cuál será el premio.

13
Cine de verano

—Nora, ¿estás bien? ¿Te ha pasado algo? ¿Le ha pasado algo a Lara?

—No, estamos bien. Tranquila.

—¡Qué susto! Tengo cinco llamadas perdidas tuyas. Hemos hablado del exhibicionista hace unas horas y estoy a miles de kilómetros. Casi me da un infarto.

—Ursu, es que... Es que me ha invitado.

—¿Quién? ¿El escocés nudista? ¿A qué?

—A un cine de verano en casa de sus amigos.

—¡Coño, pues suena genial!

—No, no es genial. Porque he dicho que sí y ahora estoy delante del armario sin saber qué ponerme y arrepintiéndome de haber aceptado.

—Amiga, si ya le has visto el palo y las pelotas. Ese tío no tiene nada que ocultar.

—Por eso mismo. No soy capaz ni de mirarlo a la cara. No sé lo que me pasa con él. Es raro.

—No es raro, Nora, es normal. Es un tío guapo y bastante desinhibido, por lo que me cuentas. Eres una mujer guapísima y joven. Tu cueva está cerrada, pero sigue habiendo vida dentro.

—Para qué te habré llamado.

—Me has llamado porque soy la que te da el empujón definitivo —afirma con una buena carcajada.

—Y ¿qué hago? ¿Y si son unos críos? Él tiene pinta de ser menor de cuarenta y encima es modelo. No quiero imaginar cómo serán sus amigos.

—¿Que es qué? —chilla.

—Modelo. Bueno, no sé. Fue modelo y ahora es profesor de arte o algo así.

—Perra, me estás ocultando información, ¿no?

—No, se me habrá pasado decírtelo.

—No te creo, pero seguro que se te pasó. Norita, no eres una señora de la tercera edad. Eres una *viejoven* por imposición, la tuya propia. Eres preciosa e inteligente. Has estado unos años —hace una pausa— de retiro maternal y dentro del círculo de Fer, pero eso no quiere decir que no sepas relacionarte fuera de él.

—Úrsula, no sé...

—Vaqueros, zapatillas y camiseta blanca. Siempre aciertas con eso. Sé tú misma y diviértete —sentencia—. Y si ya no me necesitas, tengo a un casi imberbe esperándome en la cama, que mi caverna nunca cierra.

—¡Ursu! —grito horrorizada—. No necesito conocer los detalles.

—Vale. Mañana me cuentas. Un beso.

Cuelgo y miro el reloj. La conversación con mi amiga me ha retrasado, son casi las ocho.

Me visto a toda velocidad con el *outfit* recomendado. Me revuelvo un poco el pelo con los dedos y no me maquillo, solo me doy un poco de cacao en los labios. Antes de coger las llaves, veo que Alan ya está al otro lado de la puerta. Lleva el pelo peinado hacia atrás, engominado. Sonrisa de anuncio, de las de destello brillante de vendedor de dentífrico. Camisa de manga corta con estampado indefinible, no sé si son caracolas y caballitos de mar o crustáceos marinos y soles. Solo alguien sin complejos podría llevarla con convicción. Pantalón negro corto y, en los pies, unas sandalias de cuero también negras, «tipo guiri», que diríamos en España. Solo que él las lleva sin calcetines blancos y parecen de algún famoso diseñador. No puedo decir que está feo porque mentiría.

—Espera un segundo —digo mientras recojo mis cosas para meterlas en el bolso.

Salgo y nos miramos unos segundos los dos. Intentando romper ese minuto de tensión inicial en el que nadie sabe qué decir. Él se adelanta y me cuenta que podemos ir caminando, sus amigos no viven muy lejos. Son irlandeses y mellizos, aunque me aclara que no les voy a encontrar el parecido. Ella es la directora de la escuela donde ha empezado a trabajar y su mejor amiga desde la universidad. Me relata cómo ha sido su primera semana dando

clases y yo me limito a escuchar. Me gusta la naturalidad con la que me habla, como si no nos acabáramos de conocer.

Llegamos hasta una casa de ladrillo de dos alturas y entramos por una puerta blanca de madera que da directamente al jardín. Me encanta todo lo que veo. De la rama de un árbol, de buen tamaño, salen dos cables con pequeñas bombillas que cuelgan hasta una especie de pantalla, que parece ser una simple tela blanca, como una sábana, pegada a los arbustos. Sobre el césped, que está recién cortado, hay varias colchonetas, con un montón de cojines tirados de forma casual por encima; un par de mesas bajas de madera de teca, con copas y algún plato de comida. Desperdigados por la hierba han colocado unos pequeños faroles de forja negros con velas blancas, aún sin encender.

La primera que sale de la casa con un par de botellas de vino en la mano, una de tinto y otra de blanco, es Dafne, que sonríe al vernos aquí plantados y nos dice un «hola» alargando un poco la a.

Detrás de ella, sosteniendo un cubo de botellines de cerveza, viene una chica con una melena pelirroja larga y la cara llena de pecas.

—Hola, chicos —saluda.

—Hola, Becca. Esta es Nora.

—Encantada —dice, risueña, y se acerca a darme dos besos.

—Igualmente.

Alan la ayuda a dejar las bebidas en la mesa y me doy cuenta de cómo se miran, cómplices. Creo que ellos tienen esa clase de conexión en la que no siempre se necesitan las palabras, como Úrsula y yo.

Las risas de dos chicos, algo escandalosas, llaman mi atención. Uno de pelo moreno, tirando a largo, y otro de pelo rubio y corto se acercan a nosotras con más platos en las manos y empujándose el uno al otro. Los dos son altos y fuertes. En cuanto me ven, vociferan a Alan algo en inglés que no capto. Él niega con la cabeza y es Dafne quien me los presenta.

Andrea y Robert me dan la bienvenida y otros dos besos.

Las palabras de aliento de mi amiga resuenan en mi mente e intento relajarme. Seguro que soy capaz de entablar una conversación sin parecer idiota.

Dafne me hace un resumen rápido de quién es quién. El fotógrafo, el policía y la *best friend* de Alan, mientras me acerca una copa de vino blanco y se sirve otra para ella.

El resto coge cervezas y brindamos.

—*Good luck!* —dicen todos los amigos a la vez, mientras yo emito un inaudible «salud».

—Perdona, se nos ha olvidado decirte que este es nuestro brindis. Vamos a repetir.

Y entre risas chocamos nuestras bebidas de nuevo con su «buena suerte» en inglés.

Los chicos se alejan hasta donde está el proyector y Becca nos tiende un plato lleno de pasteles salados, hechos por Dafne, que, a juzgar por los ruiditos que hace la pelirroja al saborear uno, deben de estar de muerte. Le contamos que nos conocimos de casualidad, mientras me refugiaba de la tormenta. Confieso que, como soy adicta al café, me ganó en el primer minuto. Dafne me agarra del hombro y me estrecha contra su cuerpo, igual de menudo que el mío.

Le digo a Becca que me encanta su jardín y la decoración que ha montado. Me cuenta que ella y Alan tienen ese defecto artístico: todo debe tener un perfecto equilibrio visual.

—Si has visto su casa, sabrás de qué hablo, aunque para el resto de las cosas él sea un puñetero caos.

—Sí, la verdad es que se nota que le gusta cuidar los detalles —respondo.

—¿No estaréis hablando de mí? —pregunta el aludido con una sonrisa... ¿encantadora?

Encantadora de serpientes, porque solo hay que ver cómo lo miramos las tres, y eso que ellas lo tienen mucho más visto que yo.

—No, estábamos hablando del jardín, feo —le suelta Becca, y él pone cara de ofendido.

Alan sabe que es guapo, de eso no hay duda. Desprende seguridad; su manera de relacionarse, de hablar, de moverse, de vestir... No necesita más aduladores que su propia autoestima, creo yo.

La película elegida es *Rocketman*, el biopic que relata la vida del cantante Elton John. No la he visto, así que me gusta la elección. Robert es el encargado de encender el proyector mientras todos nos sentamos.

—Nora, ¿la podrás seguir en inglés? —me pregunta el hermano de Becca.

—Lo tengo un poco oxidado, pero lo intentaré.

—Ponla con subtítulos en español y así no se pierde nada —sugiere Alan, que acaba de sentarse a mi lado.

—O que Alan te haga la traducción simultánea. A la distancia que se ha sentado de ti, solo lo oirás tú —se mofa Andrea desde su sitio al otro lado de la mesa.

—¡Puto Espagueti! —espeta Alan—. Tranquila, solo abre la boca para meterse conmigo.

Tiene razón su amigo, se ha colocado excesivamente cerca.

Cuando apenas llevamos diez minutos de película, alguien irrumpe en el jardín.

—Al final he podido venir, siento el retraso —se disculpa una chica muy rubia, con un ligero acento francés. Lleva puesto un *short* vaquero blanco, de esos que parecen más bien una braga, y una camiseta no mucho más grande, que deja a la vista un vientre plano. Me fijo en sus piernas, largas y finas, y en cómo ha reaccionado Alan al oír su voz, exhalando con fuerza.

—Tranquila, Camille, acaba de empezar —comenta Becca.

Robert se levanta y vuelve a poner la película desde el principio. La rubia avanza y, al pasar a nuestro lado, se detiene. Mira a Alan durante unos segundos en los que parece que se ha congelado el tiempo. No dice nada, pero sus ojos bailan de él a mí, y viceversa.

—Hola, soy Nora —saludo ante su mirada inquisitiva.

—Es mi nueva inquilina —aclara Alan con cierta desgana—. Ella es Camille.

La rubia se limita a asentir con la cabeza a modo de saludo, sin mucho entusiasmo. Luego coge una copa de vino antes de sentarse junto a Becca.

—¡Venga, chicos, que empieza! —grita Robert, y todos miramos a la pantalla de nuevo.

Elton no está entre mis cantantes favoritos, pero la película me gusta y la banda sonora es genial. Alan no se mueve de mi lado ni para coger otra cerveza cuando termina la que tiene en la mano. He intentado concentrarme en la película, pero a esta distancia, ínfima, y a pesar de que estamos al aire libre, su olor se cuela por mi nariz y me roba lucidez. Hoy puedo asegurar que no lleva la misma colonia que el otro día, esta tiene un toque más chispeante, como a mandarina, aunque sigue oliendo muy bien. Tan bien que inspiro varias veces sin darme cuenta.

Se levanta una ligera brisa y un pequeño escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Tienes frío? —me susurra al oído, y entonces mi cuerpo sufre otro espasmo involuntario, pero esta vez no es por el cambio de temperatura, sino por su aliento cálido cerca de mi oreja.

—Solo ha sido un escalofrío, tranquilo. Estoy bien. —Me yergo y separo mi cuerpo del suyo. No sé por qué se ha sentado tan cerca, habiendo tanto espacio disponible.

Alan se levanta y coge una manta fina que está cerca del árbol. Me la echa por los hombros en un gesto gentil y, antes de retirar las manos de mis brazos, oigo cómo inspira entre el final de mi melena y el principio de mi cuello.

¿Qué coño es esto? ¿Nos estamos oliendo como primates o son imaginaciones mías?

Mi cerebro manda la orden a mi cuerpo a toda velocidad y me tenso de nuevo. Lo que no tengo tan claro es si ha sido de manera voluntaria o no.

Cinco minutos después, que se me hacen eternos, termina la película.

Nos levantamos para estirarnos y empezamos a comentar qué nos ha parecido con el resto.

Por fin recupero mi espacio vital, porque Alan se va a por otra cerveza.

—¿Dónde vivías en España? —me pregunta Andrea.

—En Madrid.

—Yo viví en Barcelona unos años por trabajo. Me gustaba mucho porque tenía playa y el clima era *cojonuti.* —Esto último lo dice

mirando a Alan, que se ríe negando con la cabeza. Esa mezcla de español e italiano inventado seguro que ha salido de él.

—Y eres periodista, ¿verdad? —me pregunta Becca.

—Sí. He estado unos años sin ejercer, pero ahora escribo una columna semanal en un periódico.

—Qué bien, y puedes escribir desde aquí, claro —comenta la pelirroja.

—Sí, es una gran ventaja poder hacerlo desde cualquier lugar.

—Mis padres siempre quisieron que estudiara periodismo, decían que sería la mejor sacando información a la gente, pero, al final, mi pasión por el arte ganó la batalla en casa y no me ha ido nada mal.

—Nada mal, señora directora —añade Alan en tono de burla.

—También querían que yo fuera ingeniero aeronáutico y me quedé en poli —afirma Robert.

Andrea le revuelve el pelo, y me doy cuenta de que estos dos se comportan como críos enfundados en cuerpos de adultos.

Dafne nos cuenta que un restaurante del centro quiere tener su tarta de zanahoria en el menú, pero que ella no sabe si será capaz de trabajar bajo pedido porque siempre lo ha hecho por libre. Todos la animamos para que aproveche la oportunidad.

Robert empieza a recoger la pantalla y el proyector, mientras nos comunica que esta quizá sea la última sesión hasta el verano siguiente. Los próximos sábados él trabajará de noche y el tiempo enseguida dejará de ser tan bueno.

La única que solo bebe y no dice ni media palabra es Camille, que no aparta la mirada de Alan.

—Tengo una curiosidad. ¿Por qué todos habláis en español?

Ellos se miran y se ríen.

—Fue por mantener vivo el idioma. Dafne y yo lo tenemos superado, pero estos extranjeros necesitan practicar —explica Alan, riéndose de sus amigos.

—Nos pareció divertido hablar en español entre nosotros en medio de todos los ingleses —añade Andrea, que ahora está pegado a mí.

Camille se sirve otra copa de vino y se la bebe casi de un trago. Alan se acerca a ella y, sin decirle nada, se la lleva medio a rastras hacia el interior de la casa, tirándole del codo.

No hay que ser muy lista para sumar dos más dos. Estos comparten una historia, seguro.

Tan solo faltan por recoger las copas y los platos, pero Becca nos dice que luego los retira ella, por lo que vamos a dar por concluida la velada.

Úrsula, una vez más, tenía razón, no ha sido tan difícil relacionarme con extraños.

Pasan los minutos y mi casero y la rubia siguen sin aparecer, pero sus voces llegan altas y claras hasta nosotros. Bueno, la voz de ella, porque a él apenas se le oye.

—¿¡Te la estás follando!? No soy imbécil.

—Camille, deja de gritar y cálmate.

—¡Pues dime la puta verdad! ¡Dímelo!

—Camille...

Después solo oigo más gritos en francés y ahí ya me pierdo. Alan también le contesta en el mismo idioma y yo miro a Dafne sin entender nada. Ella se encoge de hombros.

Observo a los demás, que hacen como si no estuviera ocurriendo nada. Deduzco que no es la primera vez que presencian algo similar.

—Será mejor que nos vayamos —me dice Dafne.

—Está bien. Entro yo a poner orden, tranquilos —interviene Becca, y se dirige a la casa—. ¡Un placer, Nora! Nos vemos pronto.

—Igualmente. Dile a Alan que me voy con Dafne.

—Nos vemos, chicos —se despide también Robert.

—Yo os acerco, que tengo el coche —se ofrece Andrea.

Primero llevamos a Dafne a su casa y después me deja a mí en la puerta.

—Encantado, Nora. —Me abre la puerta del coche para que me baje, en un gesto algo excesivo, ¿no?

Mi amiga diría que tiene pinta de *latin lover* de los sesenta, pero con un aspecto mucho más actual.

—Igualmente —respondo mientras saco la llave del bolso.

—Si Alan es capaz de mantener los huevos en su sitio, seguro que nos volveremos a ver.

Frunzo el ceño y sonrío. No sé realmente a qué se refiere, pero, después de lo que he visto, creo que me hago una ligera idea.

Cuando me pongo el camisón y me meto en la cama, repaso mis primeras horas en Londres: inesperadas, divertidas e intensas.

Mi amiga lo definiría como «balance positivo».

14
Café o té

Lara y yo estamos sentadas enfrente del lago gigante de Hyde Park, conocido como Serpentine. Hace buena temperatura; sin embargo, no luce el sol como en días anteriores. Al ser domingo, está abarrotado de gente; familias con niños, parejas, amigos, abuelos paseando de la mano de sus nietos, turistas. Ahora mismo es el pulmón principal para londinenses y foráneos.

Lara me cuenta cómo han ido las clases esta semana. Dice que ya se está acostumbrando a la dinámica de los profesores y que con el idioma se apaña bastante bien. Además, los martes y jueves por la tarde practica tenis, para no perder la forma. También me cuenta que las clases de interpretación le gustan más de lo que esperaba y que su profesora ya le ha dicho que quiere que sea una de las protagonistas de la obra que prepararán para fin de curso.

—¿Le preguntaste a Ruth si quería venir a comer con nosotras?

—Sí, pero me dijo que prefería quedarse y preparar un trabajo para la clase de música. Es su asignatura favorita.

—Bueno, ya sabes que ella siempre ha querido ser artista.

—Ya, y porque el profesor parece el cantante buenorro de una *boy band* —suelta con desdén, y no puedo evitar reírme.

Me pregunta por la columna y de paso le cuento que me ronda por la cabeza empezar a escribir un libro. El abrazo que me da hace que me caiga hacia atrás y quedamos las dos tendidas sobre el césped, muertas de risa.

Después de nuestra parada, seguimos paseando hasta Buckingham Palace. Nos hacemos un par de fotos con el palacio de fondo.

Ella se la manda a su tío y yo a Úrsula, que no tarda nada en contestarme.

URSU:
Muy guapas. Cuando estés sola me llamas, que quiero
saber qué tal esa sesión de cine.

El paseo continúa hacia el Big Ben. Compramos comida en un puesto callejero que tiene pinta de ser una *foodtruck* de lujo, por la cola que hay, y después decidimos subir al London Eye. Yo no soy muy amiga de las alturas, pero a Lara le encantan. Me gusta escuchar su risa cuando nos detenemos en el punto más alto y me ve cerrar los ojos con fuerza para no mirar.

—Mamá, si cierras los ojos, te pierdes lo mejor.

—Tranquila, oír tu risa es lo mejor.

—No, lo mejor siempre está delante de nuestros ojos, pero tenemos que ser capaces de verlo.

Y sus palabras me desarman. ¿En serio mi hija tiene catorce años y yo cuarenta y uno?

Con esa especial y única sensación de vértigo constante —que es mi verdadero mantra—, abro los ojos, poco a poco, justo a tiempo para contemplar todo Londres cogida de su mano. Su cara de felicidad al verme parpadear no tiene precio.

—Así me gusta, mami, valiente.

Ojalá lo fuera.

Lara me dice que quiere ver dónde vivo, pero antes de llevarla al apartamento, decido parar en el Café Havana y así se la presento a Dafne.

Cogemos el metro por primera vez juntas. Nos liamos un poco con la línea más adecuada, pero entre las dos conseguimos llegar a Portobello sin contratiempos. Cuando estamos subiendo por las escaleras para salir a la calle, me quedo como una idiota mirando un anuncio de colonia, no por la marca en cuestión, sino por el modelo. Es Alan, en tamaño dos por dos. Lleva una camisa de lino blanca, abierta hasta casi el ombligo, y a una morenaza pegada a su cuello. A ella solo se le ve la melena, pero a él...

—¡Mamá, cuidado! —me advierte Lara cuando estoy a punto de tropezarme con el último escalón.

«Vuelve, Nora».

Entramos en el café casi a las cinco. Hoy no hay mucha gente. Un par de chicas sentadas a una mesa con los portátiles —aprovechándose de la wifi, probablemente— y el hijo de Dafne, con la mirada clavada en el móvil.

—Hola, chicas —nos saluda Dafne.

—Hola, Dafne. Esta es mi hija, Lara.

Nos sentamos en la barra y veo como a mi niña se le van los ojos a la tarta de chocolate que tenemos delante y al moreno de ojos verdes que tenemos al lado. Miro a Dafne, que también se ha percatado de todo igual que yo.

—Evan, levanta la vista del móvil y ven aquí. Te voy a presentar a mis nuevas amigas.

Él chasquea la lengua con desgana y levanta la cabeza. Primero ve a Lara, a la que hace un repaso rápido y después sigue mirándola con pausa y media sonrisa, mientras me ignora a mí.

Mi hija también lo mira. Ambos se dicen un tímido «hola», que casi no podemos oír.

—Soy Evan.

—Yo, Lara.

—¿Por qué no os sentáis allí? Ahora os sirvo un batido con un trozo de tarta. Así le preguntas a Evan todo lo que quieras saber de la ciudad.

—Vale —contestan ambos. Y yo me quedo alucinada cuando los veo irse a una mesa, sin ningún problema, como si ya se conocieran.

¿Por qué para los adultos nunca es tan fácil? Bueno, al menos para algunos adultos, como es mi caso.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto a Dafne mientras me sirve el café.

—Una sobredosis de hormonas, probablemente. Pero si conseguimos que hablen entre ellos sin una pantalla de por medio, podremos celebrar una victoria.

Dafne me cuenta que está pensando en cerrar los domingos, porque es cuando menos gente viene y a veces no le compensa madrugar y abrir. Su clientela aparece sobre todo entre semana. Observamos a nuestros hijos hablar e incluso reírse, mientras se ponen ciegos de chocolate. Nosotras hablamos un poco de la película de anoche y de los amigos de Alan, que también son los suyos; sin embargo, no mencionamos la discusión entre Alan y Camille.

Antes de que se nos haga muy tarde, nos despedimos y llevo a Lara al apartamento.

—Mamá, este patio es muy guay.

—Lo sé. Creo que con unas cuantas flores sería perfecto.

Cuando entra en el apartamento lo mira todo, igual que hice yo la primera vez.

—Me gusta, es muy pequeño, pero muy mono. Parece de esos de las revistas.

—Sí, eso pensé yo.

Sin darme cuenta, empiezo a dar vueltas a mi alianza, como si mi subconsciente estuviera tratando de comunicarse con Fer, para que sepa que estamos aquí, juntas.

Va al baño y después entra en mi habitación. En ese momento oigo unos nudillos en el cristal de la puerta de entrada, que hemos dejado abierta, y me vuelvo, sobresaltada.

—Hola —dice Alan a mi espalda.

—Hola.

—¡Mamá, eres la peor! ¿Por qué has traído esta foto? Sabes que la odio —vocifera mi hija mientras regresa con el marco que tengo en la mesita.

Alan mira a Lara, luego a mí, ella a los dos y yo a ambos. Parece que nos haya comido la lengua el gato, a los tres.

—Perdón, pensé que estabas sola.

Cuando voy a empezar a hablar para presentarlos, Lara se me adelanta.

—¡Ostras! Eres el tío del metro, pero de carne y hueso. ¡Qué fuerte!

—¡Lara!

—¿Del metro? —pregunta mi casero, risueño.

—Creo que se refiere a un anuncio de colonia que hay a la salida del metro.

Alan se ríe y asiente con la cabeza, como si se acabara de acordar de esa campaña de publicidad.

Los presento y Lara empieza a hacerle un montón de preguntas sobre su profesión, como si estuviera haciendo una entrevista —digna hija de su madre—. Alan contesta y se ríe ante el desparpajo de mi hija. Cuando ella lo deja intervenir, también le sonsaca información, como qué hace en Londres o dónde estudia.

Voy a prepararme un café. Lo necesito.

—¿Quieres un café? —pregunto a Alan.

—No, solo bebo té.

—Pues no tengo té, lo siento.

—Tranquila, acabo de tomarme uno.

A Lara le suena el móvil y es Jaime. Se disculpa con Alan y sale al patio para contarle a su tío todo lo que hemos hecho. Él me sigue hasta la cocina.

—¡Vaya, energía!, ¿no?

—Lo siento, creo que al verte en ese anuncio hace un rato y ahora aquí, se ha descolocado un poco.

Intento no mirarlo, porque noto cómo sus ojos están clavados en mis manos, que ahora parecen de gelatina, mientras me sirvo el café en una taza.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, ¿tú también te has descolocado? Pareces nerviosa.

—No. Será por el café —contesto, dándome la vuelta para coger una cucharilla y evitar que sus ojos azules me desconcierten más.

Ya te he dicho que nunca he sido buena relacionándome con el sexo opuesto. Si a eso le añadimos que hace dos años que no estoy con nadie, la cosa se complica. Lo que no comprendo es por qué Alan consigue que mi cerebro emita tantas señales, a veces contradictorias, aunque solo las perciba yo. Nervios. Hormigueo —no solo en las manos—. Temblores. Aumento de la frecuencia cardiaca. Y tensión, en todo el cuerpo, de la que te manda un mensaje claro: «OJO, PELIGRO».

Me descoloca. Por supuesto que me descoloca, pero no lo voy a admitir.

Me giro para acercarme al sofá, pero Alan está detrás de mí y me choco con su pecho, menos mal que no le tiro el café encima. No sé por qué siempre tiene que hablarme tan cerca, si a una distancia prudente también se puede uno comunicar, ¿no?

—He bajado a disculparme por lo de anoche.

—Tranquilo. No tienes que darme explicaciones. —Doy un paso atrás para recuperar mi espacio. Mi trasero se estampa en la

encimera y me apoyo. Dejo ahí la taza, porque a este paso se me cae de las manos.

—Lo sé, pero fuiste conmigo y volviste sola. No pude ni despedirme. Camille y yo tenemos una historia... complicada.

—No pasa nada, de verdad.

Cuando creo que va a volver a acercarse para decirme algo más, aparece Lara.

—Mamá, deberíamos irnos para llegar antes de la cena.

—Claro, cojo las llaves y nos vamos.

Doy un trago rápido al café y salgo de esa minúscula cocina, que ahora me resulta todavía más asfixiante: poco espacio para su cuerpo y el mío.

Salimos al patio. Alan y Lara se despiden con dos besos por iniciativa de mi hija.

—¡Guau! Cuando lo cuente en el colegio van a flipar.

—Cuando lo cuente yo en la agencia a mis compis, seguro que también —contesta él, vacilón, y mi hija le da un ligero toque en el brazo.

Alucino con ambos.

Alan se acerca con decisión a besarme a mí también y yo me quedo haciendo la estatua. Parezco una puñetera figura de cera, de las del museo. Me da solo un beso, en la mejilla izquierda, posando sus labios tan delicadamente que más que un beso es una caricia. Mi temperatura corporal sube unos grados, de golpe, como si mi maldito termostato se hubiera estropeado de repente. Un pinchazo despierta una zona dormida. Una respiración más profunda que la habitual. La saliva que se atasca en mi garganta. Tiemblo.

—Creo que el café no te sienta bien, deberías probar el té —me susurra al oído, y se va escaleras arriba.

¿Qué coño significa eso?

15
La tormenta

ALAN

Estoy en mi estudio delante de un lienzo en blanco. Tengo los pinceles al alcance de la mano y la paleta preparada con la gama de colores que quiero utilizar, pero el puto cerebro bloqueado. Es la misma sensación que cuando un escritor se enfrenta a la página en blanco. Acojona, sí, mucho. Sin embargo, no me queda más remedio que intentar dar la primera pincelada. Después de que el primer color destaque sobre la nada, espero que venga el siguiente trazo.

Pintar siempre me relaja, es la mejor manera que he encontrado para expresarme cuando no me apetece hacerlo con palabras. Me gusta matar las horas aquí, con la música a todo trapo o muy bajita, depende del día. Pruebo colores y dejo fluir mis ideas, sin nada concreto ni predeterminado. Solo expreso lo que me sale de las entrañas y me dejo llevar. Sin presión.

Pero esta semana estoy completamente aturdido. Sin ideas. Sin chispa. Y, lo peor, sin atisbo de que aparezcan.

Andrea me ha liado para que preparemos una exposición conjunta en la galería de arte de una de sus amiguitas. Quiere que se intercalen sus fotografías con mis pinturas. El tema: la mujer. El cabrón ha tirado por lo fácil, al menos para él, que solo tiene que apuntar con su objetivo y disparar a las miles de tías que lo rodean en su día a día. Para mí va a ser un poco más complicado. No suelo pintar retratos y mi obra siempre es bastante abstracta. Lo más probable es que cuando estés delante de uno de mis cuadros no entiendas una mierda, pero, créeme, yo conozco el significado hasta de la mota más pequeña.

La exigencia de las clases, la enésima discusión con Camille el sábado pasado y, ahora, Nora, que aparece y desaparece como por arte de magia delante de mis ojos y cuya presencia no soy capaz de ignorar.

La observo desde la ventana, desde la terraza o desde el mismo patio. Siempre con la taza de café pegada a la mano, como un apéndice más de su cuerpo; con el ceño fruncido, mientras escribe con el ordenador sentada en el banco. O cuando está absorta entre las páginas de algún libro. A veces parece perdida en sus pensamientos, lejos de aquí, jugueteando con la alianza de su dedo, vulnerable y melancólica. Otras, en cambio, descubro un atisbo de sonrisa en sus labios, cuando mira la pantalla del móvil o cuando se saca el bolígrafo de detrás de la oreja para garabatear algo en el cuaderno.

Cada día me intriga más. Ella, su pasado y su presente.

Y mira que estaba tan tranquilo, pasando mi periodo de abstinencia, lejos de las mujeres y del ruido, pero te voy a confesar algo: hacía mucho tiempo que nadie despertaba tanto interés en mí.

Conocí a su hija, la niña de la foto. Adolescente, simpática y divertida. Mucho más espontánea que su madre. Sin embargo, tengo el presentimiento de que la verdadera Nora se esconde debajo de miles de capas, que me muero de ganas de hacer desaparecer, como hace el fuego cuando prende el papel, aunque, probablemente, a mí me lleve más tiempo.

Quiero descubrirte entera, Ele.

O, mejor dicho, *Little L*, igual que el título de la canción de Jamiroquai que suena ahora mismo, una de mis preferidas. Pura coincidencia.

Cojo el pincel y lo deslizo sobre el lienzo. Mis dedos actúan libres. Mi mente vuela por otro lugar bien distinto. Imagino como sería descubrir el tacto de esa piel color almendra que viste su cuerpo menudo. La sensación de enredar mis dedos en su pelo, azabache, brillante y revuelto. Despeinarnos juntos. Susurrar palabras en su nuca, para que la recorra un escalofrío. Darle la vuelta y mirarnos de frente. Sus ojos negros clavados en los míos. Pasar mi lengua húmeda por sus finos labios y deslizarla dentro de su boca, para comenzar el baile.

Termina la canción y empieza la siguiente cuando ya estoy metido de lleno en el lienzo. Una pincelada lleva a la otra y a una más. Concentrado. Sin evadirme. Una idea. Un color. Inspiración.

No sé el tiempo que ha pasado cuando empiezo a oír las gotas de lluvia sobre la cubierta del tejado. Está descargando una buena tormenta. Entre los truenos oigo el timbre de casa, que suena con insistencia.

Será Andrea, que cuando tiene su nevera vacía suele venir para que lo invite a cenar.

Con las manos manchadas de pintura, bajo a abrir.

—Hola, siento presentarme sin avisar, pero venía a disculparme.

—Pasa, estás calada.

Camille clava su mirada en mi pecho, que está al descubierto porque en el estudio suele hacer calor y siempre pinto sin camiseta. Casi puedo leer su mente. Noto cómo se muerde la mejilla por dentro; después de tantos años, conozco cada uno de sus movimientos.

—Voy al baño a secarme con una toalla.

—Claro, ahora te traigo una camiseta. No vayas a pillar una pulmonía.

Subo a mi habitación a coger una. Recuerdo la última vez que estuvo aquí. Un recuerdo que he intentado borrar en estos meses y que no quiero que regrese. La peor versión de Camille, cargada de reproches, de insultos y de excesos. Un cuchillo. Su muñeca. Mi cocina. El punto final a nuestra relación, que ya había terminado hacía muchos meses, aunque ella no lo reconociera. Su engaño. Su manera de arrastrarme para saciar su deseo, sin mi consentimiento. La pérdida.

Cuando regreso al salón está sentada en la alfombra, en ropa interior, con las rodillas flexionadas y recogiéndose el pelo en un moño. Siempre me ha parecido que su cuerpo es de cristal, frágil y transparente. Después de todos los momentos que he vivido con ella, también sé que lo es su mente. Por fin puedo decir que cuando la miro no siento nada, excepto cariño por haber compartido tantas horas de vida.

—Toma. —Le tiendo la camiseta para que se cubra.

—Gracias. He metido mi ropa en la secadora, enseguida estará lista.

—Tranquila.

—Alan, siento la discusión del sábado. Sé que no tengo derecho a recriminarte nada. Ya sabes que intento gestionar todo lo que nos pasó y, a veces, no lo consigo.

—Está bien, Camille —digo con desgana—. Hemos estado tres meses separados porque era la única manera de seguir con nuestras vidas. Sabes que fuiste muy importante para mí, sé que compartimos amigos y no me importa seguir haciéndolo, pero tienes que entender que nunca vamos a ser nada más que eso, amigos.

—Lo sé, no dejas de repetírmelo.

—Porque un día me dices que lo sabes, que prefieres nuestra amistad a no mirarme a la cara, y hasta parece que lo aceptas, pero a las primeras de cambio se te olvida y vuelves a agarrarte a algo que no existe.

—Quizás yo no tengo el poder para borrar todos los recuerdos que compartimos de un plumazo, como has hecho tú —me recrimina.

—¿En serio? Me conoces de sobra, Camille. Sabes que lo importante lo guardo aquí. —Me señalo el pecho ante su atenta mirada—. ¿Quieres beber algo? —le ofrezco, ahora que está más calmada.

—Una copa de vino. ¿Te importa si pongo un poco de música?

—No, adelante. —Me voy a la cocina y aprovecho para lavarme bien las manos, aunque tengo el cuerpo y los vaqueros salpicados de pintura todavía.

Vuelvo con un vino blanco para ella y un vaso ancho con hielo para mí. En el salón me sirvo dos dedos de The Macallan Amber, el mejor whisky del mundo —al menos para mi paladar—, y nos sentamos en la alfombra, apoyados contra el sofá.

Ella no habla, solo deja caer la cabeza hacia atrás y se pierde entre el sonido de los truenos y la canción de Carla Bruni *Quelqu´un M´a Dit*, que ha escogido. La siguiente canción, también francesa, la mantiene en trance. Sigue callada a mi lado mientras saboreo el último trago, cuando termino, me levanto para llevar el vaso a la cocina.

Por el rabillo del ojo veo una silueta al otro lado de la puerta. Es Nora, con los nudillos a punto de tocar el cristal y temblando. Mis ojos, con autonomía al margen de mi cerebro, solo se fijan en el

camisón de seda que lleva puesto. Corto, blanco y pegado a su pecho y a su vientre.

Tengo que abrirla.

Vaya, mi puto cerebro dando una orden coherente, por fin.

—Siento interrumpir. —Cruza los brazos a la altura del pecho—, pero se ha ido la luz y no tengo ni idea de dónde está el cuadro eléctrico.

—Tranquila. No interrumpes nada —puntualizo.

—Hola —dice Camille, que ha abierto los ojos al escuchar voces, mientras regresa al presente.

—Habrá saltado con la tormenta, a veces pasa. Espera que baje contigo. Voy a coger el móvil para usarlo de linterna.

—Mi móvil estaba sin batería, así que he llegado a la puerta a tientas. Si no, yo misma hubiera buscado el cuadro.

—La culpa es mía, soy un casero pésimo. Tendría que habértelo enseñado el primer día.

Salgo y bajo tras ella las escaleras, que, afortunadamente sí tienen luz. Sigue lloviendo, aunque ahora con menor intensidad.

Entro en el apartamento alumbrando con la linterna y ella me sigue detrás, descalza y con el cuerpo salpicado de gotas.

Es una puñetera tentación. Lo es.

Detrás de un cuadro en la zona que hace de pasillo para ir a la habitación están los automáticos.

—Mira, Ele, es aquí. —Señalo para que se acerque y vea dónde está.

—¿Me vas a llamar Ele?

—Si no te importa, sí. Así seré el único. Me gusta cómo suena —afirmo con una voz ronca que ha salido de lo más profundo de... ¿mis pelotas?

«¡Coño, Alan! Las estás pasando canutas con ella tan cerca, ¿eh?».

—Como quieras. Nadie me ha llamado nunca así, la verdad. No suena mal. —Escucho su respiración, más agitada que antes.

Retiro el lienzo. Una silueta de un cuerpo de mujer con mil trazos inconexos en tonos naranjas —de mi propia cosecha— hacia un lateral, como si fuera una puerta, y justo detrás aparece el cuadro eléctrico.

—Ven, a ver si puedes subirlo sola, porque tiene truco —digo, cogiéndola de la cintura y colocando su cuerpo delante del mío.

Noto cómo se tensa cuando mis manos se pegan a la tela de su camisón. Es suave, pero mucho menos que el tacto de su piel, que disfruto cuando deslizo los dedos por sus brazos, para estirárselos hasta el diferencial.

Un ligero temblor recorre su cuerpo y puedo sentir la corriente eléctrica a través de las yemas de mis dedos. Me pego más a ella, por su espalda, encajándola entre mi pecho unos segundos. Ella deja escapar una especie de suspiro, que conecta directamente con mi polla.

—Tienes que bajar el de la derecha y subir los dos a la vez, después aguantas unos segundos —susurro, muy cerca de su oreja. Aspiro su jodido olor, que, una vez más, consigue volverme loco.

Ella se pone de puntillas para conseguir llegar y mis manos sujetan las suyas para ayudarla.

—Así. Ahora cuenta hasta tres antes de soltar —añado.

—Uno, dos... —Me parece notar una ligera fricción de su trasero contra mi paquete y una pausa larga antes de pronunciar el último número, mientras ambos inspiramos con fuerza. Estoy a punto de arder—. Y tres —pronuncia con un hilo de voz.

La luz vuelve y bajamos los brazos, pero nuestros cuerpos permanecen pegados, casi en la misma posición durante unos segundos más. Su cabeza queda justo por debajo de mi barbilla, así que desde mi altura observo la piel de su escote, los pezones duros debajo del camisón y su pecho subir y bajar, con un ritmo ágil.

—Hueles jodidamente bien, Ele —rompo el silencio, porque ya no puedo callármelo más.

—Tú también —asevera ella, con la voz cargada de algo que no sé descifrar, como si también se hubiera dado por vencida.

—Alan, no puedo abrir la secadora para sacar la ropa, me ayudas, por favor —me pide Camille, asomándose por la puerta y rompiendo cualquier atisbo de conexión.

¡No puede ser!

Nora se aleja de mi cuerpo, como si fuera una llama. Se dirige hacia su habitación como alma que lleva el diablo.

—Muchas gracias y hasta mañana. Cierra al salir —apuntilla desde allí.

Camille me espera en las escaleras. Intento controlar todo lo que siento ahora mismo, pero el puto calentón y las ganas me borbotean.

16
Duermevela

Me fallan las rodillas y a duras penas consigo mantenerme en posición vertical. Semiinconsciente, con la cabeza muy lejos de aquí y el corazón bombeando, espero su siguiente movimiento. Trago saliva con mucha dificultad y quiero decir algo, pero no sé muy bien el qué, así que guardo silencio. No hay palabras, solo sensaciones, esas que son tan nuevas para mí, las que cayeron en el olvido, las que habrán disfrutado otros cuerpos durante los dos últimos años, pero no el mío. Un hormigueo. Una pequeña chispa. Electricidad. Un cosquilleo. Una mecha. Fuego.

Su pecho, duro y desnudo, pegado a mi espalda. Sus dedos, avanzando sin pedir permiso, delicados, lentos y sibilinos, se pasean por el interior de mis muslos, encendiendo mi piel con su recorrido. Una respiración entrecortada. Un gemido ahogado. Sus caricias ascienden hasta el vértice de mis piernas, para terminar en el mismísimo centro. El camisón de seda blanco se arremolina en mi cintura y mi trasero queda expuesto a su bulto, oculto tras sus vaqueros. Siento cómo palpita sobre el final de mi espalda.

Él, excitante y excitado.

Yo, excitada, demasiado excitada.

No sé qué hacer con mis manos. ¿Tocarlo? ¿Tocarme? ¿Apartarlo? ¿Apartarme? Lo mejor será posarlas sobre la pared y contener las pequeñas descargas que empiezo a sentir.

El sonido de los botones de su pantalón me pone en alerta. Está preparado, ¿y yo?

Su aliento impregna mi nuca. Mi nuevo nombre sale de su boca, «Ele», y su voz, cargada de todo lo desconocido, me azuza el instinto. La palma de su mano cubre ahora mi sexo, sin mi necesidad. Su lengua lame el centímetro exacto, ese que reparte miles de descargas a rincones más íntimos. Y su olor, nuevo y

refrescante, a masculino, a él, lo embriaga todo. Pierdo la poca cordura que me queda a estas horas del día.

Me muevo, buscando más fricción, pero no la encuentro. Nada. Noto el calor. Otro movimiento más que tampoco obtiene respuesta. Me mareo. Él no se mueve. Mano quieta. Cuerpo quieto. Un pinchazo en el vientre y casi puedo sentir el inicio de lo que creo que eran los orgasmos. Después, solo noto humedad. Mucha humedad. Me giro, rápido, buscando su mirada, pero no está. No hay nadie. No hay rostro. No hay cuerpo.

«Estás sola, Nora. Sola».

Mi mente empieza a contar hasta tres para salir de esta apnea. Una. Dos. Tres. Intento respirar.

Lo vuelvo a intentar. Una, dos, tres.

Grito desde el final de mi garganta.

—¡Mierda! ¡Tranquila, Nora! ¡Tranquila! —chillo, sentándome en la cama y llevándome la mano al pecho.

Aunque estoy bastante agitada, consigo respirar.

Empapada es el mejor adjetivo para definirme ahora; el camisón, pegado al cuerpo; la frente, perlada de sudor; el pelo, como si viniera del gimnasio, y los muslos... Menuda vergüenza.

Me levanto y voy a la cocina a por un vaso de agua, tengo la boca seca, como el esparto. Bebo despacio, mientras empiezo a ser consciente de que todo ha sido un sueño. Un puñetero sueño. Parecía tan real. Bebo otro vaso. Y otro más. Podría beberme un manantial ahora mismo si con ello consiguiera regular la temperatura de mi cuerpo.

Tengo que calmarme. Necesito calmarme.

He pasado de las pesadillas a los sueños... ¿Húmedos? ¿Con él?

Me pongo la mano en el corazón otra vez y compruebo que se va normalizando mi latido.

Busco el móvil y veo que son las cinco de la mañana.

Abro el grifo de la ducha, con el agua más bien fría, y me meto debajo del chorro. Si quiero volverme a dormir, necesito quitarme esta sensación de encima.

Unos cuantos minutos después, salgo con los dedos arrugados y la cabeza algo más despejada.

Mientras me pongo un pijama de dos piezas, me miro en el espejo. Todavía tengo las mejillas encendidas.

¡En buena hora se fue la luz! Si la tormenta no me hubiera dejado a oscuras, no habría sentido su cuerpo tan cerca, tambaleando mis propios cimientos.

Me meto en la cama para intentar conciliar el sueño de nuevo. Solo consigo dar millones de vueltas. Trato de dejar la mente en blanco y obligarla a perderse en cualquier otro lugar, lejos de ese pasillo y de mi casero.

Después de estar un par de horas en un estado de duermevela, decido dar por perdido el tema del descanso y me levanto de la cama.

Pongo la cafetera italiana al fuego y me preparo un par de tostadas con mantequilla. Cuando lo tengo todo listo, me pongo una chaqueta fina de punto y salgo a desayunar al patio. A pesar de ser temprano, los primeros rayos de sol se cuelan entre los tejados. Me siento en el banco con mi desayuno y huelo el café como una drogadicta, mientras espero a que se enfríe.

—¡Buenos días!

—¡Mierda! —suelto por el susto que me acabo de dar al escuchar la voz de Alan, sin verlo todavía. Dejo la taza en la mesa y busco de dónde procede el sonido, adaptando mi mirada al exceso de claridad —. ¡Buenos días! —respondo.

No puede ser, este tío es igual que el actor español ese que vuelve locas a las nenas. ¿Cómo se llama...? A Úrsula le encanta también. Mario Casas, ¡coño! Que parece que siempre va por la vida sin camiseta. El escocés hace los mismo, creo que le he visto más sin ella que vestido. La única diferencia es que este es rubio.Alan está en el fondo del patio, en una zona con algo de césped, sentado con las piernas cruzadas, en una postura muy rara, encima de una esterilla. Lleva un pantalón ancho de algodón gris, y, por supuesto, no, no lleva camiseta. Puede que esté haciendo yoga. Medio en pelotas, eso sí. Y no son ni las ocho.

—Vaya, ¿te he asustado? Lo siento.

—Tranquilo, es que a estas horas pensé que estaría sola.

—Suelo hacer yoga aquí antes de que llegue el otoño. Luego voy a un centro que está cerca del café de Dafne. ¿Has pasado una mala noche? —Observa mi atuendo.

No soy capaz de verbalizar nada coherente, así que asiento con la cabeza, a modo de afirmación, y entierro la mirada en el café, aún humeante. Es mejor no mirar. No mirarle a él, me refiero.

Seguro que Alan ha pasado una noche fabulosa con la rubia de piernas largas, después de sacar su ropa de la secadora, obvio.

«Nora, céntrate».

Me centro. Me centro en mi desayuno, mientras él sigue con sus posturitas. Ahora está de pie. Espalda recta y llena de bultos. Lo cierto es que son músculos, muy marcados, y absolutamente desconocidos para mí. Admiro también sus brazos, firmes, con unos bíceps de catálogo, unas venas serpenteantes y unos cuantos dibujos indescifrables... ¿cuántos tatuajes tiene? Bebo. Ahora se mantiene erguido sobre una pierna. Manos apuntando al cielo. Puro equilibrio. Doy un trago más largo, para terminar rápido. Pierna al aire y otra postura acrobática. Me toca dar un mordisco gigante a la tostada y casi he terminado. Se va a caer... Se va a caer... Bueno, él no, pero yo sí, como siga mirando como una imbécil sus movimientos. No me atraganto de milagro cuando se da la vuelta, recoge su esterilla y viene hacia mí, regalándome una sonrisa de suficiencia.

Me ha pillado.

—El yoga te puede ayudar si te cuesta dormir, Ele. Cuando quieras te doy una clase. —Mantiene los labios curvados y sus ojos azules clavados en los míos.

Mi cuerpo se pone en tensión con cada paso que da hacia mí; sin embargo, también noto un ligero e incipiente hormigueo en determinada zona. No hay quien me entienda.

Las imágenes reales de su pecho, su estómago, sus costados delgados y ese músculo del que suele hablar mi amiga en forma de símbolo de la victoria, que empieza a marcársele justo debajo de la cinturilla del pantalón, junto con su movimiento grácil se mezclan con las imágenes ficticias del sueño de ayer, fundiéndome el cerebro.

Me levanto a toda velocidad, con la taza y el plato vacío en la mano. Me giro antes de que llegue a mi lado y, ya de espaldas, me despido.

—Me voy. Tengo que enviar la columna. Ya nos veremos.

—*See you*, Ele —dice con la carcajada a punto de brotar de su boca. Debo de parecerle de lo más graciosa mientras huyo—. Y la próxima vez que te desveles, sube —añade a modo de... ¿orden? ¿Invitación?

Se equivoca conmigo. No soy de lectura fácil. Aunque quizás, sin ser consciente, estoy cambiando el tipo de letra... a una más clara, ¿no?

Lo dejo todo en la cocina y cojo el móvil.

—¡Norita, qué madrugadora!

—Tenías razón, Ursu.

—Yo siempre tengo razón, amiga, eso ya lo sabes. Pero, puedes ser un poquito más... explícita.

—Que tienes razón con lo de eso, con lo de que no está muerto.

—En serio, me acabo de despertar y no he desayunado todavía. Quieres dejar los acertijos. ¿Quién no está muerto?

—No me hagas decirlo, que me muero de vergüenza. Eso, lo de ahí abajo. —Hago una pausa, a ver si mi amiga lo capta—. Creo que se está despertando.

—¡No me jodas! ¿Te refieres a que tu entrepierna ya no está hibernando? A ver, que tampoco se puede considerar una hibernación lo tuyo. En realidad, a tu coño se le han pasado las cuatro estaciones multiplicadas por dos, no solo el invierno.

—¡Ursu!

—Si quieres digo «a tu peseta», como decía mi abuela, ¿te gusta más?

—Déjalo.

—No, no. Ahora que te has arrancado a hablar de tu zona inferior, necesito saber más detalles.

Entonces le cuento todo el episodio; cómo llegó la tormenta y después se hizo la luz. La postormenta y mis humedades. El estado de duermevela asfixiante y el numerito del yoga mañanero. Sus

exabruptos sobre los atributos del escocés, al menos los que ella se imagina, interrumpen cada frase de mi relato.

—Espero que, al menos, te hayas aliviado tu solita, ¿no?

—No pienso hablar de eso contigo.

Si ella supiera que no... Que ni sola ni acompañada.

—¿En serio? No me puedo creer que lleves dos años sin tan siquiera tocarte, Nora.

¡Pero si no he dicho nada! ¿Cómo lo sabe?

—Ni confirmo ni desmiento. Voy a colgar. Esta conversación ya no tiene sentido.

—Ay, amiga, sabes que eres transparente para mí. No me lo puedo creer, de verdad. Tienes que empezar por ahí. Te lo digo en serio, nena. Tócate. Recuerda que no es pecado.

—Adiós.

—No me cuelgues. No me cuelgues que te acoso a llamadas. No sé por qué no hemos tenido esta conversación antes. Será porque di por hecho que tú solita te apañabas. Entonces sí que lo tienes grogui. Del todo. ¿Tú nunca has oído eso de que con pareja o sin pareja, la paja no se deja? Ese consejo hay que seguirlo a rajatabla.

No voy a hablar con ella de este tema, me niego.

Ahora recuerdo cuando un día, después de muchos meses, lo intenté, pero al cerrar los ojos solo veía a Fer. Al fin y al cabo, era el único con el que había mantenido relaciones sexuales en mi vida. No pude seguir. Mi mente se bloqueó y mi cuerpo con ella. Nunca más lo volví a intentar.

—Vale, un placer... No necesito más información.

—Pero yo sí. Y lo primero que quiero es conocer *in person* a ese escocés que quiere adentrarse en tu caverna. El viernes voy. Hazme hueco.

—¿Lo dices en serio?

—Completamente. Cuando tenga el billete, te paso horarios.

—Está bien, te haré hueco.

En cuanto cuelgo, empiezo a contar las horas para que llegue el viernes.

17
Disimulando

ALAN

Echo un vistazo a una revista de fotografía mientras espero a que Andrea regrese a su casa/estudio. He quedado con él aquí, pero todavía no ha vuelto del aeropuerto, así que me imagino que le habrá pillado algún atasco.

Ha ido a recoger a su hermano pequeño, Gio, que llega hoy desde Roma. Acaba de terminar sus estudios de cocina y viene en busca de su primer empleo a la capital británica. No me imagino a mi amigo ejerciendo de niñero. Su hermano, con veinticinco añitos recién cumplidos y viviendo por primera vez fuera de casa, seguro que va a ser un quebradero de cabeza para él, tan acostumbrado a llevar una vida apacible y tranquila —modo ironía ON—.

Su ayudante, porque por supuesto tiene una —morena, dulce y sonriente—, me ofrece algo de beber, pero antes de que rechace la invitación, la puerta se abre y aparecen los hermanos Bianco.

—Ya estás aquí —me dice Andrea, soltando la maleta de su hermano.

—Hola, Alan. —Gio se adelanta y me da un abrazo.

Nos conocimos en Roma hace unos cuantos años, cuando él solo era un mocoso que nos quería seguir a todas partes. Nada que ver con este chico, fuerte y alto, que me saluda ahora. A pesar de que se llevan doce años y que mi amigo hace mucho tiempo que no vive en Italia, siempre han tenido una relación muy especial. En medio de los dos está su hermana, Mariella, con la que tiene una relación más distante. A mí, en cambio, me cae bastante bien, porque siempre pone a mi amigo en su sitio. Aunque tengo prohibido acercarme a ella... Digamos que por motivos... varios. Ya sabéis cómo son los italianos con *la famiglia*.

Cuando termina de instalarse, nos vamos los tres a ver a Dafne. Andrea no quiere que su hermano haga el vago mientras encuentra

un empleo, así que será el ayudante de nuestra amiga en el café. Le va a echar una mano con la repostería y todo lo demás hasta que encuentre un trabajo; como un becario, pero sin beca. Ella está encantada de poder contar con mano de obra cualificada y gratuita.

Durante el trayecto los hermanos conversan en italiano a toda velocidad, así que solo entiendo palabras sueltas. Voy sentado en la parte de atrás, observando su complicidad. A mí me hubiera gustado tener un hermano o una hermana. Desde muy niño pedí uno, como regalo de cumpleaños, me suele recordar mi madre. Nunca llegó. Mis padres, después de separarse, rehicieron sus vidas con otras parejas; sin embargo, ninguno repitió la experiencia de la paternidad, sería porque conmigo tuvieron más que suficiente.

Soy el primero en entrar en el café y, como si tuviera un imán que me empujara hacia ella, mi mirada va directa al rincón de la izquierda, donde está sentada Nora. Ele para mí. Está tan concentrada escribiendo en su libreta que no me ve.

Ahora ya sé dónde ha estado escondida después de nuestro encuentro tras la tormenta. Sonrío como un idiota al recordar toda la escena. La de esa noche, cuando estuve a punto de quemarme con su piel. Y la del día siguiente, cuando fui incapaz de seguir mareando las sábanas de mi cama y bajé a hacer yoga con los primeros rayos de sol.

Sé que disimula cuando está delante de mí, pero me mira, igual que yo a ella.

—¡Vuelve, capullo! Te estoy hablando —me azuza Andrea.

—Estaba pensando en otra cosa.

—En una morena de ojos negros que vive debajo de tu salón.

—No sé de qué coño hablas.

—¡Venga ya, escocés! Qué malo es conocerse.

Dafne sale de detrás de la barra para las presentaciones oficiales.

Con el vocerío de los italianos de fondo, Ele levanta la cabeza de la libreta y se da cuenta de nuestra presencia. Dejo a mis amigos que traten sus temas y me acerco hasta su rincón.

—Hola, pensé que habías abandonado el país, como no te he visto por el patio desde hace días...

—Es que he estado muy ocupada, escribiendo la columna y eso —se excusa. Suelta el bolígrafo encima de la libreta y se pasa la mano por la nuca un par de veces, nerviosa.

—¿La que ya tenías escrita para mandar el otro día o una nueva? —pregunto, aguantándome la risa. Pillada.

—Yo… es que no solo escribo la columna, ¿sabes? — suelta, altiva.

—Tranquila, Ele. No te enfades.

—Hola, Nora. Vengo a quitarte a tu casero de encima. —Andrea interrumpe nuestra conversación.

—Hola —lo saluda ella con gesto algo menos serio.

—Nos tenemos que ir, colega. He quedado en la terraza del hotel Trafalgar.

Algo me ha dicho antes sobre una cita doble con la galerista y su amiga, pero como la mayor parte del tiempo solo me menciona nombres de tías, no le he prestado demasiada atención. Espero que sea para hablar de la exposición y no para terminar viendo cómo le come el morro y me endosa a su amiguita.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. No hagas esperar a las damas, que ya sabes que es de mala educación, ¿verdad, Nora?

—Claro, no las hagas esperar, Alan. No vaya a ser que no sepan abrir la secadora sin tu ayuda.

Abro tanto los ojos cuando la escucho que casi se me salen de las órbitas, ¿dónde quedó lo de disimular?

Ella misma se sorprende por sus palabras. Nada más enunciarlas, hunde la nariz en la taza del café y no es capaz de mirarme a la cara. Ni a mí ni a Andrea, que nos observa a ambos sin entender nada.

Vaya, Little Ele, no me digas que tú también te quedaste con ganas de seguir explorándonos. Lo pienso, pero me lo guardo. Tampoco quiero abrumarla más. Y menos delante de mi amigo, que es un pésimo espectador.

—¿Y tu hermano? —recupero el control.

—Se queda con Dafne hasta que cierren, así ya va haciéndose al local. Adiós, Nora. Espero verte el sábado en la fiesta que va a dar Alan en su casa.

—¿Qué fiesta? —pregunto, sorprendido.

—La de bienvenida de mi hermano.

—¡Muy bonito! —alucino—. Si es por la bienvenida de tu hermano, debería ser en tu casa, ¿no crees?

—El rey de la fiesta eres tú, escocés —afirma mi amigo ante la mirada de Ele. Parece que después de su pulla, nuestra pequeña discusión ha captado su interés—. Y tu casa es idónea para la *party.*

—No sé si estaré —nos informa Nora—, porque el viernes viene mi amiga de visita.

—¿Y cuál es el problema? Venís las dos. Cuantas más, mejor —insiste y suena totalmente ridículo.

Niego con la cabeza a modo de desaprobación por su comentario. Andrea no se da por aludido y se vuelve para despedirse de Dafne y Gio, que están con las explicaciones del funcionamiento de la cafetera. Aprovecho para acercarme más a mi inquilina, empapándome de su inolvidable olor.

—Cuando la fase de disimulo finalice del todo, avísame, Ele —pronuncio su apelativo con el tono más suave que me permiten mis cuerdas vocales y le doy un ligero beso en la mejilla, cerca de la comisura de los labios.

Ella enmudece y, sin darle tiempo a réplica, me voy.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunta Andrea ya en la acera.

—¿El qué? —contesto con otra pregunta. ¿Desde cuándo tiene ojos en la espalda?

—Esa despedida. ¡No me jodas, Alan! ¿Estás pillado por tu inquilina?

—No digas tonterías, Andrea.

—¡No tienes remedio, cabrón! —vocifera mientras entramos en su coche—. Solo te gustan las tías complejas y complicadas.

Lo ignoro. No merece la pena. Supongo que no tendría que haberle contado que conocí a la hija de Ele, ni que ella sigue dándole vueltas a su alianza.

Cuando llegamos a la azotea del hotel, dos chicas nos reciben con una amplia sonrisa. Mi amigo les responde con la suya de triunfador y yo, con un amago de la mía de tipo encantador.

Parece que esta noche yo también seguiré disimulando.

18
Demasiado vino

—Hola, mami.

—Hola, cariño. ¿Qué tal la semana?

—Bien, todo perfecto. ¿Qué haces?

—Pues estoy en casa, esperando a Ursu, que no ha querido que fuera a buscarla al aeropuerto. ¿Y tú?

—Voy a terminar un trabajo con Ruth y, después de cenar, veremos todos una peli en el salón. Mañana temprano entreno. Recuerda, el domingo el partido es a las once.

Me quito el bolígrafo de la oreja y lo anoto en la agenda que tengo encima de la mesa del salón. No me suele hacer falta apuntar las cosas —todavía—, pero como viene mi amiga y seguro que me lía, no quiero que se me olvide nada importante.

El profesor de tenis de Lara la ha apuntado a una liguilla contra alumnos de otros colegios y su primer partido es este domingo. Está deseando que vayamos a verla.

—Tranquila, allí estaremos. Úrsula tiene muchas ganas de verte también.

—Está bien. Te dejo, que las chicas me están esperando.

—Un beso, cariño. El domingo te veo.

Cuelgo y miro el reloj. Mi amiga ya no puede tardar.

Salgo al patio un rato, para que me dé el aire y despejarme. Sé que Alan no está, porque controlo un poco su horario los días laborables. Después del numerito de la luz y del porno yoga de la mañana siguiente, he estado evitándolo.

Ayer coincidimos en el café de Dafne, donde he estado refugiándome toda la semana, y, sin saber muy bien por qué, nos lanzamos un par de dardos envenenados. Él recordándome que ya había escrito la columna, y yo sacando a colación la interrupción de Camille. No tengo ni idea de lo que le pasa a mi cerebro cuando lo tengo cerca, pero es como si no fuera capaz de dar las órdenes

correctas. Mi lengua, con autonomía propia, suelta cualquier cosa sin pasar por ningún filtro. Luego me siento rara porque no sé cómo debo interpretar mi propio comportamiento. Es alucinante.

Perdida en mis pensamientos ando cuando oigo el sonido de un mensaje.

URSU:
Ábreme.

Me levanto y voy hacia la puerta de atrás, mientras oigo la voz de Úrsula hablando con alguien en español y un ruido de motor. Sin darme tiempo a meter la llave en la cerradura, la puerta se abre. La imagen de mi amiga, manoseando el brazo de Alan de arriba abajo, mientras él está subido en una moto, me impacta. Él, que tiene la visera del casco levantada, se limita a sonreír.

—Norita. Dame un beso, ¡qué calladito te lo tenías, eh!

—Ursu, por favor —susurro cerca de su oreja, muy bajito, mientras la abrazo. Sé que quiere decirme un millón de cosas sobre mi casero, pero preferiría que él no estuviera delante.

Tiramos juntas de su maleta, que, a juzgar por el tamaño, me hace dudar de si solo viene para un fin de semana o para un mes entero. Alan mete la moto en el patio y se baja para abrir la puerta del cobertizo de madera.

Vaqueros claros, muy desgastados y pegados, camiseta blanca con algún agujero suelto en la parte inferior y cazadora de cuero marrón, abierta. Se quita el casco ante nuestra mirada de... ¿gilipollas? Parece que estemos viendo una puñetera película a cámara lenta.

—Alan, esta es mi amiga, Úrsula.

—Sí, ya se ha presentado en la puerta. Encantado otra vez, Úrsula.

—¡Encantada estoy yo, mi amiga y todo el puto vecindario, casero!

—¡Ursu! —la regaño. Ya es mala suerte la mía que se hayan tenido que conocer en el minuto uno. Bueno, pensándolo bien, quizás sea mejor que haya sido subido a la moto y vestido que no cuando se asoma al balcón a estirarse por las mañanas.

Alan se descojona y acto seguido me mira. Me observa con el pecho henchido esperando mi reacción. ¿Perdona? Si a este tío lo que le sobran son los cumplidos. Y la lela de mi amiga ha tardado

cero coma un segundo en regalarle uno. Le aguanto la mirada, con indiferencia, para que sea consciente de que puedo ser la mejor disimulando, aunque ya empiece a sentir ese puñetero hormigueo otra vez.

—No sabía que tuvieras moto —cambio de tema.

—Es que estaba en el taller, la acabo de recoger. Cuando quieras te llevo a dar una vuelta.

—¿Nora, en una moto? —intercede mi amiga—. Cuando los elefantes vuelen.

Ambos nos volvemos a mirar y, aunque Úrsula esté delante, siento que durante un par de segundos es como si estuviéramos solos.

—Bueno, chicas, os veo mañana en la fiesta, ¿no? —pregunta, guardando la moto y dando por finalizada nuestra conexión o lo que coño sea esto que nos pasa cuando conectamos nuestras miradas.

—¿Has dicho fiesta? —A mi amiga se le abren los ojos—. Entonces allí estaremos, que no te quepa la menor duda.

Como puedo la arrastro hacia el apartamento. Rezo por dentro para que mantenga la boca cerrada hasta que cierre la puerta.

Tres, dos, uno..., cuento mentalmente al entrar en casa, esperando su reacción.

—¡Hostias! ¡Hostias! ¡Hostias! ¿Tú has visto ese conjunto? La moto. El paquete marcadito en los vaqueros. Ese pedazo de culo, comestible, muy comestible. La camiseta roída de malote. Esos faros que tiene por ojos y hasta los puñeteros rizos rubios, que le dan un aire de niño bueno, pero que solo es por fuera, porque en el fondo sabes que es el dios follador.

—¿El dios follador? —repito, tapándome los ojos con la mano derecha, alucinada—. Por favor. Entonces, tú eres la diosa de la vida, amiga —musito—. ¿Has terminado?

—Ahora lo entiendo. Cómo no se te va a despertar el potorro, si ha dado palmas hasta el mío, que siempre está contento.

—¡Qué bestia eres, Úrsula!

—Realista, soy realista.

Le enseño el apartamento, intentando centrar su atención en otros temas. Dormiremos juntas, porque no hay más posibilidades —no la

veo yo en el sofá—. Dejamos su maletón en mi habitación y lo primero que hace es tirarse encima de la cama, probándola.

—Es muy chulo. Me gusta. —Mira al techo y da una palmada sobre la colcha para que me tumbe a su lado. La quiero un montón, así que obedezco.

—Me alegro. A mí también me gusta.

—Pero estamos hablando del apartamento, ¿verdad?

—Sí, amiga, del apartamento —repito con mi voz más repipi.

Me confiesa que ha tenido una semana de locos y que, puesto que mañana habrá fiesta, prefiere que nos quedemos en casa y nos pongamos al día.

En lo que ella se pone cómoda y cuelga sus trapitos en un hueco que le he dejado en el armario, enciendo el horno. Creo que, si acompañamos mi receta estrella, unas pechugas de pollo con bechamel y champiñones —de bote, por supuesto— con una de las botellas de vino que he comprado esta mañana, nos sentiremos mucho mejor.

Ella pone la mesa y yo abro el vino. Caen dos copas casi del tirón antes de sacar la fuente con el pollo.

La primera parte de la cena transcurre tranquila. Úrsula me cuenta todo lo que ha hecho durante las vacaciones, incluidos sus dos escarceos amorosos en la otra punta del mundo. El primero, con un chico local, alarmantemente joven, según sus propias palabras —«Podría ser mi hijo»—. Y el otro, con un coetáneo europeo que también viajaba solo; no sabe explicarme cuál le gustó más.

—Admiro tu capacidad para adaptarte a todo.

—Norita, cuando has alcanzado una determinada edad, como nosotras, no puedes dejar espacio a las dudas trascendentales. Tienes que tener mente disfrutona y punto.

Asiento con la cabeza, sopesando sus palabras, tan fáciles de llevar a la práctica para ella y tan difíciles para mí.

La botella se acaba antes de que saque el postre, un par de tarrinas pequeñas de helado de chocolate con pepitas, de ese americano que te hace canturrear orgásmicamente con cada cucharada. Mi amiga cree conveniente abrir la segunda botella de vino para maridar con el dulce.

Nos sentamos en el sofá, repantingadas, de fondo suena en su móvil una lista de Spotify que lleva por título «MI REMEMBER» y, sin soltar las copas de la mano, seguimos bebiendo. Como no bajemos el ritmo, seremos incapaces de llegar a la cama.

—Se te ve feliz aquí.

—Creo que necesitaba un cambio. Y no me recuerdes que ya me lo dijiste, por favor.

—No te lo voy a repetir porque tú misma te has dado cuenta.

Aprovecho para contarle la última noche que estuve con Jaime y su reacción. No se sorprende mucho, excepto cuando le confirmo que está tan enfadado que solo llama a Lara, y no a mí.

—¿Qué te parece?

—Pues que quizás está enamorado de ti en secreto, Nora.

—¡Qué va! ¿Cómo va a ser eso? Hasta ese día, nunca se había mostrado así conmigo

—No sé, quizás ha confundido el rol de cuñado y figura paterna con algo más.

—No tengo ni idea, pero él sabe que yo nunca me he planteado tener otra relación, y menos con el hermano del que fue mi marido. Es de locos.

Sin poder evitarlo, miro la fotografía de los tres y me quedo absorta durante unos segundos.

—Deja de mirar la foto.

—Yo..., no la miraba por... Solo estaba pensando...

—¿En qué? —me interrumpe.

—Que es la primera vez desde que Fer murió que no hablo de él en presente.

—¡Ya era hora, amiga! Brindemos por eso. —Choca su copa con la mía—. A ver, no me malinterpretes. —Se comporta cuando ve mi cara de acelga—. No brindo por su muerte, sino por la vida. Te lo he dicho muchas veces, nena. Tú sigues aquí, en el mundo de los vivos. Eres joven, guapa e inteligente. Y tienes una niña preciosa que necesita que su madre ría, salte, baile, ame y viva.

Su sermón me deja sin palabras y volvemos a brindar, esta vez con una buena sonrisa. Nos servimos una copa más y juramos que será la última.

—Háblame de Alan.

—No sé, es tan extraño y nuevo lo que me pasa con él, no sé cómo explicarlo.

—Nora, físicamente ese tío atrae a cualquiera, no eres ninguna extraterrestre, simplemente estás sintiendo cosquillitas entre las piernas, como cualquier mujer con ojos de este planeta.

—Muy graciosa, pero es que ya sabes que yo no soy muy de cosquillitas, ni de fijarme en los tíos, ni en los guapos ni en los feos. Pero con él, es diferente.

—¿Por qué?

—Ni idea. Ha sido llegar aquí, respirar, encontrarlo y empezar a despertar.

—Pues espera a que te la meta hasta el fondo y despiertes del todo. Ahora estoy borracha y dirás que es culpa del vino, pero esas miradas que os dedicasteis antes decían cosas. Cosas guarras, nena.

—Tú lo has dicho: demasiado vino.

Empieza a sonar *When Love Comes To Town*, interpretada por U2 y B. B. King, y mi amiga, que ya está muy exaltada, sube el volumen al máximo, se planta encima de la mesa baja del salón y me la canta a pleno pulmón, señalándome con el dedo índice para que la acompañe.

No me lo pienso y me subo con ella, como si fuera la tarima de una de esas discotecas que apenas frecuenté. Bailamos y cantamos abrazadas, como dos auténticas borrachas, que es lo que somos ahora mismo. Solo espero que mi casero no esté en casa y tenga que bajar a llamarnos la atención.

19
La *party*

ALAN

El concepto de fiesta como pequeña reunión de amigos se nos ha ido de las manos. A mí o al capullo del italiano, que es el perfecto anfitrión en casa ajena.

Espero que esta sea la última vez que suene el timbre, en caso contrario, tengo dos opciones: o digo con mi mejor sonrisa «aforo completo» y cierro la puerta en las narices al siguiente, sea quien sea. O la dejo abierta al público en general. En ese caso, nuestro amigo Robert, que hoy está de guardia, no tardará en hacer acto de presencia junto a sus compañeros del cuerpo para clausurar la *party.*

—*Hi, girls!* —saludo a la ayudante de Andrea, que viene de la mano de otra chica. Tiene un nombre tan largo que no consigo retener, y es igual de joven y de chispeante que ella. Ambas me sonríen y pasan al salón. Cuando pille por banda al Espagueti le voy a decir un par de cosas.

Menos mal que los invitados están repartidos por la cocina, el salón y la terraza pequeña. No les he dejado bajar al patio porque este es un vecindario bastante tranquilo y no quiero molestar.

Andrea presenta a las recién llegadas a Gio mientras me mira elevando las cejas, igual que si tuviera quince años; es flipante. La galerista y su amiga—de la que tuve que huir cuando mi fiel amigo me dejó a solas con ella en el último club la pasada noche— están afuera, fumando un cigarrillo a medias y observando los movimientos de Andrea a través de la ventana. José, otro compañero de la escuela que también ha venido, y su novia charlan animadamente con Becca y Margot, que es nuestra profesora de yoga. Mi amiga está colada por sus huesos, pero no puedo mencionarlo porque es un secreto.Dafne está con el móvil en la oreja, hablando con Evan, que este fin de semana se queda con su padre. Y, por supuesto, en la cocina, abriendo una nueva botella de

vino blanco, está mi invitada estrella, Ele, con su amiga, Úrsula, que llegó ayer de Madrid y se merece una mención aparte. Pura dinamita es la señorita. Por suerte, Camille no ha venido ni vendrá, está fuera de Londres todo el fin de semana por trabajo, de modo que tendré la fiesta en paz.

Gio se ha adueñado del equipo de música y picha tema tras tema. Se nota que le sacamos una década, porque su gusto musical dista bastante del nuestro, aunque, de vez en cuando, mete alguna canción «clásica», como él mismo dice.

Ayudo a Úrsula a abrir la botella, con la que más bien se está peleando.

—Déjame a mí —me ofrezco.

—Sí, porque para usar este sacacorchos tuyo hay que ser ingeniero aeronáutico. ¿No había un modelo más sencillo?

—Me gustan las cosas difíciles —respondo, y veo cómo abre los ojos de par en par.

—Cómo me gusta oír eso, escocés. —Me guiña un ojo.

En cuanto le lleno la copa, se marcha moviendo las caderas al ritmo de la canción que suena ahora, *Bad Guy,* de Billie Eilish, y me deja a solas con su amiga.

El que se siente como un chico malo soy yo desde que mi inquilina ha aparecido por la puerta del salón hace un rato. No he dejado de pensar en el millón de cosas que me gustaría hacer con ella. Ese vestido negro que lleva puesto activa mi imaginación. Me encantaría soltar la lazada del lado izquierdo de su cintura, descruzar la tela y, sin quitárselo del todo, admirar cada milímetro de su piel morena, solo cubierta por la ropa interior. Después, acariciaría con mis dedos todo su cuerpo, desde los pies hasta la nuca. Y, por último, me gustaría tenerla desnuda para mí.

—¡Cuidado! —me advierte Ele cuando estoy a punto de derramar el vino a causa de mi falta de concentración. O más bien por exceso de ella, pero no en la acción de servir, sino en otros temas más carnales.

—Lo siento, es que me distraes, Ele. Me distraes mucho más de lo que puedo confesar. —Sacudo la cabeza y poso la botella en la encimera, colocándome a su espalda, muy cerca. Noto su cuerpo

tensarse y cómo deja escapar un pequeño suspiro, pero no se mueve.

—Alan... Yo —musita, nerviosa.

—Little Ele... —replico con la voz cargada de tantas cosas mientras aspiro su olor—. Me tienes bastante loco y tu olor no contribuye a mejorar mi cordura. Ya me contarás cuál es esa colonia que usas, que tiene el poder de hipnotizarme.

—No uso colonia.

—Vaya, pues sí que tienes un jodido y excitante olor corporal.

—No es colonia exactamente, es mi gel y mi crema de cuerpo, que son de jazmín.

—¿Marca? —pregunto con curiosidad.

—No creo que la conozcas, es una marca de cosmética natural italiana.

—Pues me declaro adicto al jazmín. —Acerco la nariz un poco más a la piel de su cuello.

—Alan, se te está calentando el whisky. —Andrea acaba de entrar en la cocina con el vaso en la mano.

«Si solo fuera eso lo que se me está calentando...».

Ele aprovecha la interrupción para huir hasta el salón y colocarse entre Úrsula y Dafne. Creo que, rodeada de sus amigas, acaba de restablecer su perímetro de seguridad.

—Tío, parecías un lindo gatito y ella, el pajarito esperando a que te la comieras.

—No digas gilipolleces. —Me río con desgana, porque lo que menos me apetece es que mi amigo me ponga la cabeza como un bombo con sus artes amatorias. No me malinterpretes, lo quiero mucho, pero tenemos distintas formas de relacionarnos con el género femenino.

Vuelvo al salón, no sin antes advertirle a Andrea que invitar a sus cuatro amiguitas ha estado fuera de lugar. Dado que nos conocemos y hay confianza, solo me da una palmada en el pecho para que me tranquilice.

—Está todo bajo control —afirma.

La verdad es que a veces consigue despistarme. No sé si se está tirando a su ayudante, a la galerista o a ambas.

—Si me hubieras avisado de la presencia de la amiga de Nora, habría venido solo. Menudo polvazo tiene la rubia.

—No tienes remedio, capullo.

La noche sigue entre copas, bailes y risas. Todos descalzos, por supuesto. Las conversaciones fluyen en inglés, en español y en una mezcla rara de ambos idiomas. Incluso descubrimos un gran número de palabras inventadas por Úrsula, que, como puedes suponer, es el alma de la fiesta. Salta, baila, bebe y se ríe sin contención.

Observo a Ele, que está a su lado, y me doy cuenta de que también se la ve más relajada y sonriente. Puede que, aparte de tener a su amiga cerca, también influya el hecho de que no para de rellenarse la copa.

Andrea está cada vez más pegado a la rubia, y sus amigas empiezan a ser conscientes de que esta noche no van a ser el centro de atención.

Me sirvo otros dos dedos de whisky en el vaso y me apoyo al lado de la chimenea. Desde esta posición controlo a todos los invitados.

—Deja de espiarnos —me susurra Becca, chocando su brazo contra el mío.

—Ya sabes, como no ha venido Robert, alguien tiene que vigilar.

—Ya. Y si la sigues mirando así, la vas a acojonar, pareces un acosador.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que lo sabes, idiota. Me cae bien Nora, se nota que es una tía tímida y reflexiva. No tiene nada que ver contigo, puto loco. No la asustes.

—Pensé que habías estudiado Bellas Artes conmigo, no Psicología. Te estaré confundiendo con otra pelirroja —la vacilo—. ¿Ya le has dicho a Margot que quieres practicar yoga con ella a solas?

Si ella tiene consejos para mí que no le he pedido, yo también los tengo para ella.

—Cállate. No sé si le gustan las tías o los tíos. No voy a decir ni una palabra. Y tú, tampoco —me advierte.

Los dos nos sostenemos la mirada y después nos reímos. Becca es mi mejor amiga. Y tengo la suerte de poder hablar con ella de todo, eso incluye las partes que más nos gustan de la anatomía femenina.

Una amistad perfecta. Solo discutimos por el whisky. Ella lo bebe irlandés y yo escocés. Y jamás nos pondremos de acuerdo. Andrea me arrastra hasta la puerta para despedir a la galerista y a su amiga, que han decidido irse a casa. Como ella es la organizadora de la próxima exposición, me obliga a ser todo lo cortés que puedo. Él las acompaña hasta la calle mientras llega el taxi. Entro de nuevo y veo a Ele medio apoyada contra la pared de madera, en el pasillo, con las piernas cruzadas y haciendo una especie de bailecito.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy esperando para entrar en el baño, pero como Dafne no salga pronto, me lo voy a hacer encima —me dice con media sonrisa, bastante achispada.

—Ven, acompáñame.

Le doy la mano y la guío escaleras arriba. Me sigue sin oponer demasiada resistencia, aunque noto cómo duda cuando sube los últimos escalones, en silencio.

—Pasa a mi baño y así no tienes que esperar.

—Gracias.

La llevo directa al baño, que está a la derecha, y doy la luz en el interior. Ella pasa rápido y cierra la puerta. Con las prisas, no me he dado cuenta de que no he encendido la luz de la habitación, así que solo entra una ligera claridad de la calle. Cuando estoy con la mano en el interruptor regulando la intensidad, sale del baño.

—¡Vaya! Ya sé que eres modelo y todo eso, pero no creí que tu ego necesitara reforzarse así —suelta, mientras pasea un dedo en el aire, señalando la pared de espejo donde está apoyada la cama.

Me río por su pronunciación de la palabra «modelo», con cierto retintín, y por cómo ha alargado un poco la última í. Me acerco a ella, que se ha quedado quieta justo a los pies de la cama, y pego mi cuerpo al suyo, por detrás, posando mis manos en sus caderas, encajándola.

—Mi ego no necesita reforzarse, gracias por preocuparte. Y esta casa perteneció a una bailarina del ballet de Londres; en esta habitación daba clases. Me pareció buena idea conservar el espejo. Me encanta ver determinadas imágenes ahí reflejadas. Como la nuestra ahora mismo.

Me agacho y apoyo la cabeza en su hombro, con la mirada señalo el reflejo de nuestros cuerpos.

—Ah... —titubea—. Tu olor también me gusta y me marea un poco, ¿sabes?

Su confesión me sorprende y me agrada a partes iguales. Giro su cuerpo y nos quedamos frente a frente. Es la primera vez que estamos tan pegados en esta posición. Me encanta el brillo de su mirada y el rubor de sus mejillas, pero lo que más me gusta es que su cuerpo no se tensa. No sé si será por el efecto del vino o porque, de una vez por todas, se está dejando llevar.

—Huéleme, entonces, Ele.

Se pone de puntillas y hunde la nariz en el hueco de mi cuello, aspira un par de veces seguidas y noto el roce de su pecho contra el mío. El ruido de abajo es apenas un murmullo al lado de nuestras respiraciones, que son unos cuantos decibelios más altas. Creo que pueden situarse en la categoría de jadeos contenidos.

—Me encanta tu olor, pero siempre es diferente, ¿por qué?

—Es un secreto, quizás algún día te lo cuente.

Levanta la cabeza, me mira y se muerde el labio. Está preciosa, está receptiva y está en mi habitación. No quiero disimular más. Solo quiero descubrirla, sentirla y saber hasta dónde está dispuesta a llegar.

—Deberíamos bajar.

—No —contesto, rotundo—. Lo que deberíamos hacer es dejar de disimular de una puta vez y, además de olernos, también saborearnos —afirmo con un gesto un poco lascivo de mi boca—. Lamernos —añado, pasando la lengua por su cuello. Mis labios atrapan el lóbulo de su oreja y mis manos se enredan en su pelo—. Podemos hacer lo que queramos, Little Ele.

—Alan, están todos abajo, podrían oírnos...

Coloco mi dedo índice encima de sus labios, invitándola a que dejemos las palabras para otro momento y comencemos el baile. Me da igual quién esté en mi casa, ahora mismo para mí solo existimos ella y yo. Baja la mirada hacia mi dedo y entreabre la boca.

Se me pone más dura y con ese simple gesto me concede su permiso para continuar. Entrelazo los dedos en su nuca, me inclino y

la atraigo hacia mí. Voy a probar su boca por primera vez. Nuestros labios chocan y se acoplan con ímpetu. Intento ser delicado, pero cuando nuestras lenguas se unen a la exploración, la calma se esfuma.

Sin separarme de ella, me acerco a cerrar la puerta de un puntapié y la apoyo contra la pared para proseguir donde lo había dejado. Ella baja la intensidad de la luz del interruptor y niego con la cabeza subiéndola un poco.

—Quiero verte, Ele. Porque en mi cabeza llevas revoloteando toda la maldita noche.

Mis dedos rápidos desatan la lazada que sujeta su vestido, haciendo lo mismo que había pensado nada más verla, solo que en mi imaginación no conté con su reacción y ahora siento cómo sus manos se han colado, aceleradas, debajo de mi camiseta, toquetea todo mi abdomen hasta que las detiene a la altura de mi pecho.

Nos comemos la boca, con necesidad y a trompicones.

Nos desnudamos a la vez. Ella tira de mi camiseta para sacármela por la cabeza y yo deslizo por sus hombros el vestido. Ya está solo con la ropa interior, sencilla y negra. Me separo unos segundos, para contemplarla, pero ella baja la mirada de nuevo hacia mi bragueta y empieza a desatarme los botones de los vaqueros.

La agarro del culo y la llevo enroscada en mi cintura hasta la cama. Dejo caer su cuerpo con sumo cuidado sobre el colchón y me dedico a dar pequeños besos a cada centímetro de su piel, empezando por los pies para luego ir ascendiendo. Cuando llego al vértice de sus muslos, tiro del elástico de sus bragas para deshacerme de ellas.

Ella se revuelve debajo de mi cuerpo y me lo impide. Respira más fuerte y cuela su mano derecha por mi calzoncillo, agarrando mi polla como si la fuera a estrangular. La aprieta entre sus dedos, siento el dolor, pero ella sigue sin moverse.

—Joder —gruño.

Observo su cara mientras me intento deshacer de los vaqueros. Noto cómo su cuerpo empieza a temblar. No mantenemos contacto visual y su indecisión se palpa en el ambiente.

Algo no encaja.

—Ele... —susurro con voz pausada, esperando un gesto que me invite a seguir.

—Mierda, yo... pensé... Es un error. No puedo. Lo siento.

Intento levantarle la cabeza, para que me mire a los ojos, pero, en un movimiento rápido, se escabulle por el otro lado de la cama para recoger su vestido. Se lo cruza delante del pecho, sin tan siquiera atárselo, sale por la puerta.

—¡Ele!

El sonido de la puerta al cerrarse es su única respuesta.

No puedo perseguirla con la empalmada que llevo, así que suelto una pequeña maldición y me quedo sentado en la cama, mientras me observo en el espejo. La estampa es bastante deprimente: pelo revuelto, excitado como un gilipollas, en calzoncillos, con la polla a punto de explotar y la cabeza también.

Es la primera vez que alguien me la coge como si fuera la palanca de cambios de un coche de carreras y sale huyendo segundos después.

¿Qué acaba de pasar?

20
Última vez

Dos resacas superpuestas pueden acabar con la vida de cualquiera, incluso con la de Úrsula, que está mucho más acostumbrada a beber que yo. Así que imaginaos cómo me encuentro esta maldita mañana de domingo. Fundida.

«Última vez». Esas han sido las dos palabras más repetidas en mi casa desde que nos hemos despertado temprano esta mañana. Por supuesto, hemos desayunado una tortillita de ibuprofenos con el café.

La imagen que ofrecemos ahora mismo no puede ser más lamentable. Mi amiga y yo, sentadas en las gradas de la pista de tenis, con las gafas de sol puestas, a pesar de que el día está muy nublado, en una postura de desgana total y en el más absoluto silencio. Ya sé que en los partidos de tenis se suele estar así, pero es que no somos capaces de soportar ni el sonido del golpeteo de la bola con la raqueta.

Lara sirve para ganar su último punto. Unos cuantos intercambios de golpes, una dejada en la red y se lleva la victoria. Hoy habría preferido esconderme debajo de las sábanas hasta que la vergüenza abandonara mi cuerpo (y la resaca también), pero no podía dejar a mi hija sola en un día tan importante. Me alegro de haber venido.

—¡Enhorabuena! Esa es mi chica. —Abrazo a mi niña mientras Úrsula se une a nosotras y nos achucha.

Lara nos observa como si fuéramos dos perturbadas.

—¿Qué tal anoche? No tenéis buena cara.

—Bien, pero última vez —repetimos nosotras al unísono, y ella se ríe. No hace falta sumar dos más dos para saber que tenemos una buena resaca.

Mientras esperamos a que salga de la ducha hablamos con su entrenador. Él nos habla en un inglés sofisticado y nosotras, que hoy tenemos las facultades bastante mermadas, entendemos la mitad.

Nos queda claro que Lara es buena jugando, que le gusta entrenar duro y que espera muchas más victorias. Nosotras asentimos y sonreímos, los dos únicos gestos que nuestro cerebro ordena con facilidad.

—Cuando recupere el caudal de saliva me lo vas a contar todo sobre tu estampida de casa de Alan. Me asustaste, Nora.

—Úrsula, por favor. No me apetece recordarlo. Fue una situación... para olvidar.

—Entonces con más motivo. Tienes que sacártelo de dentro, para que no te carcoma.

—Ya estoy. ¿Dónde vamos a comer? —se interesa Lara y agradezco que haya interrumpido nuestra conversación.

—Elige tú, yo pago —propone mi amiga y Lara se emociona porque le deja a ella la organización.

—Guay. —Saca el móvil del bolsillo y entra en internet para elegir un sitio, mientras caminamos hacia la salida.

Al final nos lleva a una hamburguesería en Victoria Street. Según ella, este sitio tiene las mejores puntuaciones en no sé qué aplicación. La verdad es que para la resaca no conozco mejor plan que meter en el estómago bien de comida basura.

Mi hija nos interroga sobre la fiesta de ayer. Quiero saberlo todo. Nos pregunta por los asistentes y sobre todo por Alan. Quiere saber si había más modelos como él, qué música sonaba, la comida, la bebida, hasta el idioma en el que hablábamos. ¡Menuda reportera en potencia! Lo más probable es que se acabe de imaginar una fiesta muy glamurosa, como las que salen en las películas, donde todos son guapos, altos y van vestidos impecables.

—Por cierto, Nora, me encantó tu columna sobre el complejo de inferioridad del español respecto al inglés —me comenta Úrsula.

—Me alegro. Es que ha sido llegar aquí y darme cuenta de que hay millones de hispanohablantes y, aun así, parece que sin el inglés no eres nadie. Mira, Lara se viene a estudiar aquí para perfeccionarlo y casi todo el mundo habla español.

—Bueno, no solo he venido por el idioma, también para vivir una nueva experiencia —argumenta.

—Lo sé.

—Ahora solo hace falta que se aplique el cuento tu madre. Eso mismo tienes que hacer tú, Nora, ¡vivir una nueva experiencia! —suelta Ursu, entusiasmada.

Pongo los ojos en blanco y casi me atraganto con el trago de Coca-Cola. Mi cerebro me devuelve mi propia imagen con la mano dentro de los pantalones de Alan.

«¡Mierda, Nora! Qué lástima que el alcohol no haya borrado los patéticos recuerdos de la noche anterior».

Después de comer, acompañamos a Lara de vuelta al colegio. Entre el madrugón y los nervios por el partido, ella también está cansada.

Nosotras hacemos una parada rápida en casa para recoger el maletón de mi amiga y cruzo los dedos para no encontrarme con mi casero. Prefiero seguir digiriendo la vergüenza sola un rato más.

Úrsula se niega, pero a burra no me gana nadie. Además, acompañarla hasta el aeropuerto es la excusa perfecta para no quedarme aquí.

La pantalla indica que su vuelo está retrasado, así que nos sentamos juntas a tomar un último café antes de que pase el control de seguridad.

—Al final ha sido buena idea acompañarte.

—Eso parece. Venga, cuéntame qué te pasó anoche. Seguro que te sientes mejor si lo hablamos.

No estoy muy segura de cómo empezar a narrar uno de los episodios más bochornosos de mi vida, pero puede que mi amiga tenga razón y sea mejor soltarlo.

—Está bien, pero prométeme que será la última vez que mencionemos el tema.

Ursu se ríe, porque sí, es la enésima vez que pronunciamos esas palabras hoy.

—Última vez —repite con la mano en el pecho, teatrera.

Empiezo a contárselo todo. Cómo me sentí observada toda la noche. Cada movimiento, cada baile, cada gesto, cada vez que lo buscaba con la mirada, él estaba pendiente de mí. Ella me confirma que también se dio cuenta de que no me quitaba ojo de encima. Y después llegó su insinuación en la cocina.

—Me puse nerviosa. Por eso cada vez me servía más vino. Menudo error. Si tú no hubieras estado dándolo todo...

—Oye, cada uno es responsable de sus actos. Y tú, por si no lo recuerdas, eres la única cabal de las dos.

—Mejor di que lo era, porque ayer...

—Continúa, a ver si van a actualizar la salida del vuelo y me quedo a medias.

—Total, que cuando estaba esperando para poder entrar en el baño, pasó Alan por allí, me cogió de la mano y me subió al piso de arriba.

—Inteligente el escocés.

—Entré en su habitación y fui directa al baño. Él esperó a que saliera y después, no sé muy bien cómo, nuestros cuerpos se juntaron.

—¿De cuánta distancia estamos hablando?

—De milímetros, porque estábamos frente a frente. Ursu, por primera vez en mucho tiempo estaba relajada, disfrutando. No quise pensar en nada. Solo me dejé llevar.

—Pues ya era hora, Norita. Ole por ti.

—Nos besamos. Nos besamos rápido y con ganas. Después nos empezamos a tocar.

—Fue tu primer beso después de siglos, ¿no? Y ¿cómo besa?

—Yo qué sé, Ursu. Recuerda que tengo poco con qué comparar. Besa con intensidad, para dejarte con ganas de más.

—Guau... Me encanta todo lo que me cuentas. Me encanta esta nueva versión de ti.

—Creo que el alcohol me envalentonó, y también la curiosidad, supongo.

—Con un maromo como Alan yo también quiero ser curiosa, ¡no te jode!

—Me quitó el vestido y me dejó con la ropa interior. Yo le quité la camiseta y después mi mano...

—Después tu mano, ¡¿qué?! —me interrumpe, acelerada.

—Pues que le agarré... eso —susurro.

—¿Qué es eso? ¿La polla?

—¿Puedes bajar el tono de voz, por favor?

—Si no nos entienden. Norita, ¡no te reconozco!

—Ni yo, debe de ser esta mierda de clima —me excuso sin ningún sentido—. En serio, no sé por qué narices mi mano fue a parar ahí. Se la agarré como si estuviera cogiendo una pesa del gimnasio, estrujándosela.

—¡Coño, nena! Si es que tus manos estaban en terreno completamente desconocido. Ya no se acuerdan de los pasos que hay que dar para agarrar material sensible.

—¡Calla! No me estás ayudando.

—¿Cómo era? Necesito detalles. ¿Gorda y de largura media? ¿Tipo berenjena? ¿Fina y delgada? ¿Cómo un calabacín de los machacados que a veces venden en el súper? ¿Gigante y gruesa? ¿Cómo el cuerpo de esas serpientes que salen en los documentales cuando se acaban de comer al ratón? ¿Manguera de bombero? ¿Culebrilla? ¿Cacahuete? ¿Uva pasa?...

Miro alrededor, con la cara como un tomate, por si hay alguien lo suficientemente cerca para oír todas sus descripciones.

—¿Quieres parar, por favor? Nunca te interesaste por cómo la tenía Fer —digo muy digna, y me quedo pensando en que es la primera vez que tengo una conversación tan explícita con mi amiga sobre sexo. Al menos siendo yo la protagonista y no ella.

—Porque Fer era como un primo para mí, bonita. Además, era un tío mono, pero no me despertaba ningún tipo de interés —añade con gracia—. No me líes y al grano. ¿Cómo la tiene?

—Yo qué sé, fui incapaz de mirársela. Bueno, para ser más exacta, no pude mirarle ni a él ni a su pene.

—¿Pene? Estás de coña, ¿no? Amiga, empieza a ensuciarte esa boca, porque el escocés no tiene pinta de llamar pene a su látigo.

—¿Vas a seguir poniéndole nombres o has terminado ya?

—Fusta, sable… lo que sea. Pero en cuanto se la veas, quiero una descripción muy gráfica y exhaustiva del miembro en cuestión.

—No se la voy a ver.

—Por supuesto que se la verás, mentirosa. Y ¿por qué coño te fuiste, entonces?

—De verdad que no lo sé. Me tiró sobre el colchón y, cuando iba a quitarme las bragas, mi cerebro se electrocutó. Empecé a ver

imágenes borrosas de él encima de mí y de mi cuerpo hecho gelatina. Comencé a respirar con dificultad y a pensar en que hacía más de dos años que nadie me tocaba, sin olvidarme de que Fer había sido el único. No pude seguir, me bloqueé, me acojoné y hui.

—Ven aquí. —Mi amiga estira sus brazos para cobijarme—. No pasa nada.

Menos mal que ha dejado las bromas y me reconforta.

—Y, ahora, ¿qué? Alan querrá una explicación por mi estampida y no sé qué voy a decirle.

—La verdad, Nora. Le tendrás que contar la verdad.

Sin tiempo para continuar con nuestra charla, le llega un aviso al móvil con el nuevo horario de salida. Nos abrazamos durante un buen rato más antes de que se marche para pasar el control de seguridad.

—Llámame cuando quieras y me cuentas.

—Buen viaje, Ursulita.

Al volverme para dirigirme a la salida, oigo un grito desde la fila.

—¡Oye, amiga, que sea la última vez que se la estrangulas! —suelta a pleno pulmón y se descojona entre extraños.

—Última vez que te cuento algo —mascullo intentando no reírme.

Cuando entro por el patio, ya es noche cerrada. Las luces tenues de la escalera me alumbran lo suficiente para introducir la llave en la cerradura.

—Buenas noches.

La voz grave de Alan, que está sentado en un escalón en mitad de la penumbra, me asusta. Doy un brinco, como un animalillo en peligro. Se me caen las llaves y el bolso. La respiración se me corta y creo que es la «última vez» que late mi corazón.

21
Conversación pendiente

ALAN

—¡Dios, qué susto! Casi me da un infarto. —Nora se lleva la mano al pecho mientras se agacha a recoger sus cosas.

—Lo siento. —Me levanto para ayudarla—. No quería asustarte.

—Pues estar ahí callado, en mitad de la noche, y empezar a hablar en medio de la oscuridad, invita a acojonarse.

—Perdóname, es que estaba preocupado. He bajado varias veces y como no te encontraba, pensé que lo mejor era esperarte.

Mete sus cosas en el bolso y aprovecho para coger el llavero. Decido por ella, así me ahorro preguntar si puedo pasar o hablamos en la calle.

—He acompañado a Úrsula al aeropuerto y su vuelo se ha retrasado un poco —me explica.

—Te he mandado un par de mensajes también —añado. Abro la puerta, dejando que pase primero.

—Lo siento, hace un buen rato que no miro el móvil, mi amiga puede ser muy absorbente —se excusa con media sonrisa.

Está nerviosa, igual que ayer. Deja sus cosas encima de la cómoda de la entrada y, sin mirarme, se va hasta la cocina.

—Ayer te fuiste corriendo y creo que tenemos una conversación pendiente.

—Me voy a tomar un café, ¿quieres uno?

«Bonito cambio de tema, Ele».

—No, gracias. Son más de las diez de la noche. —Me acerco con paso decidido y poso mi mano sobre la suya, que ya está encima de la cafetera—. ¿No es un poco tarde para un café?

—Nunca es tarde para un café —responde arisca, y se deshace de mi contacto—. Podría tomar una copa de vino, pero creo que este fin de semana ya he cubierto el cupo.

—Está bien. Solo quiero hablar contigo un minuto. —Y sin que pueda volver a desviar la conversación, la invito a sentarse en el taburete de la barra mientras se hace el café.

—Alan, yo... lo siento —musita.

—Me quedé bastante perdido con tu huida, la verdad —confieso—. ¿Hice algo mal? ¿Algo que te molestara? Pensé que los dos queríamos seguir.

—No, tú no tienes la culpa. En realidad, soy yo, que... no tendría que haber llegado tan lejos. ¡Menuda vergüenza! —Se tapa la cara con las manos.

Se las retiro para que me mire a los ojos y entonces, no sé por qué, desvío la mirada hacia la foto en la que está con su hija y el otro tío, la única que tiene en el salón.

Blanco y en botella.

—Entonces, ¿es por él? —pregunto y señalo la foto con la mirada —. Estás casada y solo era un juego, ¿no? Joder, soy idiota. ¿También vendrá él algún día de visita? Lo digo para que no te pille agarrándome la polla como anoche —añado, impertinente.

Nunca he sido de juzgar a nadie. Soy libre, en cuerpo y alma. En este caso, es ella quien tiene un compromiso, no yo. Sin embargo, me gusta conocer a qué me enfrento antes de comenzar la partida.

—No, Alan, tranquilo. Es bastante difícil que venga de visita, porque está muerto.

Sus palabras son como una bofetada. De realidad, claro. Se levanta con gesto lento y se va a servir el café, sin mirarme a la cara.

Ahora soy yo el que se muere de vergüenza, por gilipollas.

—Ele, yo... lo siento. ¡Soy imbécil! Perdóname —musito, y me paso las manos por el pelo, intentando encontrar alguna frase más racional.

—¡Mierda! ¡Ah! —chilla, soltando de golpe la cafetera sobre la placa.

—¿Te has quemado? ¡Déjame ver!

Tiene la yema del dedo índice un poco roja, pero, afortunadamente, no es nada grave. Las puñeteras palabras adecuadas, para arreglar la cagada verbal que acabo de cometer no

llegan, así que decido que, quizás, mi lenguaje corporal me ayude en este momento.

Tomo su dedo con mi mano derecha y por fin ella levanta la cabeza. Nuestras miradas se cruzan, guardándose mil millones de cosas que tendremos que aprender a exteriorizar. Lo acerco a mi boca y lo chupo, despacio, pero ejerciendo una ligera presión. Pretendo que mi saliva le alivie el dolor. Lo sé, es un gesto demasiado paternal para un momento tan íntimo, pero cuando noto cómo su cuerpo deja de luchar contra lo que se revuelve en su interior, sé que, sin usar palabras, nos hemos entendido.

No sé los minutos que permanecemos así, en silencio, pegados y con su dedo descansando sobre mis labios. Rodeo su cintura con mis brazos y le susurro otro «lo siento» antes de llevarla conmigo hasta el sofá.

Su timidez me recuerda que se está debatiendo entre hablar conmigo o simplemente callar y dejar el pasado en el lugar donde descansa.

—Cuéntame lo que quieras, Ele. Te escucho.

Sin hacer una pausa demasiado larga, aunque le da tiempo a dejar escapar un suspiro, comienza a hablar.

Me relata, de manera bastante resumida, un pequeño episodio de su vida. Dos años atrás. Un día que empezó lleno de color y que se tiñó de negro. La llamada. La pérdida. La coincidencia. La puta vida.

Está tranquila mientras me lo cuenta, respira con calma, no llora e incluso noto cómo de vez en cuando me busca con la mirada, intentando descifrar mi reacción o, simplemente, esperando encontrar la certeza de que la conexión que nos ha hecho llegar hasta aquí no ha desaparecido.

—Y eso es todo, decidida a empezar de nuevo, he llegado hasta Londres. El resto de la historia continuará desde aquí —sentencia, dándome a entender con su frase final que ahora mismo deja una puerta abierta.

—Me parece perfecto que hayas llegado hasta aquí. Entiendo que no es fácil volver a mirar la vida desde otra perspectiva, pero, si no lo intentaras, sería como si tú también te hubieras marchado en ese accidente.

—Así es como me sentí durante mucho tiempo, pero ahí ha estado Lara, siempre, para abrirme los ojos cada día y no dejarme caer.

Sus labios se curvan en una preciosa sonrisa —que no muestra siempre— cuando menciona el nombre de su hija, y sus ojos oscuros recuperan la luz. Sin duda, ella es y será su motor. Ahora solo tengo que ser capaz de conseguir que me deje entrar a mí, un poquito, porque, después de conocer ese capítulo, me muero de ganas de ser parte de esas páginas en blanco que están por escribir.

Probablemente esté más loco de lo que aparento, pero ella se ha convertido en un reto interesante y novedoso para mí.

—Y ¿por qué te fuiste ayer de mi cama? —Soy un bruto, lo sé, aunque dudo si es una cualidad o un defecto.

No me malinterpretes, la he escuchado, sé que ha sufrido, se ha quedado viuda, pero es joven. Entiendo lo difícil que es soportar una pérdida de alguien tan cercano —sé un poco de lo que hablo—, y quizás todavía viva entre los recuerdos de él, pero prefiero llamar a las cosas por su nombre, y lo de ayer iba a ser una simple relación sexual consentida entre dos personas que se atraen, porque ninguno de los dos puede negarlo.

Ele abre los ojos, pero no puede disimular una sonrisa, nerviosa.

—No sé, es difícil de explicar, no me hagas hablar de eso ahora, por favor.

—Venga, Ele. Te dije que no podíamos seguir disimulando. Esta conexión —señalo con el dedo nuestros cuerpos— existe a más de un nivel. Creo que nos ha quedado una parte no resuelta.

—Alan, de verdad... —pide clemencia.

—Te escucho y espero que haya una razón superconvincente para que me agarraras la polla de esa manera y después te fueras corriendo. Has sido la primera.

Se echa a reír sin poder evitarlo mientras busca una respuesta.

—Me asusté —afirma al fin.

—No es tan grande, Ele.

—Eres tonto y tienes el ego del tamaño del espejo de tu habitación —contraataca.

—¿Por qué te asustaste? ¿Iba muy deprisa? ¿Necesitas más tiempo?

—No, creo que dos años ya puede considerarse *tiempo* suficiente.

—Espera, ¿me estás diciendo que no te has acostado con nadie desde lo de tu marido?

—No —musita.

—¡Hostias! Yo llevo cuatro meses y pensé que estaba a punto de conseguir un récord. Lo tuyo saldrá cualquier día en las noticias.

Ele se tapa los oídos y niega con la cabeza.

—Alan, podemos dejar el tema, por favor.

—No, Little Ele, el tema que no quieres mencionar es el sexo, y me encanta hablar de ello y practicarlo mucho más. Me gustaría conocer todos los detalles antes de que nos pongamos a ello.

Observo cómo cierra los ojos un instante, como si estuviera visualizando nuestra propia imagen, encajados.

—Yo... Yo... —tartamudea, presa de los nervios—. No, no lo has entendido. Yo tampoco me he tocado en este tiempo. Por eso ayer me bloqueé así y salí pitando.

Arrugo el entrecejo mientras asimilo sus palabras. Ha sido un gran paso que me lo haya contado. Pero es más increíble que no haya sido capaz de darse placer desde entonces.

—¡Vaya, Ele! Eso sí que no me lo esperaba. Ahora lo entiendo mejor.

Coloco mi mano en su cara y ella ladea la cabeza aceptando la caricia. Mis labios se acercan a los suyos y la beso, intentando apaciguar todos los miedos que ahora sé que guarda. Labios templados y lenguas calientes.

—Es tarde y estoy agotada —sisea contra mi boca, marcando de nuevo el abismo entre los dos.

Las conversaciones incómodas o fuera de tus límites mentales también pueden dejarte exhausto, y sé que a ella le ha costado mucho mantener la de hoy. No quiero agobiarla más, así que me detengo.

—Está bien, me subiré a casa y te dejaré descansar. Mañana me voy temprano de viaje y estaré fuera unos días por trabajo, pero, antes de irme, me tienes que prometer una cosa.

—¿Qué? —Me acompaña hasta la puerta, invitándome a salir.

—Tienes que regalarte el primer orgasmo de tu nueva vida. No dejes que ese honor, después de dos años, sea de otra persona que no seas tú, te lo mereces.

Me mira extrañada, sopesando mis palabras, como si lo que le acabo de decir tuviera sentido. Quiero que la próxima vez que estemos juntos todo fluya de manera natural, y para que eso suceda, necesita ser la primera en derribar su propio muro. Ella, no yo.

—Y, cuando lo hagas, sube y cuéntamelo. —No le doy tiempo a réplica y le doy un suave beso en los labios, sin profundizar, para dejarle claro que voy a esperar a que nuestro momento vuelva a surgir y que será perfecto—. Con toda clase de detalles —le susurro al oído, y noto cómo contiene la respiración.

Me doy la vuelta y la dejo en el quicio de la puerta, pensando en mis palabras o quizás solo repitiéndoselas en su interior. Al llegar arriba, veo que todavía sigue en la misma posición y grito:

—¡Vivamos, Ele! ¡Y que pase lo que tenga que pasar!

22
Sigo siendo yo

Me miro en el espejo del baño después de ducharme y necesito un par de segundos más para reconocerme. No me sentía así hacía mucho tiempo.

Después de tener a Lara, reducir mi jornada en el periódico y ver cómo la vida que vivía era la que habían elegido los demás, sin cuestionarme nada, pasé una época en la que cada mañana me miraba en el espejo y solo quería saber quién era esa Nora que tenía delante. Dónde había quedado la cría que llegó a Madrid cargada de sueños. Aquella que consiguió terminar la carrera a tiempo, para orgullo de sí misma, y la que enseguida empezó a trabajar en un medio de comunicación, llena de ilusión. La que adoraba su pequeño piso en el centro porque significaba independencia. La chica que no era muy de fiestas, pero sí de conversaciones surrealistas en aquel bar cutre de su barrio con Úrsula. La que no necesitaba rezarle a ningún dios porque prefería pasar el domingo remoloneando entre las sábanas con Fer. La niña que se crio en las montañas y que siempre prefirió lo fácil y lo sencillo. La que suspiraba con el olor a tierra mojada y adoraba dejar escapar las horas, perdida entre las páginas de un libro. Aquella que desconectaba escribiendo con su bolígrafo Bic cualquier cosa en un papel.

Hoy, en cambio, veo reflejada la imagen de una mujer nueva. Una con ojos negros pero mirada brillante. Con el pelo alborotado. Con las gotas de agua resbalándole todavía por la cara. Y las mejillas con un tono más sonrosado que el habitual. Una mujer con el labio inferior un poco torcido, atrapado entre los dientes y una mueca de picardía. Una mujer menuda, desnuda y atractiva. Una mujer distinta. Una mujer que sonríe, por dentro y un poquito por fuera también. Una mujer que está comenzando a despertar, a mirar, no solo a ver. A respirar, pero de verdad, no como una mera función vital. En definitiva, una mujer que ha vuelto a la vida.

Hoy sigo siendo yo la que se refleja en este espejo, aunque estoy aprendiendo a reconocerme.

Ha ocurrido. En la ducha, quizás porque me parecía menos sucio o algo más limpio, según se mire. Bajo el chorro de agua templada, porque la tensión se disipa y los músculos se relajan. Ha sido raro, e íntimo, e intenso. Ha sido excitante e impredecible, las dos cosas a la vez. Ha sido como cuando guardas algo mucho tiempo en algún lugar que no recuerdas, y que, de repente, lo buscas un día y aparece de la nada. Y te hace mucha ilusión. Porque creíste que lo habías perdido para siempre. Ha sido como volver a descubrir algo por primera vez.

Han vuelto los recuerdos, pero los agradables. Han despertado todas mis terminaciones nerviosas, sin excepción. He cerrado los ojos, como un ejercicio de concentración, pero no lo he visto a él, ni a nadie en realidad, me he visto a mí. Mis dedos, mi sexo, mi vientre. He gemido al final, cuando la explosión ha arrasado mi anatomía desde las entrañas. No he llorado del gusto, pero casi. Como si el placer estuviera prisionero en la cárcel de mi cuerpo y hoy, por fin, le dieran la carta de libertad para poder salir a la calle.

Tres días me ha costado. Tres días desde que Alan me recomendó que fuera valiente y me concediera ese honor. Tres días desde que se marchó de mi apartamento, pero dejó sus palabras dando tumbos por mi mente.

Quizás estos tres días sin verlo me hayan ayudado a dar el paso. Me he sentido como cuando te dan una fecha para entregar un trabajo y esta a punto de cumplirse el plazo, pero sin sentir la presión. Se acababa la cuenta atrás y necesitaba avanzar. Y mejor hacerlo sin él revoloteando cerca.

No tiene explicación lo que siento, al menos no la tiene para mi parte más racional. Nos conocemos hace un mes, más o menos. Hemos compartido solo unos pocos momentos. No tenemos nada en común, ni tan siquiera la edad. Y, además, es la primera vez que alguien me vuelve tan imprevisible, pero no puedo negar que hay algo entre los dos que despierta mi curiosidad.

Mi rincón en el café de Dafne está ocupado, así que me siento en una mesa más apartada de la cristalera.

—Al final voy a tener que poner el cartel de *reservado.* Lo siento, hoy te han quitado tu sitio.

—No te preocupes, aquí estoy bien.

—Tienes muy buena cara. Dame la receta, por favor, porque llevo unos días de locos —me confiesa haciendo un mohín.

—Muchas gracias, Dafne. En cuanto a la receta, no puedo decirte mucho, porque ni yo misma conozco los ingredientes.

—Te diría que quizás es por un loco rubio de ojos felinos, pero como sé que no llega hasta esta noche, no ha podido ser cosa suya.

Me echo a reír y ella me responde guiñándome un ojo. ¡Ay! Si ella supiera que no ha sido el ingrediente, pero sí el médico que me lo recetó...

En la fiesta todos vieron nuestra conexión y mi estampida marchándome de su casa no contribuyó a aplacar los rumores. Nadie lo dice en voz alta. Sin embargo, todos intuyen que nos traemos algo entre manos.

El café viene acompañado con un trozo de bizcocho que no le he pedido. Como suele ser habitual desde que vengo aquí por las mañanas a escribir, ella se encarga de elegir mi desayuno y a mí me encanta que lo haga.

—Te he traído este de arándanos. Hoy ya vienes feliz de casa, así que no te he puesto el de chocolate. Es antioxidante y te dará una buena dosis de vitaminas para llegar con mucha energía hasta esta noche.

Levanto la ceja, sorprendida. Al final va a ser verdad que es un poco bruja. Ella me pone su mejor sonrisa de «sé de lo que estoy hablando» y se va hacia la cocina cuando Gio la reclama.

El bizcocho me hace canturrear del gusto. Menos mal que ahora hay bastante gente y, con el murmullo de tazas, cucharas y conversaciones, no me habrán oído.

Enciendo el portátil y trato de concentrarme en mi siguiente columna. Los del periódico me han dicho que las dos primeras han gustado mucho, así que seguiré por ese camino. Úrsula está intentando que también escriba algo para la revista de moda de los domingos, pero, de momento, no me han encontrado sección.

Los dedos se mueven rápidos de tecla en tecla. Escribo sobre la importancia de ser feliz con los pequeños detalles, esos que nos producen serotonina, también conocida como neurotransmisor de la felicidad. Una onza de chocolate antes de dormir. Un café con la persona adecuada. Un beso inesperado. Un día redondo. Cualquier cosa, por nimia que nos parezca, del tipo de esas que la mayoría de las veces no les das importancia, porque son rutinarias o carecen de relativa magnitud, pero que, indirectamente, te dibujan una sonrisa en la cara, de las bonitas.

Divago, escribo y me pierdo entre letras el resto de la mañana. Releo un par de veces la columna antes de enviarla y me río al imaginarme la cara de mi amiga Úrsula cuando la lea. Seguro que me llama para asegurarse de que sigo siendo la misma o de que no he contraído alguna enfermedad rara en Gran Bretaña.

¿Yo, hablando de felicidad? Será que Ele está ganando terreno a Nora.

Con ese pensamiento, Alan se cuela de lleno en mi cabeza y mi cerebro me envía un montón de imágenes de él. Serán las que llevo guardando en el disco duro desde mi llegada. Me aguanto la risa, porque en la mayoría aparece con poca ropa.

Cuando recupero la concentración y levanto la vista de la pantalla, veo que mi cubana favorita me ha servido otro café, sin haberme dado cuenta.

Trasteo con el móvil un rato. Un saludo para mis padres y un wasap para mi amiga del que probablemente me arrepienta en un futuro cercano.

Yo:

Adiós al periodo de hibernación.

Antes de que suelte el móvil encima de la mesa ya está sonando.

—Vaya, has sido mucho más rápida de lo que imaginé.

—Peeero ¡qué me estás contando, Norita!

—Estoy en el café de Dafne, así que no pienso darte más detalles, solo era una *nota informativa* —añado, remarcando la expresión periodística.

—Vaya, vaya, así que por fin te has hecho un solo de guitarra.

Porque el escocés no ha vuelto, ¿no?

—Eres la reina de las metáforas. No, Alan no ha venido y, aunque venga, no creo que esté preparada para nada más, de momento. Siempre consigues que me arrepienta de darte tanta información.

—No seas exagerada, si con las risas que te echas conmigo estás compensando los meses de penurias. Te tengo que dejar que entro a una reunión, pero recuerda que no tienen que pasar otros dos años para que repitas, Jimi Hendrix.

—Yo también te quiero, Ursulita.

Su risa de fondo por su propio chiste es lo último que escucho antes de colgar.

Un repartidor bastante bajo entra con una caja enorme en los brazos que no le permite ver ni los taburetes que tiene delante. Busco a Dafne para avisarla, pero no hay ni rastro de ella. Así que me levanto, paso por detrás de la barra y entro en la cocina. Antes de que pronuncie su nombre, la encuentro pegada al cuerpo de Gio con sus bocas a escasos milímetros. Carraspeo, porque las palabras se me han quedado atascadas en la garganta. Los dos se giran a la velocidad de la luz, recomponiéndose.

—Yo... lo siento, es que hay un repartidor esperándote —me disculpo por la intromisión. Aunque no me pasa desapercibida la sonrisa maliciosa que tiene el hermano de Andrea en los labios.

Dafne, en cambio, se pone mucho más seria. Salimos juntas de la cocina y mientras ella firma el albarán de entrega, yo me acerco a mi sitio para recoger mis cosas.

—Nora, lo que has visto ahí dentro...

—Tranquila —la interrumpo—. No tienes por qué darme explicaciones. No he visto nada realmente. —Le guiño un ojo con complicidad.

—Ya, pero es que necesito hablarlo con alguien y tú eres la mejor candidata.

Me lo dice con esa cara de no haber roto un plato nunca y no puedo hacer nada más que escucharla.

La cubana me cuenta que desde que llegó Gio a su cocina lo ha puesto todo patas arriba, no solo las recetas, sino a ella también. No se puede creer que haya sucumbido a la persuasión de un crío al

que le saca diez años. Encima es el hermano de Andrea, que, como se entere, querrá matarla. Así que no sabe cómo salir de este jardín.

—Intento alejarme de él y de sus artes, pero es muy difícil porque me enciende como hace con el maldito horno —confiesa, y no puedo evitar sonreír—. Y hacía mucho tiempo que no me sentía así: deseada, joven e irresistible. Te pareceré una loca inmadura.

—No creas, puede que te entienda mejor de lo que imaginas. Vamos, Dafne, no te preocupes tanto. No eres tan mayor. No has cumplido ni cuarenta. Además, da igual que seas madre, sigues siendo una mujer preciosa. Y seguro que en el fondo tienes claro lo que es.

Y este es el perfecto ejemplo de «consejos vendo y para mí no tengo».

—Sí, si claro lo tengo. Esto es un calentón, con todas las letras.

Gio sale para dejar unas magdalenas de chocolate que huelen de maravilla y nos observa con disimulo. Es guapo, no voy a decir lo contrario, pero es exultantemente joven. Las dos nos miramos y nos echamos a reír, sin poder evitarlo.

Recojo mi ordenador, le doy un beso en la mejilla y me despido hasta mañana.

Como en casa, sin quitarme de la cabeza a la cubana y al imberbe. Me alegra que haya confiado en mí para contármelo. No la voy a juzgar y, por primera vez después de mucho tiempo, soy consciente de que hay vida fuera de mis cuatro paredes.

Por la tarde daré una vuelta por las tiendas de ropa de Carnaby. Así me iré familiarizando un poco más con la ciudad y con el tema de la moda, no vaya a ser que Úrsula consiga encontrarme ese hueco en su revista.

Supongo que, al final, sigo siendo yo, aunque mi nueva versión se está actualizando, como el software del móvil.

23
¿Jugamos?

Salgo del metro y callejeo hasta llegar a casa. se me ha pasado el día volando. Creo que me pondré el pijama y me sentaré a escribir un rato. Después del paseo por la zona más comercial y la confesión de Dafne, traigo la cabeza llena de ideas.

Al entrar por la puerta del patio me fijo en la luz que sale de la ventana del salón de Alan. Eso solo puede significar que ya ha regresado.

Me dirijo a mi apartamento ralentizando el paso, como si me costara un triunfo avanzar. Los nervios se cuelan en mi estómago, sin invitarlos. Ahora me siento igual que si estuviera a punto de acudir a mi primera cita.

Solo tengo que entrar en casa e ignorar su presencia. Como si no supiera que ha vuelto y listo. No es una tarea tan difícil.

Me sorprendo cuando encuentro una nota pegada en el cristal. La cojo con dedos temblorosos y, antes de leerla, mi propia imagen arrancando el papel con el teléfono del alquiler de este apartamento, hace ya más de un mes, viene a mi cabeza. Una leve sonrisa se me escapa. Nunca imaginé que aquel momento de valentía o estupidez me traería hasta aquí.

Ya estoy de vuelta, Ele. Si tienes algo que contarme, sube.
A.

Está escrita con bolígrafo negro, con una letra de lo más artística, trazo claro y conciso, como lo que aparenta ser él. La nota es un poco escueta, ¿no? Y encima suena a orden.

«¿Qué querías, Nora? ¿Una invitación oficial con sello y membrete de la Casa Real?».

Entro en casa y voy directa a mi habitación. Dejo las cosas y me desnudo. Me quedo quieta delante del armario, como una puñetera adolescente escogiendo lo que me voy a poner. Fácil, el pijama, que

lo tengo debajo de la almohada: no sé por qué mi cerebro no ha dado esa simple orden.

Me concedo unos minutos y me siento en la cama con el sujetador y la braga como único atuendo.

«¿Qué quieres hacer, Nora?».

Esa es la única pregunta que debo responderme. ¿Qué quiero hacer yo? ¿Subir y comprobar si soy capaz de relacionarme con un hombre después de Fer? ¿O quedarme y seguir obviando que hay algo en mi interior que quiere despertar y probar?

Sé que si subo no será fácil. Dos años sin compartir intimidad es mucho tiempo. No voy a saber qué hacer ni qué decir. Ni tan siquiera voy a saber cómo comportarme con él a solas. No creo que pueda relajarme y seguro que soy incapaz de dejarme llevar.

Hasta hace muy poco me he escudado en el dolor y en la culpa, más en la de Fer, por marcharse en una fecha tan importante. Aunque también en la mía, por meterle prisa en mi última llamada. Incluso en el puñetero destino, ese que nos tenía preparada una despedida sin un maldito adiós, porque de la rabia que sentí en ese momento por su retraso colgué sin decirle ni un simple «hasta luego».

Durante este mes en el que por fin he decidido coger las riendas de mi vida he estado reflexionando, mucho, y he llegado a la conclusión de que estaba estancada en lo que tuve, precisamente, por no mirar mi interior. He aprendido mucho de mí estando lejos de todo y de todos, y creo que, por fin, estoy progresando.

Quizás mi objetivo no es mantener una relación —aunque solo sea esporádica— con alguien en este instante, pero creo que sí es lo que necesito.

Antes de vestirme, entro en el baño y me doy una ducha rápida. Después de secarme, me extiendo la crema de cuerpo, para dejar un pequeño rastro de olor a jazmín en mi piel, y me visto.

Elijo un conjunto de ropa interior rosa claro, de encaje, que casi nunca uso. Ha refrescado bastante, así que me pongo un vestido rosa palo de seda, tipo lencero, que tiene un poco de puntilla en el bajo, una chaqueta de punto fino gris y unas babuchas de ante color topo, con el talón pisado. No me maquillo, porque rara vez lo hago y

hoy no va a ser una excepción. Antes de salir, me vuelvo a mirar en el espejo; cuarenta y uno, piel morena pero no castigada por el sol, imperfecciones varias y pequeñas arrugas de expresión alrededor de los ojos, probablemente demasiado... natural. No tengo ni idea de por qué Alan se ha fijado en mí, pero no creo que ahora sea el momento idóneo para cuestionármelo.

Con las dudas asaltándome, subo las escaleras. Antes de tocar el cristal con los nudillos, me encuentro otra nota.

¿Jugamos? Si has llegado hasta aquí, deja tu ropa y tus zapatos en la puerta.
A.

¿Qué significa esto? Su invitación me descoloca y hace que me quede unos segundos paralizada delante de la puerta. «¿Quiero jugar con él?», me pregunto una y otra vez, en bucle.

Como si mi cuerpo tuviera autonomía propia, empiezo a descalzarme, me quito la chaqueta y siento el frescor de la noche. Luego me deshago del vestido y lo dejo todo en la barandilla de la terraza. Bloqueo la parte de mi cerebro que me grita que estoy loca y que me vuelva a casa, y llamo a la puerta.

Alan aparece al otro lado con una sonrisa de oreja a oreja. Lleva puesto un delantal negro con la palabra *Cooking* en letras blancas y un paño de cocina encima del hombro. Me abre negando con la cabeza.

—Buenas noches, Ele. ¿Ya estás haciendo trampas? —Se acerca a darme un beso suave en los labios que me deja cortada—. Me refería a toda la ropa —añade, pronunciando con más énfasis la palabra «toda».

—Buenas noches, Alan. No iba a quedarme desnuda ahí fuera. Además, tú no estás desnudo tampoco.

—Tienes que fijarte mejor. —Se gira para ir a la cocina sonriendo. La panorámica de su culo desnudo me deja la garganta seca. Como Úrsula también me pida la descripción gráfica de su trasero, va a alucinar.

—Esto es de locos —susurro más para mí que para él.

—Dame un segundo, que tengo que meter la cena en el horno.

Me quedo plantada en mitad del salón y, antes de que me pueda comer la cabeza por enésima vez, Alan regresa a mi lado.

La letra de *No te vas a olvidar*, de Delaporte, suena de fondo, muy bajito. Sonrío porque parece que la acaba de escoger para nosotros.

«Hay un incendio en tu ropa, *mamma* mía, hay que quitarla y desnudarte, poesía».

—Tenemos cuarenta minutos para jugar hasta que esté la cena lista —me susurra mientras echa las manos hacia atrás para soltarse el delantal.

Observo sus movimientos, lentos y acompasados, mientras sigo como una estatua delante del sofá. Sin embargo, una sensación de hormigueo incipiente empieza a despertar debajo de mi ombligo. Alan se queda completamente desnudo delante de mí y, antes de que pueda contemplarle con total libertad, se acerca para volver a besarme.

Su lengua entra sin vacilar en mi boca y la mía se mueve gustosa al ritmo que él marca. Sabe a sal, como si acabara de echársela a la cena y a continuación se hubiera chupado los dedos. Esos mismos, hábiles, son los que utiliza para soltar el cierre de mi sujetador, a la primera, con demasiada precisión. Luego, se deshace de él sacándomelo por los hombros. Sus pulgares acarician mis brazos en su recorrido y sus anillos, al contacto con mi piel, me provocan un escalofrío. Mi mente, traicionera, piensa que la partida está muy descompensada y que voy a perder.

Él es nivel experto y yo no he dejado de ser principiante.

Se separa un segundo, durante el cual mi boca se queda anhelante, y pasea sus ojos azules por todo mi cuerpo. Estoy más expuesta que nunca y todavía llevo puestas las bragas. En un acto reflejo, intento cubrirme los pechos con los brazos y, sin ser consciente de mis movimientos, también me muerdo el labio, con inquina.

Estoy mandando señales muy contradictorias, lo sé.

—Poesía —susurra, repitiendo una de las palabras de la canción— es cada curva de tu cuerpo que me incita a recitarte.

Enmudezco.

Alan sujeta mis manos, destapándome, y las posa sobre su pecho. Por primera vez desde mi huida, vuelvo a tocar su piel, suave y tersa. Él, simplemente, pega las suyas a las mías y me reta con la mirada, esperando a que reaccione.

—Alan, yo... —Quiero decirle que estoy nerviosa, que el miedo se apodera de mí con facilidad y que no sé muy bien cómo continuar. Pero él lo tiene claro, me silencia con un nuevo beso mientras mis pezones se erizan tanto que se los incrusto en el pecho.

—Shhh. Vamos arriba, Little, y me lo cuentas todo.

Empezamos a subir las escaleras en un silencio pactado.

«*Don´t Let Me Down*, Alan», pronuncio para mí misma, haciendo uso de nuevo de la letra de la canción, que ya apenas oigo.

Me abre la puerta de su habitación, pasamos cogidos de la mano y mi respiración se acelera. Lo sigo, porque estoy a su merced, porque soy un cuerpo experimentando tantas sensaciones ahora mismo que no tengo capacidad de decisión, solo de rendición. A Alan, a su boca jugosa, a su sonrisa canalla, a sus manos suaves y fuertes y a ese puñetero olor, que hoy vuelve a ser diferente, con un ligero matiz a pomelo, más sensual, más atrayente. Huele como huelen los días de primavera, largos e ingobernables.

Nos detenemos a un lado de la cama, delante de la mesita, y me gira para colocarse a mi espalda. Nuestra imagen, abrazados, es lo que me devuelve el espejo.

Me besa la nuca y sus manos ya descansan sobre mis pechos. Los aprieta con delicadeza y yo, cada vez que siento esa ligera presión, me excito más.

—¿Cómo te has masturbado?

—Alan —protesto, porque no creo que pueda contárselo.

—Eso era la premisa, Ele. Lo hacías, subías y me lo contabas. Estoy deseando oírlo de tu boca.

Pasea su pulgar por mis labios y la humedad viene a mí, como un torrente incapaz de controlar.

—¿Dónde?

—En la ducha —contesto, entrando a su juego con la voz cargada de ganas. Su pulgar ahora desciende por mi barbilla para detenerse en mi garganta.

Su boca sigue pegada a mi oreja y las preguntas no cesan.

—Con el agua recorriendo tu cuerpo, me gusta. ¿Usaste la mano? ¿Un dedo? ¿Dos? ¿La alcachofa de la ducha? Quiero saber todos los detalles.

—Un dedo —digo con la respiración entrecortada—. Alan, por favor —suplico, y cierro los ojos, porque es todo demasiado intenso para mí. Nunca me he sentido como ahora. Mi cuerpo emana fuego y en mi interior se está librando una batalla entre lo que considero correcto y lo que no.

—Ábrelos, Ele —me ordena con firmeza—. Mira qué puta maravilla de imagen. —Y su lenguaje más bruto me desconcierta, pero, para mi sorpresa, no me desagrada, sino que me excita.

Su pulgar ya baja por mi esternón hasta llegar a la separación de mis pechos, avanza un poco más y roza mi ombligo. Sin detener el descenso, se cuela por la cintura de mis braguitas. Alan gruñe contra mi cuello cuando sus dedos ya pasean por mi sexo, que, como puedes adivinar, está empapado.

Lo que viene a continuación me hace perder un poco la noción del espacio y del tiempo. Adiós a mis bragas. Un «hostia puta» que sale de su boca sucia. Un gemido, que no soy capaz de controlar. Sus manos amasando mi culo con destreza y las mías, intrépidas, tocando su pene, esta vez con movimientos sinuosos, palpando toda su extensión. Es... grande, creo. Hace tanto tiempo que no veo ni toco ninguno. Al menos a mí me lo parece, quizás por la ausencia de vello o porque lo poco que tiene es muy rubio. Sin duda, está igual de compensada que cada parte de su cuerpo.

Volvemos a estar frente a frente. Miradas que se guardan ganas y sonrisas nerviosas por la expectación. Su lengua caliente. La mía, impaciente. Sus labios dejando un reguero de chispas en cada poro de mi piel y los míos, entreabiertos y jadeantes. Una pausa corta para recobrar el aliento. Un abrazo sentido. Mis piernas alrededor de su cintura y nuestras bocas pegadas.

Me deja caer en la cama y se coloca de rodillas sobre el colchón. Antes de que lleguemos a un punto de no retorno, saca un preservativo de la mesita y, sin ponérselo, me observa desde arriba.

—Me estás volviendo loco. No puedo esperar ni un minuto más para estar dentro de ti. Te estoy dando mi mejor versión, porque también llevo un tiempo sin hacerlo, aunque no tanto como tú. Así que espero que disfrutes de este Alan más calmado —se sincera con su mejor sonrisa, y yo no puedo evitar mostrar la mía, complacida por sus palabras.

Alan es un ciclón y hoy, debido al adversario, o sea, yo, no pasa de pequeña tormenta.

—¿Quieres seguir jugando?

—Sí —respondo, invitándolo a continuar— antes de que salga corriendo de nuevo.

Y con el permiso concedido, se pone el condón y se hunde en mí con la mayor de las delicadezas, como si fuera realmente mi primera vez. Se desliza entre mis pliegues con deleite. La saca hasta volver a colocarla en mi entrada, suave, con ligeros movimientos de cadera que parecen auténticos pasos de baile. Se deja caer sobre mi cuerpo, apoyando los brazos a ambos lados de mi cabeza, y me besa. Me siento pequeña debajo de él, pero a la vez grande. Abro más las piernas, para recibirlo. Mi vientre se contrae y disfruto. Aprieto. Un cosquilleo. Un millón de sensaciones que creí haber olvidado. Susurros. Un «me encantas» que sale de su boca y se cuela por mi oído, erizándome la piel. Un «disfruta, Ele» que atrapo entre mis labios. Movimientos más profundos. Más rítmicos. Su grosor. Mi estrechez. Mi gemido de dolor que se pierde entre su aliento y se transforma en uno de placer, inmenso. Acoplados. Encajados. Fundidos.

En todo momento me siento su centro de atención. Su límite. Su objetivo. El ritmo ya es constante y nuestros cuerpos aprenden a entenderse. Mis dedos se enredan en su pelo, con exigencia, y su mano, experimentada, se une a la danza, buscando el punto exacto de fricción para que no me quede en un casi.

—Más —me atrevo a pedir cuando estoy a punto de estallar en mil pedazos.

—Todo —responde él sin dejar de mirarme.

La habitación, que según él perteneció a una famosa bailarina, se llena de palabras orgásmicas, suspiros y deseos cuando Alan y yo

nos dejamos ir.

24
Poesía

ALAN

Te juro que cuando he visto a Ele en ropa interior detrás del cristal, con esa mirada dulce y esa expresión de no saber qué coño estaba haciendo en mi casa, he tenido que ponerme a pensar en cosas absurdas, del tipo «tengo que recoger la cazadora de cuero de la tintorería», para no abalanzarme sobre ella y acabar encima de su cuerpo en la mismísima alfombra del salón. Así, sin precalentamiento previo, sin meter la cena en el horno y sin una puñetera pizca de sensatez.

Los cuatro meses de abstinencia también habrán tenido algo que ver, digo yo.

La canción de Delaporte, escogida aleatoriamente por Spotify, solo ha sido la chispa necesaria para darme más alas, porque, como si fuera una broma del destino, no la había más idónea para esa situación.

Ele es poesía, en movimiento, en caída y en parada. Su cuerpo, ligero y menudo. Sus curvas, pequeñas y sinuosas, provocando a mis dedos para que tracen todo su recorrido. Su piel, suave y salpicada de lunares. Su boca, pequeña y demasiado apetecible, dibujada con unos labios perfectos; y su mirada, limpia y oscura, además de adictiva cuando no la aparta de la mía. Ele, sin querer, me incita a adentrarme más y más, para descubrir cada uno de sus versos.

Con las respiraciones como un maldito caos y mi cuerpo, sudado y pegajoso, encima del suyo, me retiro para quitarme el condón. Se gira y nos quedamos frente a frente, sin pronunciar una sola palabra.

—Dime que este silencio es de los buenos.

—Uf, me cuesta encontrar las palabras —responde, recuperando el aliento—. Necesito que la sangre me llegue de nuevo al cerebro,

dame unos minutos.

—Me tomaré como un cumplido haberte dejado muda.

—Alan, ¿más cumplidos? No creo que los necesites —contraataca.

—Vaya, entre lo de los cumplidos y el ego que crees que gasto, tengo la sensación de que te estás haciendo una idea bastante equivocada de mí.

—Permíteme que lo dude.

Antes de que podamos continuar con esta batalla dialéctica, que, admito, me pone un poco bruto, suena la alarma del horno.

—La cena está lista. —Me levanto con demasiada energía y la dejo en la cama, desnuda y vulnerable. Lo noto cuando se gira e intenta pegar su pecho al colchón dejando a la vista una magnífica panorámica de su trasero, pequeño, redondo y respingón—. Coge lo que quieras del vestidor y baja a cenar. No tardes mucho, para que no se enfríe.

—Está bien, ahora bajo.

En el baño de la otra planta tengo un pantalón de algodón gris, que suelo usar para estar por casa. Decido que es mejor ponérmelo para no seguir deambulando en bolas, no quiero cohibirla más.

Saco la cena del horno deseando ver el resultado. Espero que se haya hecho bien porque, con lo entretenido que he estado en el piso de arriba, no le he echado ni un vistazo. De presentación me doy un nueve. Y la verdad es que huele muy bien. A ver qué le parece a mi invitada.

Pongo un par de manteles individuales en la isla y coloco el pastel en una bandeja de cristal.

—¡Alucino! No me lo puedo creer…

—¿Va todo bien, Ele? —me intereso—. ¿Necesitas que suba?

—No, estoy bien. Ya bajo.

Un par de minutos después, aparece por mi cocina, con las mejillas aún rosadas, el pelo revuelto y vistiendo mi camiseta gris de U2, del *merchandising* del último concierto al que fui de ellos en Barcelona. Me hace gracia que haya elegido una de mis preferidas. Tiene tantos lavados que la suelo usar para hacer ejercicio.

—Veo que has revuelto en mis cajones —bromeo por su atuendo, pero al ver la cara de estupefacción que pone, me hace recular.

—Yo... Lo siento, es que el resto de tu ropa me parecía demasiado nueva y cara —se excusa—. Me puedo poner la mía, que está fuera.

—Ven aquí. —La atrapo por la cintura y la acerco hasta la isla para que se siente en uno de los taburetes—. Es una de mis camisetas favoritas, así que no te la vas a quitar, porque me encanta que la lleves puesta. —Me inclino y beso su boca, que me recibe con más timidez que hace un rato.

—No sé por qué tienes tantas camisetas si nunca las usas. —Me da un par de toques en el pecho, separándome, por si todavía no me he dado cuenta de que voy sin ella.

—En casa me gusta estar así. Si no vas a poder resistirte a mis encantos, subo a ponerme una.

—¿Ves? Ahí está hablando ese ego que dices no tener.

—Vaya, Little, me parece que no entiendes todavía mi modo ironía.

—Que sepas que si mi amiga entra algún día en tu vestidor, querrá acampar en él.

Me río por su cambio de tercio y saco una botella de vino de la nevera para ella y una cerveza helada para mí.

—¿Por eso has gritado?

—Claro. Cuando he encendido la luz y he visto esa cantidad de ropa, ordenada por colores, he alucinado.

—¿Blanco te va bien?

—Sí, pero si tú no bebes vino, puedo beber otra cosa. No hace falta que abras la botella para mí.

—Tranquila. Yo no bebo vino porque no me gusta, pero siempre tengo botellas para mis invitadas.

Soy malvado, lo sé, porque he elegido el género de mi última palabra con premeditación y alevosía. Le sirvo el vino sin inmutarme.

Ele me mira arrugando la nariz. Creo que ahora por su cabeza pasan un millón de pensamientos; sobre mí, sobre mi ego, sobre mi descaro y sobre otros rasgos más de mi carácter.

—También he descubierto tu secreto —suelta en un intento de fingir normalidad—. El de tu olor —añade cuando me ve con cara de no entender nada.

—Menos mal que ha sido eso. Ya me habías acojonado —replico burlón.

—Tienes mil frascos de colonia diferentes, por eso hueles siempre distinto.

Asiento con la cabeza y sonrío. Le cuento que he trabajado para muchas marcas y siempre he tenido la suerte de dar con muy buenas responsables de marketing que me envían sus nuevos lanzamientos.

—Me gusta ponerme una colonia diferente cada día. Es mi manera de empezar cada mañana dando una nueva oportunidad a la vida, con un olor distinto.

—¿Y nunca repites?

—Intento no repetir, pero, como has comprobado —me río cuando pone los ojos en blanco—, no tengo trescientos sesenta y cinco frascos, así que, a mitad de año, más o menos, comienzo otra vez desde el principio.

Corto el *coulibiac* o, lo que es lo mismo, el pastel de salmón, y le sirvo un buen trozo mientras le cuento que es la única receta escocesa que sé hacer, gracias a mi abuela, que no descansó hasta que fui capaz de aprenderla.

Ele me sonríe y oigo cómo canturrea un poco al probar el primer bocado. Me hace gracia el modo en que achina los ojos a la vez. Creo que le gusta.

Los siguientes minutos pasan rápido. Cada vez nos sentimos más cómodos compartiendo espacio y conversación. No dejo de acariciar su pierna desnuda mientras menciona cosas de su vida antes de llegar aquí, para que sepa que también me gusta escucharla.

Le cuento que soy hijo único, igual que ella. Hablamos de lo que hubiera supuesto para nosotros tener hermanos. Yo queriendo siempre uno y ella solo en la niñez. También hablamos de nuestros padres, los de ella ahora viajando por el mundo, juntos, y los míos separados, uno retirado en Mallorca y otra en Barcelona a punto de jubilarse, aunque se llevan realmente bien teniendo en cuenta cómo pusieron punto final a su relación.

No ponemos límites a los temas que van surgiendo entre bocado y bocado. Empezamos con la música, con U2 como punto de encuentro principal, pero no único: Coldplay, The Police y hasta Norah Jones para momentos más tranquilos; Leiva o Sidecars están

entre sus favoritos españoles, y yo reconozco que apenas he escuchado nada de ellos.

Continuamos con el cine, ella muy fan de la comedia francesa y yo del americano de los cincuenta.

Hasta que llegamos al tema de los libros y la cosa se desequilibra: yo me siento un completo estúpido ante sus conocimientos. Ella habla de géneros y autores, y yo me estanco en los cuatro escritores de novela negra de más renombre y en todos y cada uno de los libros de arte que tengo en mi estantería. Me quedo sin ninguna capacidad para rebatir. Me contagia su risa cuando le digo que de pintura sé mucho más que ella y que puedo darle unas clases.

No mencionamos nada sobre nuestras relaciones anteriores. Los dos sabemos que están ahí, pero, como si tuviéramos un acuerdo tácito, sin necesidad de verbalizarlo, dejamos el tema aparcado para cualquier otro momento.

Edimburgo. Su pueblo entre montañas. Barcelona. Madrid. Y el resto de viajes hechos o pendientes nos llevan hasta el salón, donde veo que ya ha recogido su ropa interior.

Me sirvo un whisky y ella apura su copa de vino, que la ha acompañado hasta el postre, un par de yogures griegos que quedaban en la nevera, se me olvidó comprar algo más sofisticado.

Nuestros paladares saborean las bebidas en boca ajena.

—Sabes a whisky y lo odio.

—Yo también odio tu sabor a vino.

Las carcajadas de ambos se vuelven a mezclar con el sonido de nuestras lenguas enredadas. Cuando Ele nota que mis dedos ya están agarrados al bajo de la camiseta y que el segundo acto puede comenzar, me frena.

—Alan, gracias por la cena, me ha encantado, pero creo que será mejor que me vaya a casa.

—Está bien, te dejaré descansar, pero necesito ser sincero contigo antes de que salgas de mi casa y empieces a comerte la cabeza.

—Te escucho —musita con la incertidumbre reflejada en la mirada.

La Ele más tímida y nerviosa se muestra ahora ante mí. Borrar los años, las sensaciones y los recuerdos de una vida compartida no es tarea fácil y, siendo sincero, no es lo que pretendo, pero sí que me

apetece empezar a dejarle una nueva huella, aunque solo sea en forma de sonrisa.

—Suelo ser mucho más bruto cuando follo, pero me ha encantado hacerlo hoy contigo a otro ritmo. No suelo cocinar para nadie, nunca, pero me encantará seguir haciéndolo para ti, si tú me lo pides. Y, por último, espero que vuelvas a subir a mi casa cada vez que te apetezca estar conmigo, porque prefiero que tú manejes los tiempos. En caso contrario, tendré que bajar yo a por ti.

Ele se queda entre sorprendida y pensativa con mis palabras, incluso deja la boca un poco entreabierta, hecho que aprovecho para pasar mi pulgar por sus labios y a continuación mi lengua, para sellárselos.

Un pico, suave y sencillo, nos sirve de despedida en la terraza, donde recoge el resto de sus cosas.

—Mañana te devuelvo la camiseta.

—Tranquila, te queda mejor que a mí.

—Hasta mañana —susurramos a la vez y rozo ligeramente su nariz con la mía.

Y de este modo ponemos fin a esta noche, que ha terminado con nuestros respectivos periodos de abstinencia. Y que espero que solo haya sido la primera de muchas.

25
Los tiempos

Bajé los doce escalones que separan la casa de Alan de la mía con las piernas temblando. Sin poder creerme que un cuerpo tan pequeño como el que mío hubiera sido capaz de soportar tanto placer.

¿El culpable? Alan, que se coló dentro de mí y no solo en el sentido más literal de la palabra. Entró como un tornado, arrasando con todo.

Llegué como pude hasta la cama y me dejé caer sobre el colchón, sin retirar la colcha siquiera, presa del cansancio, mental y físico. Al cerrar los ojos, todo me daba vueltas y me sentía como un dibujo animado de esos en los que los pensamientos del protagonista giran alrededor de su cabeza. Las dudas, el periodo de duelo, la voz de mi conciencia, lejana y machacona, algún fantasma del pasado, el deseo desatado bajo mi piel, sus manos decididas, mi cuerpo expectante, despertando a cada impulso, sus besos, mi pensamiento errático, sus palabras dándome la ansiada calma. Nuestra explosión.

Me costó dormirme; sin embargo, cuando lo conseguí fue catártico. Hacía mucho tiempo que no gozaba de un descanso tan placentero.

Definitivamente, Ele ganó la batalla a Nora, aunque solo fuera hasta que amaneció.

Me desperté con una sonrisa tonta en la cara que fue desapareciendo en cuanto mis miedos se apoderaron de mí después del primer café. Entonces empecé a comparar mis últimas veces con Fer a mi primera vez con Alan. Y dolió, mucho, porque sentí que, sin haberme dado cuenta, mi cuerpo había traicionado a mi único amor.

Sin embargo, también volvieron a mí otros recuerdos menos idealizados de aquel amor, del que solo quedaban pequeños retazos cuando Fer murió. Rememoré las discusiones casi diarias por sus horas extras en el trabajo. Lo poco que me escuchaba cuando hablaba. Las relaciones sexuales que manteníamos solo por inercia...

Él siempre con prisa por levantarse e ir a hacer algo más productivo y yo con muy pocas ganas de entregarme a alguien al que cada vez sentía más lejos. No quise llorar, pero lloré.

Utilicé el comodín de la llamada y Úrsula volvió a amueblar mi azotea con su locura cuerda y sus frases recién sacadas de un libro de autoayuda. No entré en detalles, porque le dije que prefería contárselos un día con una copa de vino en la mano y viéndonos las caras, pero sí que escuchó todo lo que hervía en mi interior.

—Solo porque tus pasos sean diferentes no significa que estés perdida, Nora. Tienes que seguir caminando, a tu ritmo, lento o rápido, el que tú decidas, pero no te detengas ahora —sentenció mi amiga para hacerme regresar al presente.

Después de colgar, me limpié las lágrimas y abrí el ordenador.

Recuperar mi nueva rutina era justo lo que necesitaba.

Que Alan dejara la puerta abierta después de nuestra primera vez, cediéndome el control del tiempo para volver a estar juntos, había sido un acierto. Durante casi veinticuatro horas estuve convencida de que era perfecto: él esperaría a que yo quisiera estar con él otra vez y yo tenía muy claro que no iba a repetir. Lo mejor era dejar las cosas como estaban. Cero complicaciones. Él seguiría siendo mi casero y yo, su inquilina. Sin sábanas de por medio. La teoría la tenía clara, pero ya os adelanto que suspendí la práctica.

Ese pensamiento sobre no volver a caer en su red me duró hasta que oí el sonido de su moto ayer por la noche.

Salí con la camiseta que me había prestado en la mano, dispuesta a devolvérsela, sin tener que subir a su casa y, de esa manera, evitar que los recuerdos del día anterior me nublaran la vista y la razón. Sin embargo, Alan no captó el mensaje. En cuanto vio que me acercaba a él, interpretó que ya había ido a su casa a buscarlo y que quería volver a tenerlo encima. Me cargó como un saco de patatas y me subió por la escalera sin ningún esfuerzo.La pataleta que monté mientras abría la puerta para que me bajara se mezcló con su risa, pura y sin aditivos, que conectó directamente con mi interior, con mi nueva versión y con las ganas de seguir dando pasos. Hasta sus carcajadas me contagió. Y me dejé llevar. Ya estaba desnuda antes de que me tirara en el sofá.

Me imagino que te harás una idea de cómo bajé un par de horas después a mi casa, ¿no? Exacto. Saciada, satisfecha y con su camiseta otra vez puesta.

Y aquí estoy ahora, manejando fatal los tiempos. Son las siete de la tarde de este sábado lluvioso y gris, y acabo de llamar a su puerta con una tortilla de patata en una mano —*tipical spanish*—. Y, por supuesto, con la bendita camiseta en la otra.

—Hola, Little, ¿traes la cena? —Me hace una reverencia y se aparta para que pase.

Tiene el pecho salpicado de pintura y le caen los rizos rebeldes por la frente. Ese «Little» suena… cada vez me gusta más. No quiero mirar más de tres segundos ese abdomen. Entiéndeme.

—Sí, es que tu sándwich de restos no le sienta bien a mi estómago —espeto con retintín, recordando la cena de ayer.

Las carcajadas de Alan reverberan en mi mejilla cuando me da un beso casto y puro.

Dejo la camiseta en el sofá ante su atenta mirada, que acompaña con una sonrisa. Sí, esa de «pero ¿qué me estás contando?». Y luego llevo la tortilla a la cocina.

—Acompáñame al estudio, que estoy terminando unas cosas.

Me da la mano antes de empezar a subir las escaleras y me río, porque todas las veces que he subido por aquí ha sido así, con nuestros dedos entrelazados.

El estudio abuhardillado está en el último piso. Lo primero que llama mi atención es que toda la cubierta es de cristal, por lo que se escucha el incesante golpeteo de las gotas de la lluvia. La estructura de vigas de hierro negro le da un aspecto muy industrial. Bonito. En una de las paredes de ladrillo hay una encimera, con un fregadero blanco y un grifo de latón, antiguo. Una estantería de caoba que es la librería. Y en el centro, una mesa gigante, de madera clara, con un montón de pinturas, brochas y trapos, donde reina el caos. Un par de lámparas auxiliares de sobremesa, más la que cuelga del techo, proporcionan la luz artificial, porque está anocheciendo. De día tiene que ser un espacio claro.

Observo varios caballetes esparcidos por toda la estancia, algunos con lienzos en blanco. Otros con lo que parecen ser proyectos

inacabados. Bocetos. También hay algunos cuadros apoyados por los rincones. Y un pequeño sofá de terciopelo marrón, con aspecto viejo y baqueteado, que seguro que tuvo otra vida antes de llegar aquí.

—Vaya, este sitio es especial. Mola mucho —comento y yo misma me sorprendo por mi lenguaje juvenil.

—Tú también molas un montón. —Se cachondea mientras me agarra de la cintura y me apoya en el borde de la mesa.

Me agarro a sus brazos y paso mis yemas por sus tatuajes, que me intrigan como él o más. La piel se le eriza con mi contacto y a mí se me acelera el pulso. Nuestras lenguas bailan al ritmo de la canción que se escucha de fondo Reconozco la voz de Norah Jones en *It´s a Wonderful Time For Love* y elevo la ceja cuando los ojos azules de Alan se quedan fijos en los míos.

—Es un tiempo maravilloso para el amor —canta el estribillo en español—, ¿no crees?

Me besa de nuevo.

El calor que emanan nuestras bocas se expande por el resto del cuerpo y, sin ser muy consciente de mis actos, mis dedos viajan por la línea de vello que desciende desde su ombligo y se pierde en la cintura de sus vaqueros.

Mierda. Es como si no hubiera quemado esta etapa de descubrir y experimentar con quince —siendo sincera, no lo hice— y la tenga que pasar ahora, después de los cuarenta.

—Lo siento. Te estoy interrumpiendo. Tenías que terminar algo. —Me alejo unos centímetros para coger oxígeno.

—Eres una mala influencia, Little. Déjame recoger y lavar los pinceles, por lo menos.

—Si quieres te espero abajo, para no molestarte.

—Tú no me molestas. Nunca. Lo que realmente me molesta ahora mismo es tener la polla así de dura. Tú. Aquí. Y esa boca.

Pongo los ojos en blanco y él se limita a sonreír de mí y a llevarse todos los pinceles para meterlos en agua. Hago amago de moverme, pero, como si Alan tuviera ojos en la espalda, me pilla.

—No te muevas de ahí, Ele. Voy a follarte en esa mesa. Y cuando mañana suba a pintar, tu imagen será lo que despierte mi inspiración.

¿Conoces esa sensación de no poder pasar la saliva por la garganta? Pues eso me ocurre al escucharlo. Se me seca la boca, porque lo demás... Todavía no comprendo por qué me excita tanto que sea tan directo.

No tengo tiempo a asimilar sus palabras, en menos de un minuto, ya está mordiéndome el hombro que deja al descubierto mi camiseta. Sus dientes pellizcan mi piel y sus fuertes manos me elevan los centímetros justos para que mi culo repose en la mesa. Cada mordisco va acompañado por un roce de sus labios, excitándome un poco más. Una tortura lenta que me provoca y me enciende.

—Alan... —suplico, y mis caderas avanzan en busca de fricción.

—Cada vez que pronuncias mi nombre con esa entonación, dudo de si lo que quieres es que pare o que siga. —Eleva solo una ceja, en un gesto que ya he podido grabar en mi mente estos últimos días, junto al que pone cuando sonríe torciendo el labio inferior hacia la derecha, mostrándome su lado más gamberro.

—No sé... —musito, perdida en este mar de sentimientos que me provoca.

Sus manos se han colado por debajo de mi camiseta, que me quita sin muchos remilgos. Las mías están apoyadas en la mesa, así que me incorporo y las llevo directamente en el botón de su pantalón. Con movimientos torpes consigo soltárselo y él a mí, ayudándome a levantar el culo para retirármelo del todo.

La ropa interior lleva el mismo destino, el suelo. Y nuestras bocas contienen los suaves jadeos que se convierten en la nueva banda sonora después de que se haya detenido la música.

Estoy completamente desnuda y expuesta. Nos miramos y me reta. No aparto mis ojos de los suyos y puedo sentir que un atisbo de sonrisa asoma en sus labios. Sabe que me provoca y se crece.

—No dejes de mirarme, Ele. No dejes de mirarme.

Él me observa ahora como un niño delante de una golosina y se relame. Su boca atrapa con furia mi pezón y mi mano agarra su miembro con fuerza; las caricias entre los dos han dejado de ser sutiles y delicadas.

Todos los movimientos se vuelven más frenéticos. Dedos furtivos. Lametones premeditados. Gruñidos descontrolados. Nos masturbamos el uno al otro, sin pudor. El conjunto de todas nuestras acciones solo vaticina que estamos a punto de arder.

Del primer cajón de la mesa saca un condón y muerde con ímpetu el envoltorio mientras maldice por las prisas. Sé que ahora no es el momento, pero me muero de ganas de saber si eso de tener condones por toda la maldita casa significa que no hay un solo rincón donde no lo haya hecho.

Me embiste sin dudar nada más ponérselo y le doy la bienvenida. Tener a Alan tan adentro me hace contraer las tripas. Todavía me cuesta adaptarme a su invasión.

—Tócate, Ele. No creo que pueda aguantar mucho más. —Sus manos están ancladas a mi cintura y las mías sujetando sus hombros.

—Yo... no puedo —respondo llena de dudas. Sería la primera vez delante de él y no estoy muy convencida de ser capaz de hacerlo.

—Está bien. Ven, túmbate. —Ralentiza el movimiento de su cadera, que es bastante vertiginoso, y me desliza encima de la mesa, colocando de nuevo mi trasero más cerca del borde, con las piernas colgando a ambos lados de las suyas. Mi cuerpo laxo recibe ahora todas sus atenciones.

Sus penetraciones adquieren ritmo de nuevo y dos de sus dedos estimulan mi clítoris. El caos y el placer lo invaden todo.

Ha sido completamente sincero cuando ha dicho que no aguantaría mucho más. Antes de que yo entre en combustión, Alan se vacía en mí. Su índice y su corazón no se detienen hasta que, segundos después, la explosión me alcanza, el volcán entra en erupción y todas mis terminaciones nerviosas emiten lava.

No sé cómo se las arregla, pero me lleva en brazos y nos tumbamos en el sofá los dos. Y sí, voy a tener que meditar un poco sobre la gestión de los tiempos.

26
Natural

ALAN

Vamos a cenar la tortilla que ha traído Ele en mi estudio, porque después de la actividad física nos morimos de hambre, yo más que ella. Nos hemos quedado un poco traspuestos después de follar sobre mi mesa de trabajo. Puedo decir que casi nos quedamos dormidos, pero el rugido de mis tripas ha hecho acto de presencia y no lo he podido ignorar.

Ele ha subido a mi casa todos los días desde que lo hicimos por primera vez. Yo la invité a repetir cuando le apeteciera, pero no imaginé que fuera en menos de veinticuatro horas. Bueno, quizás ayer forcé un poco la situación cuando la cargué sobre mi hombro, pero solo lo hice para borrarle todos los miedos que reflejaban sus ojos. Me encanta que se haya dejado enredar. A pesar de su timidez, de mi descaro y de que nos conocemos hace muy poco tiempo, estar con ella me resulta demasiado natural.

Bajo a la cocina en calzoncillos. Iba a bajar en pelotas, pero Ele me ha sugerido que me tapara con una simple mirada. Me encanta cómo se le tiñen las mejillas ante mi desnudez.

Pongo un par de platos en una bandeja con dos buenas raciones. Tiene una pinta cojonuda y hace siglos que no como una. Añado un par de trozos de pan de centeno que compré esta mañana, una copa de vino para ella y una cerveza para mí, y subo con cuidado, haciendo malabares para no tirar nada.

Ele está empezando a ponerse la ropa interior cuando entro con la cena. Colgada de mi cuello traigo la camiseta de U2 que dejó en mi salón antes y, cuando me ve con ella, no puede aguantarse la risa.

—Toma, tu excusa perfecta.

La mirada que me devuelve me asusta —ceño fruncido y mueca de enfado—, todavía no ha pillado mi sentido del humor.

—Tranquilo, me pondré mi ropa y así no volveré a subir a tu casa.

—Ele —musito con mi mejor cara—, es broma. —Y, sin dejar que se aparte de mí, le meto mi camiseta por la cabeza, como si fuera una niña pequeña a la que hay que ayudar a vestirse.

Nos sentamos en el sofá con los pies cruzados encima de los cojines y coloco la bandeja en medio de los dos. Paso mi dedo por la arruga que todavía tiene marcada en el ceño y le acaricio la mejilla para que se relaje.

El primer bocado que me meto en la boca me hace blasfemar.

—Joder, ¡está cojonuda!

—¡Esa boca! —me riñe—. Tú muy *gentleman* no eres, ¿verdad?

Sigo comiendo y saboreando el trozo de tortilla, que está en su punto. Con la boca llena, contesto:

—*Fuck off*, Ele. La duda ofende —digo muy digno—. Mi cerebro tiene un hemisferio escocés, que me permite ser un tío innovador y aventurero, y otro hemisferio muy español, con el que siempre disfruto de follar, comer, beber y decir tacos cada tres o cuatro palabras, aunque en este último punto creo que se juntan los dos hemisferios y no siempre tiene que ser en ese orden. No tengo nada que ver con los finolis londinenses.

Ele abre los ojos ante mi explicación y niega con la cabeza; sin embargo, una risa floja brota de sus labios y me parece tan adorable y tierna que me acerco a besarla, aunque ambos tengamos la boca todavía llena.

Bajo a por un pincho más. Cuando creo que voy a reventar, poso la bandeja en la mesa y me recuesto en el sofá, colocando a Ele sobre mi pecho. Sus dedos comienzan a repasar las líneas de mis tatuajes y me pregunta por qué solo los tengo por la parte de atrás del cuerpo.

—Me gusta que se vean solo si quiero mostrarlos. Lo prefiero así, sobre todo para posar y para la publicidad. Sé que hay algunos modelos tatuados, pero he querido mantener parte de mi piel limpia de tinta.

Continúa preguntándome por el significado de ellos; la flor, la figura geométrica, el buda, la palmera, la silueta de la mano... Se sorprende cuando le digo que no tienen un significado trascendental ni espiritual, como suele ser habitual cuando la gente se tatúa, sino

que los míos han sido motivados por mis impulsos. Cada línea de tinta tiene su momento en mi vida, sin demasiada explicación racional.

—Y el de los pies te tuvo que doler mucho, ¿no?

—Mucho. Pero el tatuador es un buen amigo y paraba de vez en cuando. Ese quizás sea el más reflexivo. Mi pequeño mapa del mundo.

—¿Qué significa?

—Que da igual lo alto que vuele, siempre tendré los pies en la tierra.

—O la tierra a tus pies —replica con una sonrisa pícara. Me hace gracia que ella siempre tenga que sacar sus propias conclusiones sobre mí—. Tengo otra pregunta, *teacher*. —Levanta la mano como si fuera una alumna más. Sonrío.

—Adelante, señorita Molina. —Ahora la que se echa a reír es ella, por la alusión a su apellido.

—Resuélveme una duda: ¿tienes condones por toda la casa?

Las carcajadas hacen que casi me atragante en esta posición. Mi pecho sube y baja con pequeños espasmos, así que Ele re reincorpora para que no me ahogue con mi propia saliva. Es cierto que en el salón y en el estudio sí, además de en mi habitación, de ahí que ella haya comprobado que guardo algunos por varios cajones.

—No, no tengo por toda la casa, señorita. No tengo en la escalera, por ejemplo. En el vestidor tampoco. Ni en la otra habitación que está a medio proyecto de ser mi despacho. Ni en la terraza...

—Vale, vale. Me hago una ligera idea.

Le confieso que siempre tengo condones en mi casa. Los compro cuando voy al supermercado y tengo cajas y cajas, nunca follo sin él, jamás, con nadie. Se queda con ganas de añadir o de preguntar algo más, pero, en el último segundo, se acomoda encima de mí otra vez y observa el lienzo que tenemos delante, donde solo hay un trazo rojo diminuto. Hoy está curiosa y se interesa también por mi proceso creativo. Me enrollo como las persianas cuando se trata de hablar de mi pasión, así que le cuento cómo me gusta empezar a

pintar. Ella me dice que es similar a cuando se sienta delante del ordenador para escribir.

Aprovecho y le pido que me hable de su trabajo. De Madrid y de su vida allí. Me cuenta que nada más terminar periodismo entró a trabajar en el periódico junto a su marido, que todavía no lo era. Allí conoció a Úrsula y era feliz comenzando una nueva etapa.

Me gusta que le haya mencionado en pasado y que su cuerpo siga estando igual de relajado después de hablar de lo que ha dejado atrás.

Se quedó embarazada demasiado pronto, sus metas cambiaron y postergó sus sueños; dejó el periodismo en un segundo plano. Ahora quiere volver a centrarse en su carrera y en su propósito de escribir un libro.

Alternamos trazos de su vida con los de la mía. Mi infancia en Edimburgo con mis padres todavía juntos y mi adolescencia en Barcelona, llenando de problemas la casa de mi madre. No se lo puse nada fácil, la verdad. Me siento un poco más español que escocés, pero esto solo se lo confieso cuando me insiste mucho para que elija una de mis dos nacionalidades.

No miramos el reloj hasta que noto cómo el cansancio se apodera de nosotros.

—Quédate a dormir —le pido mientras mis dedos se pierden entre los mechones de su pelo.

Se revuelve en mi regazo y se incorpora con demasiada velocidad; como si toda la intimidad que hemos compartido se hubiera esfumado.

Si tú también piensas que estoy loco o que todo va demasiado rápido es porque todavía no me conoces. Mi propuesta la ha asustado y no debería ser así. Me ha salido de forma espontánea y natural, como me comporto cuando estoy con ella.

—No puedo. Mañana he quedado con Lara y tengo que madrugar. Será mejor que me vaya a casa.

—Está bien, ven aquí. —Atraigo su cuerpo y la estrecho entre mis brazos. Hundo mi nariz en su cuello y aspiro su olor a jazmín. Deposito un pequeño beso en ese mismo centímetro—. Tú sigues marcando el ritmo, Ele. No lo olvides.

Ella recoge nuestra ropa y yo bajo con la bandeja hasta la cocina.

Nos despedimos en la terraza, como los días anteriores.

Un beso largo, un suspiro y un repaso visual con el que alimentamos las ganas de volver a vernos.

—Voy a tener que prestarte un pantalón también o cogerás una pulmonía —grito asomado en la barandilla, observando cómo entra en su apartamento con las piernas desnudas y la camiseta cubriéndole solo el trasero.

—Me parece una buena idea —responde con gracia antes de desaparecer.

Cierro la puerta con un cabeceo involuntario. No sé qué coño me pasa.

Me sirvo un vaso con dos dedos de whisky y me siento en el sofá.

Creo que si subo a la cama ahora, no voy a ser capaz de dormir.

Solo he tenido una relación seria en mi vida, con Camille. Después de cómo sucedieron las cosas con ella, me juré que no volvería a cometer los mismos errores, nunca más. Nada de planes futuros ni de vida en pareja. Solo me veo en presente y, a ser posible, teniendo relaciones esporádicas con chicas que además de cuerpo tengan cerebro, en las que ambos disfrutemos de la compañía del otro y después podamos irnos cada uno a nuestra casa sin malos rollos ni falsas ilusiones. Y, por supuesto, mi presente está lleno de momentos únicos con mis amigos —viajes, celebraciones, cenas que se alargan hasta el amanecer—, porque ellos son mi verdadera familia aquí. No necesito ni quiero más.

Me gusta definirme como un tipo sencillo, que pasa de dramas y que solo quiere vivir cada día con dos únicos propósitos: divertirse y ser feliz.

Si todo lo veo tan claro, ¿por qué en solo tres putos días tengo la sensación de que compartiría con Ele mucho más que polvos y charlas?

27
Camden

Menos mal que anoche puse la alarma del móvil para que las sábanas no se me pegaran esta mañana, porque Alan, aparte de dejarme sin palabras la mayor parte de las veces, también me deja agotada. No soy de dormir mucho, pero últimamente Morfeo me atrapa con bastante facilidad.

He llegado un cuarto de hora antes de que empezara el partido de Lara, que hoy se disputaba en su colegio. Me he sentado al lado de Ruth, que, para mi sorpresa, ya estaba en la grada. Me ha confesado que ella prefería estar durmiendo, pero como mi hija ha madrugado muchísimo y no ha parado de dar vueltas, nerviosa, la ha desvelado. Así que ha decidido venir a verla. Las dos la hemos estado animando desde el primer minuto, pero al final, hemos sido testigos de su primera derrota.

—No pasa nada, cariño.

—La otra era gigante, Larita. No podías hacer más —la anima su amiga cuando sale del vestuario.

—Tampoco era Serena Williams —nos rebate enfurruñada. Está claro que necesita unos minutos para asimilar la derrota.

—Vamos a dar un paseo y después os invito a comer, venga. ¿Dónde queréis ir?

—No sé, molaría ir a Camden, ¿verdad? —Ruth le da un pequeño codazo a mi hija para que secunde su elección.

—Sí, mami. Podemos ir y comer por allí en cualquier puesto callejero, que dicen que hay muchísimos.

—Perfecto. Lo que quieran las señoritas.

Me coloco entre las dos y las agarro del brazo, pero, antes de marcharnos, nos acercamos hasta el vestíbulo del colegio para firmar el permiso.

Cogemos la línea de metro de Northern hasta Camden Town y, nada más salir a la calle, observamos que está abarrotado de gente,

será porque es domingo.

Nos adentramos en la muchedumbre y las tengo que medio arrastrar, porque entre el gentío y que lo miran todo con la boca abierta, casi no dan ni dos pasos sin detenerse. Llegamos hasta el mercado de Camden, que es el paraíso de las tiendecitas. Me fijo en que la mayoría son de antigüedades y de ropa *vintage*, que por cierto, me encanta, de modo que tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no entrar en cada una de ellas.

Mientras las niñas se prueban unas pamelas con flores y plumas, de lo más estrambóticas, y se hacen cien fotos, que después compartirán en sus redes, yo me pierdo en un rincón de la misma tienda, donde hay dos estanterías repletas de libros viejos.

Rebusco y encuentro ediciones muy bonitas de algún clásico, la mayoría están en inglés o francés. Alguna bastante estropeada, páginas casi ilegibles y hasta rotas. Me imagino que es porque habrán pasado por infinidad de manos y de vidas. Pero tienen tanto encanto que solo por esas tapas preciosas, que ya no se hacen, adornarían la estantería de cualquier salón. Me tomo unos minutos para husmear e, incluso, me siento un ratito en una butaca victoriana de color granate estratégicamente colocada al lado, ojeando las páginas con más calma.

—¡Venga, mamá! Queremos seguir viendo cosas —protesta Lara tirando de mí para que me levante.

Obedezco y continuamos la ruta. Después de mi rato de tiendas, seguimos por Camden High Street, que, según la página del móvil que llevo abierta para no perderme, es una de las más conocidas y alternativas de Londres. Aquí disfrutamos de hacernos fotografías, las tres, con todo el colorido, y no nos perdemos ningún detalle.

Ruth se las manda a sus padres y enseguida la llaman por teléfono para saber qué tal estamos.

Lara se detiene delante de una tienda de tatuajes y *piercings.* Y me empieza a señalar todos los dibujos que le gustan.

—Mira qué bonita es esa rosa —dice delante de una foto en blanco y negro donde se ve la silueta del pecho de una chica con la flor tatuada justo debajo.

—A mí no me parece tan bonita —respondo con tono de madre responsable.

No me quiero ni imaginar a Lara haciéndose algo semejante. Uf, creo que hasta me entran sudores solo de pensarlo. Mi niña crece y sé que me tengo que preparar para todos los cambios que va a experimentar, pero déjame que crea que todavía falta mucho tiempo para eso, aunque sea mentira.

—También quiero un *piercing*, mamá. Me gusta algo pequeño en la nariz. Creo que, con dieciséis, si me firmas un permiso, ya puedo hacérmelo.

—Lara, faltan dos años para eso, por favor —me quejo.

—Podríamos hacernos uno juntas. Aquí. —Me da pequeños toques con el índice en la nariz.

Arrugo el entrecejo y mi hija no puede contener las carcajadas. La cojo del brazo para intentar apartarla de la entrada de la tienda e ir en busca de Ruth, que sigue hablando por el móvil a unos pasos de nosotras, justo cuando una pareja se dispone a salir mientras les obstaculizamos el paso.

—Hola, Alan —saluda Lara con demasiado entusiasmo y, ni corta ni perezosa, se acerca a él para darle dos besos, sin perder un solo segundo.

—Hola, chicas —nos devuelve el saludo él con una sonrisa enorme. No se limita a besar a mi hija, sino que también me da dos besos a mí mientras posa su mano en el final de mi espalda. Los segundos siguientes se me hacen eternos, sobre todo cuando dibuja pequeños círculos con sus yemas. ¿En serio?

—Hola —masculla su rubia acompañante con un hilo de voz.

Es Camille, que salía junto a él, riéndose y de muy buen rollo. Mira que Londres es grande y que probablemente haya... ¿cuántos? ¿Un millón de planes para hacer un domingo? Pues nada, que todo se debe de reducir al puñetero Camden.

Ruth se acerca a nosotros y terminamos con las presentaciones. Mi hija la pellizca para que reaccione, porque se ha quedado embobada mirando a Alan y a Camille. Separados son impresionantes, pero juntos son perfectos para un reportaje de *Vogue*. Ella lleva un vestido largo estilo *boho chic*, con flores marrones y verdes, muy

llamativo, con un escote que deja entrever su pecho firme y operado. Melena suelta al viento y maquillaje imitando a natural. En los pies, unas botas camperas con dibujos en relieve, de esas que se vuelven a llevar. Yo también me sorprendo a mí misma por saber cuáles son las tendencias actuales, como ves, estoy haciendo los deberes poniéndome al día con la moda. Alan merece mención aparte. Vaqueros negros ajustados —no sé cómo le ha pasado ese pitillo por el tobillo—, botas de cuero marrones, muy desgastadas, camiseta verde militar y, encima, una sobrecamisa beis con un bordado étnico en las mangas, del mismo verde que la camiseta. Completa el *look* con un sombrero de fieltro beis, colocado hacia atrás, dejando asomar parte de sus rubios rizos por la frente; es como si se lo hubiera puesto en la cabeza sin mirarse en el espejo, pero con toda la intención del mundo. Me entiendes, ¿no?

Espero que, con la explicación que te he dado, te imagines mejor las caras de las dos adolescentes con tendencia a admirar a algunas *influencers*, porque de verdad que son un poema.

—¿Te has hecho un tatuaje? —le pregunta mi hija. Ella siempre interesada por la vida de mi... ¿casero?, ¿rollo? Soy pésima para etiquetar a las personas, así que lo dejo en Alan.

—No, esta vez no. He venido a acompañar a mi amiga —responde él. No me pasan desapercibidas la mueca que pone Camille con su respuesta ni la entonación que da él mientras me mira.

—¡Qué guay! Yo también quiero uno, pero tendré que esperar a los dieciocho.

Alan me mira y yo le digo que no con la mirada. Espero que capte que no quiero que Lara escuche su opinión sobre la tinta, porque sé que no me va a gustar.

—Me muero de hambre. —Ruth interrumpe nuestro cruce de miradas, cambiando de tema.

—Y yo —añade mi hija.

—¿Qué os apetece? Hay un puesto que sirve los mejores tacos de todo Camden, además no está muy lejos. Si me dejáis ir con vosotras, os digo cuál es.

Perfecto, Alan se acaba de autoinvitar a comer con nosotras y encima me vuelve a mirar esperando mi aprobación. Lo que no me

queda muy claro es si Camille estará contenta con el cambio de planes. No entiendo nada.

—Claro que puedes venir con nosotras, ¿verdad, mamá?

—Sí, si es lo que quiere. Pero igual tiene otros planes con Camille, Lara. —Venga, que si disimulo un poco, no se nota que esa frase llevaba más de una intención.

—Tranquila, comer sí entraba en nuestros planes —afirma él sin preguntar a su acompañante.

—A mí me da igual, mientras haya ensalada —espeta la rubia, así que doy por hecho que ella también nos acompañará.

En el puesto de los tacos hay bastante cola, así que las niñas cogen sitio en una mesa grande con un banco corrido y se llevan las bebidas, que nos sirven por otra fila. Los adultos esperamos en la de la comida. Antes de que nos toque, Camille le dice a Alan la ensalada que quiere, a la cual quita tantos ingredientes que al final le darán solo cuatro hojas de lechuga, y atiende una llamada en francés no muy lejos de nosotros.

—¡Qué bonita coincidencia! —dice con un tono entre entusiasta y canalla. Me intenta coger de la mano, pero la cola avanza y me suelto. Su contacto delante de todo el mundo me pone nerviosa.

—¿Tú crees? Yo no estoy tan segura.

Eleva una ceja con sorpresa y, cuando va a contestarme, nos toca pedir.

Paga él. Me niego unas cuantas veces, pero un par de personas que están detrás, esperando para pedir, nos miran bastante mal por tardar tanto, de modo que claudico. Llevamos toda la comida a la mesa, ayudados por Camille, que en cuanto ha colgado se ha pegado a Alan como una lapa.

Mi hija también quiere acaparar su atención, solo hay que ver cómo actúa; decide sentarse en medio de ellos, y Ruth y yo en el banco de enfrente.

Los tacos están buenísimos. Nos ensuciamos bastante las manos mientras los comemos, como suele ser habitual en estos casos, y gastamos mil servilletas para mantenerlas limpias. Hablamos del resto de comida grasienta que nos gusta, sobre todo los domingos, cuando menos apetece cocinar y comer cosas sanas y saludables.

Camille sigue mareando la lechuga en su plato cuando nosotros estamos a punto de terminar; por supuesto, participa poco en la conversación, aunque deja muy claro cuál es su punto de vista sobre comer guarrerías; es decir, ella nunca, ni los domingos ni ningún otro día de la semana.

Alan les pregunta a las niñas por el colegio y ellas se explayan hablando de sus profesores y de las clases más aburridas. Mi hija le pregunta por sus alumnos y nos comenta que ya son todos mayores de edad, porque en la escuela de arte donde trabaja imparten solo estudios superiores.

Las chicas se levantan para ir a buscar algo de postre a otro puesto un poco más lejos y nos quedamos los tres en una situación de tensa calma.

—Las tienes en el bote, se nota que te gustan los niños —comento para romper el silencio.

Las carcajadas de Camille son tan sonoras que hasta un par de chicas que están en la mesa de al lado la miran, extrañadas.

—No tienes ni idea, Nora. Alan odia a los niños. No sé por qué con tu hija y su amiga está siendo tan amable.

—Camille —pronuncia él con un tono que suena a súplica—. No digas tonterías, sabes que no los odio.

—Ya... —añade ella, y se contiene para no seguir hablando.

Lo miro intentando descifrar lo que pasa por su mente en este momento. Siento que hay algo que me estoy perdiendo, al igual que me doy cuenta de que sobro en esta conversación. Alan me mira y escucho cómo deja escapar un suspiro, no sé si para calmarse o para evitar decir todo lo que está pensando ahora mismo.

Las niñas hacen cola para comprar un helado y yo me levanto, a ver si, con suerte, consigo un café en el mismo puesto y nos vamos de aquí.

—Necesito un café. ¿Queréis que os traiga algo? —me ofrezco.

—No —responde Camille.

—No, gracias, pero deberías probar el té —contesta Alan con un atisbo de sonrisa. No es la primera vez que me lo ofrece con ese tono y sé que se está convirtiendo en un juego que compartimos.

Me imagino que quiere romper la tensión que se ha creado entre nosotros.

—Ya lo he probado —afirmo, clavando mis ojos en los suyos. Su sonrisa se acentúa, incluso ya tiene el labio ladeado y se lo muerde con los dientes—, pero creo que fue una equivocación. Lo mío es el café.

Mi última frase le borra la sonrisa. Si sabe leer entre líneas, seguro que lo ha entendido.

No tengo ni idea de lo que se trae entre manos con Camille, pero no me gusta ignorar por completo su historia. Sé que él y yo no somos nada, solo un par de conocidos —desde hace muy poco tiempo, por cierto— que se han acostado tres veces, pero él sabe muchas cosas sobre mi vida hasta llegar aquí y yo muy poco de él. Tengo la sensación de que estoy en medio de algo que no ha terminado y no me gusta sentirme así. Después de unos minutos, volvemos a la mesa, las niñas con unos helados y yo con mi café solo en la mano. El móvil de Lara suena una llamada, es Jaime.

—Hola, tito. Sí, estoy con mamá. Estamos en Camden. Esto es la caña, tienes que venir a conocerlo. No, estamos con Ruth y con Alan, que nos ha invitado a comer.

Supongo que ahora mi cuñado pregunta quién es Alan, porque mi hija no tarda en aclararle la situación.

—Es un modelo guapísimo y el casero de mamá.

Eso es, Lara, tú no te guardes nada de información, ¿para qué? Alan se echa a reír ante la explicación de mi niña y me mira sin disimulo.

—Sí, estamos muy bien. Vale, ahora te la paso.

Mi hija me da el móvil y me levanto para hablar con mi cuñado, aunque yo me alejo un poco más de la mesa.

—Hola.

—Hola, Nora. Siento no haberte llamado antes. La despedida, las vacaciones, el trabajo...

—Tranquilo, no te preocupes. —Desde que me fui de Madrid solo he sabido de él por lo que Lara me ha contado, y de eso ya hace más de un mes. Jamás hemos estado tanto tiempo sin hablarnos y me resulta muy extraño.

—Tengo muchas ganas de veros, así que el viernes estaré por allí. Cuando tenga el billete te digo a qué hora llegaré.

—Está bien. —Sé que estoy siendo un poco parca en palabras, pero es que no sé muy bien qué más decir.

—Ya te llamo cuando lo tenga todo organizado. Estaría bien que el viernes hiciéramos nuestro pizza-peli, porque lo echo de menos.

—Vale —contesto, y me acerco de nuevo a la mesa—. El viernes nos vemos, entonces.

Cuelgo y me tomo el café, que se ha quedado frío. Escucho de fondo, sin mucho interés, cómo hablan los demás y, cuando termino, me levanto para despedirme.

—Muchas gracias por la invitación, Alan.

—Ha sido un placer comer con vosotras —responde él con un guiño que me pilla por sorpresa. Solo espero que Lara no se haya dado cuenta o tendré que explicarle por qué mi casero se toma tantas confianzas.

Ruth saca su móvil y se hacen una última foto con él. Luego le pide permiso para subirla a su perfil de Instagram. Sé que con catorce años ni siquiera deberían tener uno, pero, al menos en la cuenta de mi hija, todas las fotos tienen que pasar por mi filtro primero. Su amiga es la que la engatusó para que se la abriera y yo no me negué, aunque puse ciertas restricciones.

—¿Tienes cuenta en Instagram? —pregunta Ruth a Alan, me imagino que para etiquetarlo.

—Sí, pero es solo para mi trabajo, nunca publico nada de mi vida privada.

—Entonces no lo etiquetes —le dice mi hija a su amiga, y me siento orgullosa de que se haya acordado de mis charlas sobre la privacidad de las personas cuando accedí a abrirle la cuenta.

Camille se agarra del brazo de Alan para arrastrarlo lejos de nosotras lo antes posible y nos dice un «ya nos veremos» que suena más bien a querer todo lo contrario.

Cuando vamos caminando en busca de la parada de metro más cercana, los veo a lo lejos. Ella gesticula mucho con las manos delante de su cara y él se quita el sombrero, despacio, para guardarlo en una pequeña mochila, parece que solo asiente y

escucha. Antes de ponerse los cascos se dan un abrazo, demasiado largo para mi gusto, y se suben a la moto, para perderse después entre el tráfico de la ciudad.

Ni las preguntas incesantes de las niñas, ni el murmullo de voces del vagón, ni tan siquiera el cansancio que arrastro a estas horas, son capaces de borrar de mi cabeza la imagen de ese abrazo.

28
Terraza y manta

ALAN

Es jueves y he arrastrado a Robert y a Andrea a tomar un par de cervezas, necesitaba desconectar del ritmo de la semana.

La exposición está a la vuelta de la esquina y, además, estoy inmerso en un proyecto con algunos alumnos. Se quieren presentar a un concurso de jóvenes talentos a nivel nacional y he echado más horas en la escuela para orientarlos. Los días han pasado volando. Como mañana no tengo clase a primera hora, puedo acostarme un poco más tarde.

Hemos estado bebiendo un par de pintas en el Black y, al terminar, mis amigos se querían ir a casa; sin embargo, los he obligado a coger un taxi para venir hasta The Trafalgar St. James, el hotel que está situado en la plaza del mismo nombre y en cuya terraza sirven unos cócteles con vistas impresionantes. Vamos de vez en cuando, sobre todo en verano, que hay más ambiente, pero hoy me ha chivado Becca que iban a ir todas las chicas después de su clase de yoga, Ele incluida, así que no me he podido resistir.

No hemos estado juntos desde nuestro encuentro el domingo en Camden. Después de comer juntos, ella se fue con las niñas y a mí me enredó Camille para que la llevara a casa. Aprovechó mi presencia para que le montara una estantería que tenía en una caja guardada hacía meses y me lie. Cuando me llamó esa mañana para que fuera con ella al estudio de tatuajes dudé un poco, ella no quería ir sola y Becca no podía acompañarla, así que, una vez más, cedí ante su insistencia. Necesito normalizar la relación con ella de una vez por todas, por eso, supuse que hacer con ella algo en plan *amigos* era buena idea.

Cuando volví por la noche ya era demasiado tarde. mandé un mensaje a Ele para decirle que estaba en casa, por si quería subir un

rato y vernos, pero me contestó con un escueto: «Estoy agotada», al que respondí: «Descansa».

Los tiempos que le dejé que marcara y las ganas que acumulo de estar con ella —bastante desconocidas para mí— se me están yendo de las manos.

El lunes por la tarde hice otro intento al regresar de la escuela, pero justo era su primer día de yoga, ha empezado a ir con Dafne a última hora. De modo que cuando vio mi mensaje era demasiado tarde y cuando recibí otra excusa tonta de su parte, ya estaba en el estudio concentrado entre pinceles.

Creo que la empiezo a conocer. Por lo que intuyo, su cabeza no ha parado de dar vueltas desde que me vio con Camille el domingo. No sé si pensará que seguimos juntos o que yo soy capaz de enrollarme con todas. Nada más lejos de la realidad. Estoy seguro de que sus propios miedos le han impedido subir y preguntarme directamente, y eso es lo que más me ha molestado.

—No hay quien te entienda, amigo. El otro día protestando por tener que acompañarme aquí y hoy no has parado de darnos la paliza para que vengamos contigo —protesta Andrea mientras subimos en el ascensor hasta la terraza.

—Algo anda buscando —deja caer Robert para picarme. Seguro que sabe que las chicas están aquí, aunque no haya comentado nada.

—Solo quiero tomarme una copa, fácil y sencillo.

Las puertas del ascensor se abren y accedemos a la terraza. Echo un vistazo rápido y enseguida localizo a las chicas alrededor de una mesa en la parte izquierda. La primera que me ve es Becca, que sonríe mientras levanta la mano para llamar nuestra atención.

—Pues sí que te ha dado fuerte con tu inquilina —se mofa Andrea en cuanto las ve.

—Ves como buscaba algo. Bueno, mejor dicho, buscaba a alguien —añade Robert.

Ele se gira al ver el saludo efusivo de Becca y nuestras miradas se cruzan un segundo. Tiempo suficiente para saber que no me esperaba. Cogemos unas sillas vacías de la mesa de al lado y nos hacen un hueco. La temperatura no es gélida, pero ellas tienen

puestas unas mantas por encima de las piernas, cortesía del establecimiento. Como seguro que has intuido, me siento pegado a Ele y, con todo el descaro del mundo, cojo su manta para extenderla y de esta manera taparnos los dos.

—Vaya, qué bien estáis aquí, ¿no? —Las miro. En la mano sostienen una copa de lo que parece un margarita.

—Estábamos muy bien, sí, al menos hasta ahora —espeta Ele, cortante. Todos se la quedan mirando. Cuando saca esa vena borde, me gusta todavía más.

—Nosotros no queríamos interrumpir una velada de chicas —se excusa Robert, él siempre tan caballeroso—, pero Alan nos ha obligado a venir.

Cuando estoy a punto de añadir algo más, se acerca la camarera para tomarnos nota. Me pregunta, me sonríe y me guiña un ojo, solo a mí, como si no hubiera nadie más sentado a la mesa. Tengo confianza con ella porque nos conoce de otras veces, pero creo que hoy está siendo mucho más explícita con su coqueteo.

Mis amigos empiezan a carraspear y luego le cantan sus bebidas para hacerse notar y sacarla de ese trance. Becca y Dafne murmullan algo sobre un imán. Ele cabecea a modo de negación, sin pronunciar palabra. Y yo le pido un whisky solo con hielo, aguantándome la risa por ser el centro de atención de todas las miradas.

Enseguida regresa con las bebidas y brindamos todos antes de dar el primer trago.

—*Good luck!*

—Creo que alguien podría dormir acompañado hoy —dice Becca mientras choca su copa con la de Andrea.

—Y sin ningún esfuerzo, ¿verdad? —agrega mi amigo.

—¡Qué mala es la envidia! —dice Robert para defenderme de estas víboras.

—Y la ignorancia —deja caer Dafne, guiñando un ojo a Ele, un gesto que solo veo yo.

—Y la arrogancia —sentencia ella, para que todos empiecen a descojonarse por el insulto encubierto que me ha regalado.

—Y el miedo —replico cerca de su oreja, para que solo me oiga ella.

Dafne, que es más lista que el hambre, desvía la atención, que estaba muy centrada en nosotros, hacia sus recién estrenadas clases de yoga y, entre risas y anécdotas de las posturas más difíciles, el ambiente se vuelve a relajar.

Las chicas piden otra ronda, y cuando Ele se inclina un poco hacia delante para posar su copa en la mesa, aprovecho para meter la mano debajo de la manta y posarla sobre su muslo. Da un pequeño respingo al sentirme, y eso que lleva unas medias tupidas.

Me mira con cara de pocos amigos, pero no me dejo amedrentar y continúo jugando con los dedos en dirección ascendente. Los chicos hablan ahora del vértigo y las alturas, mientras yo casi rozo el vértice de sus piernas. Tanteo y exploro en busca del límite, hasta que se mueve con brusquedad para impedir que la siga tocando y retiro mi mano.

—Necesito ir al baño, ¿me decís dónde está? —pregunta, acelerada.

—Entrando por aquel pasillo, al lado de los ascensores —contesta Dafne.

—Yo también tengo que ir, te acompaño. —Me adelanto, antes de que añada nada más.

—No hace falta, puedo ir sola —replica, bajándose al máximo el vestido antes de quitarse la manta de encima.

—Ya sé que puedes ir sola, pero es que yo también tengo que ir —insisto.

Suena de fondo *Fall in Line*, con la voz rasgada y sensual de Christina Aguilera acompañada por Demi Lovato, cuando llegamos a los ascensores. En vez de señalarle la puerta del baño de chicas, le cojo la mano y la arrastro por una salida de emergencia hacia una escalera. Cierro la puerta con ímpetu y su boca con la mía para que no diga nada en este momento, mordiendo sus labios con saña.

Estoy tan impaciente que no me he podido contener.

—¡Alan!, ¿qué coño haces? —explota, y me empuja hacia atrás.

—Primero comerte la boca. —Coloco mis manos en su cintura y la atraigo de nuevo hacia mí.

—Ya, a mí, a Camille, a la camarera... Tu lista es interminable, ¿no?

—Vaya, por eso me has ignorado, ¿no? —Sin dejarle tiempo de reacción, deslizo las manos por debajo de su vestido y le toqueteo el culo mientras le beso el cuello. Tres segundos después, las subo y las cuelo por la cinturilla de sus medias y se las bajo sin mucha ceremonia hasta casi las rodillas. Estoy excitado y ella también. No lo puede negar—. Ele, aunque no me creas, solo te la como a ti.

Duda unos segundos y suspira profundo un par de veces cuando me escucha. Me muerde suavemente el labio y cede ante mi afirmación.

—¡¿Alan?! Puede entrar cualquiera, por favor —protesta, pero no me aparta.

—Shhh. Entonces no hagas ruido o nos pillarán. —Coloco su pierna izquierda en el escalón de más arriba, para tener mejor acceso antes de hundir mi cabeza entre sus muslos. Aparto su braguita rosa de encaje y lamo toda su humedad.

—¡Estás loco! —jadea con la respiración entrecortada. Sus manos vuelan hasta mi cabeza, gesto que me anima a continuar.

—Estoy loco por ti. Y más después de haberme ignorado tres días. No sabes cómo me has puesto debajo de esa puta manta.

—Alan, no creo que esto sea una buena idea —se queja.

Vuelvo a deslizar mi lengua con una sola pasada, lenta, provocando su silencio. Me parece que esta no es la mejor postura del mundo para hablar cosas serias, así que intento zanjar el tema y seguir disfrutando de su sabor.

—Yo también estoy enfadado, Ele. Huyes de mí en vez de subir a mi casa y hablar. Pero te prometo que eso lo resolveremos luego cuando volvamos, porque ahora estoy tan cachondo que te follaría hasta ponerte los ojos en blanco, delante de todo el mundo; sin embargo, solo voy a comerte el coño, aquí, escondidos. —Me mira desde arriba con los ojos vidriosos y una expresión que no sé leer—. Voy a darte un orgasmo que va a compensar los tres que te debo, y no grites o nos oirán.

Espero que con mis palabras dé por terminado este debate.

Paseo mi lengua entre sus pliegues de nuevo, con suavidad, bebiéndome cada gota que emana de su interior. Ella obedece e

intenta gemir muy bajito, pero sin mucho éxito, porque los jadeos contenidos resuenan por el hueco de la escalera. Ella se entrega. Yo más.

Creo que el morbo de que nos puedan pillar nos excita a ambos por igual.

Se aferra a mi pelo con fuerza y se apoya contra la pared, echando la cabeza hacia atrás, despeinada y desmadejada. Le estrujo las nalgas, atrayéndola hacia mi boca, que ansía absorber su orgasmo. Presiento que cada vez está más cerca. Mi lengua centra su atención en su clítoris hinchado y ella pronuncia mi nombre con un punto suplicante; intuyo que ya no hay vuelta atrás.

Me va a reventar la polla dentro del pantalón, pero ahora solo quiero que le tiemblen las piernas, que me lo dé todo, que lo sienta, lo mío puede esperar.

Llega y la atraviesa. Se deja ir durante varios segundos mientras yo la sostengo, literal. Casi siento las contracciones de su vientre con cada espasmo. Después, llega la ansiada calma.

La ayudo a vestirse, antes de que entre alguien y nos vea. Acerco mis labios a los suyos para compartir su sabor, jodidamente bueno. Ella no se aparta, más bien todo lo contrario: me recibe gustosa y yo me excito más si eso es físicamente posible. Entrelaza sus dedos en mi nuca, acortando todavía más el espacio entre los dos y deleitándose en mezclar nuestras lenguas, con ganas.

El beso que nos acabamos de regalar anticipa demasiadas cosas, pero, sobre todo, intimidad, mucha intimidad.

29
Te sigo

Antes de ir de nuevo a la mesa, donde nos estarán echando de menos, entro en el baño, ahora sí, porque Alan casi consigue que me olvide de para qué había venido aquí. La verdad, es que casi consigue que me olvide incluso de mi nombre.

Paso directa a hacer pis, sin mirarme en el espejo ni un segundo, porque ahora mismo, ni en un millón de años, me reconocería.

¿Sexo oral? ¿En una escalera? ¿Qué narices me pasa?

Apoyo la frente en la puerta antes de volver a salir y me tomo unos segundos para recuperar el resuello y recomponerme, porque, definitivamente, la razón es muy difícil que la recupere.

Alan me espera a la salida para regresar a la terraza. Luce impresionante. Sonrisa ladeada en esa boca perfecta y mirada cargada de muchas cosas, sobre todo de ganas. Me imagino que habrá tenido que hacer un gran esfuerzo para contenerse. Nada que ver conmigo, por supuesto, que parece que esté abducida por seres de otra galaxia: pelo revuelto, mejillas bermellón y las piernas entumecidas todavía, está claro que el ciclón Alan solo me ha arrasado a mí.

—Dame la mano y sígueme —dice antes de salir.

—Alan, van a alucinar si volvemos así. ¿Por qué no vas tú primero?

—Porque no son idiotas, Ele. Hemos tardado más de lo estrictamente necesario y no tenemos por qué escondernos. Ellos son nuestros amigos y nosotros somos libres.

Me sorprenden sus palabras, primero porque quiera que sepan que estamos juntos, o lo que sea que estemos. Y segundo, porque me esté incluyendo en su círculo; para mí ambas cosas son muy importantes.

—Está bien, te sigo.

Nos reciben con varios cruces de miradas, de sonrisas espontáneas, de guiños cómplices e incluso de vítores, porque

Andrea es de ese tipo de personas que siempre tiene que decir lo que se le pasa por la cabeza.

—Nosotros nos vamos —confirma Alan sin llegar a sentarse y levantando nuestras manos unidas al aire. Me imagino que para dejar claro que nos vamos juntos y evitar una ronda de preguntas.

Son buenos y nos dicen *adiós*. Supongo que el interrogatorio llegará mañana, por separado.

En el taxi de vuelta a casa vamos más callados de lo habitual. Él, con la mirada perdida en el tráfico de Londres, sin soltarse todavía de mi mano. Yo, apoyada en su hombro, más agotada de lo que me gustaría admitir.

Los engranajes de mi cerebro no han parado de funcionar desde que sentí el último latigazo de ese impresionante orgasmo. Sé que tenemos una conversación pendiente, que antes de todo eso me dijo que estaba enfadado porque no había subido a hablar con él, y sé que puede oler mi miedo a cientos de kilómetros de distancia.

Me sorprende que mande parar al taxista en la calle de atrás y que entremos directamente por el patio. Saco la llave de mi bolso y abro la puerta. Alan pasa tras de mí y cierra; será que prefiere hablar en mi casa.

—No tengo whisky —digo para romper la tensión.

—No quiero beber más, pero sí hablar. —Se descalza en la entrada antes de sentarse en el sofá.

Dejo el abrigo en la habitación, me descalzo y me quito las medias, que están empapadas. Cuando regreso al salón, se está pasando las manos por el pelo, revolviéndoselo.

—Alan, yo... siento haberme comportado como una cría desde el domingo.

—Ele, somos mayorcitos.

—Yo mucho más que tú —bromeo.

—En diciembre cumpliré treinta y seis. Cinco años no es nada —me corrige—. Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier cosa, ¿verdad? Es mucho mejor que ignorarme.

—Yo, no sé... Te vi con Camille y creo que hay algo entre vosotros. Algo que no habéis resuelto. Y yo jamás me metería en medio de una relación.

—Y otra vez prefieres sacar tus propias conclusiones en vez de preguntarme, ¿no?

Me mira, esperando mi respuesta, y con mi silencio creo que le contesto.

—A veces el miedo te empuja a dibujar una realidad paralela, porque prefieres divagar entre tus propios pensamientos antes de que te aplaste la certeza —confieso.

—No te va a aplastar nada, Ele. —Me agarra la cara con las manos y pega su frente a la mía para, un segundo después, probar mis labios con los suyos—. Excepto mi cuerpo cuando me hunda en ti tan fuerte que tu espalda se quede encajada en el colchón.

—Háblame de ella —consigo decir, para no dejar la conversación a medias antes de que haga realidad sus palabras.

Sonríe de medio lado, porque sabe igual que yo que podríamos desnudarnos y estrenar este sofá antes de seguir hablando, pero mejor resolver todas las dudas ahora.

Me cuenta cómo se conocieron, ella, veinte, y él, veinticinco. Atracción a primera vista, solo física, hasta que empezaron a compartir más trabajo, más conversaciones y más cosas. Enseguida vivieron juntos, porque a impulsivos no les ganaba nadie. Emplea palabras como único amor, dependencia, excesos y juventud. Mucho trabajo por todo el mundo, maletas, fiestas, mujeres y hombres. Deduzco que durante algún tiempo estuvieron con otras personas.

—Hemos estado juntos diez años, con algún paréntesis. Hemos crecido juntos y hemos compartido muchas cosas. Algunas demasiado importantes y dolorosas, no todas han sido buenas.

Me muero de ganas de preguntar por esas cosas malas, pero prefiero que sea él quien me las cuente sin tener que interrogarlo, quiero darle su tiempo, como ha hecho él conmigo.

—Ella sigue enamorada de ti —afirmo con rotundidad—. Hasta un ciego se daría cuenta.

—Yo no estoy enamorado de ella. Además, se aferra a un Alan que ya no existe. Camille es muy caprichosa y ahora mismo solo vela por sus propios intereses, que no son los míos.

—¿Y cuáles son tus intereses, Alan? —aprovecho para preguntar, me lo ha puesto en bandeja.

—Solo tengo dos premisas en la vida: divertirme y ser feliz. Vivo el presente, Ele, sin regodearme en el pasado y sin mirar al futuro.

—Vaya, parece que lo tienes muy claro. ¿Y no te importa nada el futuro?

—No. Porque nadie me asegura que llegará, así que no malgasto ni mi tiempo ni mi energía en pensar en algo que puede que nunca suceda. Solo me preocupo del corto plazo. Ya te lo he dicho. Divertirme y ser feliz. Hoy y mañana. Pasado mañana no ha llegado todavía.

—Yo no podría vivir así. Pienso en Lara y en lo que le deparará la vida, en los míos y en mí, en todo lo que está por llegar.

—Claro que puedes, solo tienes que probar. Disfruta de cada día como si fueras a morir mañana y piensa en qué harás al día siguiente para volver a disfrutar más y mejor. A mí, por ejemplo, se me están ocurriendo un millón de cosas que podemos hacer.

La letra de *Como si fueras a morir mañana*, de Leiva, me viene a la cabeza. Sé que me dijo que apenas lo ha escuchado, así que en cuanto pueda se la tengo que poner.

Pasa su pulgar por mis labios cuando se me escapa media sonrisa y, como una idiota, entro en su juego chupándoselo. Jadeamos lento.

Me sorprendo con su filosofía de vida. Seguro que Amelia lo analizaría mejor, pero yo me tomo la licencia de imaginar que quizás ha sufrido un hecho traumático o ha estado al borde de la muerte y por eso no quiere pensar a largo plazo.

—No le des más vueltas —me dice como si se hubiera colado en mis pensamientos.

—No sé, Alan. Ahora mismo estoy un poco descolocada.

—Pues ven y colócate. —Me sube a horcajadas encima de su cuerpo, aprovechando el juego de palabras.

Sus manos se vuelven a colar por debajo de mi vestido y esta vez sin medias de por medio. Siento el bulto de su bragueta pegarse a mis bragas y sus ojos azules mirarme con deseo. No creo que podamos resistir mucho más.

—¿Por qué te gusto? No tengo nada que ver con esas modelos con las que te codeas. Ni con las camareras que te enseñan las tetas, ni

con las miles de tías que babean por ti a diario.

Alan se echa a reír y le golpeo en el brazo. Quiero que me conteste, en serio, porque cada día que estoy con él me asalta la misma duda. Es imposible que alguien como yo le guste. Se aguanta otra carcajada y comienza a hablar.

—Me gustas porque eres jodidamente natural; tu cuerpo, tu boca, tu pelo, tus tetas, ay..., tus tetas. Eres preciosa, sin necesidad de adornarte. Me encantas porque sabes usar las palabras del diccionario y me rebates, siempre. Y porque me encanta ir descubriendo una parte nueva de ti cada día. Como he hecho antes en esa puta escalera. Me vuelves loco, Ele, y hacía mucho que nadie me ponía así.

Su respuesta me deja sin palabras, pero como ha dicho que le encanta que le rebata, me devano los sesos para encontrar la frase adecuada.

—Entonces, creo que lo he entendido: solo te vuelvo loco hoy y lo más probable es que también mañana, ¿verdad?

—Correcto, señorita Molina. Ahora... ¿podemos follar o tienes alguna duda más?

—¿Alguna más? Creo que tengo mil, pero podemos follar antes de resolverlas, señor Scott.

—¿Has dicho follar? —Me pega la palma de la mano en la frente, como si tuviera fiebre—. Otro pedacito desconocido de ti que me la pone durísima. Deja algo para mañana, pequeña.

Y no sé si me dejo algo sin descubrir, porque nuestros cuerpos se convierten en una maraña de sensaciones sobre el sofá, que es el testigo principal de cómo, en ocasiones, las dudas se disipan con el sonido frenético de los gemidos.

30
La visita

Jaime ha alquilado un coche para estar aquí el fin de semana. Dice que hace años que no utiliza el transporte público y que no iba a hacer una excepción; le he advertido sobre las restricciones para circular por determinadas zonas del centro y el tráfico, pero le ha dado igual. Ha ido a buscar a Lara al colegio. Cuando vengan disfrutaremos de nuestro viernes de pizza-peli, como solíamos hacer en Madrid.

Aprovecho este rato a solas para llamar a Úrsula.

—Hola, amiga, ¿qué tal se presenta tu fin de semana? El mío va a ser un auténtico coñazo.

—No sabría decirte. Jaime está aquí, ya lo sabes, y francamente, después de la despedida tan rara que tuvimos, no sé cómo se comportará.

—Bueno, tranquila. Quizás solo fue un arrebato por tu partida y ya ha pasado página.

—Ojalá. Lara está encantada con su visita. Así que espero que lo pasemos bien, por ella.

—A ver, tú lo pasarías mejor entre las sábanas del escocés, eso está claro.

—Ursu, no sé quién soy cuando estoy con él —le confieso muerta de miedo—. ¿Crees que estoy loca?

—No digas tonterías. No es lo mismo que te vuelva loca, que es lo que hace ese rubio con todo su cuerpo, que estarlo. Son cosas muy distintas.

—Es que estando con él me siento diferente. Muy diferente.

—Pues genial, eres la nueva Nora, la que empieza a vivir su vida y disfruta de cada día. ¿No te das cuenta de que hacía muchísimo tiempo que no pensabas en ti? No se te ocurra comerte la cabeza, que te conozco. Te mereces todo lo bueno. Todo. ¿Entendido?

—Está bien. Intentaré disfrutar de cada día y no pensar en nada más.

Le resumo la filosofía de vida de Alan, su postura sobre ignorar el futuro que tanto me ha chocado y su forma de enfrentar los días. Aunque omito algunos detalles, le comento por encima el episodio de la escalera.

—¡Nora! Eso se merece una botella de vino entre pecho y espalda. Tú y yo a solas. Y que te explayes. Me da igual que te mueras de vergüenza. Mi vida sexual ahora mismo es inexistente. Y el porno me aburre. Necesito escuchar la tuya y no escatimes en detalles.

—¡De eso nada, amiga! —declino su oferta—. Todo lo que tenga que ver con Alan me lo guardo para mí.

Mi amiga se descojona al otro lado de la línea.

—Vaya, vaya, vaya... ¡Cómo está el patio! Solo prométeme una cosa, nena. No te enamores, ¿vale?

—Úrsula..., no digas tonterías —respondo, molesta.

—Hablo en serio. Alan es de esa clase de tíos que te proporcionarán muchas alegrías, si sabes a qué atenerte. No te crees falsas esperanzas con él o te romperá el corazón.

—No soy tonta. Ursu. Además, ¿crees que estoy buscando el amor?

—No digo que lo estés buscando, pero ya sabes que el muy jodido a veces te encuentra.

—Está bien, lo tendré en cuenta. Disfruta de tu finde en el pueblo.

—Muy graciosita. Seguro que me lo paso pipa rodeada de pastos y meapilas. Quizás me enrolle con un fornido ovejero y deje la *City* para tener muchos hijos y esperar cada día a que mi marido baje con el rebaño para revolcarnos en el maizal.

Me echo a reír por su planteamiento y ella me acompaña con su risa más loca.

—Te llamo el lunes —me despido.

—Mejor el domingo. No me tengas en ascuas.

Mi hija me manda un mensaje para avisarme de que, según el navegador, llegarán en cinco minutos.

Me calzo, porque ahora yo también he adquirido la costumbre de ir descalza, y me pongo una sudadera encima de la camiseta para salir

a abrir la puerta del patio. Voy a tener que pedirle al casero que instale un timbre.

Justo cuando llego, entra Alan con su moto.

—Buenas tardes, Ele. —Se quita el casco y, sin bajarse de la moto, me atrae hacia su cuerpo. Estampa sus labios en mi boca y me mete la lengua hasta la campanilla. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener el equilibrio.

—Alan —protesto con un sonido gutural indescriptible porque no abandona mi boca.

Su risa al separarse unos centímetros se debe de oír desde la calle.

—¿Me estabas esperando?

—No, guapito de cara. Estoy esperando a mi hija y a mi cuñado. Por cierto, quiero pedirle al casero que instale un timbre ahí.

—Señalo la puerta, que se ha quedado abierta, mientras él se baja de la moto y se pega a mi espalda.

—Y ¿cómo se lo vas a pedir? —susurra en mi oído y se me eriza la piel de todo el cuerpo.

—Por escrito —añado con chulería y me separo de él.

Su contacto me nubla el juicio y deben de estar a punto de llegar.

—Está bien, mañana voy a la ferretería e instalo uno. ¿Alguna petición más, inquilina?

—Ahora que lo dices, no me gustaría que Lara nos viera... así de juntos. —Dibujo la distancia de nuestros cuerpos con mi dedo índice —. Ya sabes... —titubeo—. Hasta que pueda algún día hablar con ella, más adelante.

—Entendido, Ele. Tranquila —responde con tono más serio, y guarda la moto en el cobertizo.

Una cosa es que nuestros amigos sepan que estamos juntos y otra bien distinta es que nos vea mi hija sin antes haber hablado con ella. Además, sabiendo el corto plazo en el que se mueve Alan, no sé si merecerá la pena aclarar mi relación con él, si es que esto realmente tiene ese nombre.

El ruido de un motor me hace ponerme en guardia, como si fuera a pasar un examen, es de lo locos. Lara y Jaime entran por la puerta, sonrientes y con las manos entrelazadas justo cuando Alan sale del cobertizo.

—¡Hola, mami! ¡Hola, Alan! —nos saluda mi hija. Se suelta de la mano de su tío y se acerca a besar a mi casero primero.

—Hola, Nora —me saluda Jaime antes de darme dos besos y un abrazo más largo de lo normal—. Te he echado de menos. —No los veo, pero sé que Alan y él están ahora frente a frente, sosteniéndose la mirada.

Hago las presentaciones cuando mi cuñado me suelta y se dan la mano cordialmente.

—Alan, ¿tú también vienes a la sesión de pizza-peli? —pregunta mi hija con una sonrisa de oreja a oreja.

Miro a Alan y cierro los ojos, creo que ha captado mi sorpresa por la invitación.

—No, hoy tengo una clase con Evan, estará a punto de llegar.

Otro día me uno a vosotras.

—¿Das clases de pintura a Evan? —Me parece notar mucho interés en mi hija al oír el nombre del hijo de Dafne.

—Sí, desde hace años. Cuando quieras subes y te enseño mi estudio.

—Genial, me encantará verlo.

Al escuchar la palabra «estudio» salir de su boca, todos los recuerdos de aquella tarde se arremolinan de pronto debajo de mi vientre.

—*See you* —se despide de nosotros a la altura de la escalera, pero, antes de comenzar a subir, me coge de la mano y desliza sus dedos por los míos con disimulo. Su tacto en mi piel…

Lara acaba de entrar en casa y no nos ve, pero los ojos de Jaime se han clavado en nuestras manos, que se separan cuando tomamos direcciones opuestas.

Mi hija enseña el apartamento a su tío con entusiasmo, mientras él no deja de poner inconvenientes; pequeño, más sótano que vivienda, poca luz, frío..., y así un largo etcétera. Ignoro sus comentarios y meto un par de pizzas en el horno. Ellos son los encargados de escoger la película.

Me cuesta seguir la trama, lo cierto es que pierdo el hilo con facilidad, porque mi mente está en el piso de arriba. En sus manos,

en su boca, en su cuerpo y en todo lo que me provoca. Suspiro aliviada cuando la película termina.

—Mamá, ¿puedo subir a ver el estudio de Alan?

—Lara, es tarde —responde su tío, pese a que a él no le ha preguntado.

—Igual todavía está dando clase. Déjalo para otro día —intervengo.

—Venga, solo unos minutos. Así veo a Evan.

—Está bien, pero no molestes y baja enseguida.

Vaya, no sé si mi hija tiene más interés en ver el estudio de Alan o a su alumno. Cuando se lo cuente a Dafne se partirá de risa.

Me levanto para recoger los restos de la cena y Jaime me ayuda.

—No sé cómo puedes vivir aquí. Seguro que hay sitios mucho mejores para alquilar.

—Vivo aquí porque el alquiler es asequible. Me gusta este barrio y este apartamento. No necesito mil metros cuadrados para ser feliz, Jaime. —Lo miro con inquina. Estoy cansada de callarme las cosas y asentir.

—¿Y en el precio también entra enrollarte con el casero?

—¿Qué estás diciendo?

—Déjalo, Nora. Está claro que cualquiera te vale, excepto yo.

—Jaime, eres el hermano de Fer. Nunca en la vida te he visto ni te veré con otros ojos. Jamás me has insinuado nada hasta que Lara se vino aquí. No lo entiendo, la verdad.

—¿Qué querías que te dijera, Nora? He estado dos años viendo cómo llorabas por las esquinas por mi hermano y, en fin..., lo dejaré ahí. Te he apoyado cada día. He estado ahí para ti y para Lara, sin descanso. Y, sin querer, me he enamorado de ti, pero he sido un cobarde hasta que has decidido marcharte. Y ahora ni me ves ni me miras. Estoy seguro de que, si me dieras una oportunidad, seríamos muy felices los tres.

Sus palabras caen sobre mí como un jarro de agua fría. ¿Enamorado de mí? ¿Desde cuándo? ¿Felices los tres? ¿De qué coño está hablando?

—Jaime, yo... —No sé qué decir—. Yo no quiero estar con nadie ahora mismo. No estoy preparada para tener una relación. Solo

quiero volver a coger las riendas de mi vida y cuidar de Lara.

—Vale, Nora. No hace falta que te andes con rodeos, soy mayorcito. No quieres tener una relación conmigo, eso me ha quedado claro, pero sí que la tienes con ese tío, así que deja de mentirme y de mentirte.

—No tengo por qué darte explicaciones, Jaime —respondo con determinación—. Y de verdad, siento que hayas confundido nuestra amistad con algo más.

—Ese es el problema, que yo no estoy confundido. Estoy colado por ti, pero ante todo somos familia, eso no lo puedes borrar, aunque te gustaría. Así que no te preocupes, lo solucionaré.

No creí que nuestro primer día juntos, después de tanto tiempo, fuera a terminar con una confesión semejante y encima discutiendo.

—Mamá, la casa de Alan es increíble y el estudio me encanta —nos interrumpe mi hija, llena de entusiasmo al entrar otra vez en casa.

—Es tarde, Lara, deberíamos irnos.

Le he prometido que dormiría con su tío todo el fin de semana en el hotel. Sé que necesitan pasar un tiempo juntos, así que me despido de ellos hasta mañana.

—Mami, mañana quiero desayunar en el Café Havana, así que a las once te esperamos allí, ¿vale?

—Perfecto —respondo, dándole un abrazo y un beso.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Al cerrar la puerta, me quedo con una sensación agridulce en el cuerpo. Me alegro de que se haya sincerado respecto a sus sentimientos, de este modo sabré a qué atenerme con él, pero, por otra parte, me habría gustado que me lo hubiera dicho mucho antes. Así podría haberle dejado claro que no siento lo mismo, ni nada parecido.

Cojo mi móvil y marco. Me da absolutamente igual si pillo a Úrsula con el de las ovejas o con el de las cabras, pero necesito contárselo, sin esperar al domingo.

31
Amigos

Abro la puerta del Café Havana y lo primero que veo es a Dafne moviendo las caderas al ritmo de *Señorita*, de Camila Cabello y Shawn Mendes. Lleva el son de Cuba en las venas, porque si me muevo yo la mitad de lo que se mueve ella, tendrían que ponerme una prótesis. Me encanta la felicidad que desprende tan temprano.

Sonrío y me acerco a la barra. Gio la mira desde el marco de la puerta de la cocina como si fuera la guinda del pastel y su imagen, juntos, viene a mi mente.

—Buenos días, amiga. Menudo ritmo de sábado, ¿no?

—Buenos días, Nora. Es que me encanta esta canción, ¿a ti no?

—Sí, claro. Por cierto, dile a Romeo que, si te sigue mirando así, todo el mundo se dará cuenta.

—¡Calla! —me riñe, pero solo hay un par de chicas en una mesa desayunando, nadie ha podido oírme—. No sé cómo decírselo, pero esto se tiene que acabar.

Me río. La teoría la tiene bastante clara, sin embargo, la práctica...

Antes de elegir una mesa entran Jaime y mi hija con la sonrisa en los labios. Dafne sale para darle dos besos a Lara y le presento a mi cuñado.

—Me encanta esta canción —afirma mi hija. Dafne y yo nos miramos cómplices mientras la canturrea con un brillo especial en los ojos. Jaime la mira serio y después a mí. Creo que se está dando cuenta de que Lara empieza a crecer, aunque nosotros siempre la veamos como una niña.

Pedimos los cafés y Dafne se encarga de elegir el dulce, como siempre. Jaime parece más relajado. Estar con su sobrina siempre le ha encantado y espero que su relación con ella no cambie, a pesar de lo que me ha confesado. Lara me cuenta cómo es la suite en la que han dormido y el baño que se ha dado esta mañana en su inmensa bañera.

—Bizcocho de plátano y pepitas de chocolate para ti, porque consumes mucha energía, amiga. —Aguanto la risa como puedo cuando lo deja sobre la mesa.

—Espero que tú hayas desayunado lo mismo —contraataco, ante la mirada de mi cuñado, que no entiende de qué hablamos.

—*Cookies* de avena y chocolate para mi niña soñadora.

—Y para ti, tarta de chocolate belga y frambuesas, indicada para el mal de amores —suelta, posando un plato con el desayuno delante de Jaime.

Escupo el trago de café para no ahogarme y me levanto tosiendo. Sin pretenderlo, me convierto en el centro de atención de todos los clientes, que ahora son más numerosos que antes.

—¿Estás bien? —se interesa Dafne.

—Sí, sí. Tranquila. Se me ha ido por mal sitio.

—¿Tan amigas sois que ya se lo has contado? —inquiere Jaime, bastante molesto, en un momento de distracción de Lara.

—No le he contado nada.

—Vaya, qué completita entonces: camarera y pitonisa —masculla.

No me gusta nada el tono que emplea.

—Es la dueña del café y, además, nieta de santera. Puede decirse que tiene un sexto sentido, no es necesario que le bajes tanto el rango.

Jaime levanta la mano a modo de disculpa y yo vuelvo a meter la nariz en mi solo doble.

El resto del desayuno dejamos que Lara lleve el peso de la conversación hasta que Evan entra por la puerta.

El hijo de Dafne trae cara de pocos amigos y viene acompañado por un señor muy trajeado, rubio y alto, que lo llama un par de veces mientras él lo ignora y pasa de largo hasta la última mesa, sin volverse ni para saludar a su madre. Mi hija coge su batido, se disculpa con nosotros, y va a sentarse con él. En cuanto está a su lado, le dice algo al oído y le arranca una tímida sonrisa.

Me fijo en la conversación que mantiene el del traje con Dafne. Ahora que lo veo mejor, creo que es el padre de Evan, aunque su hijo se parezca mucho más a su madre. No discuten, pero sí se percibe cierta tensión.

—Lara y ese niño... —dice Jaime, mirándolos—. No me gusta que ya esté pensando en esas cosas, Nora.

Sonrío, me parece tierno su comentario y me gusta que se preocupe por ella. Fer se cuela en mi cabeza sin poder evitarlo y me imagino que más o menos hubiera dicho lo mismo, Lara lo era todo para él.

—Está creciendo, Jaime. Solo necesita que estemos a su lado. —Soy sincera, porque pienso que nos necesita a los dos. Jaime no es su padre, pero sé que es la figura paterna de Lara desde la muerte de Fer.

—Lo sé, pero no quiero imaginarlo todavía. Respecto a lo que te dije ayer, será mejor que lo dejemos de momento, ¿vale? No tenía que haberte dicho nada.

—Jaime, yo...

—Nora, por favor. Vamos a disfrutar con Lara del fin de semana y dejemos lo demás aparcado.

¿Aparcado? Para mí eso significa pendiente, y creo que fui suficientemente clara con él ayer, pero no me apetece discutir otra vez y menos aquí, así que asiento con la cabeza y disimulo mi malestar.

La puerta se abre y el sonido conocido de unas carcajadas me hace levantar la vista hacia la entrada.

Alan trae a Becca a caballito y Andrea a Camille. Ambos las depositan en la barra, de espaldas, con el culo al lado de las tartas. Ellas chocan la mano en el aire y ellos sus pechos, como dos compañeros de equipo de baloncesto. Dafne les tiene que llamar la atención, porque todo el café los está mirando. El que creo que es su ex se marcha y Gio, junto a la máquina de café, se pone como un flan al ver a su hermano y tener a la cubana tan cerca. Una pareja de policías uniformados entra un segundo después y los llaman al orden, vacilándoles. Robert es uno de ellos.

Cuando Alan levanta la cabeza en busca de sitio, me pilla mirándolo y sonríe. Da la casualidad de que la única mesa que queda libre es la que está al lado de la nuestra. Becca también me ve y viene a saludarme con el resto. Les presento a Jaime y noto cómo se muestra distante al devolverles el saludo.

—Aquí no cabemos todos —espeta Camille cuando me ve.

—Si a Nora y a Jaime no les importa, puedo juntar las mesas para que entréis todos.

Miro a Jaime y me hace un gesto con la cabeza que traduzco como un «adelante».

Alan se sienta enfrente de mí, igual que en Camden, solo que en esta ocasión está a su lado Becca, que no para de tocarlo y revolverle el pelo cada vez que Andrea y él se enfrascan en alguna absurda discusión. Camille se ha sentado junto a Jaime, que solo observa.

Robert y su compañero son los únicos que se quedan en la barra, porque solo piden un té con una magdalena para llevar y siguen con su turno.

Nos preguntan por los planes del fin de semana y Jaime abre la boca para contarles que hoy tenemos una reserva para comer en uno de los mejores restaurantes de Londres, con muchas estrellas Michelin. Yo no tenía ni idea, así que me limito a escuchar. Camille entonces le presta más atención que hace un rato, le pregunta cómo lo ha conseguido, ya que ella está en lista de espera desde hace meses.

—Buenos contactos —responde él.

Si algo caracteriza a su familia, es su infinita red de contactos, de la que yo siempre he intentado huir.

—Yo tengo que meterme en el estudio y no podré salir hasta el lunes. Todo por culpa de este liante. —Alan señala a su amigo—. ¡A ver de dónde saco la inspiración!

No quiero levantar la cabeza de mi taza ya vacía, porque sé que unos ojos azules están esperando cruzarse con los míos. Él, su estudio y yo, qué bonita combinación para quemar las horas del fin de semana. Lástima que este no podrá ser.

—Yo voy a llevar a Gio a casa de Linda, la galerista, que hoy da una megafiesta en su ático. Habrá mujeres y alcohol. Tiene que divertirse un poco el chaval, ¿no?, que está todo el día aquí metido.

Esa última frase la pronuncia cuando llega Dafne con la bandeja del desayuno. Se tambalea un poco antes de depositarla en la mesa,

pero es una profesional y termina por enderezarla en el último segundo.

Becca dice que ha quedado con Margot para ir al cine y todos aplauden, como si por fin se hubiera decidido a dar un paso más. Alan la abraza y le besa la mejilla, mientras ella levanta las manos para trasmitirles calma.

—Es solo una película, idiotas. Además, podéis venir con nosotras si queréis.

Al final acabamos hablando de lo buenísimos que están todos los dulces que prepara Dafne, incluido mi cuñado, que reconoce que la elección de la tarta ha sido un acierto. Ella hace una reverencia a modo de agradecimiento, y nos asegura que no hay descuento por el peloteo.

—¿Y qué pasa con esos dos? —me pregunta, señalando con la cabeza la mesa donde están los niños.

—Tengo los labios sellados —interviene Alan.

Dafne y yo lo miramos con cara de sorpresa y se empieza a reír.

—Ayer estuvieron en mi estudio, juntos. Sé cosas... —deja caer, haciéndose el interesante—. Pero son mis colegas y soy muy fiel a mis colegas. Las madres sois vosotras.

—¡Alan! —protesta Dafne—. Espero que no empieces a inculcarles esas teorías locas tuyas de que solo hay que vivir el presente a todo trapo y todo lo demásEl aludido levanta las dos manos en señal de disculpa y todos emiten un joder en inglés, dando a entender que seguro que ya les ha hablado de su filosofía. Él solo se parte de risa otra vez. Una risa limpia y sincera, que me encanta. Al final va a ser verdad que es un tío feliz.

—¿Y tú qué piensas de todo eso, Nora? —me pregunta Andrea, intentando que también me meta con su amigo.

—Ya conozco su teoría —respondo con una sonrisa que no he podido contener y con la mirada puesta en Alan, que me guiña el ojo al escuchar mi respuesta.

—Y un poco la práctica... —susurra Andrea a su amigo, y juro que la cara que le ha puesto Alan es de asesino en serie.

La complicidad entre nosotros cada vez es más palpable y me siento cómoda con ello; sin embargo, no se me olvida que mi

cuñado, que me confesó ayer que está enamorado de mí, está a mi lado. Y que mi hija, que no tiene ni idea de nada de esto, está a unos pasos también. Tampoco puedo pasar por alto la mirada reprobatoria de su ex.

Parece que estoy pisando un terreno resbaladizo con el calzado equivocado.

—¡Vaya, vaya con el escocés! Al final montará una secta y nos hará a todos adeptos —añade Becca, dándole un codazo.

Las carcajadas de todos, menos de Camille y Jaime, retumban por el local.

Me gusta mucho este desayuno de sábado. Me gusta que mi hija esté cerca y feliz, sacándole una sonrisa a Evan. Me gusta que los chicos se hayan sentado con nosotros, que me incluyan en sus propuestas Y me gusta que me traten como si ya perteneciera a su círculo de amigos.

32
Nada que ver

El domingo está llegando a su fin y, con él, el fin de semana y la visita de Jaime, que me trae de vuelta a casa después de dejar a Lara en el colegio. Preferiría haber venido sola en el metro, desconectar un poco de todo y despejarme después de unos días intensos, pero ha insistido tanto que me daba apuro decirle que ya podía marcharse al aeropuerto.

Ayer salimos del Café Havana con el tiempo justo para llegar a ese restaurante *supercool* en el que nos sirvieron mil platos diminutos. No voy a decir que no me haya gustado, creo que es una experiencia agradable para todos los sentidos, pero tampoco es que me parezca algo que no te deberías perder en esta vida. Lo mejor de todo fue escuchar a Lara mencionar lo buenísimos que estaban los tacos de Camden, una y otra vez, como un lorito, para decepción de su tío, claro.

Después, paseo y compras. Yo no estaba muy de acuerdo con el plan, pero Lara veía a su tío tan entusiasmado con consentirla un poco que se dejó llevar. Al final, casi se lleva ropa para renovar el vestuario de este invierno y de los dos siguientes.

Cuando me dejaron en casa ya era bastante tarde. Estuve tentada de subir a ver a Alan, pero recordé que iba a estar pintando en su estudio, así que me fui directamente a dormir y preferí no molestarlo.

Hoy nos hemos tomado el día con más calma. Hemos dado un paseo relajado por Hyde Park, las temperaturas cada vez son más frías, pero todavía se soportan. Y hemos hecho un poco de turismo para acabar comiendo el típico *fish and chips* en un sitio famoso del

Soho. Creo que a Lara le ha gustado mucho más que las burbujas carbónicas de lenguado a las finas hierbas de ayer.

Jaime no ha vuelto a mencionar el tema de su enamoramiento, cosa que agradezco, pero sí he notado que, en cada conversación,

por trivial que sea, muestra su intención, sobre todo refiriéndose a lo bien que estamos los tres juntos. Es como si siempre dejara algún tipo de puerta abierta, contemplando la posibilidad de algo más. Ha sido raro y estresante, porque a mi hija le encanta vernos juntos y creo que él ha intentado jugar con eso. Ha sido una suerte que las hormonas de Lara estén ahora mismo en plena ebullición y no haya prestado mucha atención a las cuñas —podrían considerarse de publicidad subliminal— que mete su tío cada tres palabras.

—Hemos llegado.

Apaga el motor delante de la puerta del patio.

—Nora, me ha gustado mucho volver a estar juntos.

—Lo sé —afirmo con buena intención. No quiero que lo que me ha contado se interponga en nuestra relación—. Creo que Lara ha disfrutado mucho.

Saco la llave del bolso y me acerco para darle dos besos y decirle adiós. Con un movimiento que no me espero, el segundo beso lo deposita en la comisura de mi boca, con más intención de la que le gustaría admitir, muy cerca de mis labios, lo que provoca que abra la puerta con prisa para salir.

—¡Nora!

—Adiós, Jaime. Que tengas buen viaje, ya hablaremos.

—Espera —me dice antes de cerrar la puerta—. No me gusta ese tío para ti. Solo eres una más de su larga lista, ¿no te das cuenta? Además, no tenéis nada que ver. Nada.

—Exacto, tú lo has dicho, nada. Y eso es lo más interesante.

Cierro la puerta sin decir ni una palabra más y avanzo con la decepción dibujada en la cara.

Ese «nada» me martillea la cabeza y se mezcla con el «no te enamores» de Úrsula y con el «vive hoy como si fueras a morir mañana» de Alan. Con toda esa amalgama de sentimientos, decido entrar en mi casa y desconectar. Tengo el cuerpo entumecido por el frío o por esa sensación extraña que soy incapaz de describir. Es como si mi mente y mi cuerpo tiraran de mí por rutas opuestas; por supuesto, el corazón todavía no ha entrado en juego, y me asusta pensar qué pasará cuando quizás lo haga.

Me quito el abrigo y las otras capas de ropa que llevo encima, la última la de la desazón, que no sé si me la ha puesto Jaime con su casi beso o mi cerebro con su cortocircuito. Abro el grifo de la ducha y me meto debajo del chorro de agua cuando está hirviendo; tal vez si me escaldo, desaparezca.

Gel, esponja y agua, así durante tantos minutos que me parecen horas. No pienso, no quiero pensar.

La condensación, el vapor y la temperatura me bajan la tensión en segundos y me tambaleo un poco al poner un pie en la alfombrilla para secarme.

«Nada que ver». Alan y yo no tenemos «nada que ver», lo sé.

No necesito que nadie me abra los ojos porque, aunque parezca que él me nubla la vista, lo veo, pero también lo miro y lo siento. Esa particularidad precisamente, como le he dicho antes a mi cuñado con una afirmación tan rotunda, lo convierte en la cosa más interesante que he hecho en años. Bueno, para no engañarme, puede que sea la más interesante de toda mi vida.

Nora. Nora independiente. Nora fuera de su caparazón. Nora alejada de ese círculo que no trazó. Nora, despierta, viva y libre.

Me seco el pelo para no coger una pulmonía y sonrío cuando me veo en el espejo. A pesar de la comedura de tarro, que espero que sea normal en mi caso, y no algo extraordinario que necesite tratar con Amelia, puesto que, no os voy a mentir, desde que me mudé aquí no la he echado ni un poquito de menos, me gusta la imagen que me devuelve el espejo. A pesar de las diferencias y de las dudas infinitas.

Vuelvo a mi habitación y me pongo un conjunto de ropa interior negro y blanco, sin puntillas ni encaje, más cómodo que sexi, y, por supuesto, la camiseta de U2 de Alan, que ya ha pasado a formar parte de mis pertenencias. Me calzo mis Vans negras, sin calcetines, y ya en la entrada, me echo por encima el abrigo de paño que me quité antes, sin meter las mangas por los brazos, a modo de capa.

Cierro la puerta y subo las escaleras de dos en dos. El frío cristal me amorata los nudillos cuando golpeo la tercera vez sin obtener respuesta. Lo intento una última, antes de morir congelada, y vislumbro la silueta de Alan acercarse a la puerta.

Antes de abrir me sonríe de medio lado con los ojos más transparentes que nunca. Tiene el pelo mojado y le cae por la frente, quitándole años, aunque no lo necesite. Las gotas todavía salpican su pecho y su abdomen, una toalla negra es la única prenda que luce, anudada en la cadera sin mucha precisión, permitiéndome ver esa estratégica uve de la que no puede alardear cualquiera.

Me descalzo sin agacharme. Ni tan siquiera me suelto los cordones, utilizo mis propios pies, como hacen los niños cuando tienen prisa. En cuanto me abre la puerta y paso a su salón, me deshago del abrigo, tirándolo encima de una silla, sin cuidado.

—Buenas noches, Ele. —Me hace un repaso de arriba abajo.

—Buenas noches, Alan. —Le devuelvo el repaso.

Las risas brotan de nuestros labios sin contención.

Suena *Girls Just Want to Have Fun* en una versión de Russian Red, y Alan tira de mi cuerpo para envolverme con sus brazos y estampar su boca contra la mía.

—Voy a empezar a pensar que siempre que entro por esa puerta me estás esperando con la canción adecuada.

—Y yo voy a empezar a pensar que has pirateado mi Spotify.

Sus manos se pasean por toda la piel que tengo desnuda y las mías imitan a las suyas, precipitadas y ansiosas. Creo que en un abrir y cerrar de ojos se junta el hambre con las ganas de comer.

Adiós, camiseta. Adiós, toalla. Adiós, ropa interior. Hola, alfombra.

Definitivamente, todo lo que hago a partir de ese momento no tiene «nada que ver» con lo que había hecho antes, «nada que ver».

33
Su hábitat

Alan está casi desnudo. Bueno, se ha puesto un bóxer negro de Armani que le cubre sus partes nobles, como decía mi abuela Eleonora. Está sentado en el banco de su vestidor desde hace más de diez minutos. Recién duchado, con el pelo más despeinado de lo habitual, incapaz de dejar de pasar sus dedos por él y con la mirada perdida entre las perchas, intentando encontrar el *outfit* perfecto para la inauguración de la exposición, que tendrá lugar dentro de una hora más o menos.

Me río, porque es la primera vez que tengo delante a un hombre mientras le da vueltas a la elección de un traje. Para que luego digan que somos las mujeres las que tardamos horas en decidirnos.

—Descojonándote no me ayudas, Ele —me dice entre incrédulo y ofendido.

—Está bien, te dejo solo. Me bajo a casa a vestirme.

Me lanza un beso desde su posición y le guiño un ojo apoyada en el marco de la puerta antes de marcharme.

Me da pánico salir de esta burbuja en la que hemos vivido las últimas semanas; pequeña, acogedora, íntima y llena de matices, en la que solo hemos existido él y yo, y que nos ha protegido de cuestiones ajenas por todos los rincones de esta casa.

Noviembre nos ha alcanzado y con él sus noches frías, húmedas y largas, dejando paso a cenas improvisadas. Unas veces en la isla de su cocina, a cuatro manos siempre, con copas de vino y latas de cerveza. Otras, en su estudio, en el sofá marrón que ya tiene el molde de nuestros cuerpos, con pizzas o tortillas. Sin obviar esas tardes interminables de música, alternando grandes éxitos de las últimas décadas, con las *playlists* más personalizadas o el radar de novedades de Spotify, que nos ha permitido descubrir nuevos grupos y artistas.

Muchas horas en posición horizontal en la alfombra, delante de su chimenea, que, por cierto, se ha convertido en mi rincón favorito de *Alan´s House*. Uno encima del otro o ambos mirando al techo, pero siempre conectados.

Hemos mantenido conversaciones sobre tantos temas que sería imposible enumerarlos todos; la familia, la infancia, los viajes, los trabajos, el amor, la vida. He descubierto que Alan fue un niño rebelde, que tenía mucho más carácter que ahora y que cuando sus padres se separaron dejó de creer en el concepto universal de familia feliz y se convirtió en un alma libre. Yo no necesité confirmarle que siempre fui una niña buena, entre carcajadas me aseguró que jamás hubiera creído lo contrario.

Sabe que me encanta el olor a tierra mojada y que, a pesar de llevar más años en la ciudad que en el pueblo, una parte de mí siempre late entre montañas, donde quizás un día me retire solo para escribir.

Alan ha viajado a cientos de destinos, pero siempre ha considerado Londres su hogar. No por la ciudad, que reconoce que no es de las más bonitas, pero sí por su círculo de amigos, que se ha convertido en esa familia que uno elige.

Hemos hablado de ese amor adolescente, de la primera vez que el estómago te da un vuelco y de cómo lo afrontas de manera completamente distinta dependiendo de la edad. Reconoce que solo se ha enamorado una vez, igual que yo. No nos ha hecho falta pronunciar sus nombres.

Hablar con él es fácil. Nos escuchamos, nos peleamos —dialécticamente— y nos entendemos la mayor parte de las veces, como cuando mencionamos lo que cedes sin darte cuenta cuando estás metido de lleno en una relación. Nos hemos prometido no volver a ser condescendientes, nunca; aunque aún no hayamos sido capaces de etiquetar lo nuestro, nos ha bastado con dejar clara la intención.

He procurado bajar a mi casa a dormir, a pesar de sus protestas. Y obligarle a él a irse a la suya antes de que amaneciera. Supongo que todavía no estoy preparada para dormir a su lado y despertarme junto a él.

Mi elección es sencilla: pitillo negro a la altura del tobillo y una blusa de seda del mismo color, dejando entrever el encaje del sujetador a la altura del pecho.

Me paso el secador con energía, para despeinarme y dar más volumen a mi melena. Maquillaje suave, raya negra y rímel azul, el que me recomendó mi hija la pasada Nochevieja, para dar visibilidad a mis espesas pestañas. Para los labios elijo el rojo, que hace juego con los zapatos de salón que me calzo.

Unos nudillos golpean el cristal y salgo en busca de Alan. Lleva puesto un abrigo de paño gris marengo, de doble botonadura, que se ajusta como un guante a su cuerpo, atado hasta el cuello. Distingo parte de su pantalón, azul marino con cuadros grises muy pequeños. Zapatos negros, tan brillantes que parece que los estrena hoy. El pelo, peinado hacia atrás, gracias a los dos kilos de gomina que se debe de haber echado; dominar esos rizos es prácticamente imposible. La sonrisa siempre viaja con él.

No sé cómo te he podido describir su aspecto, porque su imagen me acaba de dejar el cerebro en blanco. Está muy guapo. Apuesto a que cuando se quite el abrigo, mi reacción será mucho peor.

Nos hacemos un repasito rápido los dos cuando abro la puerta y una risa floja brota de nuestros labios.

—Estás guapísima, Ele. —Me da un beso en la mejilla para no llevarse todo el carmín de mis labios.

—Lo tenía fácil después de haberme pasado tantos días con tu camiseta —bromeo, aunque su piropo me ha gustado.

Que conste que me he vestido, aunque haya sonado como que no. Por las mañanas hemos estado inmersos en nuestras rutinas. Él con sus clases y yo escribiendo; además de mi columna semanal, ya llevo completadas dos historias de amor y superación de mujeres, de eso va a tratar mi primer libro. Primero quiero terminarlo y después ya veré la manera de publicarlo. He decidido que mezclaré historias salidas de mi imaginación con otras reales, como la de Dafne, que está encantada de contarme cómo abandonó su país siendo casi una niña, embarazada y sola.

El taxi nos deja en la galería en menos de media hora. La puerta está iluminada con un par de focos de luz azulada y más bien tiene

aspecto de club nocturno.

Alan me abre la puerta y me da otro pequeño beso en la mejilla antes de ponerme la mano en la espalda para indicarme que pase delante de él.

Andrea está detrás de un pequeño mostrador, hablando con la galerista y un par de chicas uniformadas, que nos piden los abrigos para colgarlos en unos percheros en la entrada.

Definitivamente, Alan está increíble. No se ha puesto traje. Ha escogido una camisa blanca, bastante entallada, que lleva por dentro de ese pantalón de cuadritos que le queda tan bien. Como complemento un cinturón negro a juego con los zapatos. Elegante y casual, desprendiendo ese aire de modelo que siempre lo acompaña.

Hay mucha gente. En un abrir y cerrar de ojos Alan desaparece de mi vista, arrastrado por su amigo. Me siento como un pececillo fuera del agua; busco a las chicas o a Robert, que nos dijo que hoy sí vendría, pero quizás todavía no hayan llegado.

Avanzo despacio por la galería, observo a todas las mujeres que hay; casi todas rodean a Alan, le dan besos, se le cuelgan del brazo, lo toquetean y le sonríen. Rubias, morenas, pelirrojas

—¿Nora? —me llama Robert.

—Hola. ¿Las chicas?

—Vienen ahora con Gio.

Robert intenta saludar a sus amigos desde la distancia, haciendo el gesto con la mano, porque acercarse ahora a ellos es imposible. Coge dos copas de vino a un camarero que pasa con una bandeja y me entrega una. Brindamos por ellos y por su éxito.

Unos minutos más tarde llegan las chicas con Gio, incluida Camille; lleva puesto un vestido de lentejuelas con mucho escote y muy corto, que atrae todas las miradas. Está deslumbrante. Ella nos saluda con prisa y se hace hueco entre la multitud mientras besa a todos. Sin duda alguna es su círculo. Dafne ha escogido un vestido crudo, ceñido, que resalta aún más el color de su piel y se ha recogido el pelo solo por un lado. Está muy guapa. Becca ha optado por un vestido largo negro, sencillo. Y Gio, al que casi no reconozco vestido así, se ha puesto un traje azul marino con camisa blanca y corbata, le da un aire más maduro, pero no lo suficiente para mi

amiga, que todos los días me repite que no puede ser, aunque sigue siendo.

—Estás muy guapa —le digo al oído a Dafne cuando me doy cuenta de que Gio no para de mirarla.

—Tú también, amiga. Noviembre te sienta bien.

Guiadas por Robert, comenzamos a recorrer el local, que es enorme. Andrea y Alan han conseguido llenar dos de sus cuatro salas con sus fotos y cuadros. Me encanta el contraste de color. Todas las fotografías del italiano son en blanco y negro y, en contraposición, los lienzos llenos de colores vivos de mi casero.

Robert, que está más acostumbrado a salir con ellos, nos cuenta quién es quién cuando nos cruzamos con algunos conocidos; un par de marchantes de arte, galeristas, muchísimos modelos, compañeros fotógrafos de Andrea y el dueño de una de las agencias de publicidad más importantes de Londres.

Nos tomamos otra copa más y conseguimos hacernos una foto con los anfitriones, delante de un panel que han hecho uniendo sus trabajos como si fuera un collage. Es la obra más alternativa de todas. Trozos de fotografías de caras de mujer en gris, incrustados sobre una pintura al óleo en tonos naranjas y rojos. No hay nadie que pase por aquí y no se detenga.

—¿Te gusta? —me pregunta Alan al oído. Un escalofrío me recorre la espina dorsal al sentir su aliento en mi piel.

—Me encanta.

—Cuando se vayan todos hay una fiesta más... íntima —me informa.

Le voy a contestar, pero una voz estridente lo llama. Una chica morena y muy alta lo arrastra del brazo hablando en un inglés muy fluido que no llego a entender. Él me guiña un ojo mientras se aleja. Cuando llegan hasta donde está Camille se abrazan los tres.

Los minutos pasan y termino otra copa. Dafne me comenta que se marcha, porque mañana madruga. Becca conversa con varios alumnos que también han venido a ver la exposición. Gio se ha pegado a su hermano y ahora se mueve entre las chicas como uno más, debido a que su jefa-amante ha decidido ignorarlo.

Acompaño a mi amiga a la puerta y me despido hasta mañana. Dudo, porque me gustaría coger mi abrigo y marcharme con ella. Alan está en su hábitat y soy plenamente consciente de que no es el mío.

Regreso e intento encontrarlo, aunque solo sea para decirle que me voy a casa, pero pese a que hay menos gente, no lo encuentro.

Las luces se vuelven más tenues y veo que la gente se dirige a la última sala, donde empieza a sonar la música. Avanzo hasta allí y veo una barra pequeña con más bebidas, dos camareras sin mucha ropa, un chico pinchando detrás de un ordenador y a Alan sentado en un sillón, al fondo. Camille está apoyada en su hombro y la morena que lo secuestró antes está sentada en su regazo; él sostiene una copa de lo que parece whisky y sonríe sin cesar.

La fuerza de su sonrisa es directamente proporcional al pinchazo que siento en el estómago. Hormigueo. Dudas. Ardor. Realidad.

Salgo de su campo de visión y me dirijo al baño. Unos minutos a solas quizás me tranquilicen. Cuando estoy lavándome las manos, entra Camille.

—Pensé que ya te habías marchado —suelta con una sonrisa de lo más falsa en los labios.

—No, todavía sigo aquí.

—Es el día de Alan y está rodeado de su gente. Tranquila, no te va a echar de menos.

Salgo sin decir un triste adiós. Si pretendía hacerme daño, lo ha conseguido. Giro hacia la puerta, con tan mala suerte que me choco con Robert, que viene con el móvil en la mano.

—Nora, ¿estás bien? No tienes buena cara.

—Sí. Solo voy a tomar un poco el aire —miento. Lo que hago es ir directa a por mi abrigo y salir a la calle. A respirar y a pedir un taxi.

El fenómeno Rosalía es tan universal que el taxista me recoge con *Pienso en tu mirá*, subtitulada como *Capítulo 3: Celos,* sonando por los altavoces. La letra de la cantante catalana me retumba en los oídos.

«¿Celos, Nora?». Imposible.

34
Miedo a perder

ALAN

Estoy esperando a que se haga mi té con una mano posada en la encimera y la otra sujetándome la cabeza, pero ni por esas consigo detener el martillo percutor que me taladra desde que me he despertado.

¡Menuda resaca de mierda!

La exposición fue todo un éxito, casi del mismo calibre que la fiesta posterior.

Si no recuerdo mal, cuando terminé el quinto vaso de whisky, Linda nos comunicó a mi amigo y a mí que se había vendido todo y que el collage tenía tantos compradores interesados que ha decidido hacer una subasta la semana que viene y que se lo lleve el mejor postor.

Antes de ese momento, cuando la fiesta se hizo más íntima, Lola y Camille me secuestraron para recordar los viejos tiempos. La morena fue nuestra compañera de profesión y de apartamento en Nueva York. Una época de lo más loca y divertida; éramos jóvenes y nuestro único objetivo era disfrutar de cada minuto del día, sin límites. Hacía muchísimo tiempo que no la veía, por lo que me hizo especial ilusión reencontrarme con ella.

Cuando me levanté del sofá en busca de Ele, a la que hacía tiempo que no veía, no había ni rastro de ella. Me acerqué hasta la otra sala, donde todavía quedaban algunas personas rezagadas, pero nada. Pregunté a Becca, que hablaba con un par de alumnos, pero tampoco tuve suerte. Ni Andrea, ni Gio, nadie la había visto hacía rato. Me empecé a preocupar y salí a la calle, allí me encontré con Robert, en actitud bastante cariñosa con una de las azafatas. Fue él quien me confirmó que la había visto salir a la calle de manera acelerada hacía más de una hora.

La llamé y, después de unos cuantos tonos, saltó el buzón de voz. Lo intenté un par de veces más, sin respuesta. Así que, como no

daba señales de vida, le mandé un mensaje, esperando que al menos me dijera si estaba bien.

Yo:
¿Dónde estás? No te encuentro.

Después de lo que me pareció una eternidad, durante la cual solo aparecía la palabra «Escribiendo...», recibí su respuesta.

ELE:
En casa. Disfruta de la noche.

Lo leí un par de veces porque no entendía nada. ¿Qué coño significaba eso? ¿Estaba bien? ¿Estaba enferma? ¿Se había ido porque no quería estar allí? ¿Se había ido por mi culpa?

Un pensamiento fugaz atravesó mi mente, pero lo deseché.

Eran más de las dos de la madrugada y no podía abandonar mi propia fiesta e ir a hablar con ella, cara a cara; sin embargo, necesitaba saber si estaba bien.

Yo:
Dime al menos si estás bien.

Y ahí estaba, una respuesta cortante y escueta.

ELE*:*
Estoy bien.

Sin tiempo para analizar por qué se había ido sin despedirse de mí, aunque haciéndome una ligera idea, Andrea me devolvió a la realidad a golpe de abrazo. Me arrastró dentro de la galería otra vez y bebió conmigo como si no hubiera un mañana.

Pero sí lo había, ese puñetero mañana es hoy y me encuentro hecho una mierda y no solo físicamente.

Me sirvo el té y me llevo la taza conmigo. Del perchero del salón cojo una sudadera de algodón, que me pongo encima, porque llevo solo el pantalón del pijama y, aunque parezca que me ha pasado un camión por encima, bajo las escaleras para hablar con ella.

Sale de casa justo en ese momento, cuando estoy pisando el último escalón. Ella también lleva una taza en las manos, con café,

me imagino, y una manta gris echada sobre los hombros.

—Buenos días.

—¡Dios! —chilla con salto incluido—. Cualquier día me matas de un susto apareciendo así por las escaleras.

—Lo siento, no era mi intención.

Se hace un silencio, de los incómodos. Ella se sienta en el banco de madera, con las piernas cruzadas encima y la manta como abrigo. Ignoro que no me mira a la cara y me siento a su lado.

—¿Por qué te fuiste ayer?

—Será mejor que me tome el café antes de responderte.

Doy un trago largo a mi té y disfruto su sabor antes de continuar.

—Ele... —protesto—. Cuéntamelo para que lo entienda, porque he estado comiéndome la puta cabeza toda la noche y necesito una respuesta.

—Escocés, ¿aquí no se desayuna? —grita Lola desde la terraza de mi habitación.

Ele y yo miramos hacia arriba, a la vez. Sé que lo que estamos viendo me va a costar una explicación bastante convincente. Lola, con su melena de leona al viento, en bragas, sin sujetador y con mi camisa abierta. Si eso ya es chocante para cualquiera, imagínate para mi inquilina. Y lo mejor aún está por llegar. Detrás de ella aparece Camille, con las mismas pintas que su amiga y con la única diferencia de que en vez de una de mis camisas, lleva una camiseta, mía, evidentemente.

—Ahí tienes tu respuesta, Alan.

Se levanta arrastrando la manta consigo y se dirige a su apartamento.

—¡Ele, espera! ¡Espera, por favor! —La sigo como una exhalación y consigo entrar en su casa antes de que me cierre la puerta en las narices.

—Déjalo, Alan. No necesito escuchar una mierda de excusa, en serio, no es necesario.

—¿Por qué siempre sacas tus propias conclusiones sobre mí? Y encima, siempre malas.

—Porque soy novata en esto de las relaciones esporádicas o como coño se diga, pero no soy imbécil, al menos no conscientemente.

—¿Te fuiste ayer porque me viste con ellas? —Me resulta muy complicado imaginarme a Ele con ese componente celoso.

—No lo sé. Me fui porque estabas en tu ambiente, que no es el mío. No pintaba nada allí, Alan. Te vi con ellas y rodeado de muchas más chicas, estabas en tu salsa. Yo, definitivamente, sobraba.

Me acerco a ella para poder tocarla. Necesito mantener el contacto físico para que sepa que puede confiar en mí, a todos los niveles.

—Ele, escúchame. —Agarro sus manos, que es lo único que me permite. Intenta soltarse, pero se lo impido.

Doy un par de pasos más cortos hasta quedar frente a frente. Me sostiene la mirada y yo a ella. Percibo el miedo en sus ojos y, por primera vez desde que empecé a estar con ella, es un poco mutuo. No sé qué es lo que estoy empezando a sentir, ya sabes que no concibo la vida a largo plazo, pero, sea lo que sea, lo único que tengo claro es que quiero seguir teniéndola a mi lado. Hoy y mañana.

—Alan, en serio. Será mejor que te vayas, tienes dos desayunos que preparar.

—No me voy a ningún sitio. Por favor, escúchame.

—Habla —me espeta. Se separa de mí y se va al sofá.

Voy tras ella y me coloco a su lado, dejando un mínimo espacio entre ambos. Necesito que me mire a la cara y pueda ver que soy completamente sincero. Me bajo un poco la cremallera de la sudadera y me doy cuenta de cómo desciende su mirada hasta mi pecho. Me guardo la sonrisa para otro momento, o se enfadará más.

—Lola es compañera nuestra, vivimos los tres juntos en Nueva York un tiempo. Es solo una amiga y ayer me hizo mucha ilusión verla. —Oigo cómo resopla y se cruza de brazos esperando que continúe—. Te busqué, pero no estabas. Entonces Andrea me arrastró a la galería para seguir de fiesta. Al final bebí muchísimo y salimos de allí pasadas las cinco. Creo que Robert me metió en un taxi con ellas. Lo más probable es que Camille, que era la que mejor iba de los tres, diera mi dirección al taxista. Han dormido ellas juntas en mi cama y yo en el sofá del salón apenas un par de horas.

—No soy tonta, Alan. Y, en realidad, no sé por qué me he puesto así, porque tampoco tienes por qué darme explicaciones. Solo nos

acostamos de vez en cuando, ¿no?

—Ele, sabes de sobra que nos acostamos y algo más —respondo a su pregunta, y noto cómo su cuerpo se tensa.

—Claro, algo más... Tú tienes algo más conmigo, con ellas y con... vete tú a saber. Por eso nos dejas tu ropa a todas después de darnos ese *algo más,* ¿no? Preciosa costumbre —ironiza.

Ahora sí que no puedo contener la carcajada, porque, aunque jamás lo imaginé, es un ataque de celos en toda regla y me hace gracia. Con mi actitud solo consigo que se mosquee más.

—Me alegro de ser tan graciosa. Ahora vete. —Se levanta como un resorte y va hacia la puerta.

—No —afirmo con rotundidad y la atrapo entre mis brazos. Intenta separarnos, pero soy más fuerte—. Me río porque me encanta que me tires pullas. Y lo de la costumbre ha sido muy gracioso, reconócelo.

—Idiota —me insulta mientras cede... un poco.

—Ele, por favor. Estamos bien. Míranos, ¿no te das cuenta de las cosas que perdemos en esta vida por miedo?

—Yo no tengo miedo, Alan, pero no confío en ti.

—Sí lo tienes, lo sé, lo siento. Y, aunque no me creas, ahora mismo lo compartimos. Me acojona no seguir estando contigo hoy, y no me preguntes la razón, porque todavía la desconozco. —Abre tanto los ojos al escucharme que creo que se le van a salir de las órbitas—. Pero, por favor, deja de pensar que soy un puto gilipollas engreído que se folla a cualquiera.

Ahora creo que me he explicado con suficiente claridad.

—Alan, yo... no soy así. No sé qué me haces ni qué me pasa cuando estoy contigo —confiesa, al fin.

—Venga, Little. —Y asoma una leve sonrisa de sus labios cuando pronuncio su apodo—. Me gusta estar contigo, compartir cosas, hablar, escuchar música, descubrirnos y follar. Antes de que llegaras estuve cuatro meses sin hacerlo. ¿Tú crees que, ahora que estoy contigo, necesito más?

—No lo sé, Alan. No lo sé.

—Pues no. No necesito más. Te he dicho que Camille es una persona muy importante para mí y siempre tendrá las puertas de mi

casa abiertas, como el resto de mis amigos, pero no me acuesto con ella. Métetelo aquí. —Golpeteo su sien—. Y Lola es solo una vieja amiga. A pesar de las ideas preconcebidas que tienes sobre mí, no suelo follar con todas las tías que conozco. ¿Vas a confiar en mí?

No responde. Y presiento que su cabecita sigue dándole vueltas a todo lo que le he dicho hace unos segundos y que las dudas todavía la atenazan.

Intento ganar tiempo pegando mi boca a la suya. Mi lengua entra con ímpetu y explora sus rincones hasta encontrarse con la de ella, cálida y húmeda. Sus manos trepan hasta mi nuca y las mías se enredan en su melena. Después deslizo mis labios por la piel que cubre su garganta, hasta que hundo mi nariz en su cuello y memorizo su jodido olor.

Suspiramos y nos miramos a los ojos, tratando de comprender lo que no pronuncian las palabras.

Me tomo su silencio como un sí, a medias.

Y, finalmente, me acojona ser consciente de que me gusta tanto como para asumir las consecuencias.

35
A lo loco

En media hora me recoge Alan. Vamos a pasar el fin de semana fuera de Londres y aprovecharemos para celebrar su cumpleaños, que es mañana. El destino es una verdadera incógnita, al menos para mí.

Todavía no he sido capaz de cerrar la maleta. En realidad, es una bolsa de viaje, porque las únicas instrucciones que me ha dado, después de pedirle encarecidamente alguna pista sobre nuestro viaje, es que lleve poca ropa, pero que abrigue y sea cómoda.

Con esa premisa no puedo dejar de imaginarme desnuda, exprimiendo las horas de este primer viernes de diciembre en una habitación con las paredes forradas de papel de flores, perdidos en mitad de la campiña inglesa en algún hotelito con encanto. Muy de libro todo, sí.

Me decido por lo básico. Unos vaqueros, aparte de los que llevo puestos. Dos camisetas de manga larga. Dos jerséis, uno fino negro y otro grueso de cuello alto. Una sudadera por si acaso, mis Vans granates y las botas de pelo que ya me he puesto. Meto mi pequeño neceser, ropa interior, un pijama y listo.

Después de mi alucinante ataque de celos el día de la exposición y de que Alan me pidiera un voto de confianza, creo que todo ha vuelto a estar más o menos igual entre nosotros. Seguimos compartiendo parte de nuestro tiempo libre, a veces solos, y otras con los chicos, que dan por supuesto que somos algo más que amigos, pero no nos tratan de manera diferente, cosa que agradezco.

Los domingos los sigo dedicando a estar con mi niña. Excepto los de este mes, que como va a estar muy ocupada preparando los exámenes antes de las vacaciones de Navidad, me ha dicho que prefiere quedarse a estudiar. Todavía no le he hablado de mi relación con Alan. Sabe que somos amigos, que a veces salimos con los

demás y que otras hacemos planes solos. No es que tenga miedo a su reacción o lo que pueda pensar sobre que esté con otro hombre después de su padre, el problema es que, si lo nuestro va a ser efímero e irrelevante, tampoco hay necesidad de mencionárselo todavía.

Úrsula está contando los días para que regrese a Madrid a pasar las fiestas navideñas con ella. Hablamos casi a diario. Me sigue presionando para que le cuente todo sobre Alan y suele terminar nuestras conversaciones con una advertencia sobre la importancia de separar el sexo y el amor. Sé que lo hace con buena intención, para que no me pille por él y todo eso, pero tampoco es necesario que me lo recuerde todos los días. Soy inexperta, pero no una ingenua. Además, suelo meditar sobre esa delgada línea que separa una cosa de la otra cuando estás con alguien con el perfil de Alan.

Recibo un mensaje de él en este instante para decirme que me espera. Cojo mi bolsa, me pongo el plumífero y salgo por el patio. No puede ser verdad lo que ven mis ojos. Ahí está Alan, apoyado en el lateral de una furgoneta verde lima, de esas *vintage*. Cuando me dijo que iba a pedir el coche a un amigo, pensé en el de Andrea o incluso en el de Robert, no en esto.

—Vamos, Little —me abre la puerta—, que tenemos por delante un largo camino por recorrer.

—¿Vamos a ir en esta furgoneta?

—Claro, no me digas que esta preciosidad no te gusta.

Alucinada, le doy la bolsa y me subo.

Los asientos están tapizados con tela de cuadros en amarillo y verde. Echo un vistazo hacia la parte de atrás y veo un mueble de madera que debe de esconder la cocina. Alan me aclara que con una pequeña nevera y todo. El asiento trasero parece un sofá y hasta en el suelo hay una alfombra de tela étnica de muchos colores. Es muy chula, la verdad.

—¿Vamos a dormir aquí?

—Por supuesto, la cama está en el techo.

—Estás loco, estamos en diciembre. La gente normal usa esto en verano. Nos vamos a congelar.

—Tranquila, Ele, pienso darte mucho calor y no aparcaré cerca de los lobos.

Le doy un puñetazo suave en el brazo y niego con la cabeza. Va a ser la primera vez que duerma en una furgoneta; en realidad es que no he dormido ni tan siquiera en un camping, pero eso no pienso confesárselo.

Mientras salimos de Londres y cogemos la autovía, me cuenta entusiasmado que esta Westfalia Camper Vintage del 77 era de él, pero que hace un par de años se la vendió a José, el que es ahora su compañero en la escuela. Me dice que con ella recorrió gran parte de Europa y que le trae muy buenos recuerdos.

—¿Con Camille? —pregunto. No sé por qué no puedo mantener la boca cerrada.

—No, ella la odiaba. Siempre he ido solo, excepto una vez, que me acompañó Robert. No le debió gustar mucho la experiencia porque no repitió.

Busco en la radio una emisora que nos convenza a los dos. Después de un buen rato, paramos para echar gasolina e ir al baño, en lo que me dice que es la mitad del camino. Nos quedará una hora más o menos de camino todavía.

Al volver a subir a la furgoneta, me voy fijando en todos los carteles de la carretera. Me pongo pesadísima preguntando si ya llegamos y, cuando se harta de mi interrogatorio, me confiesa que vamos a pasar nuestra primera noche en Holkham en un bosque de pinos dentro de una reserva natural.

Como ya es de noche, para conocer el resto del plan tendré que esperar a mañana.

Nos adentramos por una carretera con bastantes curvas, casi no veo lo que hay fuera. Cuando encuentra un sitio, algo aislado para mi gusto, cerca de una explanada con menos vegetación, aparca.

—Alan, ¿de verdad vamos a dormir aquí?

—Claro, en plena naturaleza. ¿Tú no eres una chica de pueblo?

—Sí, pero de un pueblo habitado, con casas, agua corriente y electricidad. Ya sabes, todas esas cosas básicas.

Alan se ríe de mí, alto y fuerte. Se quita el cinturón para bajarse, me abre la puerta y salgo para estirar las piernas. El aire frío me da

en la cara y sus fuertes brazos me estrujan contra su pecho, calentándome.

—Solos tú y yo, en medio de la nada, Ele. —Me besa con ímpetu y termina con nuestras narices rozándose—. Creo que es tu primera vez, ¿me equivoco?

—No te equivocas. ¿Por qué lo sabes si yo no he dicho nada?

—Porque solo tengo que mirarte a los ojos. Eres transparente para mí, Little.

Me callo para no reconocerlo y lo observo. Abre la puerta lateral y me invita con la mano a que pase al asiento trasero, le obedezco y admiro cómo se desenvuelve en esta pequeña casa con ruedas. Coloca en la puerta un cable con cuatro bombillas, que dan un poco de luz al exterior, y extiende la cama del techo.

—Ya está lista su suite, señorita.

Salgo para verla mejor. La tela de los laterales es transparente y realmente debes de sentirte como si durmieras a la intemperie.

—Estás mucho más loco de lo que creía. Vamos a morir congelados. Lo sabes, ¿verdad?

—Tranquila, ahora pongo una tela encima y tendremos doble aislamiento. —Me choca la cadera y se sube al techo para colocarla. Al bajarse, me invita a sentarme en el asiento y me sirve una copa de vino. —Ponte cómoda.

Me hace gracia verlo tan motivado.

Él se abre una cerveza y empieza a sacar cosas del mueble; la cocina es mini, pero ha traído de todo. Pone una sartén al fuego, echa unas setas y después unos huevos, creo que va a hacer un revuelto. No paro de oír ruidos extraños y de mirar para todos los lados, nerviosa. Él parece ser el tío más feliz del mundo.Para relajarme un poco, me descalzo, aunque me subo los calcetines por encima del pantalón, todo muy sexi. Con la tercera copa de vino y la cena servida en una mesa plegable que ha sacado de otro armario, me quito hasta el plumífero. Él lleva una camisa de cuadros roja y negra de franela y una camiseta negra debajo. Tiene aspecto de leñador y, sí, está increíble así también.

«Mierda, Nora. Pasas del miedo a la excitación en cuestión de segundos».

Cenamos, hablamos y escucho las anécdotas graciosas que me cuenta de sus viajes anteriores en esta «preciosidad», como él la define. Me vacila cada vez que nota que mi mirada se desvía al exterior en busca de un peligro inminente. Recogemos y ponemos música, lo mismo que hacemos tantas veces en su casa. Entre trago y trago, también nos besamos, mucho.

—Hoy no vas a echarme de la cama en mitad de la madrugada, así que creo que también será la primera vez que durmamos juntos.

Tiene razón, hoy será inevitable.

—Quizás te vayas tú, creo que soy de las que dan patadas.

—Tranquila, suelo tener bastante aguante.

—Tengo que hacer pis —digo con la boca pequeña y muerta de vergüenza.

Alan se ríe de mí, evidentemente.

—Adelante, tienes mil árboles para elegir.

—No me lo puedo creer. Esto es mucho peor de lo que me esperaba. No puedo ir hasta allí sola.

—Venga, te acompaño y así lo hago yo también.

La imagen es bastante surrealista, él apuntando contra el tronco de un árbol y yo agachada por la parte de atrás, sacando un pañuelo de papel que he cogido de mi bolso para limpiarme, a dos o tres grados más o menos.

Me envuelve con sus brazos cuando ambos hemos terminado y alumbra el camino de vuelta con una linterna.

—Pis, dientes y a la cama —me ordena, como si fuera una niña pequeña.

Me río por no llorar.

Del neceser saco mi cepillo y él hace lo mismo. Nos lavamos los dientes escuchando cómo se mueven las ramas de los pinos en medio de la oscuridad. Me pasa una taza de metal con un poco de agua para que me enjuague y escupo de la forma más sutil que puedo, hacia un lado y sin que me vea.

—¡Vamos, Ele! ¡Escupe como una chica de campo, con ganas! —Él hace un par de gorgoritos muy sonoros con el agua y escupe con fuerza, lo que provoca que casi me atragante al ver su gesto más rudo.

Le quito la taza de la mano y repito la misma acción. Esta vez escupiendo lo más lejos posible, con garra.

Las carcajadas de Alan hacen eco en la noche y me contagian; menos mal que nadie nos oye ni nos ve.

Me carga como un saco de patatas y me mete en la furgoneta. Me voy quitando la ropa en lo que él recoge las luces del exterior y cierra la puerta.

—Bonita elección para una acampada —se burla al ver mi pijama.

—Haberme dicho adónde veníamos —protesto, indignada.

—Habría perdido toda la gracia, Ele —responde con su sonrisa de medio lado, esa que conecta con mi zona baja.

Primero sube él, se quita toda la ropa y me la tira a la cara, incluidos los calzoncillos, que consigo esquivar. Después lo oigo maldecir mientras prepara la cama y, cuando está lista, me ayuda a subir.

Nos tumbamos de lado, frente a frente. No hay mucho espacio, por lo que intuyo que nuestros cuerpos se van a dar el suficiente calor. Me desabrocha los botones del pijama y recorre con una lentitud pasmosa toda mi piel mientras no para de besarme. Cuando siente que empiezo a temblar, nos tapa con un edredón blanco de plumas que está arrugado a nuestros pies.

Ya desnudos, nuestras manos juegan a adivinar rincones. Nos tocamos, nos olemos, nos sentimos. No lo quiero decir en voz alta, pero es como si nuestras caricias se estuvieran haciendo el amor. Me gusta mucho más mi cuerpo cuando está al lado del suyo.

El sonido de la noche entra a través de la doble tela, pero nuestras respiraciones, cada vez más agitadas y profundas, lo ensordecen.

—¿Lo quieres suave o salvaje? —me pregunta con la voz más rasgada que nunca.

—Lo quiero bueno, Alan. A ratos suave, a ratos salvaje, combínalo tú.

36
Cumpleaños feliz

ALAN

La claridad se empieza a colar en la furgoneta, y, aunque no sé qué hora es, supongo que bastante temprano.

Por fin he dormido con Ele. Aquí no tenía escapatoria, y aunque el espacio es mínimo, me ha encantado sentir su calor toda la noche. Sus patadas no tanto, pero eso no se lo voy a decir.

Su cuerpo está completamente enroscado al mío. Podría abrir los ojos y decirle que ya estoy despierto, pero prefiero alargar este momento unos minutos más. Aparta su pierna de la mía y su mano, cada vez menos tímida, empieza a recorrer mi abdomen en sentido descendente. Su tacto me provoca un pequeño escalofrío imposible de contener y mi polla se espabila del todo. Siento cómo se cuela debajo del edredón y pasea su lengua por donde antes habían estado sus manos, hasta que se detiene a la altura perfecta. Cruzo los brazos detrás de mi nuca y dejo que explore todo lo que le apetezca. Mi cerebro se cortocircuita con la simple idea de que se atreva a comérmela. Su respiración se acelera y su mano, ahora intrépida, ejerce la presión justa en la base para que toda la sangre se concentre ahí. Su lengua lame toda la extensión y se detiene en la punta una única pasada todo el tronco.

—Little… —gruño.

Abre la boca y, sin apartar la mano, la engulle hasta el final de su garganta, provocándome un microinfarto. Está nerviosa y supongo que algo desentrenada, pero no me pienso quejar.

Su mano acompaña los movimientos de sus labios y cada vez imprime más y mejor ritmo; como siga así, me correré antes de lo que quiero. Aparto el edredón para verla, porque su imagen es el puto paraíso ahora mismo. Eleva la cabeza con timidez y me mira a

través de sus espesas pestañas; se detiene un segundo esperando mi... ¿aprobación?

—Sin prisas. —Paso mi mano por el nacimiento de su pelo, retirándoselo de la frente—. Tienes que disfrutar tú también, si no, no tiene ningún sentido.

Sin decir una palabra, baja la mirada y se concentra de nuevo en chupármela, esta vez con un ritmo mucho más lento. La lame como si fuera un helado, degustándola. Se ayuda de la mano para tirar hacia atrás de mi piel y blasfemo cuando el placer empieza a ser insoportable.

Me relajo y dejo que ella lleve la batuta, aunque, de vez en cuando, mis caderas se elevan en busca de más profundidad, sin poder frenarlas. Succiona mi glande con fuerza y arrastra sus dientes de manera delicada. Le ha costado aclimatarse, pero ahora combina a la perfección los movimientos suaves con los intensos. No soy capaz de pensar. Ni de respirar.

Estoy a punto de correrme. Asombrado y excitado compruebo que sus dudas se han transformado en seguridad, aplastante y desbordante.

Cuanto más fuerte gimo, más se entrega.

—Ele, me voy a correr —le advierto, para que se retire.

Ella me ignora y sigue teniéndome a su merced, sin dejar de masturbarme. Siento cómo el corazón bombea más rápido. Mis músculos se tensionan y entro en ebullición. La imagen, jodidamente sexi, de los labios de Ele envolviendo mi miembro y este hormigueo incontrolable desencadenan la explosión.

Las gotas de la primera sacudida le rozan la lengua y, no sé cómo, soy capaz de enredar mis dedos en su melena y, con un movimiento rápido, apartarla de las siguientes, que se desparraman encima de mi estómago.

—Joder...

—¡Feliz cumpleaños! —suelta con una sonrisa preciosa en la boca cuando termino, como si fuera la felicitación más normal del mundo después de haberme regalado una mamada espectacular. Sus ojos, cargados de deseo, me observan con expectación.

—¡Hostias, Ele! Muchísimas gracias. No creo que nadie me felicite como tú hoy. —Le sujeto la cara con mis manos mientras me fulmina con la mirada. Se me escapa la risa y la arrastro por mi cuerpo hasta que nuestras bocas se encuentran.

—¡Idiota!

Después de besarnos como dos adolescentes, salgo de la cama y me bajo a preparar el desayuno.

Hace bastante fresco y tiene pinta de que será un día despejado, así que pongo la mesa y dos sillas pegadas a la furgoneta.

—¿Eso que huelo es café? —pregunta desde la cama.

—Baja y lo compruebas.

Da saltitos cuando ve el despliegue del desayuno y hasta me abraza por detrás muy cariñosamente. Con pijama y plumífero, nos sentamos a contemplar el extenso bosque desde nuestra posición. Huele a una mezcla de pinos y mar, aunque ella todavía no lo haya descubierto. Noto cómo aspira un par de veces seguidas con fuerza, intentando adivinar cuál es esa combinación.

Mi té y su café, acompañados de las magdalenas de chocolate y almendras de Dafne, son nuestro alimento para esta mañana.

—Mmm, qué bueno.

—Sabía que si te hacía café, te olvidarías de que no hay baño.

—¡Calla! Y no me lo recuerdes, por favor.

De su bolsa saca un paquete pequeño, envuelto con un lazo rojo, y me lo entrega con cara de no haber roto nunca un plato. Me encanta la naturalidad de sus gestos. Bueno, a estas alturas, me encanta ella, entera, supongo que empiezo a estar jodido.

—Little, no tenías que haberte molestado...

—Es una tontería, porque eres un tío muy difícil, ¿sabes? La ropa y la colonia estaban descartadas contigo.

Lo abro con la ilusión de un niño pequeño y me encuentro con un marco blanco con una foto. Es la que nos hicimos el otro día en la exposición, todos delante del collage.

—Es perfecta, muchas gracias.

—Me pareció un bonito recuerdo de tu obra con más éxito. —Me guiña un ojo—. Quizás, si algún día terminas de acondicionar tu despacho, la puedas colocar allí.

Me hace gracia. Sin duda, cada día me conoce mejor. Sabe de sobra que soy bastante perezoso cuando se trata de ordenar mis cosas, excepto mi vestidor, claro, que está impoluto.

Un buen rato después, porque no tenemos ninguna prisa, nos lavamos la cara con agua helada, perfecta para despejarnos, nos vestimos y, de la mano, la guío por un sendero que nos lleva directos a la pasarela de madera que da acceso a la playa.

—¡Vaya, si estamos al lado del mar! —Se suelta de mí y se asoma a la barandilla para admirar las vistas.

Le cuento que estamos en la playa de Holkham, una de las seis mejores de Reino Unido.

Bajamos por las escaleras, nos doblamos un poco los bajos de los pantalones por encima de los tobillos y nos descalzamos antes de empezar a dar un paseo por sus casi seis kilómetros de arena dorada. La playa tiene forma irregular y conserva ese aspecto salvaje de las zonas que no se han masificado por el turismo. Le confirmo que tenía miedo de que no nos dejaran dormir aquí, ya que se trata de un paraje protegido. Me habla de sus playas preferidas en el mar Cantábrico, similares a esta. De arena fina, nada de pedruscos, con olas grandes la mayoría de los días, no como la piscina esa que es el Mediterráneo, y escoltadas por las montañas, siempre a su espalda, convirtiéndolas en un paisaje único. Se le ilumina la mirada con los recuerdos.

—¿Has visto *Shakespeare In Love*?

—Por supuesto —me responde.

—¿Y te acuerdas del final de la película? —Ele mira a su alrededor, girándose.

—Sí, ya me acuerdo. Aquí Gwyneth Paltrow se iba hacia el barco que la llevaría a las colonias americanas, ¿no? Oh, qué bonito...

—Sí, dejando a Joseph Fiennes roto y solo. —Ele me mira con una sonrisa de oreja a oreja y camina más rápido hacia la orilla.

—Adiós —me dice, alejándose.

—No te vayas, amada mía —grito, estirando la mano para alcanzarla, completamente metido en el papel.

—¿Por qué debería quedarme a tu lado? —me pregunta con mucho dramatismo desde la distancia—. Dame una razón.

—Porque tus mamadas al amanecer son la puta bomba, Little. Ya no podré vivir sin ellas.

—¡Alan! —protesta indignada.

Cuando me acerco hasta su posición mete el pie en la orilla y me salpica. El agua está congelada y reacciono echando a correr hacia ella. Su huida apenas dura unos metros, enseguida le agarro la cintura y la tiro en la arena, cubriendo su cuerpo con el mío. Cosquillas, susurros, besos y risas, igual que si fuéramos dos críos que empiezan a descubrirse.

Después de varios minutos de revolcón, seguimos paseando. El sol nos acompaña durante todo el trayecto, aunque dudo que la temperatura supere los doce grados.

Volvemos a la furgoneta casi a mediodía y nos vamos hasta Blakeney, que no está muy lejos de aquí. Le cuento que fue un puerto comercial medieval, sobre todo de especias y telas, y que en el siglo XIV se hizo famoso por la piratería y el contrabando.

Comemos en The Moorings, un pequeño restaurante del pueblo. Langosta, mejillones y cangrejos, típicos de aquí, que Ele quiere probar. Hablamos de mis treinta y seis tacos, de cómo hay gente que lleva fatal lo de cumplir años. Ella me confiesa que después de los cuarenta todo cambia.

—No lo llevo mal, pero asusta un poco ir en caída.

—Lo importante es tener una buena edad aquí —digo, señalándole la cabeza.

Después del postre y de su café —me aclara que el mío de esta mañana sabía mucho más rico—, decidimos caminar por el paseo costero hasta la playa de Cley, con la intención de ver las focas, a ratos de la mano, a ratos deteniéndonos para hacernos fotos, a ratos comiéndonos la boca. Nos cruzamos con algunos paseantes, pero la mayor parte del tiempo solo estamos ella, yo y el mar.

Terminamos agotados, porque a lo tonto hemos recorrido un montón de kilómetros a pie, así que decidimos tomar unas cervezas en un típico pub costero de regreso al pueblo.

Ele se mimetiza con el ambiente *british* y bebe pintas conmigo. Creo que antes de terminar la segunda ya está algo borracha, aunque muy graciosa.

Suena su móvil y, al ver que es su cuñado, trata de enderezarse en el asiento.

—No puede verte, Little. —me parto de risa al ver su actitud.

No lo coge y espera a que vuelva a sonar. Al tercer tono, descuelga e intenta permanecer seria, pero no lo consigue.

—Volamos el veintidós, Jaime, pero no hace falta que vayas al aeropuerto, sé llegar hasta casa. —No puedo oír lo que dice su interlocutor, pero el hipido que se le ha escapado antes de terminar la frase la delata—. ¿Borracha, yo? No. Bueno, realmente no sé. Yo mejor diría que estoy feliz. Puede que sean las cervezas de estos guiris, que son más fuertes que la Mahou nuestra. O mi propio olor, que me embriaga porque hace más de veinticuatro horas que no me ducho, y eso es raro y alucinante a partes iguales.

Escupo parte del trago de cerveza que iba a engullir, porque, como os he dicho, está muy graciosa. Además, no pierde un ápice de ironía. Jaime debe de haberle hecho un comentario que la pone incómoda.

—No estoy sola, pero soy bastante mayorcita para hacer lo que quiera. Será mejor que hablemos mañana.

—No sé por qué no bebes pintas más a menudo —afirmo con sinceridad cuando cuelga—. ¿Todo bien?

—Sí, todo perfecto. Mi cuñado me riñe como si fuera una cría en plena pubertad, haciéndome sentir fatal, y encima está enamorado de mí.

La sinceridad de los borrachos es aplastante.

Ele suelta la bomba y deja la mirada perdida en mis ojos, esperando mi reacción. Me levanto de mi sitio y me siento al lado de ella. Primero la beso, porque necesito que sepa que estoy aquí para escucharla, y después le pido que me lo cuente un poco más despacio.

La chispa desaparece cuando me empieza a relatar cómo se ha encontrado con todos esos sentimientos que su cuñado dice tener por ella sin haberse dado cuenta antes. Me dice lo que pasó cuando se vino a Londres y como él se declaró el fin de semana que vino de visita. Ella solo me repite una y otra vez que nunca lo podrá ver como algo diferente a la familia. Le confieso que intuí algo cuando

los vi juntos; no sé, su forma de mirarla, de mirarme, de estar a la defensiva.

—Lo achaqué a que es de ese tipo de personas que viven con un palo metido por el culo permanentemente.

Las carcajadas por mi última apreciación le devuelven la sonrisa.

—Es tu cumpleaños, no quiero hablar más de él —musita, y me doy cuenta de que es un tema que todavía no sabe manejar del todo, pero lo dejo estar.

—Me parece cojonudo. Vamos a pedir la última.

Regresamos al parking donde está aparcada la furgoneta bastante tocados; ella, como podrás suponer, mucho más que yo. No hay ni un alma por la calle y tengo que ir tapándole la boca porque, sin darse cuenta, me habla a voces.

Si la mamada al amanecer ya va a formar parte de mi *top ten* de experiencias sexuales, su versión del *Cumpleaños feliz*, con estriptis incluido, en un inglés de lo más español, mientras baila para mí de la forma más jodidamente sexi que lo ha hecho nunca, creo que va directa al pódium, pero al de las risas.

Consejo de Alan: el alcohol te vuelve más sociable, pero, para los temas importantes de la vida, como los carnales, está contraindicado.

37
Regreso

Mis padres nos están esperando a la salida del aeropuerto. Al final los he convencido para que vengan a Madrid a pasar con nosotras las fiestas y para que se queden un par de semanas.

Me he dormido durante el vuelo, y eso que ha sido cortito, pero es que ayer llegué a casa a las mil y hoy tenía que madrugar y preparar un montón de cosas.

Cenamos todos en casa de Andrea, en una especie de despedida antes de que cada uno se vaya a su lugar de origen, incluida Dafne, que cierra el café por primera vez desde que lo inauguró y se va con Evan a Cuba a visitar a su familia. La velada empezó tranquila, degustamos la pasta que preparó Gio y algún que otro plato típico de su país que estaba de muerte. Cervezas, vino, risas y muchos deseos para el año próximo. El ambiente se fue cargando, el alcohol no dejó de correr y nosotros no paramos de beber, y así nos pilló la madrugada, con la música a todo volumen, cantando y bailando, como si estuviéramos celebrando nuestra particular Nochevieja. Me despedí de Alan en la puerta del apartamento, como una adolescente a la que esperan sus padres en casa, porque sabía que, si lo dejaba pasar, acabaríamos los dos muertos de cansancio y sin pegar ojo. No ha parado de mandarme mensajes de lo más explícitos desde esta mañana, en la mayoría incluye el emoji de llorar a moco tendido; según él, porque no me verá en muchos días y está triste. Según mi versión, porque el guapito de cara —y de cuerpo— no está acostumbrado a que le digan que no. Y en medio de esa discusión nos estancamos en cada wasap.

Lara se cuelga del cuello de mi padre mientras suelta la maleta y yo me cobijo en el abrazo de mi madre, que es igual de bajita que yo. Aspiro su olor y mi memoria se activa de repente.

—Estás muy guapa, hija.

—Londres me sienta bien.

—Ven aquí, renacuaja —me llama mi padre, usando el apelativo cariñoso que con los años no ha sido capaz de olvidar. Me abraza fuerte cuando Lara lo suelta.

Manuel y Lucía, mis padres. La pareja con las personalidades más diferentes que conozco y un claro ejemplo de cómo un amor puro y verdadero, como el que ellos se profesan, les ha permitido conjugar sus miles de diferencias. Respeto y admiración, a partes iguales.

Las buenas notas que ha sacado Lara, su rutina en el colegio, sus nuevos amigos y sus partidos de tenis acaparan la conversación hasta que entramos en la urbanización.

Hace tres meses que no vengo por aquí. La sensación de ahogo permanente que sentí cuando dejé a mi hija en Londres y volví a casa ha desaparecido y ahora, cuando giro la llave de la puerta, las paredes no se achican dejándome sin aire.

Lara sube corriendo a su habitación. Me imagino que la habrá echado de menos. Además, quiere llamar a Ruth, que regresó hace un par de días. Yo instalo a mis padres en la habitación de la planta baja, que es la de invitados, y arrastro mi maleta por las escaleras hasta mi cuarto. No me molesto en deshacerla, de momento.

Mando un mensaje a mi amiga.

Yo:
Ya estoy en casa, ven cuando quieras.

URSU:
Dame media hora y abre el vino.

Lara ayuda a mi madre a preparar la cena. Como te imaginarás, Jaime ha sido el encargado de llenar la nevera antes de nuestra llegada. Muy a su pesar, hoy no nos puede acompañar porque tiene la cena navideña con los empleados; muy a su pesar, digo, no al mío. Sin embargo, ha sido imposible eludir la invitación para cenar todos juntos en Nochebuena en casa de sus padres.

Mi padre y yo hablamos un rato en el salón. Me dice que le gusta la frescura de mi columna y me pregunta sobre mi proyecto de novela. Él es profesor, culto, lector ferviente y filósofo sin carrera; podríamos hablar de letras durante horas sin cansarnos.

Mi amiga llega cuando ya hemos puesto la mesa. Besos, abrazos y piropos, porque le hace mucha ilusión ver a mis padres tan guapos como siempre.

Después de cenar y de un poco de sobremesa con ellos, nos quedamos solas. Lara se va a su habitación y mis padres prefieren acostarse pronto: mañana quieren llevar a Lara a los puestos de la plaza Mayor y es mejor no ir muy tarde.

Úrsula lleva las dos copas y yo la botella. Nos sentamos en el salón y cerramos la puerta.

—Pensé que estaría tu cuñado, *el enamorao.*

—No, tiene cena de empresa y yo un día más para aclimatarme a Madrid y a «la familia» —respondo, haciendo el gesto de las comillas con los dedos.

—Venga, Norita. Sé fuerte. —Dobla el brazo marcando bíceps y chocamos nuestras copas.

Le cuento la última llamada de Jaime en pleno cumpleaños de Alan y lo que me molestaron sus palabras de reproche, como si fuera una niña pequeña y malcriada que está viviendo una aventura a espaldas de sus padres. Hago una pausa, porque los recuerdos de aquel fin de semana con Alan se agolpan en mi mente. Él y yo, en medio de la nada. Él y yo. Mi amiga intuye que mi mente está acordándose del escocés y me pregunta cómo me lo paso enredada en sus sábanas «un día sí y otro también», según sus propias palabras.

—Hacemos más cosas, Ursu. No es solo un hombre objeto.

—No, claro que no. Es el puto objeto de tus deseos, cabrona.

Me río y ella conmigo. Le pregunto por su último lío y, para mi sorpresa, me dice que no ha estado con nadie desde que volvió de viaje y que no descarta el tema del pastor de ovejas.

—A este paso se me cierra el agujero, amiga.

—Si no se me cerró a mí... —bromeo, y Úrsula me pone una mano en la frente. No me reconoce con este humor. Le confieso que muchos días, yo tampoco. Estoy feliz y liberada—. No estoy enamorada de Alan, puedes dormir tranquila.

—Nora, estás muy bien con él, eso no lo puedes negar. Es lógico que llegue un momento en el que quieras o necesites más. Es

completamente normal, aunque es peligroso, por eso no dejo de advertírtelo.

—Sé lo que tenemos y lo que podemos tener. Somos amigos que nos acostamos; espero que al menos no haya terceras personas por su parte, porque ni tan siquiera hemos hablado sobre eso. Pero sé que no seremos nada más. Él no cree en las relaciones ni en la convivencia, y lo más interesante de todo esto es que yo tampoco quiero nada de eso. Creo que, de momento, estamos en el mismo punto.

—Eso espero. Y en cuanto a que él se enrolle con otras, deberíais hablarlo porque, en ese caso, tú podrás hacer lo mismo.

—Ursu, ¿no me conoces? Alan es mi puñetera excepción.

Mi amiga se carcajea, sabe cómo soy. Una cosa es que me haya enrollado con él y lo siga haciendo, y otra muy distinta que me dedique a hacerlo con otros, como suele hacer ella. No voy a pasar de cero a cien en cinco segundos.

—Tienes razón, además es muy injusto que acapares tanto nicho de mercado.

Se queda a dormir conmigo. En la cama continuamos hablando de todo y de nada, hasta que ella se duerme y yo me voy al baño para mandarle unos mensajes a Alan.

Yo:
Estoy en mi cama durmiendo con Úrsula. No es lo mismo.

No tarda en responderme.

ALAN:
Estoy en mi cama, solo. Tampoco es lo mismo, lo tuyo es mejor.

Sonrío.
Mañana volará a Barcelona para pasar unos días con su madre.

Yo:
Ya te lo contaré, seguro que ronca.

ALAN:
Tú también roncas.

Yo:
Mentira.

ALAN:
Está bien, no roncas, pero haces un ruido muy parecido cuando dices mi nombre mientras te corres. Porque soy el dios follador.

Marco sin dudar.

—Buenas noches, Little. Sabía que no te resistirías a comenzar una batalla, aun en la distancia.

—Ya te dije que lo del dios follador fue cosa de mi amiga. Yo no tengo conocimiento de ese hecho.

El día que me pasé con las cervezas también me pasé con la sinceridad. No sabéis cuanto me arrepiento de haberle mencionado su fantástico mote.

—Ayyy... —protesta, como si le doliese mi pulla—. Pues ella tampoco. No sé de dónde habrá salido esa calificación entonces.

—Puñetero engreído.

—Mola mucho más cuando me lo dices cerca y después deslizo mi lengua por el lóbulo de tu oreja y te beso los lunares del cuello.

—Alan —carraspeo. Ahora mismo todas las partes de mi cuerpo están comenzando a arder—. Yo también prefiero replicarte cara a cara.

Vaya, parece que hace menos de veinticuatro horas que no lo veo y lo echas de menos.

—Eso tienen fácil solución. Ven a Barcelona un par de días. Tú y yo.

—¿Solo un par? Así no te arriesgas a que llegue el tercer día, que ya seria *pasado mañana*, ¿no?

—No seas boba, es una forma de hablar. Y te he dicho un par porque sé que estás con Lara y con tu familia. Una escapada rápida. Tú y yo, como en mi cumple.

Otra vez los recuerdos. Él y yo. La furgoneta. El paseo. Las playas. Él y yo.

—No sé, Alan. Lo pienso y te digo algo, ¿vale?

—Está bien. Piénsalo, y, si te sirve de aliciente, esta vez habrá baño.

Me río bajito, para no despertar a Úrsula, aunque creo que eso es prácticamente imposible, porque me asomo por la puerta un poco y veo que sigue abrazada a la almohada como un tronco.

Me despido con un beso, él me pide que se lo describa gráficamente y lo mando a paseo, pero de buen rollo.

Dos minutos después estoy tumbada en la cama al lado de mi amiga, meditando su propuesta.

¿Un par de días?

Solo un par.

38
Navidad, *fum, fum, fum*

En casa de mis suegros el tiempo se detiene. No sé, llevo cenando con ellos más de trece años y os juro que está todo igual que la primera vez que vine, salvo por la ausencia, claro.

La misma mantelería de hilo blanco con las servilletas a juego, sin perder el tono. La vajilla. La cubertería. Hasta la cristalería, y mira que suele ser misión imposible tener todas las piezas intactas después de tantos años, pues nada, o estas son irrompibles o mi suegra compra siempre el mismo modelo para reponerlas.

Mis padres preferían cenar en mi casa y, como te puedes imaginar, yo también, pero Lara tiene derecho a compartir tiempo con sus otros abuelos, de modo que hemos decidido venir a cenar en Nochebuena con ellos y así hacer lo que nos apetezca a nosotros el último día del año.

Isabel se sienta la última, después de dar un montón de instrucciones a Luisa para que nos sirva los entrantes en un orden determinado. Trae los ojos rojos, probablemente ya haya estado llorando al recordar a su hijo.

La Navidad es una época del año como otra cualquiera. Hay gente que la aborrece y otros que la adoran. Yo estoy en un término medio y, por supuesto, respeto que cada cual la celebre o no. Reconozco que cuando empiezan a faltar seres queridos, te vuelves más sensible o vulnerable al llegar ciertas fechas. Pero yo he podido echar de menos a Fer cualquier día de cualquier mes igual que hoy.

Miro a mi hija, que observa cómo su abuela empieza a rezar antes de cenar e incluye a su padre en sus plegarias, para asombro de todos, sobre todo de mis padres. Creo que a Lara le pasa como a mí. Se acordará de su padre muchas veces, sin importar la fecha que marque ese día el calendario. Siempre le insisto en que tiene que ser feliz con los que estamos, porque así las ausencias dolerán menos.

En cambio, mi suegra debe de pensar que los que estamos sentados a esta mesa nos olvidaremos de él si no lo menciona cada hora.

—Mamá, por favor —la riñe Jaime—. Será mejor que nos sirvas ya, Luisa —ordena, para que la cena no se convierta en un mar de lágrimas.

El menú es otra cosa inmutable con el paso de los años. Quizás ha introducido en algún canapé un ingrediente nuevo, para innovar, pero el resto, igualito. Desde los entrantes, pasando por el pavo relleno, que le supone a Luisa invertir casi veinticuatro horas de su tiempo en esa cocina, hasta el postre; unas torrijas, secas como la estopa, que si las tiras al suelo rebotan. Además, son la especialidad de Isabel, es lo único en lo que las manos de la asistenta no intervienen.

A lo largo de la velada las conversaciones se tornan cordiales. Mis padres no tienen nada que ver con mis suegros, por tanto, se centran en Lara, en sus estudios y en sus sueños. Luego llegan los temas más triviales, como el tiempo durante este invierno o cómo está Madrid de abarrotado en estas fechas.

Jaime no para de servirse vino, será para llevar mejor este sopor, aunque agradezco que sea el único que bromea con mi niña para sacarle una sonrisa.

Espero que con una única copa después de un poco de sobremesa sea suficiente para dar por concluida la velada.

Me acerco hasta el aparador donde tienen las bebidas y les pregunto qué es lo que quieren tomar. Luisa está ocupada en la cocina y no quiero molestarla más.

—Espera que llamo a Luisa.

Qué manía, coño.

—No, ya sirvo yo. —Mi suegro me mira extrañado y alza una ceja. Tal vez mi tono de voz ha sido más alto de lo que pretendía.

—Te ayudo —se ofrece Jaime y les manda a todos a sentarse al salón.

Un chupito de algo dulce para mi madre y dos dedos de whisky en un vaso con hielo para mi padre. Tienen de varias marcas, pero mi vista se va directa a la botella de The Macallan Amber que está sin abrir. Seguro que habrá sido uno de los tantos y tantos regalos que

recibe mi suegro en estas fechas. Sirvo dos vasos, uno para mi padre y otro para mí, con una sonrisa de idiota que nadie entenderá. Jaime ha ido a la cocina a buscar una botella de cava frío para su padre y para él.

Después de servirse, se sienta en el sofá a mi lado, demasiado pegado, y eso que el salón es enorme. Mi hija se deja caer sobre la alfombra en medio de nuestras piernas.

—¿Ahora bebes whisky? —me pregunta al ver cómo remuevo el licor ambarino en el vaso.

—Sí, ahora bebo whisky, voy a yoga, escribo... Hago un millón de cosas, Jaime —sueno impertinente, pero me da igual.

Es cierto que el whisky no me entusiasmaba, pero a base de probarlo en los besos de Alan, empiezo a apreciar su sabor; incluso, de vez en cuando, le robo algún sorbito de su vaso. Eso sí, nunca más de dos tragos.

Mi respuesta y mi tono lo han descolocado y cómo si tuviera un sexto sentido, siento la mirada de mi madre sobre nosotros. Sé que en cuanto salgamos de aquí tendré que explicarle a qué se debe mi comportamiento.

—Haces lo mismo que podrías hacer aquí... —insiste él. Me revuelvo, incómoda, porque estamos teniendo una conversación que no procede delante de muchos ojos—... conmigo. —Esto último casi me lo susurra al oído.

Me levanto y poso el vaso en una mesa lejos de él, que lo único que hace es servirse otra copa de cava sin dejar de mirarme.

—Mira qué foto me ha mandado Evan, mamá.

Mi hija me enseña la imagen de Evan y Dafne en su móvil. Me hace gracia ver lo veraniegos que van vestidos, y nosotros llenos de capas. Ambos tienen una sonrisa preciosa en la cara. Se los ve felices. Están delante de una mesa larga, rodeados de mucha gente en lo que parece la calle.

—Eso sí que es una fiesta. Mándales un beso de mi parte.

Lara se levanta y enseña la foto a sus cuatro abuelos, por turnos. Les cuenta que es un amigo de Londres y que su madre hace las mejores tartas del mundo. Mis suegros ponen cara de acelga sin

prestarle mucha atención. Mis padres, en cambio, enseguida la acribillan a preguntas, queriendo saber más.

Terminamos la copa y nos despedimos. No nos vamos a librar de volver mañana a comer, porque la tradición, según ellos, es que donde se cena, se come.

Jaime sale con nosotros para irse por el camino de losetas que conduce a su casa. Mis padres y Lara ya están casi en la acera cuando me doy cuenta de que me he dejado el bolso. Regreso para recogerlo, mientras mi cuñado se da la vuelta y me abre la puerta. Lo cojo del comedor y vuelvo a salir.

—Ya lo tengo. Hasta mañana —me despido.

—Noraaa... —alarga la última letra de mi nombre.

—Es tarde, Jaime. Mañana hablamos. —Me alejo hacia la salida.

Él estira la mano y agarra la mía en un movimiento rápido, arrastrándome detrás de un arbusto. No me da tiempo a nada más porque sus manos enmarcan mi cara y estampa su boca contra la mía.

—¿Así te besa él, Nora? Porque yo también sé hacerlo, solo tienes que darme una oportunidad.

Forcejeo y consigo que se aparte de mi cuerpo. Mi madre, que debe de estar esperándome, oye algún ruido y me llama.

—¡Nora! ¡Venga, hija, que me voy a congelar!

—Ya voy, mamá.

—Nora, yo... lo siento. No sé qué me ha pasado —Jaime se frota la cara con las manos, aturdido—. ¡Lo siento!

—No me vuelvas a tocar, ¡nunca!

Salgo por la verja como si huyera de un incendio, sin darle tiempo a réplica.

—Cariño. —Se acerca mi madre—. ¿Cuándo me lo pensabas contar?

—¿El qué, mamá? —respondo con otra pregunta para evitar un interrogatorio.

—Vamos, hija. —Me coge del brazo y me un beso en la mejilla—. Te voy a preparar un chocolate caliente y cuando se acuesten Lara y tu padre, me lo cuentas todo.

Las madres y su sexto sentido.

El chocolate de mi madre siempre fue mi mayor vicio hasta que lo cambié por el café cuando me mudé a Madrid. Meter mi nariz en la taza y absorber el olor me transporta a esas tardes de invierno en las que me sentaba con ella en la cocina y hablábamos durante horas, sin cesar, como sé que vamos a hacer ahora hasta bien entrada la madrugada.

Se lo cuento todo, sin dejarme nada dentro. Le hablo primero de Jaime, de cómo me contó lo que sentía por mí y de cómo se ha comportado. No entiende por qué ha esperado tanto para ser sincero, igual que yo. Después le hablo de Londres y de lo bien que estoy allí, como si volviera a sentirme aquella chica libre e independiente que un día quiso comerse el mundo. Mi sonrisa me delata enseguida.

—¿Cómo se llama?

—¡Mamá! —protesto—. Te estoy diciendo que allí me siento bien. Me siento otra vez mujer, no tiene por qué haber nadie más.

—Y yo te repito: ¿cómo se llama? Porque aparte de que te guste la vida que llevas allí, de haber retomado la escritura y tu libertad, esa sonrisa que intentas esconderme tiene nombre de chico. Y no te estoy juzgando, cariño, solo te estoy diciendo que ese componente extra de vitalidad te lo está dando alguien que te alegra las noches, ¿me equivoco?

Coño con las madres en general y muy en particular con la mía.

—No, no te equivocas. Se llama Alan, es mi casero. Guapo, loco y joven, tiene cinco años menos que yo.

—Solo te he preguntado su nombre. —Me sonríe con picardía—. Pero ahora quiero ver una foto y saber todo lo demás.

***

No madrugo porque me he acostado a las tantas. Mi madre, al final, me sacó todo tipo de información y yo me quedé en paz contándosela. No me ha advertido como mi amiga, pero sí que me ha dicho que mida los tiempos, sobre todo a la hora de hablar con Lara, porque, igual que pienso yo, cree que quizás tampoco haya necesidad.

Me ha dicho que me vaya con él dos días a Barcelona. Ellos se quedan con Lara encantados, que así la disfrutan más.

No hemos puesto el árbol, pero al lado de la chimenea están nuestros regalos, que siempre abrimos el día de veinticinco.

A mi madre le doy el libro de *Mujercitas* que compré en Notting Hill. No me puedo creer que hayan pasado más de tres meses desde ese momento. Le encanta. A mi padre le regalo un reloj de esos deportivos con GPS, para cuando decide irse de paseo por el monte. Además, sé que gastará gran parte de su tiempo leyendo las instrucciones. A mi niña le he comprado las cosas que me pidió; tiene de todo, así que ha sido bastante prudente: una tableta nueva y una colonia que acaba de salir. Yo recibo unos pendientes preciosos que eran de mi abuela, su diario, que tenía mi madre guardado como oro en paño y que espero que me sirva para contar su historia de amor de la mejor manera posible, y un sobre enorme que me parece que contiene una tarjeta.

Cuando lo abro, miro a mi padre sin entender nada. En la tarjeta se ve la infografía de una cabaña preciosa entre los árboles y se lee el texto:

VALE POR UNA CABAÑA

—¿Y esto?

—Es la cabaña del abuelo, la que está antes de llegar a la cascada. He pedido los permisos y la voy a arreglar para ti. ¿Te gusta?

—¡Qué pasada! —interviene Lara, arrebatándome la tarjeta.

Me he quedado sin palabras. Abrazo a mi padre un buen rato y, cuando me despego, sé que le he mojado la camisa con las lágrimas.

—Me encanta, papá. Muchas gracias.

Nos cuenta ilusionado que llevaba mucho tiempo esperando para poder reformarla y que el momento es ahora. Confía en que quede lo más parecida posible a la imagen que me ha enseñado.

El trámite de tener que sentarme a la mesa de nuevo con Jaime y mis suegros no empaña mi día. A él no lo miro a la cara y a ellos los ignoro.

Mi cómplice, es decir, mi madre, finge una enorme jaqueca antes de que nos terminemos el café. Y en menos de media hora ya están todos tirados en mi sofá, incluida Úrsula, que ha estado en su pueblo solo lo estrictamente necesario.

Repantingados, comemos turrón de chocolate sin remilgos mientras vemos una película de esas que repiten este día, año tras año, de cuyo título no quiero acordarme.

Aprovecho para escaparme un rato. Entro en mi despacho, enciendo el portátil y accedo al buscador de vuelos que uso habitualmente.

Destino: Barcelona.

39
Barcelona

ALAN

El vuelo de Ele llega con retraso, así que me he pedido un té en una de las cafeterías del aeropuerto y trasteo con el móvil mientras la espero. Estoy echando un vistazo a los miles de correos electrónicos que tengo pendientes de abrir; incluso hay algunos importantes que han ido a parar a la bandeja de *spam*. Menudo desastre. Como no tengo nada mejor que hacer, me dedico a organizar un poco mi agenda para las próximas semanas.

Cuando me llamó el día de Navidad para decirme que ya tenía los billetes, no me lo podía creer. Lo cierto es que no me esperaba que al final se decidiera a venir un par de días. A mí las fiestas me dan un poco igual, por suerte, nosotros siempre hemos sido de pocas tradiciones. Sin embargo, entiendo que ella, al tener a Lara y encima viviendo lejos de los suyos, haya querido pasar esos días rodeada de su gente.

No sé, me ha hecho ilusión que quiera estrenar el año conmigo, los dos solos aquí antes de volver a Londres y meternos de lleno en la rutina.

Miro la pantalla de las llegadas y veo que su avión está aterrizando.

Aprovecho para llamar a mi madre y confirmar la hora de la cena. Sí, esa sí que va a ser una gran sorpresa para Ele. Mi padre se marcha mañana temprano y mi madre ha insistido en que cenemos con ellos.

¡Hay que joderse! Llevan más de veinte años separados, con épocas en las que no se dirigían ni la palabra, y ahora que ya se han hecho mayores son como dos amigos de toda la vida. Lo peor es que me quieren hacer partícipe de su estrenada reconciliación (creo que a más de un nivel), pero prefiero no pensarlo.

Me sitúo en primera fila y, cuando las puertas automáticas se abren, sonrío al ver a Ele arrastrando su pequeña maleta entre el resto de pasajeros.

—¡Bienvenida a Barna! —La abrazo fuerte y después ataco su boca. No puedo decir que la beso, porque eso se supone que es más delicado.

Pronuncia mi nombre entre dientes mientras mira a su alrededor por si alguien estuviera pendiente del espectáculo.

—Es un aeropuerto, Little. Están acostumbrados a bienvenidas y despedidas mucho más tórridas.

—Me hago una ligera idea. —Se suelta de mi abrazo para ir hacia la salida.

Tengo aparcado el coche de mi madre en el parking, un Seat Ibiza rojo que dentro de muy poco tiempo se podrá considerar clásico.

Guardo su maleta, le abro la puerta porque tiene truco y, antes de incorporarme al tráfico, le doy otro beso.

—Sigues apostando por lo *vintage*, ¿no?

Me río porque me acabo de acordar de nuestro fin de semana en la furgoneta y de mi regalo de cumpleaños. Como si me leyera el pensamiento, me atiza medio guantazo en el brazo que no consigue borrar mi sonrisa.

—Este más bien es la apuesta de mi madre, que no quiere gastar ni un céntimo en uno nuevo.

Cuando Ele me avisó de que vendría, reservé una habitación en el Hotel W, hacia donde vamos. Es uno de los más modernos de la ciudad y está ubicado en pleno paseo Marítimo en la Barceloneta.

Hemos hablado a menudo desde que nos despedimos en Londres, aunque ahora se muestra mucho más charlatana. Como la conozco, puedo asegurar que está nerviosa. Me cuenta que al final Lara se ha quedado en casa con sus padres, y que le ha gustado compartir con ellos estos días, pero que el ambiente navideño cada vez le resulta más monótono y aburrido. No puedo evitar preguntarle por su cuñado. Me cuenta que sigue igual, hace como si no hubiera pasado nada, y en cuanto están a solas insiste con lo mismo.

—No quiero hablar más de él. Y tú, ¿qué tal?

—Bien. He descansado bastante. He comido para esta vida y un par de ellas más. He disfrutado, a ratos, de la compañía de mis padres, JUNTOS —recalco, para que note el sarcasmo—. Y a otros, he querido teletransportarme hasta mi estudio y desconectar.

Ele se ríe y mira todo a través de su ventanilla.

—¡No seas exagerado!

—Ya me lo contarás después de la cena.

—¿Qué cena?

—Ah, lo siento. —Me hago el despistado—. Mi padre se va mañana temprano y mi madre, que, como ya te he dicho, ahora es su mejor colega, me ha pedido que cenemos con ellos, para despedirme.

—¿De verdad quieres que vaya?

—Sí, tranquila, será algo informal. Solo tienes que fingir que te duele muchísimo la cabeza nada más cenar y nos iremos.

—No seas bobo.

—No, en serio. Te pareceré un egoísta, pero cuando yo he necesitado que mis padres estuvieran juntos era cuando todavía era un crío, y ellos en aquella época casi ni se hablaban. Ahora me la suda un poco, la verdad.

No me contesta, y me doy cuenta de que se queda quieta en el asiento. No sé si está sopesando mis palabras, si se ha quedado así por la encerrona o porque ya estamos entrando en el parking del hotel.

—Ele. —Pongo la mano encima de su pierna para que reaccione—. Di algo.

—¿Eh? Sí, que te la suda cenar con tus padres —titubea—. ¿Es este el hotel?

Me río porque ha dado a entender que le ha impactado más la elección del hotel que mis palabras y la invitación a esa cena.

—Sí. ¿Te gusta?

Reconozco que tiene un aspecto bastante llamativo desde el exterior: arquitectura vanguardista y situación inmejorable, frente al mar. Espera a que vea el interior.

Aparco este trasto, que suena como si fuera a ir perdiendo piezas por el camino, y nos bajamos. Echamos un vistazo rápido al resto de

vehículos y nos partimos de risa: todos son de alta gama, menos el de la señora Claudia, o sea, mi madre.

La habitación está en la planta veinte, y, dado que en el ascensor subimos acompañados, no puedo explicarle a Ele todo lo que pienso hacerle. Abro la puerta y entramos. Es una suite en esquina con unas vistas impresionantes a la playa. Tiene casi setenta metros cuadrados, una cama *king*, una pequeña sala con sofás al lado de la ventana, bañera independiente y baño con lavabo doble y ducha.

Ele deja su maleta nada más entrar y va directa al cristal, sin decir ni media palabra.

—¡Estás loco, Alan! Esta habitación tiene que costar una pasta. Podrías haber escogido cualquier otro hotel.

Me acerco a ella por detrás y poso mi barbilla en su hombro.

—Relájate, Ele. Tiene truco.

—Sí, ¿cómo la puerta del coche de tu madre?

Me río por la comparación y le explico que llamé a la agencia para hacer la reserva. Ellos tienen siempre preferencia y ventajas para reservar habitaciones en muchísimas ciudades. Una mención en mi cuenta de Instagram y un par de fotos etiquetándolos antes de irme serán suficientes para que el precio que me han dado sea más que razonable.

La beso cuando termino con la explicación y así evito que me haga más preguntas.

Los besos nos encienden y nuestras manos se aceleran. Empezamos a descubrir, con demasiadas prisas, nuestra piel. Labio con labio, gemido contra gemido. En unos segundos pasamos a ser dos cuerpos desnudos y expectantes. Llevamos más de dos semanas sin tocarnos y las ganas se hacen dueñas de la situación.

Intenta arrastrarme hasta la cama, pero sigue siendo muy fácil resistirme a su escasa fuerza. La retengo al lado del ventanal y me coloco a su espalda, otra vez. Su mano izquierda se enrosca en mi cuello y la derecha baja hasta agarrar mi polla, que palpita en su palma. Mis manos se posan en su sexo, suaves y lentas. Separo sus piernas con mi rodilla mientras lamo su nuca. Susurro palabras bastante guarras que incentivan su humedad y pego su cuerpo al cristal, provocando un pequeño chillido cuando sus pezones rozan el

frío vidrio. El segundero se revoluciona y, haciendo mías las palabras de Miss Caffeina en su canción *Prende*, noto cómo crece en mí su pequeño caos y me rindo.

Me enfundo un condón que saco del bolsillo del pantalón y la penetro desde atrás. Sin previo aviso. Empujo con fuerza desde la primera embestida. Jadea. Se abre más. Blasfemo. Me recibe. La masturbo.

—Más —me pide y me dejo vencer.

Le doy más. Mucho más. Más rápido. Más profundo. Más todo.

La puta química hace el resto. Calambres. Caos. Orgasmos. El de la señorita primero, el mío después.

Ahora sí que nos dejamos caer.

Un par de horas después, recién duchados y vestidos, estamos subiendo en el ascensor hasta el ático de mi madre.

—Estoy un poco nerviosa —se sincera, aunque no hace falta que me lo diga porque se nota.

Enmarco su cara con mis manos y, en vez de besarla, le paso el mentón por el cuello, provocándole cosquillas con la barba. Se ríe y espero haber aliviado un poco la tensión con mi tonto gesto.

—Son raros, pero no muerden. Recuerda lo de tu jaqueca —digo mientras le guiño un ojo y llamo al timbre.

Abre mi padre, con unos vaqueros, la camisa por fuera y descalzo, como si estuviera en su casa. No me da tiempo a presentarlos porque él se adelanta.

—Hola, soy Jon, el padre de este capullo. —Qué manera más idiota de romper el hielo, ¿verdad? Le muestro mi sonrisa más falsa.

—Hola, yo soy Nora.

Sonrío, me gusta que solo sea Ele para mí.

Le doy la mano para infundirle valor y pasamos hasta el salón, donde ya nos espera mi madre.

—¡Hola, Nora! Yo soy Claudia.

Mi madre nos recibe con una sonrisa de oreja a oreja. Sí, durante estos días me ha sonsacado toda clase de detalles sobre lo que sea que tenemos Ele y yo. Sabe que somos un poco más que amigos y es consciente del miedo que siento cuando la relación se pone más seria, pero en más de una ocasión me ha recalcado que el tono que

empleo cuando hablo de ella y el brillo que desprenden mis ojos muestran indicios de otra cosa.

La cena transcurre sin muchos sobresaltos, salvo cuando veo los ojitos que se ponen mis padres o las insinuaciones que quedan flotando en el aire; entonces me tenso y Ele posa su mano en mi rodilla para que no le dé demasiada importancia.

Hablamos de Londres, de Edimburgo y de Barcelona. Mi madre confiesa que ya no podría vivir en ninguna otra ciudad. Ele está más relajada que cuando hemos llegado y esquiva con timidez al simpático de mi padre, que de vez en cuando intenta etiquetar nuestra relación. También alardea, cada dos por tres, de lo privilegiada que puede sentirse porque se los haya presentado.

—Siempre pensamos que no nos traería a nadie más después de... —comenta mi padre y no termina la frase, para asombro de todos, incluido yo. No sé a cuento de qué tiene que mencionarla ahora.

—Sirve más vino, Jon —lo interrumpe mi madre para cambiar de tema.

—Me ha dicho Claudia que eres viuda, ¿verdad? —pregunta él otra vez, como si no lo supiera de sobra.

Mi madre ahora lo mira mal, seguro que se lo contó con intención de que no lo mencionara, pero él no se da por aludido.

—Y tienes una hija, ¿no?

—¿Las preguntas las tenías preparadas o te van surgiendo después del vino? —intervengo cada vez más cabreado.

—Sí —contesta Ele, dando a entender que no le importa confirmárselo.

—Es viuda igual que yo —añade mi madre. Sé que lo dice para que no se sienta tan intimidada y se lo agradezco. Ele la mira con comprensión—. Y eres periodista, Alan me lo ha contado —añade para apagar todos los fuegos que enciende mi padre.

—Sí. Ahora escribo una columna semanal para un periódico y también estoy con un proyecto literario, que quizá se convierta en un libro.

—¿Has publicado alguno ya?

—No. Si tengo suerte y alguna editorial me da una oportunidad, será el primero. Aunque también puedo optar por autopublicarlo, de

momento, tengo que terminarlo.

—Vaya, pues ahora que me acuerdo... —Mi madre se levanta para ir hasta el mueble del salón. Saca una tarjeta de un cajón y se la entrega—. Mira, este es el teléfono de Gala. Es la hija de una amiga mía. Estuve con ella hace unas semanas y me contó que acababa de abrir una editorial. Aprovecha que estás aquí y queda con ella, dile que vas de mi parte. Sé que está trabajando con muchos autores noveles, a ver si tienes suerte.

—Muchas gracias.

—¿Gala? —inquiero.

Ele vuelve a leer la tarjeta y se le dibuja una sonrisa en la cara. Me gusta verla feliz.

—Sí, ya sabes, la hija de Laura, mi amiga la sexóloga.

—Sí, sí, ya me acuerdo de ella y de aquel novio que tenía que era hijo de otros amigos tuyos. Álvaro, ¿no?

—Sí, pero eso no funcionó. Era un gilipollas y un cabrón, como... —Otro silencio para no mencionarla. Cabeceo. Menuda nochecita—. Ahora está con un chico encantador, guapo, alto, con sonrisa divina y pinta de *gentleman*. Acaban de tener un bebé.

—Vaya, ya veo que te has fijado mucho en él —replico al escuchar esa descripción tan exhaustiva.

—¡Por supuesto! Marc es perfecto.

—Nadie es perfecto —apuntilla mi padre.

—Tú ya sabemos que no —añado como un dardo envenenado.

Él se ríe, porque nos conocemos de sobra y sabe que hay temas que, aunque nunca hablemos, están ahí. Me llevo bien con los dos, pero con él un poco menos. Siempre lo he considerado el causante de su separación y, a pesar de que han pasado muchos años, es algo que no he olvidado.

Ele estará alucinando. Y yo estoy saturado. Solo quiero despedirme y volver al hotel para estar solos.

—Lo que os quiero decir es que las segundas oportunidades pueden ser infinitamente mejores que las primeras.

Esta última frase, jodidamente intencionada, la pronuncia mi madre y nos deja a los tres absortos en nuestros propios

pensamientos, como si nos acabara de revelar una verdad universal. Luego se gira y desaparece por el pasillo.

40
Oportunidades

El diccionario define la palabra oportunidad —nombre femenino— como la circunstancia, el momento o medio oportuno para realizar o conseguir algo.

Y aquí estoy, atrapada entre las piernas de Alan dentro de esta increíble bañera con vistas, sopesando si el cosmos se ha alineado para mandarme todas las oportunidades de golpe, como los rayos incesantes de una tormenta de verano.

Su madre lo mencionó anoche, poniendo el broche final a una velada un tanto... diferente. Alan y su padre no tienen la mejor relación del mundo; sé que se respetan, pero sus pensamientos distan mucho de encontrarse. Su padre sigue sin desprenderse de ese aire de ligón maduro, y creo que Alan rehúye completamente de eso. No es que me tratara mal, ni mucho menos, pero parecía que siempre quería marcar las diferencias existentes entre su hijo y yo. En cambio, Claudia y Alan se llevan mucho mejor; pese a que creo que pasaron unos años bastante malos durante su adolescencia, se nota que ahora existe mucha complicidad entre ambos. Ella ha estado de diez conmigo.

Alan despega sus manos de mi cintura y me empieza a lavar el pelo; las yemas de sus dedos ejercen la presión exacta sobre mi cuero cabelludo. Me relajo. La espalda primero, después el cuello. Apoyo la cabeza en su hombro, derrotada por todo lo que me hace sentir. Es erótico, increíblemente erótico. Sé que, si me lo propone, podría quedarme todo el día aquí, sin salir de esta habitación. Después me lo aclara con agua tibia, mientras me susurra palabras que no soy capaz de reproducir.

La palma de su mano es la esponja que reparte espuma por mi piel; suave, deslizante y juguetona. Mi esternón, mis pechos, mi ombligo. Lo rodea y continúa el descenso hasta quedarse a escasos milímetros de mi sexo. Lame mi oreja.

—Vas a tocarte, Little, y pienso mirar.

—Al —susurro, acortando su nombre—. Se nos hace tarde y quiero llegar puntual a mi cita con Gala —protesto.

—¡Me gusta cómo suena ese Al! Mis dedos van a tardar igual que los tuyos. Vamos, no pierdas el tiempo.

Sus palabras siempre causan un efecto extraño en mí. No suenan a orden, pero casi siempre estoy dispuesta a dejarme guiar por él. Deslizo mi mano derecha y la poso en mi sexo, sin moverla. Él me observa desde su posición privilegiada y me anima a que continúe.

—Vamos, Ele, no te detengas ahora.

Mis dedos se abren paso entre mis pliegues y enseguida presionan el punto exacto. La espuma se expande hacia las paredes de la bañera por el movimiento y mi mano se vislumbra debajo del agua. La sensación me abruma y un atisbo de vergüenza me hace detenerme de nuevo. Alan lo nota y posa su mano encima de la mía, sin ejercer presión, pero sin soltarme. Su gesto me convence del todo, porque el sexo alcanza una dimensión desconocida y única cuando es con él. Es seguridad e intimidad, y siempre, siempre me hace dar los pasos de manera fácil y natural.

—Al —gimo y continúo el movimiento.

—Si pudieras verte con mis ojos desde esta posición, me regalarías esta imagen todos los putos días, pequeña.

Palabras. Jadeos. Sensaciones.

Me voy entre nuestros dedos mientras él me sostiene.

Contra todo pronóstico, media hora después, llego puntual a mi cita con Gala. Alan me deja en el portal donde se encuentra su oficina, se despide con un par de frases motivadoras y unos cuantos besos lascivos, para que no me olvide de él. Luego pasará a recogerme y así le dará tiempo a visitar una galería que no está muy lejos de aquí.

Gala me abre la puerta con una sonrisa radiante en la cara y me da dos besos antes de sentarnos en su despacho. La oficina es pequeña, pero muy coqueta.

—Disculpa el caos, pero hace poco que he abierto y con el bebé todo se complica.

—Tranquila. Las disculpas te las pido yo por llamarte con tan poco tiempo de antelación.

Me ofrece un café y, por supuesto, no lo rechazo.

La conversación gira en torno al mundo de las letras en un primer momento, pero es tan fácil y agradable hablar con ella que enseguida enlazamos un tema con otro. Me cuenta que trabajó en una editorial grande en Madrid hasta que se separó y regresó a Barcelona. Le hablo de la publicación del libro de Fer, incluso le digo sin ningún reparo, que muchas páginas fueron escritas por mí. Sonríe y me entiende. Se acuerda de aquel superventas y cree que leyó en los medios lo del accidente de mi marido. Me cuenta su forma de trabajar ahora, sus comienzos, la conciliación, en la cual nos detenemos un rato, porque, hoy en día, sigue siendo más una utopía que una realidad. Me nombra a varios autores que han firmado con ella. Me confiesa sus géneros favoritos y su odio a la ciencia ficción. Nos reímos porque en eso coincidimos. Menciona las condiciones estándar de los contratos y parte de la letra pequeña. Me pregunta sobre lo que tengo escrito. Se lo cuento y le encanta la idea. Hablamos de mi mudanza, de Londres, de la agencia de viajes que tiene su marido y de los destinos que tienen en esa lista interminable de pendientes.

El tiempo pasa más que volando, pero no he mirado el reloj ni el móvil, que lo tengo en silencio desde que he entrado, porque he estado demasiado a gusto con ella.

Empezamos a escuchar unas voces masculinas al otro lado de la puerta y nos miramos extrañadas.

—Creo que se nos ha hecho tarde —dice, levantándose para ir a ver.

Cuando abre la puerta, observo a Alan hablar con un chico alto con los ojos más verdes que he visto nunca. Por la sonrisa que este le dedica a Gala, creo que es el perfecto *gentleman* del que hablaba Claudia.

—¡Hola, chicas! —Se acerca a darle un beso en la boca con apretón de trasero incluido a Gala.

Alan se aclara la garganta y me guiña un ojo. Sin duda sé que le encanta la imagen de ambos restregándose.

—Este es Marc, mi marido —sisea ella.

—Sí, el hombre perfecto. Ya nos hemos presentado hace unos minutos —añade Alan y Gala abre los ojos de par en par.

—¡Menos cuando pierde los modales! —enfatiza ella.

Yo también le doy dos besos y Gala se los da a Alan.

Se recuerdan automáticamente, de haber coincidido en celebraciones y fiestas con sus madres, aunque Alan es un poco más mayor.

Le contamos lo descriptiva que fue Claudia cuando nos habló de su marido y las carcajadas de los cuatro invaden el vestíbulo.

—¿Ya no desfilas?

—No, ahora soy profesor y hago alguna campaña publicitaria.

—Vaya, pues cuando se lo diga a Zoe seguro que me pide tu número. ¿Te acuerdas de ella? Es mi mejor amiga, la pelirroja.

—Creo que me quiere sonar.

—Cuando le diga que he estado contigo va a alucinar. Fuiste el protagonista de sus sueños húmedos desde los catorce.

Me río y Alan hace un gesto con la mano al aire como para que continúe alabándolo. Cómo le gusta al guapito de cara volver locas a las nenas.

—¡Cuidado con *la peli*! —le advierte Marc sobre su amiga.

—Lo siento, Nora, pero este chico siempre ha sido así —se disculpa Gala.

—Tranquila, me había hecho una ligera idea.

Nos despedimos y me abraza de forma cariñosa. Me propone que le mande lo que ya tengo escrito, para ver qué tal encaja.

—Creo que trabajaremos muy bien juntas. Si me das una oportunidad, claro.

—La oportunidad me la das tú a mí, así que estoy segura de que formaremos un buen equipo —respondo, complacida.

Los chicos se dan un apretón de manos y Alan le recrimina que vaya dejando el listón tan alto para los demás, como si él se quedara corto.

Cuando pongo un pie en la calle, le pido el teléfono de su madre para agradecerle que me diera su contacto. Antes de colgar, me vuelve a mencionar lo de aprovechar la oportunidad, y no solo en el

sentido laboral, me recalca. Sé que se refiere a Alan y sé que, aunque no lo pronuncie en voz alta, algo se está cociendo en mi interior. De momento, vamos a llamarlo X.

Lo miro, tan guapo que duele. Está exultantemente feliz y entusiasmado con cada rincón de esta ciudad que desprende arte.

Me lleva de la mano, me enseña sus lugares favoritos y completa la narración de su historia con las anécdotas más bochornosas o divertidas de su adolescencia aquí. Comparte una parte de su vida que según él fue caótica, pero seguro que no más que otras. Tira de mí sin soltarme, como si no me quisiera perder entre tanta gente.

Mientras paseamos por las calles de Barcelona, la bendita palabra no se va de mi cabeza.

Oportunidad. Oportunidad de vivir. Oportunidad de sentir.

Oportunidad de cumplir sueños.

—Ele, estás como ida, ¿en qué piensas? —pregunta cuando ve que no he prestado mucha atención a su último comentario.

—En las oportunidades.

—¿En las primeras o en las segundas?

—Dímelo tú —añado, confiando en que su respuesta me saque de este trance.

—Tus ojos me dicen que en las segundas —sentencia, convencido.

Me muerdo el labio con descaro y él me sella la boca con un beso. No me hace falta confirmárselo, porque mi cuerpo se lo transmite a gritos.

41
Lo niego todo

ALAN

La rutina se ha apoderado de mí, como ya vaticiné, y no es una queja, ni mucho menos. Cuando has vivido tantos años de acá para allá como yo, sin saber qué vuelo tendrás que coger dentro de tres días, el poder tener las próximas semanas programadas con antelación me proporciona una sensación de extraña y ansiada calma.

Está haciendo un frío de narices y no para de llover desde hace días. Sé lo que es estar un invierno en Londres, pero hacía tanto tiempo que no pasaba uno aquí que hay días en que no lo llevo bien y este mes de febrero solo acaba de empezar. Ele se ríe de mí y me insta a que me vaya a vivir con mi padre a Mallorca. Sí, desde que los conoció en Barcelona en aquella cena de lo más..., no sé muy bien cómo definirla, hablamos de vez en cuando de ellos.

Mi rutina con ella, y empleo esa palabra otra vez no de forma despectiva, sino por su cotidianidad, sigue siendo el mejor cierre del día. Normalmente, sube ella a cenar conmigo y después, terminamos tirados en la alfombra al lado de la chimenea con la excusa del calor. Algunos días solo nos tumbamos en el sofá, ella con algún libro entre manos, de cualquier género, y yo absorto en los de arte. También dejamos que las listas de las canciones se coman los minutos mientras nos acariciamos o nos besamos o nos follamos. Nos hacemos compañía y nos escuchamos, por eso cada vez nos conocemos más.

En este instante estoy preparando una ensalada de esas que se hacen abriendo cuatro paquetes; uno de brotes tiernos, otro de tacos de pavo, el tercero de nueces y, por último, el de los tomates cherry. Cero complicaciones. Sacaré unos filetes para poner a la plancha y cena resuelta. Ya sé que te dije que no cocinaba, pero con ella es todo distinto, jodidamente distinto.

Iba a cenar con Nora, pero cuando he llegado esta tarde y he parado a verla, me ha comentado que está algo resfriada y que iba a intentar meterse en la cama pronto, a ver si mañana se encontraba mejor, así que la he dejado descansar y he llamado a Andrea, que siempre me recrimina que ya no le doy tanta bola. Él será mi invitado hoy.

—Aquí está tu segundo plato. —Me entrega un pack de cervezas en cuanto le abro la puerta.

—Más bien, mi postre. —Le saco la lengua con lascivia.

—¡Aparta, escocés! No eres mi tipo.

Meto las cervezas en la nevera y cogemos un par de las que ya estaban frías. Andrea se sienta en un taburete y empieza a comer nueces de la bolsa que todavía no he recogido.

—Así que te han dado calabazas.

—Error. Está algo pachucha.

—Vaya, menudo novio. En vez de estar con ella haciéndole sopitas y poniéndole el termómetro, me llamas a mí para no cenar solo, ¿eh capullo?

—Capullo eres tú un rato, Espagueti. Y no es mi novia.

—Deja que me parta el culo un rato, escocés. Lo ignoro mientras pongo la plancha a calentar.

Sé que ninguno le quiere poner nombre, pero es verdad que tenemos *algo*. Sobre todo, me quedó más claro cuando, nada más regresar de Barcelona, me preguntó directamente si estaba follando con otras. Me empecé a reír tan fuerte, porque su tono sonó demasiado raro, que Nora se puso a la defensiva y le faltó poco para salir huyendo. Fue entonces cuando me di cuenta de que lo preguntaba completamente en serio. Mi respuesta fue un no, un no rotundo. A pesar de esa imagen que ella siempre se forma sobre mí, esa de que todas las tías babean por mí y que encima a mí y a mi ego nos encanta. Le dejé claro que hace mucho tiempo que soy sincero con las mujeres y que no estoy con más de una a la vez. Quizás no maticé bien mis palabras, porque la cara de Ele se tornó blanca. Vamos, que le di a entender que, efectivamente, todo lo malo que puede pensar sobre mí es verdad, bueno, fue verdad, en el pasado.

—Entonces ¿follas con otras? —me pregunta el puto italiano como si se acabara de meter en mi cerebro.

—No, ya sabes que no.

—Has caído, escocés. Estás loco por ella.

—No digas tonterías. Me gusta y lo paso bien con ella, punto. —Lo niego todo, aunque una pequeña parte en mi interior me grita que menuda trola acabo de soltar.

—Alan... —Miedo me da si me llama por mi nombre—. Ten cuidado. Después de lo de Camille empiezas a estar bien otra vez. Y Nora es otra bomba de relojería. ¿No lo ves?

Los filetes ya están. Los emplato, me abro otra cerveza y me siento en el otro taburete.

—Lo veo, no soy idiota. Y ya te he dicho que no tienes de qué preocuparte.

—En serio, no te cuelgues de ella, si eso es posible a estas alturas. Tiene una hija adolescente, acabará el curso y volverá a Madrid. No eres su tipo, ni ella lo que tú necesitas. Además, si se entera Camille, podría volver a...

—Vale —lo corto—. No hace falta que me lo recuerdes, y no puedo vivir siempre con el miedo a las reacciones de Camille. Estoy intentando estar bien con ella, como amigos. Ya le dejé suficientemente claro que no seremos más, así que no me des lecciones. Y respecto a Nora, no tienes ni idea de si soy su tipo o no —espeto cabreado, dándole un trago más largo a la cerveza.

—Está bien. —Levanta las manos en señal de disculpa, que yo acepto a regañadientes.

Jamás en la vida juzgo a nadie, y espero que los demás tampoco lo hagan conmigo.

Andrea y yo somos íntimos amigos. Aun así, nuestras formas de ver la vida y las relaciones distan mucho, pero jamás se me ocurriría decirle a él que deje de meter su chorra en todos los agujeros que se le pongan a tiro; cada uno hace lo que quiere, somos mayorcitos. Solo me atrevería a advertirle si viera que corre alguna clase de peligro. En cambio, sus advertencias sobre enamorarme de Ele o juzgar si somos compatibles, simplemente porque no está soltera y sin hijos, no voy a tolerarlas.

Cuando ve mi gesto, cambia de tema, a uno en el que los dos estemos de acuerdo: el trabajo. Me habla de que quizás podamos preparar otra colección con la misma temática para una galería de Nueva York de la que ya ha conseguido el contacto.

—Sería *cojonuti* —decimos al unísono y nos reímos.

Le cuento que estoy pendiente de que me confirmen un anuncio para una marca de relojes deportivos de alta gama en Cannes y que tendría que cuadrar fechas con las clases y demás.

El postre nos lo saltamos y nos servimos dos vasos de whisky en el salón. A él no le entusiasma, pero siempre que puede se bebe uno conmigo.

—Me preocupa Gio.

—¿Tu hermano? ¿Por qué?

—Creo que es más de culos que de tetas.

Escupo parte del líquido que tenía en la boca e incluso le salpico el jersey de cuello alto gris que trae puesto.

—No seas cerdo —me recrimina y se sacude.

—Vamos a ver... —Poso el vaso en la mesa —. Si ese fuera el caso no veo dónde está el problema y sé que tú tampoco, pero ¿cómo va a ser Gio gay?

—Sí, lo llevo pensando varios días.

—Si siempre ha sido el terror de las nenas. ¿No has dicho que en Italia siempre estaba metido en líos de faldas?

—Pues sí, pero desde que ha llegado aquí está muy raro. Solo piensa en ir a trabajar con Dafne. No quiere salir de fiesta. No quiere que le presente a ninguna tía. Y, cuando lo hago, siempre las despacha sin culminar.

—Joder, ¿acabas de decir culminar?

—Sí.

—¿De qué parte de Italia dices que vienes? ¿De la que gobierna Julio César?

—No te pases, escocés.

—Es que no tiene sentido. Es tu hermano, si le gustaran los tíos, te lo habría dicho ya, ¿no crees?

—No lo sé. A veces dudo. ¿Y si ha venido de Italia para que no se enteren mis padres? Porque ellos no creo que le den palmaditas en

la espalda y le digan que traiga a su novio a cenar. No son tan modernos.

—No se trata de moderneces, Espagueti, se trata de sentimientos, y seguirá siendo su hijo y tu hermano, siempre. Da igual donde la meta.

—¡Cállate, gilipollas! —Me pega un guantazo con el cojín.

Es la primera vez que veo a mi amigo preocupado por algo semejante, así que le sirvo otro dedo de The Macallan Amber, aunque no me lo haya pedido.

—Habla con él —insisto—. Es mejor que se ría de ti a la puta cara por haber pensado eso que hacer conjeturas.

—Tranquilo, tengo la solución.

—Esa frase me da miedo.

—Voy a ver si Camille se acerca a él y no la rechaza. Camille es un pibón, es muy difícil decirle que no.

Ahora sí que alucino del todo.

—Tú eres imbécil. Y encima Camille, que es la más equilibrada del grupo, como todos sabemos —ironizo.

—No, esa es Becca, pero es inviable. Si las dudas las tuviera con mi hermana...

Ahora el que le estampa el cojín soy yo.

Lo despido en la puerta con un abrazo. Es muy tonto cuando quiere, pero es mi hermano de otra madre. Le ruego que hable con Gio antes de implicar a más gente con sus planes absurdos.

Cierro la puerta y miro el reloj. Son más de las doce y mañana trabajo, pero necesito saber que Ele está bien, quizás necesite algo. O, al menos, esa es la excusa que me digo a mí mismo mientras bajo a su casa.

De puta madre, sí, puedo seguir negándolo todo.

42
Cuidado con los cuidados

Llevo durmiendo en casa de Alan cinco días y no os penséis que ha sido por voluntad propia, no. Podría decirse que ha sido una combinación de obligación y fuerza mayor.

Lo que empezó como un simple resfriado se fue convirtiendo, a medida que pasaban las horas, en una gripe con todas las letras, y los síntomas, claro. El mismo día que bajó Alan a ver qué tal estaba después de cenar con Andrea, ya tenía casi cuarenta de fiebre y hacía rato que me había tomado un paracetamol. Al ver mi estado, decidió que lo mejor era que subiera a dormir a su casa para tenerme vigilada y no pasar la noche sola. Al principio me negué, porque sé que soy una enferma pésima y prefería pasar mi malestar en soledad y poder quejarme a gusto. No quería que se agobiara. Pero ninguno de mis argumentos lo convenció y, siendo sincera, tenía el cuerpo como si me hubiera pasado un camión por encima y no discutí más. Muy a mi pesar, acepté su ayuda.

Esa primera noche durmió conmigo en la cama. Bueno, más bien se acostó a mi lado, porque no le dejé pegar ojo.

El segundo día se fue a trabajar, aunque cada vez que terminaba una clase me llamaba para saber qué tal estaba. Disimulé lo que pude, pero el paracetamol y los líquidos no me aliviaban nada. Cuando volvió por la tarde de la escuela y me vio hecha una mierda, me amenazó con llevarme a urgencias. Le dije que estaba loco y que era un catarro que se iría solo. Me cabreé con él —ya he dicho que cuando estoy mala soy muy pesada—, y él, ni corto ni perezoso, decidió llamar a su médico sin consultarme y pedirle que viniera a verme a casa.

El diagnóstico: unas anginas como las que padecía cuando era niña, con placas de pus incluidas. Antibiótico cada ocho horas y a recuperarme poco a poco.

Me tuve que morder la lengua y encima agradecérselo. ¡Pobre! Lo que ha tenido que aguantar y aguanta todavía. Para resarcirse, de vez en cuando me habla como si fuera una niña pequeña, cosa que me enerva más, porque no soy una princesita desvalida.

El par de días restantes los pidió libres en el trabajo —gracias a la intervención de Becca los consiguió— y ha estado cuarenta y ocho horas a mi lado, cuidándome, alimentándome y soportándome. No sé cómo no ha caído enfermo él.

Estoy bastante abrumada con sus cuidados, no te voy a mentir. Y hoy, por fin, ya no tengo fiebre y estoy algo más espabilada. Así que me he levantado de la cama, a pesar de las protestas de Alan, que me ha insinuado que debería seguir en ella hasta el domingo por lo menos.

He mandado la columna con el tiempo justo. El proyecto sigue en pausa, porque estos días no he podido escribir ni una sola página. Espero poder volver a recuperar el buen ritmo que llevaba antes de enfermar y avanzar.

—¿Te ayudo? —Entro en la cocina mientras Alan saca la compra de las bolsas.

—Te quieres sentar y descansar, por favor.

—Si sigo descansando, me voy a convertir en momia —protesto.

—No hace falta que hagas nada. No tardarán en venir Dafne y Gio para cocinar todo esto.

Nuestros amigos han decidido venir a cenar hoy con nosotros, incluida Ursu, que en cuanto le dije que estaba enferma me dijo que compraba los billetes y que se haría cargo de mí el fin de semana, por si mi enfermero quería librar. Estará al llegar.

Dafne nos había prometido cocinar platos típicos de su país una noche, y sin duda la cocina de Alan es la idónea para poder hacerlos y su salón perfecto para degustarlos. Mi casero ha querido anular la quedada hasta que yo estuviera mejor, pero me he negado a seguir siendo la enferma.Me siento en el salón y suena el timbre. Antes de que me levante ya está Alan corriendo por el pasillo. Al final va a conseguir hacerme sentir como una auténtica inútil.

—Hola, rubiales —lo saluda Ursu al entrar—. No te habré pillado a punto de ponerle una inyección a mi amiga, ¿no?

—No, nos lo ha prohibido el médico —responde él, entrando al trapo. No sabe el peligro que corre si le sigue la corriente a mi amiga.

—¡Mentira! —chillo desde el sofá.

—Uy, presiento que la enferma no está muy contenta con tus cuidados.

Alan se empieza a reír y mi amiga se abalanza sobre mí para achucharme.

—Pensé que de esta te perdía —se burla—. Esa voz de ultratumba con la que me contestabas me hacía temer lo peor.

—Boba. Ya estoy mejor, como puedes comprobar.

—Tampoco está recuperada del todo —apostilla Alan para que yo bufe sin remedio.

Le doy a mi amiga las llaves de mi apartamento, ella dormirá abajo. A mí Alan no me deja salir de su morada, de momento.

Cuando regresa después de dejar su maleta, nos ponemos al día. Ella con una copa de vino en la mano y yo con una CocaCola; con el antibiótico no puedo beber alcohol.

Los siguientes en llegar son Andrea y Gio. El primero se niega a darme dos besos por si le pego el bicho, según sus palabras textuales; sin embargo, se acerca a besar a mi amiga. Gio, en cambio, viene enseguida a darme un abrazo y a decirme cuánto me han echado de menos en el Café Havana esta semana.

Gio se va directamente a la cocina, que sin duda es donde mejor se desenvuelve, y empieza a preparar todos los ingredientes para la cena.

Dafne llega diez minutos después, muy sofocada. Viene directamente del trabajo y es de las que odia llegar tarde.

—Lo siento, no he podido llegar antes —se disculpa, y se acerca a darme un abrazo—. ¿Te está cuidando bien el feo?

—Solo a ratos —afirmo.

—Vaya, ¿solo a ratos? —susurra Alan demasiado cerca de mi oído —. Tendré que aplicarme más, entonces. —Y, sin esperármelo, me come la boca delante de todos, con mordisco de labio al final incluido.

—¡Guauu! —exclaman Andrea y Ursu, como si fueran la misma persona con dos voces.

—Yo también quiero pillar ese virus —añade Úrsula.

—Pues yo podría ser tu médico y recetarte algo —apunta Andrea sin cortarse un pelo.

Dafne se parte de risa y se va a la cocina, donde Gio la recibe con un gesto bastante cariñoso, que solo veo yo. Alan y yo nos miramos y negamos con la cabeza, porque al italiano ya lo conocemos de sobra y mi amiga no suele quedarse sin palabras, así que espero su reacción.

—Estoy atravesando una época en la que prefiero automedicarme —suelta la rubia.

El zasca hace que el italiano se lleve la mano al corazón, como si se lo hubiera roto. Mi amiga lo ignora por completo y se va a servir otra copa de vino. Las carcajadas de Alan y las mías inundan el salón.

Robert, Becca y Camille son los últimos en llegar, casi cuando Dafne nos obliga a todos a sentarnos a la mesa para servir la cena. Mi amiga me hace su particular gesto de poner los ojos en blanco cuando ve cómo la modelo se pega a Alan al saludarlo. Sí, es difícil no darse cuenta.

Dafne se ha esmerado en darnos a conocer un montón de platos de su país; yuca con mojo, arroz con frijoles, ropa vieja, incluso ha hecho ella misma unos tamales que acompañamos con carne de cerdo. Todo con la inestimable ayuda de Gio, por supuesto, que es un cocinero con un magnífico expediente, pero sin demasiada experiencia, como explica su hermano a mi amiga, que, desde que se ha sentado a cenar no para de hacer ese ruidito que se te escapa cuando comes algo que te gusta mucho.

A mí el antibiótico me está dejando el estómago un poco delicado y no tengo mucha hambre, pero estoy probando de todo porque no me quiero perder este festival de los sentidos.

Las conversaciones fluyen entre unos y otros. Robert se interesa mucho por mi amiga también, se ha sentado a su lado y no paran de hablar; creo recordar que no coincidieron en la fiesta de Alan, y me

da la impresión de que mi rubia ya está empezando a ser otra vez el centro de atención.

Acompaño a Dafne a la cocina a coger el postre. Un flan de leche que huele de maravilla. Alan me riñe y todos se ofrecen a ocupar mi puesto, pero necesito sentirme útil.

—Lo podía llevar yo —afirma Dafne.

—Lo sé, pero como no he podido ir a verte en toda la semana, tengo algo que decirte —susurro, y disimulo sacando los platos pequeños del mueble para que no nos oigan—. Andrea se piensa que su hermano es gay.

—¿Gay? —Se parte de risa tan alto que llamamos la atención de todos.

—¿Cuál es el chiste? —pregunta Andrea desde el salón.

—Ninguno que pueda escuchar un niño pequeño —lo chincha la cubana.

Le resumo lo que me ha contado Alan sobre la teoría de Andrea, basada en que no quiere intimar con ninguna chica de las que le presenta; incluso le menciono que está pensando ponerlo a prueba con alguna que sea irresistible. Percibo que Dafne se empieza a poner nerviosa. Sé que, si Andrea se enterara de la relación que tiene con su hermano, se liaría una gorda.

—Prométeme que no se lo contarás al escocés —me pide.

—¿Qué es lo que no me vas a contar? —Alan acaba de pegarse a mi espalda, ¿de dónde ha salido?

—*Fuck!* —blasfema Dafne, y casi se corta con el cuchillo que tiene en la mano.

Gio se acerca en cuanto la oye maldecir.

—¿Estás bien? ¿Te has cortado? Déjame ver...

Alan me observa a mí y también la escena: el hermano pequeño de Andrea examinando el dedo de Dafne, con la mayor de las delicadezas.

—Estoy bien, ¡suéltame! —masculla Dafne con tono serio y se separa de él como si quemara. Coge la fuente con el flan y sale disparada de la cocina.

Gio la sigue, resoplando. Alan me mira sin entender nada o entendiendo cosas, quién sabe. Nos repartimos los platos.

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta antes de volver al salón.

—No tengo ni idea —miento, y salgo de la cocina.

El carraspeo que oigo detrás de mí me da a entender que no he sonado muy convincente.

A punto están de saltársenos las lágrimas con el flan, de verdad. No conozco a nadie con mejor mano para la repostería que Dafne. Becca y Ursu recogen la mesa con la ayuda de Robert. Los únicos que no hacen nada son Camille y Andrea, que ya han cogido sitio en el sofá.

Alan sirve unas copas y enciende la música, aunque la pone tan bajita que solo se oyen nuestras voces. Me obliga a sentarme en una butaca y él se coloca en el suelo, con la espalda entre mis piernas. No me pasa desapercibida la mirada desaprobatoria que nos echa Camille y detengo mis dedos, que ya estaban viajando libremente para colarse entre su pelo. Me imagino que sabe que cada vez pasamos más horas juntos, tampoco tenemos que escondernos. Empiezan a hablar de trabajo. Andrea comenta la posible exposición que Alan y él pueden presentar en Nueva York, y Camille enseguida apunta que ella también tiene trabajo allí y que coincidirían en fechas. No quiero mirar a mi amiga porque sé que me está mirando. Son muchos años sintiendo la misma conexión. Ahora empiezan a vacilar a Becca, para saber si ya ha resuelto esa eterna duda con Margot. La profesora de yoga y ella se traen un tira y afloja que los despista. La pelirroja dice con la boca pequeña que todavía no, aunque tiene indicios de que le gustan las personas, sin importar de que sexo sean. Su hermano la defiende cuando todos la abuchean. Dafne y Gio siguen callados, sonríen de vez en cuando, pero sin demasiado entusiasmo. Tendría que haberme callado y haber omitido lo que piensa Andrea, al final les he estropeado la noche.

—Yo me voy a Cannes en unas semanas, a grabar un anuncio de relojes en un yate de lujo en mitad del Mediterráneo —nos cuenta Alan.

Los insultos por ser un cabrón con suerte saltan de las bocas de todos sus amigos, incluida Camille, que le suplica que incluyan a una mujer en el spot o, en caso contrario, que la lleve en la maleta.

—¿Podrías preguntar en la agencia si una periodista puede ir contigo al rodaje? —se interesa Ursu.

—Pues sí, puedo preguntar.

—Es que Nora tiene que hacer un reportaje sobre las horas de trabajo de un modelo para la revista de moda del periódico. Sería cojonudo que fuera contigo, ¿verdad?

¿Cómo? Los ojos se me van a salir de las órbitas. Eso ha sido un órdago de esos del mus o... ¿lo está diciendo en serio?

Alan se vuelve desde su posición para mirarme.

—¡Esa es una gran noticia! ¿Por qué no me habías dicho nada sobre ese encargo?

Quiero matar a Úrsula, con mis propias manos. Suelta la bomba y encima me deja a mí como una idiota.

—Bueno, es que pensé que todavía tenían que confirmármelo. —Y mis ojos se dirigen como espadas láser hacia mi amiga.

—Sí, sí, eso estoy haciendo, confirmándotelo, Nora. Pensé que ya te lo había dicho antes —puntualiza mi amiga para matizar mis palabras.

—Me encantaría que me acompañaras —añade él con un tono tan bajo que solo puedo oír yo.

Y la mezcla de su voz, ronca y susurrada, su bendito olor, hoy con un toque floral muy fresco, y el pinchazo que siento en el vientre, me hacen perder la poca razón que me queda a estas alturas de la noche. Ahora no sé si quiero derretirme en la butaca con su cabeza enterrada entre mis piernas, echar a todo el mundo de este salón para tumbarme con él en la alfombra y devorarnos a fuego lento, o fingir que me encuentro fatal para que siga con sus cuidados intensivos en la cama.

Me pierdo…

Alan queda en que le facilitará el contacto de la agencia para que hable directamente con ellos y mi amiga aplaude mientras me guiña un ojo. Espero que luego me aclare este embrollo.

—Se acabó el hablar de trabajo —suelta Andrea y se levanta para subir el volumen de la música y servir más alcohol.

Soy la primera en retirarme. En cuanto me tomo mi medicina, me despido de todos. Alan quiere acompañarme a la habitación, pero lo

obligo a que se quede disfrutando de la noche con sus amigos. Me besa en los labios en la escalera, lejos de las miradas ajenas.

—Enseguida subo y te cuido.

Y sonrío como una idiota y me alejo como una cobarde.

Vaya, hay que tener mucho cuidado con sus cuidados.

43
Cannes

Alan y yo —su sombra— acabamos de aterrizar en el aeropuerto de Niza después de un vuelo de poco más de dos horas.

Gracias al empeño y perseverancia de Ursu, voy a hacer mi primera incursión periodística en el mundo de la moda. Ya sabes que cuando ella se marca un objetivo es muy difícil que no lo consiga. Ha movido todos los hilos y ha empleado sus mejores técnicas de negociación, esas que en teoría aprendes en la carrera, pero que en la práctica solo te enseña la vida. Hasta hace un par de días no me lo había podido confirmar, no ha sido tan fácil como esperaba y, conociéndola, habrá estado mordiéndose la lengua en más de una ocasión. Sin embargo, a base de pequeñas concesiones —con la agencia de Alan, con la agencia de comunicación y con la propia marca, Alan queda excluido de este embrollo—, ha conseguido meterme en este avión.

El reportaje ocupará las páginas centrales de la revista, que saldrá el primer domingo del mes próximo. En él, aparte de relatar cómo es la vida de un modelo durante un día entero de trabajo, se incluirá un poquito de publicidad encubierta, para tener a todas las partes contentas.

Nada más salir del aeropuerto miramos al cielo y sonreímos. Está a punto de terminar el invierno, pero aquí, pegados al Mediterráneo, el sol nos saluda recordándonos que sigue existiendo, nada que ver con Londres.

Un coche nos espera en la salida. Una chica morena, con gafas de pasta, que sostiene un papel con el nombre de Alan, nos saluda en cuanto nos ve. Es Marion, y él me la presenta con un francés perfecto para después hablar entre ellos en el mismo idioma; aunque pillo algunas palabras sueltas, enseguida pierdo el hilo, y Alan me lo traduce todo al español. Es una de las asistentes de la agencia, lo acompañará en todo momento y está a su entera

disposición. Ella se sienta delante, junto al chófer, y nos comenta que en media hora más o menos llegaremos al puerto de Cannes, donde nos espera el resto del equipo.

Estoy nerviosa y no solo por el intensivo de cuarenta y ocho horas que voy a pasar con Alan, sino porque siempre me he tomado muy en serio mi trabajo y este en particular, más. Después de tanto tiempo sin ejercer mi profesión, además, con una temática tan distinta a la que estoy acostumbrada, mi cabeza se llena de dudas; no obstante, soy cabezota y bastante tenaz. Confío en sacarlo adelante.

—Tranquila —me anima Alan, posando su mano encima de la mía, que se mueve nerviosa dando pequeños toques en mi muslo.

—Te prometo que no te molestaré. Tomaré notas de todo lo que pueda y, cuando estemos solos, te haré un millón de preguntas. Soy muy tiquismiquis, vas a acabar harto de mí —me disculpo de antemano.

—¿Harto de ti? Permíteme que lo dude. Cuando estemos solos te lo explicaré todo mucho más a fondo... —Esta última frase me la susurra al oído—. Más a fondo —repite.

En un acto involuntario cruzo las piernas. Toso y carraspeo, porque no quiero que nadie nos vea en esta actitud. No me apetece ser la comidilla del equipo, y mucho menos que cuestionen mi profesionalidad.

—Alan, ahora solo soy la periodista, recuérdalo —respondo seria, mientras miro esos ojos azules que no se amedrentan y me separo de él tanto como me permite la longitud del asiento del coche, que no es mucha.

El resto del equipo, que es bastante numeroso, está esperándonos en el yate, atracado en el puerto de Cannes, también conocido como Puerto Antiguo, según nos explica Marion.

Pasé algunos veranos en Mallorca, sobre todo después de casarme, y he navegado alguna vez con Fer y su familia, pero este yate no tiene nada que ver con ninguno en el que haya embarcado antes. Este es, simplemente, impresionante.

Grande, de lujo, nuevo y con un diseño ultramoderno. Presentaciones y más presentaciones. Dos fotógrafos y un ayudante

de ambos, la directora de casting, la estilista, la maquilladora, un cámara, el asistente del cámara o chico que carga con todo, la responsable de la marca, otra asistente, creo que dicen de set, y Marion, que embarca detrás de nosotros. Por último, nos presentan al capitán, que será el encargado de llevarnos hasta la localización elegida.

—Dame un par de minutos y empezamos —comenta Alan a la directora, después de que, más o menos, nos haya quedado claro quién es quién.

Me dice que lo acompañe escaleras abajo. Me quedo sin palabras al divisar un espacioso salón comedor, con mesa de cristal incluida, cuya superficie brilla tanto que hace efecto espejo; cuando paso al lado de ella me veo la cara de idiota que tengo en este momento. A continuación, un par de sofás en blanco roto sobre una alfombra negra. De la mano de Alan sigo el recorrido, pasamos tres puertas, que me imagino que serán los camarotes y Alan abre la última, donde me dice que puedo dejar mis cosas.

—¡Joder! —se me escapa un taco, no lo he podido evitar.

Es el camarote principal, intuyo que el más grande porque está en la proa.

La cama es doble, tipo tatami, muy bajita, cubierta con una colcha gris marengo, sábanas blancas y varios cojines negros. Todo el mobiliario tiene los mismos tonos y hay un armario de tres cuerpos con las puertas de espejo, que hace que automáticamente me recuerde a la pared de la habitación de Alan. Detrás de un pequeño mueble alargado está la entrada al baño. Lavabo doble con grifería de cobre envejecido y una ducha contra la pared del fondo, con un plato de los que van incrustados en el suelo, sin mampara.

—Me alegro mucho de que estés aquí. ¿Te gusta? —Alan me sujeta por la cintura y me baja de la nube.

—Me encanta. Es impresionante.

—Ven aquí, va a ser un día largo y me vas a ver a pleno rendimiento. Esta noche te lo compenso, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Y recuerda que yo también estoy trabajando —respondo con su lengua invadiendo mi boca, por lo que casi no

vocalizo. Me pega tanto a su cuerpo que no tengo margen para maniobrar y apartarlo, menos mal que la puerta está cerrada.

—¡Alan! —gritan desde cubierta—. *Come on*.

—*Coming!* —responde él, y me vuelve a besar antes de irse. Cierro los ojos y me concentro antes de subir a la cubierta principal.

A trabajar.

Con la libreta en la mano, me coloco a unos pasos de Alan para no entorpecer su dinámica, mientras la estilista discute con la directora sobre la ropa que quiere que lleve puesta.

Los técnicos preparan sus equipos. Alan ya se ha cambiado delante de todos sin ningún tipo de reparo. A estas alturas, no sé por qué todavía me sorprende. Pantalón corto deportivo negro y camiseta técnica del mismo color. Maquillaje. Peluquería, que lo único que han hecho ha sido revolverle el pelo con los dedos, como hace él mismo infinidad de veces. Escucha las instrucciones de la directora, pero, dado que el anuncio no tiene diálogo, solo le indica cómo debe actuar. Por último, presta mucha atención a la responsable de la marca, que saca de una caja negra y plateada un reloj de gama alta —me parece oír que ronda los diez mil euros— y se lo coloca en la muñeca con sumo cuidado.

Llegamos a la localización y desembarcamos todos del yate para subir a una lancha motora que nos acercará hasta la costa. Es una zona bastante rocosa, así que tenemos que andar con cuidado para no tropezar. Toman muestras de luz, y los fotógrafos y el chico de la cámara cogen posiciones. Trípodes, pantallas y más aparatos que desconozco. El decorado es el paisaje, de tal modo que la belleza está en la propia naturaleza y en el modelo, obvio.

Las horas pasan lentas. Tomas y más tomas de acción, revisión y vuelta a empezar. Sesión de fotos aparte, Alan se ha pegado tantas carreras simulando que corre por el borde del acantilado que tiene que estar exhausto.

Yo he gastado más de siete hojas de mi cuaderno, anotando todos los tiempos del rodaje y los pequeños gestos que hace el chico feo, como lo llaman Becca y Dafne, para concentrarse. Desprende un aire casual que evidencia que lleva trabajando muchos años. Los

movimientos, las expresiones de su rostro, la manera de andar..., todo le sale con aparente naturalidad, pero sin duda está posando.

Una pequeña parada para comer unos sándwiches fríos que ha traído Marion y agua, mucha agua. Nada más terminar, sin sobremesa, vuelta al trabajo de nuevo, porque todavía anochece pronto y quieren seguir grabando con diferentes luces antes de que no se vea nada.

Un aplauso colectivo indica que por hoy se ha acabado. Recogen el equipo y volvemos a embarcar. Ponen el punto final a una jornada de casi ocho horas; si contamos desde que llegamos al aeropuerto de Stansted, antes de que hubiera amanecido, para Alan son muchas más.

Nos despedimos del equipo en la cubierta principal al llegar a puerto y empiezan a abandonar el yate. Mañana comenzarán temprano, sobre las ocho, y rodarán aquí, en el barco, la otra parte del anuncio; calculan que, para primera hora de la tarde, o incluso antes, ya habrán terminado.

Alan habla en francés con el capitán y yo espero a que termine. Me imagino que recogeremos nuestras cosas y nos iremos al hotel que ha reservado. Cuando le estrecha la mano y se marcha despidiéndose también de mí, me quedo perpleja, sin entender nada.

—¿Ya se va? ¿Y nosotros?

—Nosotros nos quedamos, Ele. Tienes todas tus cosas en el camarote, ¿no?

—Sí... ¿Cómo que nos quedamos? ¿Vamos a dormir aquí? ¿No decías que habías reservado un hotel?

—¡Frena, periodista! No puedo contestar tan rápido a toda esa batería de preguntas. Sí, nos quedamos aquí. La reserva del hotel es para mañana. Hoy he conseguido que este yate de lujo, de más de diez millones de euros, sea todo nuestro. ¿Te parece buena idea?

—¡Joder! —suelto otra vez.

—Deja de decir tacos, Little, que pareces escocesa —se burla.

Empieza a anochecer cuando Alan hace un par de llamadas, creo que para pedir la cena. Tiene cara de cansado, así que me dice que lo primero que va a hacer es darse una ducha.

Saco de mi maleta solo la ropa que me pondré mañana. No tiene sentido sacar más si nos iremos a un hotel. También dejo fuera el neceser y el pijama. En realidad, es mi camisón blanco de seda, porque intuía que no iba a necesitar más.

Diez minutos después, Alan sale del baño oliendo igual que la misma brisa marina y haciendo que todos mis sentidos se despierten. Solo le cubre el cuerpo un albornoz negro.

—Hueles muy bien —me atrevo a decir cuando paso a su lado, olisqueándolo.

—Seguro que tú después de una ducha también —me vacila, tapándose la nariz con el índice y el pulgar.

—¡Idiota!

—Te espero arriba porque estará a punto de llegar la cena.

Me recreo en la ducha, enjabonándome con mi gel de jazmín. Cuando termino, decido usar el otro albornoz que hay en el baño.

Subo hasta la cubierta principal y no lo veo, de modo que subo la otra escalerilla hasta la superior, donde me está esperando, sentado sobre un sofá de piel blanco con una mesa baja delante de sus piernas desnudas. Mis ojos se adaptan a la oscuridad: solo nos iluminan los destellos de unas pequeñas luces azules que salen del suelo. Vislumbro una cubitera, con lo que parece una botella de champán y dos bandejas llenas de sushi. Me quedo alucinada con todo el despliegue, pero sobre todo con su imagen en este barco con el mar en calma de fondo.

—Ven aquí. —Tira del cinturón de mi albornoz para que me siente a su lado. Se ríe con ganas cuando ve que detrás de mi cuerpo escondo la libreta y un bolígrafo.

—Tengo dudas —confieso con timidez.

Me lo quita de las manos y lo deja en una esquina de la mesa.

—Yo también: no sé si quiero follarte por detrás en esta cubierta mientras miras el mar. En la principal mirando a popa. O en ese puto camarote mientras nos miramos en el espejo del armario, como hacemos cuando estamos en mi habitación.

—Alan…

—Shhh. Primero la cena, Little.

Burbujas. Sushi. Risas. No siempre en ese orden.

A veces cuelo alguna pregunta que recuerdo haber anotado, con un poco de disimulo, o tal vez sin él. Porque me pilla y me riñe. O me contesta alguna absurdez que se inventa para provocarme.

Risas otra vez. Y besos, empezamos con los besos.

—Así es muy difícil trabajar —protesto.

—Ven, que te voy a decir yo el músculo que quiero trabajar en este momento. —Tira de mi mano y la posa encima de su erección, que asoma libremente cuando se abre el albornoz.

Lo agarro, porque me excita que ya esté así de duro, y lo suelto para hacerle sufrir un poco. Ahora protesta él.

Nos servimos lo último que queda en la botella, escuchando el sonido del mar. Alan se vuelve para mirarme de frente y dibuja su sonrisa ladeada, la que más me gusta e intimida. Me abre el albornoz y posa el filo de la copa justo por encima de mi pezón. La última gota se desliza con lentitud y cuando llega a la punta erguida, la absorbe con precisión, metiéndose toda la carne que puede en la boca. Suelto un pequeño quejido, de placer, por supuesto.

Nos enredamos en un baile de lengua y manos. Nos buscamos y nos encontramos. Nuestras respiraciones ya son incontrolables y, sin dudarlo, me siento a horcajadas encima de él. Cojo su erección y la paseo por mis pliegues, creo que las burbujas me han dado la chispa adecuada para llevar el control, o al menos intentarlo. La acerco a mi entrada sin barreras, por primera vez.

—Espera, Little. Voy a bajar a coger un condón porque, como sigas haciendo eso, no podré parar.

—Pues no pares, Alan. No necesitas ponerte un condón, llevo un DIU —le informo mientras enredo los dedos en su pelo y tiro un poco de él para alcanzar de nuevo su boca. Mi sexo actúa por su cuenta y riesgo, buscando más fricción.

—¡No! No puedo. Imposible. Es una puta tentación tan solo que me lo digas, pero ya sabes que no lo hago sin condón, nunca.

Me quedo quieta un segundo y después me bajo de encima de él. Su tono ha dejado de ser susurrante, porque es un paso íntimo y especial que estoy dispuesta a dar con él y su negativa, tan rotunda, me suena a rechazo.

Me levanto y me cruzo el albornoz a la altura del pecho para cubrirme. Esta vez no me vuelvo a sentar, sino que avanzo por el lateral hasta la barandilla. Me apoyo con las manos, sujetándome con fuerza, y cierro los ojos para respirar el olor a mar.

44
Batalla perdida en la costa azul

ALAN

No la dejo ni un minuto sola. A pesar de que quizás lo necesite. O puede que quien lo necesite sea yo.

—Ele —la llamo cuando veo que claramente está huyendo de mí.

Me levanto y me coloco a su espalda, apoyando mis manos sobre ella e inhalando el olor de su pelo, tan jodidamente delicioso. Sigo con la polla tan dura que atravesaría con facilidad la felpa de los dos albornoces.

—No lo entiendo —sisea con la mirada perdida en el movimiento del agua—. ¿Tienes alguna enfermedad contagiosa que deba saber? Porque, en ese caso, creo que has tenido suficientes oportunidades para decírmelo.

—No, cómo puedes pensar eso ahora. Estoy sano. Sano, fuerte y empalmado. Mira. —Intento quitar hierro al asunto y acerco su mano a mi entrepierna, pero enseguida la aparta para volver a apoyarse en la barandilla—. No es por ti, Ele, en serio. Es por mí.

La giro para que me mire a los ojos. Ahora mismo los tiene tan oscuros como el mar.

—Explícamelo. —El tono que emplea no deja lugar a dudas. La llevo de vuelta al sofá y nos sentamos juntos.

—Ven. —Tiro de sus brazos para que se apoye en mi regazo. Lo último que quiero es que se imagine ideas absurdas—. Siempre, desde que empecé a hacerlo con quince años...

—¿Con quince? —me interrumpe.

Me río y le ruego que me deje continuar, o no llegaré nunca al final, que ya me empieza a escocer sin tan siquiera haberlo mencionado.

—Bueno, pues eso, que siempre he follado con condón. Siempre, excepto con una persona.

—Con Camille.

—Exacto, con Camille. Al principio sí, por supuesto. Lo que pasa es que, con el paso del tiempo, cuando se fue consolidando nuestra relación, ella empezó a tomar la píldora y dejamos de usarlos.

Sé que su mente no acaba de entender tanta reticencia y que se está mordiendo la lengua para no intervenir, así que, mientras deslizo los dedos de mi mano izquierda por su pelo, le rozo el contorno de la boca con el pulgar y sigo hablando para sacarme todo esto de dentro.

—La primera vez se quedó embarazada con veintidós años. Ni tan siquiera me lo contó.

Ele se revuelve sobre mi pecho y se coloca de nuevo a horcajadas sobre mí. Cruza los dedos por detrás de mi nuca y respira con calma esperando que continúe.

—Me enteré de que se había sometido a un aborto voluntario unos años después, cuando se lo contó al médico en una habitación de hospital. Acababa de sufrir un aborto espontáneo, ella tenía veintiséis y yo, treinta y uno. Esa fue la única vez que habíamos decidido, de mutuo acuerdo, ser padres. Ella sabía que a mí la idea no me entusiasmaba, pero quizás nos pilló en la mejor época como pareja y me dejé llevar por las sensaciones. Cuando reaccioné a sus palabras, me enfadé. Mucho. Y ya sabes lo que dicen, que después de la primera mentira, toda verdad se convierte en duda.

—E intuyo que hay una tercera vez, ¿no?

—Sí. Ella se obsesionó con ser madre desde ese segundo aborto. Nuestra relación se resintió mucho y lo dejamos. Estuvimos con otras personas, aunque siempre volvíamos a caer en lo mismo. A partir de ahí, supe que solo era sexo, sexo y cariño, por haber compartido tantos años juntos y por lo que habíamos significado el uno para el otro. Me propuso volver a intentarlo, pero le dejé claro que no quería tener hijos, nunca. Ni con ella ni con nadie. Era la única decisión nítida que tenía en mi cabeza. Quizás siempre lo supe, pero no fui capaz de verbalizarlo. Me jode mucho que siempre se utilice a los niños como moneda de cambio y sé que yo nunca entraré a ese juego. Por eso no quiero tenerlos, es mi opción y respeto las de los demás.

Ele posa ahora las manos en mis hombros y se inclina para besarme. Puede que mi pensamiento le parezca radical o incluso egoísta, pero es lo que me sale del alma.

—Sigue —me pide, solemne, separándose de mi boca. Es como si supiera que llega el gran final.

—Una noche loca, en uno de esos reencuentros que teníamos a altas horas, con mucho alcohol y resentimiento de por medio, y que solían terminar siempre de dos formas, en pelea o en polvo, lo hicimos en su casa, sin condón. Me juró y me perjuró que tomaba la píldora y que no iba a pasar nada porque además le tenía que venir la regla ya o algo así.

—Y te mintió.

—Correcto. Esa vez me contó que esperaba un bebé mío cuando habían pasado cuatro meses y empezaba a notársele la barriga. Debo de ser el tío más fértil del puto universo porque menuda puntería —ironizo, a ver si así duele menos—. Iba a ser padre. A pesar de todo, iba a serlo. Se mudó a mi casa, decoramos el cuarto pequeño para la llegada del bebé, era niño... —La voz se me empieza a quebrar.

—Al... —Su voz suena a consuelo—. No hace falta que sigas si no quieres. Estás cansado, podemos irnos a dormir.

Me sujeta de la mano y siento el calor pese al frío.

—A dos días de cumplir la semana treinta se sintió mal. Tan mal que entré en el hospital con ella en brazos, porque era incapaz de caminar. El bebé ya no tenía latido. Tuvieron que provocarle el parto para que diera a luz a nuestro hijo, muerto. Porque no quería que su cuerpo se lo recordara de por vida con una cicatriz por la cesárea. Siete meses, Ele —me lamento—. Si hasta de seis meses ahora los sacan adelante con las incubadoras. Siete...

Ele me abraza, apoyando la barbilla en mi cuello, y aspiramos el aroma de nuestros cuerpos. El mío, más relajado ahora. Creo que es la primera vez que se lo cuento a alguien desde la perspectiva del tiempo, tal y como lo siento en mi interior. Evidentemente, hablé un montón de veces de ello con Becca y los chicos, incluso con mi madre. Después decidí seguir a rajatabla con mi lema y vivir el

momento, sin planes de futuro ni recuerdos del pasado. Ya no le doy vueltas, no estaba destinado a ser, por eso no fue.

—Lo entiendo, ahora lo entiendo, pero las comparaciones son odiosas, ¿sabes? Jamás te mentiría, Alan, nunca. Tengo cuarenta y un años y una hija. Créeme, no quiero tener más niños. Y comprendo, aunque te parezca raro, que tu elección sea no tenerlos. Lo único que quiero ahora es tenerte dentro de mí, sin límites, ni mentales ni físicos.

—Me minas todas las bases, Ele. Todas —afirmo son una sonrisa asomando en mis labios.

Porque me gusta más cada puñetero minuto del día que paso con ella. Porque no quiero verbalizar lo que empiezo a sentir, pero en mi interior tiene nombre, incluso apellido. Y porque me muero de ganas de sentir cómo palpitará mi polla cuando esté dentro de ella, sin barreras. Por supuesto, toda esta retahíla me la guardo porque sigo teniendo un puntito de cobarde.

Nuestras bocas se unen, poniendo punto final a una conversación que no tenía ensayada y dando comienzo a una nueva historia. Una que narra cómo apaciguar un mar embravecido por las ganas.

Los albornoces se vuelven a abrir. Esta vez descansan a medio quitar entre el final de nuestra espalda y nuestros hombros. Ele me agarra de nuevo la erección, para guiársela al punto de partida, donde estaba antes del paréntesis que hemos abierto. Ese que nos ha vuelto más sinceros, más íntimos, más nosotros.

Mi lengua lame todo a su paso, mientras ella echa la cabeza hacia atrás durante unos segundos, sin dejar de masturbarse con mi pene, disfrutando del contacto de nuestras pieles, húmedas y expectantes. Mis manos se pegan a sus nalgas, apretando su carne, sosteniendo su cuerpo. Me gusta cómo lleva el control.

Levanta las caderas un poco y sus ojos negros se cruzan con los míos. Tiene la punta de mi polla en la mismísima entrada, solo tiene que dejarse caer.

—Solo tengo que dejarme caer, Al —dice como si me hubiera leído el pensamiento y, a la vez, como si me estuviera pidiendo permiso.

—Déjate caer, Little. Porque esta batalla ya la has ganado.

Sus paredes me reciben jugosas. Ella gime. Yo blasfemo. Hacía mil años que no sentía este puto hormigueo, desde la base hasta la punta. Real y adictivo. Sin plásticos. Se contrae cuando me engulle y la excitación me mata.

—Hostias, Ele.

—¿Paro?

—Ni se te ocurra. Si me tienes loco, ¿no lo ves? —le muerdo la boca.

Ele no para de subir y bajar con una mirada preciosa, ensartándose en mí, a la velocidad exacta para que pueda alcanzarla. Creo que del desenfreno inicial hemos pasado a algo mucho más calmado e íntimo. Mis dedos vuelan hasta su clítoris, lo acarician y lo rodean. Mi boca salta de pezón a pezón. Jadeamos, sin prisas.

—Lo quiero así, Little. Quiero absorber hasta el último espasmo de nuestros cuerpos. Quiero que nos abra en canal, a los dos. Y, tú, ¿qué quieres?

—Lo mismo que tú y probablemente más.

Sus palabras quedan en el aire, como la neblina que parece adueñarse de la noche. También quiero más, mucho más de lo que pienso reconocer.

Qué jodida e importante es la piel cuando explosiona por el roce, ¿verdad? Cómo nos hace tocar el cielo sin tan siquiera levantar la mano.

Ele se apoya en mis hombros para seguir moviéndose, sin bajar el ritmo, deliberadamente lento. Nuestros labios se pegan y nuestras lenguas se encuentran, ansiosas, mientras nuestras papilas gustativas se preparan para saborear cada palabra que salga de nuestra garganta cuando el orgasmo nos parta en dos.

—Al, me corro... Córrete conmigo.

—Me corro contigo, por supuesto que me corro contigo. Mírame.

—Te miro, por supuesto que te miro.

Y así, con ese juego de palabras en mitad del Mediterráneo, lo empezamos a sentir. Comienza suave, como una ligera sacudida que se cuela por los dedos, pero enseguida va tomando fuerza por debajo de nuestra columna vertebral. Consigue hacer vibrar cada

terminación nerviosa de nuestro cuerpo hasta que nos abandona, no sé si por la cabeza o por los pies.

Y caemos sobre el sofá y también al abismo.

45
Perdiendo el norte

El sonido de las tripas de Alan es lo único que se escucha en la habitación de este pequeño hotel. Se agita un poco y hace amago de despertarse, pero, en el último segundo, vuelve la cabeza hacia el lado contrario y se aferra de nuevo a la almohada para seguir grogui en esa postura imposible.

Después del tsunami que nos sacudió anoche, derribando muros, corazas, vergüenzas y miedos, todo se tiñó de otra luz. Una que nos transportó directamente a otra dimensión. Una dimensión desconocida para ambos.

El despertador nos sorprendió esta mañana con apenas dos horas de descanso. Sí, porque después de que cabalgara encima de él y nos corriéramos con necesidad absoluta sin nada que nos separase, nos bajamos a la cama para seguir enredados.

—Te advertí que tenías que dormir —afirmé cuando se enfurruñó por el sonido de la alarma.

—Y yo te dije que, si me desvelaba tu cuerpo, bienvenido fuera el insomnio —respondió para dejarme sin argumentos.

El chófer nos recogió para traer nuestras cosas al hotel y aprovechamos para desayunar en una cafetería cercana. Volvimos al yate justo a la hora acordada para continuar con la sesión.

Verlo trabajar desplegando todas sus armas de seducción —o de destrucción, según se mire—; ante la cámara es increíble. Alan tiene un imán que atrae a cualquiera que tenga ojos, sin distinción de género. Lo entiendo y sé que es inevitable. He estado distraída la mayor parte del tiempo, deambulando como una zombi por las cubiertas y tomando apuntes; creo que tendré que poner todos mis sentidos para conseguir ordenar todo este caos de notas y garabatos.

Ha terminado sobre las tres. Nos hemos despedido de todo el equipo y me he quedado con el email de Marion, para que me envíe

las fotos que elijan y confirmarle la fecha de publicación del reportaje.

Al llegar al hotel, Alan se ha duchado y, desnudo, ante mi atónita y golosa mirada, me ha pedido diez minutos de descanso y se ha metido en la cama conmigo, prometiéndome que en cuanto se despertara me iba a follar mucho y muy bien. Ya lleva dos horas dormido.

Yo me he quedado un rato en duermevela. Después me he apoyado en el cabecero y con la luz del móvil a modo de lamparilla, además de la claridad que todavía entra por la ventana, he estado haciendo un esquema general de todo lo que quiero contar en el reportaje.

No lo quiero despertar porque está reventado, así que me levanto con el mayor de los sigilos para ir hasta el baño y ducharme. Me apetece salir a dar un paseo y conocer un poco Cannes.

No encuentro mi ropa. Pero, si enciendo la luz, lo despertaré. Doy dos pasos a tientas y cuando me acerco a ver si sigue dormido, porque está bocabajo, me sorprende tirando de mí con rapidez.

—¿Qué buscas, Ele?

—¡Qué susto! Pensé que seguías dormido.

Abre los ojos y cuando me ve desnuda, gruñe.

—Te he dicho diez minutos, ¿no? Pues diez.

Me río en su cara, porque se ha girado y me ha colocado encima.

—Como todo lo midas igual...

—¿Eh?

—Has dormido más de dos horas. Y he dudado antes si eran tus tripas o tus ronquidos.

—¡Qué dices! Yo no ronco.

—Pues ruges, entonces.

Se lanza a atrapar mi labio inferior con el suyo y después ruge como un león con gesto de mano incluido. Me hace cosquillas con la barba, que empieza a asomar por su mandíbula. Me da la vuelta en un movimiento rápido y me atrapa debajo de su cuerpo.

—Vaciarme en ti me ha dejado K.O.

—Ya. Y posar tantas horas delante de la cámara para después desintegrar bragas no te cansa, ¿verdad?

¿En qué momento he perdido el norte? Alan se ríe en mi cara, evidentemente.

—No, Little, eso no me cansa porque me importa una mierda. Solo hay unas bragas que quiero desintegrar —me dice meloso, metiendo la mano entre mis muslos— y son las tuyas —añade cuando me mete de golpe dos dedos sin ningún esfuerzo por lo mojada que estoy—. Lástima que no lleves.

—¿La habitación es doble o triple? —Obvio su tercer dedo en mi interior y contengo un jadeo.

—Doble, ¿por?

—Porque pensé que sería triple, para ti, para mí y para tu ego, que es enooorme...

—Enorme tengo la polla, Little. —Saco los dedos y la coloca en mi entrada. Empuja con más fuerza, hasta llegar a lo más profundo. Cuando voy a protestar, o a pedirle más, me mete la lengua hasta la campanilla, acallando mis palabras, mis gemidos y hasta mi razón.

Sin duda Nora ha dado paso a Ele.

Una Ele que habla de sexo sin tapujos, que disfruta del placer que se pueden proporcionar dos personas que se atraen, que se abre a él, que no se cierra a sí misma, que tiene chispa, lucidez, picardía, que no se esconde, que vibra y vive, a la vez, como si fuera un pack indivisible de yogures.

Me embiste con fuerza, mientras jura y perjura que es la puta bomba sentirme así. Me acomodo a su ritmo, primero frenético para después ir bajando la intensidad.

—Mírame. Mira lo que me haces. —Sonríe cuando se da cuenta de que no podrá aguantar más—. Tócate —ordena, elevando un poco su torso para dejar hueco entre nuestros cuerpos. No lo pienso, solo obedezco y disfruto de ambos.

—Ele, me corro. —La sola entonación del verbo me indica que la corriente empieza a atravesarlo.

—Y yo —articulo cuando siento el primer pinchazo a la altura del vientre.

Es largo, es demoledor, es perfecto y nuestro.

El semen recorre mis muslos cuando sale de mi interior. Recoge la camiseta que estaba a los pies de la cama y me limpia. Y me parece

un gesto tan íntimo y delicado que esa sensación de vértigo constante, que siempre está en el aire, me invade de nuevo.

Vértigo por vivir. Por sentir con esta intensidad. Por no saber si solo es un juego para él. Vértigo a la inmensidad.

Un buen rato después, salimos del hotel, de la mano, como una pareja. Nuestro reflejo en el espejo del hall me provoca una sonrisa.

Paseamos por La Croisette, que es el bulevar de casi dos kilómetros que discurre al lado del mar. Como queremos encontrar un restaurante algo menos turístico que los que están en el paseo, nos adentramos en el barrio de Le Suquet, que es el casco antiguo y está enclavado en una colina, por lo que ofrece unas vistas espectaculares del puerto y de la ciudad. En una de esas callejuelas empedradas encontramos uno que nos convence a los dos, por lo menos desde fuera.

Pedimos de todo, porque estamos hambrientos y también por probar cosas nuevas. Antes del postre recibe un mensaje de la compañía aérea: nuestro vuelo de mañana está cancelado y de momento no han podido asignarnos ningún otro.

—¡Mierda de compañías *low cost*! —se queja.

—Tengo que estar el domingo en Londres. Lara juega un partido muy importante y no puedo faltar.

—Dame un segundo. —Sale con el teléfono pegado en la oreja.

Me imagino que, aunque es tarde, intentará conseguir otra forma de llegar a Londres mañana sábado, como teníamos previsto.

Vuelve al cabo de un rato. La única solución que han encontrado es que vayamos en tren desde aquí hasta París, unas cinco horas aproximadamente de viaje. Y después tomemos otro de París a Londres, ese ya de los rápidos.

—¿Todavía puedes comer más? —pregunto, porque yo ya estoy llena y él sigue con el postre.

—Sí, Ele. Puedo comer esto y a ti en cuanto volvamos a la habitación, me has vuelto insaciable.

Pongo los ojos en blanco y él me coge la mano por encima de la mesa. Los gestos que me dedica desde ayer, mucho más cariñosos, me desarman un poco.

Pago yo, aunque me echa una pequeña bronca con el camarero delante.

—No tienes que pagar tú.

—Pero quiero.

—Ele, en serio. Tengo los gastos cubiertos por la agencia hasta mañana.

—Me da igual, quiero invitarte a cenar. Punto.

Después de que el camarero nos haya estado mirando como en un partido de tenis, se lleva mi tarjeta y Alan resopla.

—En cuanto lleguemos a Londres, me voy a poner al día con el papeleo y las cuentas. No quiero que me vuelvas a ingresar el dinero del alquiler.

—Ni hablar. Ese dinero es tuyo y te lo seguiré ingresando.

—No.

—Alan, quiero seguir pagando.

—Y yo no quiero que lo hagas. Punto.

—¿Por qué? —me aventuro a preguntar. En esa sola cuestión caben tantas respuestas que espero que alguna me saque de dudas.

—Porque, aunque no lo etiquetemos, nosotros —hace el gesto señalándonos a los dos—, somos mucho más que dos amigos que follan.

Mi capacidad de raciocinio se pierde al escuchar ese «somos mucho más», y cuando por fin voy a hablar, me interrumpe.

—No voy a consentir que me pagues por sexo, Little, me sentiría tu puto. —Y me muestra su sonrisa canalla, para a continuación descojonarse de mí porque me he quedado blanca. Miro alrededor y me muero de la vergüenza.

—Idiota —suelto muy bajito.

—Ay, Little, me encanta atormentarte en público con mi humor. Volvemos al hotel paseando de la mano, como hemos venido, aunque ahora nos lleva más tiempo el mismo recorrido, porque vamos despacio, disfrutando de la noche y de la compañía.

***

Más callados de lo habitual, llegamos con el tiempo justo a la estación. Las casi nueve horas de viaje que tenemos por delante me

aterran, porque estos dos días con él han sido como dos meses. Un curso intensivo. Ahora entiendo mejor su relación con Camille, su filosofía de vida y hasta esa alegría que siempre lo acompaña. Espero que él también comprenda mis dudas y mi actitud ante la vida, aunque me he dado cuenta de que la edad y la intensidad no son inversamente proporcionales.

Tomamos asiento. Miramos el paisaje desfilar por la ventanilla y nos perdemos en nuestros propios pensamientos. No hace falta que me diga que ha entrado en bucle porque lo noto. Gesto nervioso, tirando de la manga del jersey constantemente, ojos clavados en algún punto perdido de sus manos, la frecuencia de sus resoplidos

Es lógico que ahora, aquí quietos, nos cueste gestionar la intensidad de estos días. También sé que, cuando lleguemos a Londres, el millón de circunstancias que nos separan nos devolverán a la realidad.

46
Háblame

ALAN

Las últimas semanas han sido como una puñetera montaña rusa.

La vuelta de Francia, con ese viaje interminable en tren, nos sirvió para hablar mucho. Ele me acosó a preguntas para terminar su reportaje, y mientras respondía, dándole toda la información que me pedía, también le hablaba de mí, de mi forma de ser, de actuar y de lo que empiezo a sentir por ella —aunque esto último no se lo dije directamente—. Hemos hablado de Camille una vez más y de cómo era la relación con su marido antes de su muerte. Los dos pensamos que, al principio, en la fase del enamoramiento, te dejas llevar por los buenos sentimientos y crees que la otra parte te completa, pero no siempre es así. Cuando esa primera fase termina, empiezas a ser consciente de que, a veces, tu pareja no te suma, sino que empieza a llevarse pedacitos de ti. Creo que entendió que, pese a todo, Camille siempre tendrá la puerta de mi casa abierta porque, al fin y al cabo, lo que nos unió una vez prevalece sobre lo que nos separó.

También hemos hablado de las cosas que queremos hacer a corto plazo, nuestras nuevas metas. A ella le encantaría publicar su libro y después pasar un tiempo escribiendo algo nuevo en esa cabaña en las montañas que está arreglando su padre. Yo quiero preparar un par de colecciones de cuadros más para intentar exponerlas en varios países. Tal vez podamos compartir nuestros sueños.

Una vez en casa, hemos alternado días muy intensos; cargados de conversaciones, unas veces casuales y otras más transcendentales, con sus correspondientes cenas —casi siempre preparadas por mí, aunque te resulte increíble—. Y sí, le he empezado a coger el gusto a la cocina solo para sorprenderla.

También ha habido días en los que apenas nos hemos visto; suelen ser aquellos en los que amanecemos juntos, gracias a mi insistencia para que no baje a su casa en mitad de la madrugada, por cierto.

Durante esos días, ella solo me llena el móvil de excusas bastante absurdas por la mañana para decirme que no nos veremos por la tarde.

No la he querido presionar. Sé que esa es su forma de marcar la distancia o de establecer ciertos límites, que difícilmente se dibujan entre nosotros. La atracción nos desborda. Y no, no hablo solo de sexo.

Nora me gusta, mejor dicho, me encanta. Y estoy bastante acojonado, la verdad, porque podría llegar a plantearme *algo más* con ella. Más que un mañana.

Una melodía machacona de trap, o de como se llame esa mierda, suena para sacarme del bucle en el que he caído. Mi móvil no es.

—¡Evan! Te he dicho mil veces que quites el sonido del móvil cuando entres en el estudio.

—Lo siento, pensé que lo había quitado —se disculpa mientras se acerca a su mochila para silenciarlo—. Es Lara, y tengo más de diez wasaps, qué raro.

—Venga, anda. Te doy cinco minutos. Voy a por un té.

Le dejo intimidad y me bajo a la cocina sonriendo. Estos dos han congeniado muy bien, y eso que se ven poco. Menos mal, porque las hormonas de Evan están muy arriba y no me quiero imaginar a sus madres lidiando con eso.

Dafne está enferma y Gio los viernes y los sábados está de prácticas en un restaurante muy pijo en Chelsea. Él no quería dejar a Dafne, ahora que tiene encargos de un par de sitios más, pero ella lo ha empujado para que no se conforme con hacer magdalenas y se empiece a dedicarse a lo suyo, así que Ele, que trabajó en la cafetería de la universidad cuando estudiaba, está a cargo del Havana hasta que cierre luego.

Regreso con el té al estudio y oigo a Evan hablar por teléfono.

—No te muevas de ahí, ¿vale? —Su voz suena nerviosa.

—¿Qué pasa?

—Ahora voy a buscarte —continúa hablando—, no te muevas de ahí.

—Estás en mitad de la clase, Evan. No vas a irte. Dime qué pasa con Lara.

—Esto... —balbucea.

Me imagino que, sea lo que sea, no querrá tratarlo con un adulto.

—Venga, seguro que lo puedo arreglar —afirmo con buen tono, para que me lo cuente.

—Es Lara. Ha salido del internado a dar una vuelta con más compañeros y se han puesto a beber alcohol en un parque. Ella no, pero han visto que llegaba la policía y todos han huido como ratas, dejándola allí sola, incluida su amiga. Ahora no sabe cómo volver al colegio y su madre no le coge el teléfono.

—Que te mande la ubicación, voy a buscarla. Dile que no se mueva de ahí. Con la moto no tardo nada.

Bajo a calzarme y a los pocos segundos dejo a Evan en el salón y salgo con la ubicación de Lara en el móvil. Será mejor que cuando esté en casa llamemos a Ele para contárselo.

Callejeo entre el tráfico de Londres y consigo llegar en menos tiempo del esperado. El parque está bastante alejado de su colegio, por cierto. Cuando entro, veo que todavía queda gente paseando, algunas personas con perros y otras en bicicletas. Me imagino que estará asustada, pero al menos no está completamente sola.

—¡Lara! —la llamo, y se acerca corriendo a mi encuentro.

—Mi madre me va a matar, soy idiota.

—Tranquila. —La abrazo para calmarla—. Lo importante es que estás bien y que no te ha pasado nada.

—Ruth insistió y yo no sé decirle que no, nunca —solloza.

—Vamos, no te preocupes más. Y para la próxima vez, ya sabes lo que tienes que hacer.

Le doy el otro casco y le pido que se agarre fuerte cuando nos detenemos en el primer semáforo. Ahora voy mucho más despacio que cuando he venido, así que tardamos un poco más en llegar.

Justo cuando aparco la moto para que Lara se baje antes de traspasar la puerta metálica, veo a Ele, hurgando en el bolso en busca de la llave, supongo.

Se vuelve al ver el foco de la moto apuntándola y, al darse cuenta de que es Lara quien se quita el casco y se baja, me fulmina con la mirada.

—¡Lara! —grita al verla—. ¿Qué…? ¿Qué pasa aquí?

—Mamá, yo...

—Alan, ¿qué coño significa esto? —exclama sin apartar la mirada de ella.

—Ele, vamos a casa y te lo explicamos —respondo, pasando para guardar la moto con toda la calma que a ella le falta.

—¿Explicar el qué? ¿Estás mal de la cabeza? ¿Por qué has subido a mi hija en esa puñetera moto? ¡Que sea la última vez! ¡La última!

—Mamá, no te enfades. Alan solo me estaba...

—Tú te callas. Toma, abre y entra en casa. Ahora voy.

—¡Lara! —grita Evan, bajando por las escaleras. La espera hasta que llega a la puerta y entran juntos en el apartamento, dejándonos solos.

Ele se acerca a mí y me apunta con el dedo índice, a unos centímetros de mi cara. Nunca la había visto tan enfadada.

—¡Si a ti te la sopla todo, a mí no! Es mi hija, Alan. Mi hija.

—Ele, te estás equivocando. Será mejor que vayas con Lara porque ahora te necesita. Luego hablaremos tú y yo.

—Claro que me voy con ella —afirma ofendida—. Menos mal que no tienes hijos —comenta en un susurro y se da la vuelta como un caballo desbocado para entrar en su casa.

—De puta madre —mascullo, porque su frase me ha dolido—. ¡Evan, vamos!

Mi alumno sale del apartamento y los dos escuchamos el portazo que da Ele al cerrar. Evan sube al estudio y recoge sus cosas. Estoy de mala hostia y se ha hecho tarde, así que lo mando a su casa a cuidar de su madre, que seguro que es más productivo que aguantarme.

No tengo hambre ni sed, pero me sirvo un vaso de whisky para que la sangre no me hierva.

Enciendo el equipo de música y busco mi lista «Indie y Alcohol». Sí, la creé en una época en la que todo lo veía un poco negro, casi como hoy. Comienza a sonar *Cabezabajo,* de Veintiuno, y me vuelvo a perder en mis pensamientos.

Me siento en el suelo con la espalda pegada al sofá, las piernas flexionadas y los codos apoyados en las rodillas. Sostengo el vaso con las dos manos, mareando el líquido, con la botella cerca, porque

no tardaré en servirme otro. Dejo caer la cabeza unos centímetros y me limito a aceptar que cada nota que entra por mi tímpano me sumerge un poco más en la mismísima nada.

¿Qué cojones me estás haciendo, Ele?

Divertirme y ser feliz. Siempre he pasado de las complicaciones por convicción, y ahora... Ahora, sin comerlo ni beberlo, me he metido yo solo en este lío. De verdad que no me entiendo ni yo.

Cuando vuelve a reproducirse la *playlist* desde el principio, me pilla tumbado en el sofá. No sé el tiempo que he pasado así.

Ele llama a la puerta.

Me levanto, con toda la desgana que puedo mostrar, mientras ella espera al otro lado.

—Alan, lo siento. —Son sus primeras palabras.

Me limito a apartarme de la puerta para que pase y se siente. Será mejor que hablemos con calma.

—¿Y Lara? —me intereso, aunque no sea mi hija, me preocupo por ella.

—Está abajo, se ha quedado dormida hace poco. Me lo ha contado todo. De verdad que siento haberme puesto así. Sobre todo, haberte dicho esas cosas.

Intenta cogerme las manos y me mira a los ojos, mientras espera mi reacción. Trato de mantener el semblante serio, porque sus palabras me han jodido, no voy a negarlo, pero dejo que me toque.

—He salido rápido a buscarla. No me he parado a pensar si preferías que tardara una puta hora en llegar metido en un taxi en vez de subirla a mi moto. Lo siento.

—Perdóname. Pero es que la he visto quitarse el casco y mi mente solo me ha gritado: «PELIGRO», en mayúsculas. Después del accidente de su padre, todavía no sé gestionar ciertos riesgos...

—Está bien —la interrumpo cuando veo que una lágrima se desliza por su mejilla.

La abrazo y le paso la mano por la espalda para calmarla. Pues sí que me ha durado el enfado, ¿no?

—Lo que he dicho antes, lo de que menos mal que no tienes hijos, ha sido mezquino. Lo siento, de verdad.

—Ele, ya está. Ha sido fruto del calentón. Entiendo que Lara es tu prioridad, pero, por favor, no me digas que no te has dado cuenta de que estoy aquí para ti. Llevas unos días huyendo de mí. No soy idiota, Little, y lo que quiero es que me hables.

—Alan, no sé ni qué decir.

—Háblame. Dime lo que sientes, lo que te preocupa, lo que quieres, cualquier cosa que necesites soltar. Sabes que puedes hablar conmigo.

—No sé, es que es complicado. Tú y yo.

—Tú y yo, esa es la clave. No me dejes fuera de la ecuación. Parece que prefieres subir la música para no escuchar nuestros pensamientos. Te vas a tu casa después de dormir conmigo, me ignoras y luego, al cabo de los días, vuelves a subir. Y yo te dejo tu espacio, pero te echo de menos en esos intervalos y dudo, porque te has colado aquí —confieso, señalándome la cabeza— y también aquí. —Me llevo la mano al pecho.

—Subo cuando consigo escaparme de mis miedos, aunque después vuelvan a por mí.

Y su afirmación me desarma. Yo también tengo miedo, a que todo se nos vaya de las manos, a que llegue julio y se vuelva a Madrid, a no ser capaz de entender por qué no quiero pensar en ese día.

—No puedo hablarte de futuro, Little. Lo sabes.

—Lo sé, eso siempre me lo dejas claro, así que no te molestes en repetírmelo. Además, yo tampoco quiero.

—Pero no soy imbécil, sé que los dos sentimos muchas más cosas de las que somos capaces de reconocer, pero deja de alejarte antes de tiempo, por favor.

—No sé hacerlo mejor.

—Yo creo que sí. Te estás poniendo la tirita antes de tener la herida, y me jode que me apartes de ti. Si algo te preocupa, sube, hablamos y nos escuchamos, pero no huyas.

Ele asiente, no sé si para dejar aquí la conversación o porque de verdad cree que tengo razón. Mira su reloj. Nos despedimos en la puerta con un beso, este mucho más sentido y sin repaso visual, como aquellos que nos dábamos cuando empezaba a subir a mi casa

y se iba en mitad de la noche. Me parece que hace un siglo ya de eso.

47
Una estación

Los hermanos irlandeses han decidido hacer una fiesta para dar la bienvenida a la primavera, y eso, en Londres, significa tener mucha fe, porque, aunque estemos a primeros de abril, las temperaturas no superan los quince grados a mediodía, así que imagínate por la noche.

Es la excusa perfecta para cenar todos juntos e inaugurar un pequeño cenador que han construido en el jardín.

Yo llevo un par de tortillas, por petición popular, y Alan, una botella de su whisky favorito, solo para picar a los anfitriones.

Me vendrá bien para desconectar un rato, después del disgusto que me dio ayer Lara. La he dejado en el colegio esta mañana. Estaba bastante arrepentida de su comportamiento, y he avisado de que a partir de ahora no tiene permiso para salir del centro esas dos horas libres que les dan siempre los viernes. A Ruth no la he visto, pero en cuanto tenga ocasión hablaré con ella seriamente. Mi hija me ha pedido que por favor no le cuente nada a sus padres, no quiere ser una chivata. No era lo más correcto, pero, al final, he cedido ante su insistencia. Al menos me ha prometido que no se dejará embaucar por ella nunca más.

En unos días le darán las vacaciones de Semana Santa y nos iremos a Madrid. No me puedo creer que, cuando regrese, solo le faltará el tramo final para terminar el curso. Ya sé que aquí acaban en julio, algo más tarde que en España, pero, aun así, ya no queda nada.

Alan y yo estamos más relajados después de nuestra primera discusión. Nos ha venido bien hablar de cómo nos sentimos. Tampoco es que hayamos profundizado mucho en el tema, pero ambos tenemos claro que a lo que sea que tenemos le queda una estación, o por lo menos es a lo que nos aferramos, a ese final temporal que marcará el calendario.

—Dame un beso antes de meternos ahí —me pide antes de doblar la esquina.

—Vaya, eso significa que dentro vas a esconderme.

—No, lo que pasa es que quiero meterte la lengua sin escuchar a Andrea coreando tonterías por detrás.

Me río y junto mi boca a la de él, en una postura bastante imposible porque en mis brazos sujeto dos platos de cartón con las tortillas. Lo que pienso que va a ser un beso corto se convierte en uno largo y demandante.

—¡Joder, Scott! ¡La vas a ahogar! —espeta Andrea que acaba de alcanzarnos.

—¡Qué te dije! Si es que tiene un radar —se queja Alan.

El jardín está precioso, como cuando vine la primera vez a aquel cine de verano y los conocí por primera vez. Todavía me cuesta creer todo lo que he vivido con ellos desde entonces.

Están todos admirando el cenador de madera gris que han colocado cerca del árbol más grande; escuchan las explicaciones de Robert sobre su construcción, incluida Camille, que no sé cómo se sostiene con esos tacones de infarto. Distingo a varios compañeros de la escuela de Alan y a Margot, nuestra profesora de yoga, sí, últimamente pasa muchas horas con la pelirroja. ¿Van cogidas de la mano? Pues eso sí que es un avance. Dafne sigue algo pachucha; hoy ha ido a trabajar porque sabía que yo tenía que estar con Lara, pero después de cerrar se ha marchado a casa. Gio trabaja hasta tarde en el restaurante, así que no tengo ni idea de si se pasará luego por aquí o no.

Calor no hace, por lo que todos tenemos nuestras cazadoras puestas y comentamos que quizás la primavera aquí llegue en junio.

Las tortillas son las primeras que se acaban. Después todo lo demás que han sacado para picar. Vino, cervezas y muchas conversaciones mezcladas.

—El postre lo ha hecho Gio —apunta Andrea cuando posa un par de bandejas con trufas de chocolate.

—¿Y no viene luego? —pregunta Becca.

—No. Me ha dicho que iba a pasar por casa de Dafne por si necesitaba algo.

Sin darme cuenta, me encuentro con la mirada de Becca, que alza una ceja a modo de interrogación. Creo que la cubana ya le ha puesto al corriente de la historia que se trae entre manos con el pequeño de los Bianco.

—¿Qué significa esa mirada? —se interesa Alan cuando nos ve mirarnos así.

—¿Qué mirada? —repito, haciéndome la tonta.

—La que os habéis dedicado tú y la pelirroja. Gio y Dafne, interesante...

—No sé de qué estás hablando.

—Ya. Ya me lo contarás luego, cuando te tenga en una postura mucho más vulnerable —sentencia con chulería y me alejo de él.

Cuando vuelvo a su lado con la copa de vino hasta arriba y una trufa a medio morder, me coge de la cintura y me estrecha contra su cuerpo. Sin darme tiempo a reaccionar, me quita de la boca el resto del postre con los dientes. Después de tragarla, me besa y saboreamos el chocolate mezclado con nuestras salivas.

El gesto de Camille, que en este momento se está acercando a nosotros colgada del brazo de Andrea, es de disgusto con un puntito de asco. No solo lo noto yo.

El italiano me pregunta por los días en Cannes y Camille aprovecha para separar a Alan de nosotros. Andrea sigue con la charla, pero mi oído solo intenta captar la conversación que tiene lugar a nuestra derecha. No los escucho desde aquí, pero sí que soy testigo del abrazo que se dan antes de acercarse de nuevo a nosotros.

Los tres hablan de su próximo viaje a Nueva York. Camille no deja de repetir que lo van a pasar como en los *viejos tiempos*, así que desconecto, porque no me apetece verla tan entusiasmada.

Me acerco hasta donde está Becca.

—Veo que ya has hablado con Dafne, ¿no?

—No —responde Becca—. Mejor di que pillé a Dafne y entonces no pudo callárselo más.

Me echo a reír porque más o menos es como me pasó a mí. Comentamos que, como sigan así, en cualquier momento será Andrea el que los pille con las manos en la masa.

—Vosotras dos me ocultáis algo.

Ya está Alan otra vez al acecho, metiéndose en medio de nuestra conversación.

—Quizás tú también —susurro casi para mis adentros—. ¿Tú no estabas preparando tu viaje a Nueva York? —Sueno cortante.

—Uy, ¿me llamáis? Sí, sí, ya voy. —Becca se pone la mano en la oreja y finge que alguien la reclama para dejarnos a solas. Disimula fatal.

—El único viaje que quiero hacer es contigo, a cuatro patas encima de mi cama dentro de... —mira su reloj con aire de superioridad— cincuenta minutos.

Abro los ojos y la boca. Sigo sin acostumbrarme a su vocabulario, directo y explícito. Él disfruta porque sabe que una parte de mí se enciende con cada palabra que pronuncia.

El resto de la velada transcurre tranquila, con las pullas normales entre el grupo y más risas.

Cincuenta minutos después, entramos por la puerta de su casa a trompicones. Pies. Manos. Bocas. Sin orden ni sentido. Subimos por la escalera, desnudándonos y dejando un reguero de ropa por el camino. Cuando me coge en brazos para atravesar el umbral de su habitación, ya estamos los dos desnudos.

Me tira en la cama. Me besa despacio y me da la vuelta, dejando que mis pechos reposen en el colchón.

—Al... —gimo cuando empieza a besarme la nuca con delicadeza.

Ignora mis súplicas y continúa descendiendo con su lengua por toda mi piel, suavemente, recreándose en cada vértebra de mi columna, hasta llegar a mis nalgas. Alterna un beso con un mordisco y estoy tan húmeda que ahora mismo podría hacer conmigo lo que le apeteciera. Y es justo lo que hace.

De rodillas, detrás de mí, gruñe con fuerza y se contiene, sé que se contiene. Me abre para él, sus dedos y su lengua se aventuran en mis rincones, algunos ya explorados y otros vírgenes. Pierdo el control, presa de la anticipación, y él toma el mando. Se aferra a mis caderas y las eleva para que mi sexo quede a la altura de su erección. La pasea por toda mi humedad. Una vez, dos y, antes de hacerlo una tercera, la coloca en la entrada. Con una embestida cargada de dulzura, me penetra milímetro a milímetro.

—Ele, levanta la cabeza y míranos.

Obedezco y me quedo embriagada con nuestra imagen, hipnótica y sensual. Se clava en mí una y otra vez, pero con pausa. Me tortura con el ritmo de sus empellones, cada vez más profundos y lentos. Una mano se ancla a mi cadera y la otra se cuela entre mis piernas para darme más placer.

Sus intensos ojos azules, que veo a través del espejo mientras se muerde el labio, son el catalizador que hace estallar un orgasmo demoledor en mi interior.

—Alan...

—Ele...

Llegamos juntos al clímax, extasiados y jadeantes. Somos carne, huesos y deseo.

Nos tumbamos de lado, abrazados, ocupando solo la mitad de la cama, porque nuestros dos cuerpos forman uno y nos sobra espacio.

—¿En qué piensas? —pregunta al cabo de unos minutos en los que solo se ha oído el ritmo desordenado de nuestras respiraciones.

—En que tengo que irme a Madrid, tú a Nueva York y te voy a echar de menos.

—Yo también te voy a echar de menos. Además, voy a decirte algo, aunque sea tremendamente inapropiado, al volver del viaje, quiero que hablemos de nosotros, de ti y de mí. Y de esta bola que me da vueltas en el estómago cada vez que siento que te alejas y que no soy capaz de ignorar. Quiero hablar de lo que pasará con nosotros cuando termine la primavera.

—Pues que llegará el verano, Alan. Y a nosotros nos queda solo una estación.

Pronuncio la última frase con sus manos sobre mi vientre, su aliento en mi nuca y mis lágrimas a punto de desbordarse; las retengo a duras penas, porque no puedo decirle que yo tampoco quiero que se aleje de mí, que me gusta tanto estar aquí, pegados, compartiendo tantas cosas, que en los últimos meses él ha sido mi casa.

Y así, en el más absoluto de los silencios y aunque haya llegado la primavera, empiezo a sentir el frío dentro de mí.

48
Lo admito

Úrsula se ha empeñado en llevarme a cenar por ahí y después salir a tomar unas copas. Dice que si seguimos bebiendo vino las dos solas en casa, vamos a acabar en una clínica de desintoxicación. Cuando se pone bruta, no hay quien pueda con ella. Así que nos acabamos de sentar a una mesa en el restaurante La Maruca, en plena calle de Velázquez.

Pasar con ella las vacaciones de Semana Santa en Madrid ha sido una locura, aunque no se lo confesaré nunca, agradezco que me haya tenido de un lado para otro sin dejarme apenas un segundo para pensar. Lara y Ruth están algo distanciadas desde lo que pasó en Londres; quizás por eso, mi hija ha preferido acompañarnos a casi todo lo que le hemos propuesto, en vez de pasar el rato con su amiga y el resto de la pandilla.

Ursu nos ha llenado la agenda con planes de todo tipo, algunos culturales, otros de aventura, como, por ejemplo, llevarnos a una sala de escape, y otros mucho más alternativos, como la visita relámpago que hemos hecho a su pueblo. Aprovechó que tenía que arreglar unos papeles con sus padres en el ayuntamiento y había pedido el día libre para meternos en el coche y enseñarnos su lado más rural, ese que, definitivamente, no le pega nada.

Lara se ha ido con su tío al cine esta tarde. Le ha prometido que después la llevará a cenar a su pizzería favorita y dormirá en su casa. Por eso mi amiga ha decidido que hoy era el día perfecto para salir ella y yo a celebrarlo.

Sí, a celebrar que por fin el domingo salió publicado mi primer reportaje: «Por amor al arte: Alan Scott».Todavía no me lo creo del todo. Ver mi firma al final del texto, en las páginas centrales, junto a las fotografías de Alan, después de todo lo que significó ese fin de semana para nosotros, es increíble y un regalo enorme para mí haber podido hacerlo. Desde que el sábado mi amiga me regalara un

ejemplar antes de que estuviera en los quioscos, quedarme absorta contemplando esas imágenes se ha convertido en mi adicción favorita, sobre todo antes de dormir.

—¡Por nosotras! —Mi amiga choca su copa contra la mía y creo que nos hemos bebido ya dos sin que hayan traído el primer plato.

—Eres consciente de que estamos bebiendo igual que si nos hubiéramos quedado en casa, ¿verdad?

—Sip —me responde entre hipidos—. Calla y bebe, Norita.

—Menos mal que nos quedamos en tu casa.

Para no tener que conducir hasta la urbanización, esta noche nos quedamos a dormir en el piso de mi amiga; podemos beber todo lo que queramos mientras seamos capaces de darle su dirección al taxista.

Lara se marcha el domingo a Londres, porque el lunes empiezan las clases de nuevo. Rosa acompañará a las niñas en esta ocasión, porque todavía nos da un poco de miedo que vayan solas. Yo me tengo que quedar una semana más, hasta que se celebre la maldita fiesta de aniversario de la empresa de mi suegro.

Ya ni me acordaba de que este año iban a festejar el cuarenta aniversario de la constructora, con una megacelebración por todo lo alto, claro. No sé cómo lo había olvidado, si mi suegra lleva organizando el evento una eternidad. Estaban empeñados en que también fuera mi hija, en representación de su padre, pero me pareció tan fuera de lugar que estaba dispuesta a discutir con ellos para evitarlo. Al final no me ha hecho falta, porque Jaime les dejó claro que Lara solo tiene catorce años y no tiene por qué asumir roles que no le corresponden. Él y yo seremos suficiente representación de la familia. No es lo que más me apetece en el mundo, sin embargo, debo ir.

—¿Qué vas a llevar a la fiesta?

—No lo sé. Mañana cuando me lleves a casa seguro que sacas algo de mi armario que pueda valer. Algo negro, supongo. ¿Y tú? —pregunto, porque, por supuesto, y a pesar de las protestas de Jaime, mi amiga será mi acompañante y no él, como me ha insinuado toda la semana con demasiada insistencia.

—No sé. Igual me paso por casa de la Chonchi y que me deje uno de los modelitos que llevaba al trabajo. Seguro que a los puretas de tus suegros les rechifla.

Me atraganto con el trago de vino y casi lo escupo. La Chonchi era una de las últimas chicas que se quedaban en la pensión de su tía; trabajaba de camarera en un club de estriptis y la verdad es que, en vez de cambiarse allí de ropa, salía ya vestida de casa y su indumentaria era... peculiar. Vamos, que enseñaba todo el material, sin dejar nada a la imaginación, incluso en invierno. De esto hace ya más de quince años, por eso al acordarme de ella no he podido parar de reír.

—Me puedo imaginar sus caras, amiga. ¡Pobre Chonchi! ¿Dónde estará?

—Pues me contó mi tía que hace tiempo habló con ella y se había vuelto al pueblo. Allí se casó con un ganadero un poco mayor que ella y hasta tuvo un hijo. Ves, ya te he dicho que yo no lo veo mal como última opción.

—Calla y bebe, Ursulita.

Paga ella, porque son *gastos de representación*, me dice.

Como ya vamos algo tocadas, decide llevarme a Medias Puri, una discoteca en pleno centro. Hace años que no salgo de fiesta en Madrid, de modo que me dejo guiar.

Mi amiga saca un pase vip y los porteros nos dejan pasar sin hacer cola. El local está abarrotado y vamos directamente a ver el show, que acaba de comenzar; la música suena alta, los bailarines no paran de moverse, chicos, chicas y *drags*, un buen espectáculo. Mientras miro todo alucinada, como si acabara de bajar de la oscuridad de las montañas y mis ojos se estuvieran acostumbrando a todas estas luces, ella trae dos gin-tonics, por si todavía teníamos sed.

Hablamos a gritos porque es imposible escucharse, y con la segunda copa nos vemos rodeadas de dos pedazos de maromos subidos en unas plataformas imposibles. Mi amiga les toquetea los pectorales y yo saco el móvil como una *influencer* más, para inmortalizar el momento. Mi rubia parece muy poquita cosa entre los cuerpazos de estos dos.

—¡Mira qué pequeñita eres! —Le enseño la foto y me río.

—Menudos pechotes. Tienen más tetas que yo —dice, partiéndose el culo y sujetándose los pechos con las manos; se los menea un poco y un par de chicos que están justo a nuestro lado le preguntan si necesita ayuda—. No, hoy me las toca ella —les dice para desviar su atención.

Bailamos todo lo que suena, dance, R&B, pero en especial nos desquitamos con los temas ochenteros, que además de hacernos mover el esqueleto nos obligan a cantar a pleno pulmón.

Cuando me da otra copa le suplico que sea la última.

Amante bandido, de Miguel Bosé, pone el broche final a la noche. La cantamos abrazadas mientras nos abrimos paso entre la gente para llegar a la salida. Los tacones me están matando y mañana tendremos agujetas hasta en el carné de identidad.

Sobre las cinco de la madrugada, descalzas y borrachas, entramos en su casa. Un piso de lujo de más de cien metros cuadrados con salón y cocina gigantes, pero solo una habitación, eso sí, un vestidor más pequeño que el de Alan.

Mierda, no quiero pensar en él.

Había dejado mi bolsa aquí antes de salir, así que saco de mi neceser el cepillo de dientes y me pongo la camiseta de U2, que ha viajado conmigo, no me preguntes por qué. A pesar del colocón que llevo, tiro del cuello y huelo el tejido un par de veces, porque huele a él y a mí. Y porque soy un poco gilipollas también.

Mi amiga se lava los dientes, se quita el sujetador y se mete bajo las sábanas en bragas; por lo menos escogió una cama de esas dos por dos y no creo que nos rocemos.

—Hasta mañana, Norita. Ha sido un placer emborracharme contigo.

—¿Qué coño hace esto aquí? —pregunto al ver la revista en la mesita cuando voy a apagar la luz.

Además, está abierta por la página central, donde sale una foto de Alan sin camiseta, con unos vaqueros desgastados, estratégicamente colocados en la cadera, sin ropa interior y con el primer botón abierto. Sí, qué pasa, me acuerdo de todos los detalles como si lo

tuviera delante ahora mismo. Me relamo sin darme cuenta y no porque tenga la boca seca por el alcohol.

—¿Tú has visto esa foto, nena? No iba a decírtelo, pero he estado a punto de masturbarme mirándola.

—¡Úrsula! —grito, golpeándola en el brazo con la revista.

—¡No te pongas así, he dicho casi! Además, todo ese material lo tocas tú. No seas egoísta.

Cojo la revista y miro la foto con detenimiento, como si no me supiera de memoria cada centímetro de su piel, sus lunares, sus tatuajes, su tacto y su olor. Como si fuera fácil olvidar cómo vibra mi cuerpo cuando lo tengo encima y me susurra y me besa y me mira.

Me apoyo en el cabecero de la cama y antes de hacer amago de apagar la luz, un par de lágrimas estúpidas empiezan a resbalar por mis mejillas; gracias a todo el alcohol que corre por mis venas, paso de la exaltación a la congoja en una décima de segundo.

—¡Eh, Norita! —Mi amiga se incorpora y me las limpia con la mano —. No llores ahora. Dime que ese guapito de cara no te ha hecho nada malo, o me planto en el mismísimo Manhattan y le corto las pelotas.

—No, Ursu —sollozo—. Él no me ha hecho nada. O sí, yo qué sé.

—¿Y por qué lloras, entonces? Si en unos días os volveréis a encontrar. Seguro que, si me asomo a la terraza, veré los fuegos artificiales desde aquí.

—Es que... tenías razón. Lo admito.

Y sé que al admitirlo en voz alta estoy siendo sincera con mi amiga, que ya me advirtió, pero sobre todo lo estoy siendo conmigo misma, porque hasta ahora había preferido esconderlo debajo de muchas excusas.

—¡No, no, no...! Te lo dije, no podías enamorarte de él.

—Lo sé y te juro que lo he intentado. He intentado no caer. No sentir nada más que deseo, vivir el momento y todo eso, pero, Ursu, además de ser increíblemente guapo, es inteligente, divertido, cocina solo para mí, me escucha, me hace reír y me hace tilín ahí...

—¡Suficiente! No necesito que me confirmes que es el dios follador porque esa parte me ha quedado bastante clara. Y, ahora, ¿qué?

—Ahora, nada. Somos completamente diferentes, ya nos has visto. Él tiene su vida en Londres, tranquila y sin complicaciones. Además, no cree en las relaciones, y yo, pues tengo a Lara, tengo compromisos, así que me volveré aquí cuando empiece el verano y le diré adiós definitivamente.

Las lágrimas brotan sin control.

—Ya está —me abraza más fuerte—. Deja de llorar. Seguro que cuando amanezca, que por cierto debe de estar a punto, lo verás todo mejor. Y si no, ya buscaremos una solución. No puedes sufrir antes de tiempo.

Me obliga a levantarme y me lleva al baño casi a rastras. Me refresca la cara con agua y me alza la barbilla para que me mire en el espejo.

—Sonríe —me ordena.

Mis labios se curvan sin remedio, la imagen de las dos, todavía alcoholizadas, es bastante cómica.

—Mucho mejor. —Me da un beso en la mejilla y volvemos a la habitación.

Me deja sola y, al cabo de un rato, viene con una camiseta puesta, un ibuprofeno en una mano y un vaso de agua en la otra. Me obliga a tomármelo, se mete en la cama conmigo y apaga la luz.

Cuando siento que sus brazos se enroscan a mi cintura, cierro los ojos y me dejo envolver por su calor.

Sí, acabo de admitir que estoy enamorada de Alan, pero también debo confesar que, sin Úrsula a mi lado, todo podría ser mucho peor.

49
La Gran Manzana

ALAN

Mis días en Nueva York están siendo caóticos. Estoy atrapado en una inesperada vorágine de gente, tráfico, salidas nocturnas y ruido. Por algo dicen que esta ciudad nunca duerme.

Andrea, Camille y yo nos estamos quedando en el apartamento de nuestra amiga Lola en pleno SoHo. Un barrio que tiene todo lo necesario para disfrutar del ambiente de la Gran Manzana, de día y de noche. Además, la galería donde inauguramos ayer la exposición está a muy pocos metros de aquí.

Nuestra amiga ha pasado unos días con nosotros hasta que se ha tenido que ir a México por motivos de trabajo, pero, indudablemente, cuando hemos coincidido los cuatro hemos recordado los viejos tiempos por todo lo alto, como presuponía Camille. Para resumirlo diré que la palabra dormir ha quedado descartada de nuestro diccionario. Me levanto sin hacer ruido porque tengo que ir al baño, ya no aguanto más. No enciendo la luz, así que cojo el móvil para que me haga de linterna y me doy cuenta de que son casi las tres de la tarde, otro día en que se nos junta la comida con la merienda.

Este apartamento es impresionante, moderno y muy grande, pero diáfano; la ausencia de paredes resta un poco de intimidad, el baño es la única estancia que se esconde detrás de un tabique.

Cuando salgo, observo la estampa. Andrea duerme boca abajo en el sofá cama, como siga respirando así, los vecinos llamarán a urgencias: le falta muy poco para que los bufidos pasen a la categoría de ronquidos, de esos que hacen temblar un edificio. En la cama de Lola está

Camille, agarrada a la almohada como si alguien se la fuera a robar. Hemos dormido juntos estos días, después de que se fuera nuestra amiga. Andrea y yo lo echamos a suertes y me tocó a mí; el

colchón es mucho mejor que el sofá, así que no puse ninguna objeción.

Paso por la cocina y pongo agua a hervir; será mejor que me tome un té mientras espero a que estas dos marmotas se despierten.

Salgo a las escaleras de emergencia cuando mi móvil empieza a vibrar. Prefiero hablar fuera y no molestarles. No sé si este par se merece tantas contemplaciones, pero, en el fondo, soy un buen amigo.

Mi imagen, sentado en estos escalones, me recuerda a la de las películas. Desde aquí, la ciudad se ve con otros ojos y el bullicio te agobia menos que cuando estás a pie de calle, como si en las alturas se respirase mejor. Edificios de ladrillos anaranjados, ventanas negras y tejados de mil formas distintas, todo coronado por un cielo cargado hoy de nubes.

—Hola, Ele —respondo.

—Hola, Alan. ¿Te he despertado?

—No, tranquila. Ya estaba despierto, aunque me acabo de levantar —confieso.

—¿Qué tal la exposición? ¿Mucho éxito?

Me río por su pregunta. Sabe que en Londres la cosa fue muy bien, pero llegar al público americano no es tan fácil, y menos siendo un auténtico desconocido. Andrea sí que había expuesto aquí hace unos años, pero para mí ha sido la primera vez.

—Sí, estuvo bien, pero tampoco para tirar cohetes. Aquí hay miles de galerías con exposiciones muy buenas. Por lo menos ya nos hemos dado a conocer. Ahora necesitamos dejar nuestra huella y que no se olviden de nosotros.

—Seguro que no. Tú y Andrea, juntos, sois difíciles de olvidar.

Su frase destila sarcasmo y sé que no se refiere a nuestras dotes artísticas, precisamente.

—Hacemos lo que podemos —me burlo—. Es broma. Como te imaginarás, Andrea no ha perdido el tiempo y ha hecho un montón de contactos, laborales y de los otros.

El sonido de su risa a través del móvil me relaja. Le cuento que después de salir de la exposición nos fuimos a una fiesta privada en un club que acaban de inaugurar. No hay palabras para definirlo, era

como estar rodando un videoclip de Jennifer López, todo muy loco. Ella me cuenta que ha vuelto a hablar con Gala y que ya tiene fecha para entregar el manuscrito; será antes de que termine el verano. Me comenta que está muy contenta y que tiene ganas de irse de Madrid después de la dichosa fiesta de la empresa y recuperar su rutina en casa. Me encanta que considere Londres su hogar ahora.

—Lara sabe que somos más que amigos.

—¿Se lo has contado tú?

Sé que Ele prefería esperar un tiempo o incluso no tener que contárselo.

—No, se lo contó su tío durante las vacaciones y el día antes de regresar a Londres me lo preguntó ella directamente.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Pues al principio mal, porque mi cuñado le había contado muchas tonterías sobre los dos. Le he dicho que somos buenos amigos y que pasamos bastante tiempo juntos, sin más. —Me imaginaba que iba a quitarle importancia al asunto, aunque no tanta —. Estaba enfadada porque yo se lo había ocultado. Después me preguntó si ya me había olvidado de su padre.

—¿Y qué le dijiste?

—Hablamos un buen rato sobre conocer a otras personas y las relaciones. Le dije que nadie va a ocupar el lugar de su padre, y ella me confesó que siempre le has caído muy bien, desde el minuto uno, así que no puede enfadarse con nosotros.

—Me alegra oír eso.

El cuñado ha demostrado ser un gilipollas integral, y me da rabia no haber estado con ella para hablar con Lara yo también, si Ele hubiera querido, claro.

—¿Ves? Aquí las cosas siempre se complican, por eso tengo ganas de irme.

—¿Solo quieres irte por eso? Entonces, ¿no tienes ganas de verme?

—Sí, señor ego enorme, pero en público siempre lo negaré.

—Muy bonito, Little. Yo también tengo ganas de verte y no me supone ningún problema confesártelo. —Me echo a reír por mi propia entonación lastimera—. Espera un segundo.

—Toma, escocés. —Camille se asoma y me tiende una taza de té—. Y ponte una camiseta, que vas a coger frío ahí desnudo.

Si se supone que yo llevo poca ropa y me voy a resfriar, lo de ella no sé cómo considerarlo. Lleva puesta una camiseta minúscula y tan corta que deja la parte inferior de sus pechos al descubierto. Además de unas braguitas enanas de Hello Kitty. Conozco su cuerpo a la perfección y, gracias a mi trabajo, estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas la mayor parte del tiempo, sin inmutarme, así que, si ha elegido este modelo para que le preste atención, no lo va a conseguir. Espero que cuando se levante Andrea ya se haya vestido.

—Gracias, francesita —imito la voz de mi amigo, que casi siempre la llama así.

Cojo la taza de té y bebo un sorbo. Lo necesitaba.

—¿Alan?

—Sí, perdona. Ya estoy.

Ele se queda callada unos segundos largos. Raro en ella, tal vez ha oído la voz de Camille.

—Ya veo que estás ocupado y desnudo. Será mejor que cuelgue.

—Ele, no estoy ocupado ni desnudo. Solo he cogido una taza de té que me ha dado Camille.

Como te decía, han sido días muy locos. Ele y yo no hemos hablado mucho por teléfono. Mensajes sencillos para contarnos nuestro día a día y otros algo más intensos, mencionando lo que nos echamos de menos. Ella ha estado con su hija de vacaciones y sin parar de hacer cosas. Andrea y yo no hemos descansado ni un minuto. Primero con los preparativos de la exposición y después con las labores de relaciones públicas para intentar llenar la sala. Aparte de todas esas salidas nocturnas, por supuesto.

—Está bien, tómate el té. Acaba de llegar Úrsula y me va a elegir modelito para la fiesta de mañana. El sábado nos vemos en casa.

—Prométemelo —digo, porque su voz tiñe con una sombra de duda.

—¿Qué quieres que te prometa?

—Que el sábado nos veremos e invertiremos todos los minutos del día en nosotros.

—Te lo prometo.

Nos despedimos con un beso y cuelgo con una sensación agridulce. Tengo muchísimas ganas de verla y de quitarle los miedos con mis ganas, pero, ahora mismo, también me doy cuenta de que cada día se complica más que el anterior y que seguimos sin hablar de lo que pasará cuando llegue el verano.

Ele y yo estamos librando una batalla entre cabeza y corazón, aunque ninguno lo reconozca.

Me sorprende ver a Camille ya vestida cuando entro de nuevo en el apartamento. Andrea sigue en el séptimo cielo, así que yo también me voy a duchar y a vestir.

Estos días con Camille nos han servido para volver a estar bien, como si las aguas volvieran a su cauce y pudiéramos hablar sin terminar discutiendo. Ella solo se ha separado de nosotros para ir a un par de castings y a las sesiones fotográficas que tenía programadas. Incluso la he acompañado a la última. Ese día se levantó con malestar y no me pareció buena idea dejarla sola, gesto que agradeció invitándome a cenar.

Nos vamos los dos a comer por ahí y dejamos a Andrea dormido.

Camille me lleva a su vegetariano favorito. A mí no es que me entusiasme solo comer verde, pero son casi las cuatro, así que tampoco voy a darle más vueltas. Pedimos un entrante para compartir y un plato principal para cada uno. Ella agua y una cerveza artesanal para mí.

—¿Qué tal llevas lo del alcohol?

—Bien. Prefiero haberlo dejado ya, por si acaso. Muchas gracias por apoyarme con esto, Alan. Es muy importante para mí saber que estás a mi lado.

—No tienes que dármelas. Ya sabes que yo solo quiero verte feliz.

—Lo sé y, por cierto, me gustaría que quedara entre tú y yo, de momento.

—Claro, tranquila.

Mi móvil suena y nos interrumpe. Es Andrea, preguntando dónde estamos. Cuando le paso la ubicación, me contesta con el emoji ese que es una cara verde de enfermo vomitando. No puedo evitar descojonarme y enseñárselo a Camille.

En menos de veinte minutos lo tenemos sentado con nosotros a la mesa, protestando cuando lee la carta.

Andrea no ha dormido en casa todas las noches. Sí, él es como esos marineros que en cada puerto tienen una mujer, salvando las diferencias, por supuesto. Regresar a esta ciudad, donde ha trabajado también unos cuantos años, ha sido bastante nostálgico para él, sobre todo porque en aquella época era mucho más joven y ahora se acerca peligrosamente a los cuarenta. Solo le ha hecho falta desempolvar la agenda y tirar de contactos para creerse que sigue siendo el mismo triunfador, así que nos dice que esta noche no contemos con él.

El resto de la tarde acompañamos a Camille, que quiere ir de compras. Esta ciudad puede ser una ruina si eres de las que disfruta yendo de tienda en tienda.

Mañana será nuestro último día aquí y Andrea quiere hacernos algunas fotos, juntos, en los sitios más turísticos, Central Park, Empire State, el puente de Brooklyn, lo típico. No nos ha querido comentar para qué las quiere, pero seguro que está maquinando algo.

Cuando volvemos a casa sobre las nueve, estamos bastante agotados. Andrea se ducha y se pone muy elegante para lo que nos tiene acostumbrados. Se va pidiéndonos que seamos buenos y dejando tras de sí un rastro de perfume que nos obliga a abrir la ventana del salón para no marearnos.

—Voy a pedir pizza, ¿quieres? —pregunto a Camille, que ya se está quitando la ropa y poniéndose una camiseta mía, no sé de dónde la habrá sacado, quizás de la última vez que durmió en mi casa con Lola.

—Vale, pero una con masa integral para mí y sin carne ni embutido.

—Si quieres pido solo la masa y el tomate —me burlo.

Se sienta en el sofá, me enseña el dedo corazón y me ignora.

La cena llega rápido. Mientras la devoramos, saltamos de canal en canal en busca de alguna película. Como no encontramos nada que nos convenza, apagamos la televisión y hablamos de los trabajos

que tiene para los próximos meses, los viajes y de cómo tiene pensado organizar su vida a partir de ahora.

Nos metemos en la cama juntos y, aunque todas las noches ha guardado las distancias y no nos hemos ni rozado, hoy se pega a mi espalda y me abraza. Me siento un poco incómodo, con lo bien que hemos estado estos días, me descoloca su actitud ahora.

—Camille...

—Es solo un abrazo, Alan. Ella no está aquí para verte. —No me gusta que haga alusión a Ele. Ya sé que no está aquí conmigo, pero eso no significa que no la tenga todo el día en mi cabeza—. Solo quiero darte las gracias por haber estado así de bien conmigo estos días, de verdad.

—Está bien, tranquila. Es solo que no quiero estropearlo.

50
La curiosidad mató a la gata

Jaime ha mandado a su chófer de confianza para que nos recoja en mi casa y nos lleve a la fiesta. Quería haberlo hecho él personalmente, pero su padre lo ha reclamado una hora antes de que empezara el evento y se ha tenido que marchar.

Desde que le contó a Lara que yo estaba con Alan, a mis espaldas, y añadiendo información muy subjetiva sobre lo que tenemos, mi relación con él cada vez es más tensa. Vino a casa hace un par de días para intentar hablar, pero yo estaba ocupada escriviendo. Después de advertirle que tiene que dejar de meterse en mi vida, se marchó con cara de pocos amigos. Aun así, no ha parado de insistir en que nos llevaría a Ursu y a mí a la puñetera fiesta, lástima que se le hayan torcido los planes.

En menos de diez minutos llegamos a la nueva sede de la empresa. Hace unos cinco años dejaron las oficinas centrales en un edificio en el paseo de la Castellana para trasladarse a este parque empresarial a las afueras de Madrid. La sede de la constructora está formada por dos edificios anejos con la fachada de cristal en color azul, que se comunican por un puente de acero suspendido entre las dos azoteas. Uno alberga a todos los directivos y a los altos cargos. El otro aloja al resto de empleados. Siempre marcando las diferencias.

—¿Estás preparada? —me pregunta mi amiga antes de bajarnos del coche.

Jaime ya está colocado en la entrada, esperándonos para abrir la puerta, como si fuera el aparcacoches.

—Estoy, que no es poco.

Úrsula está espectacular, no creo que haya otro adjetivo para definirla hoy. Lleva puesto un vestido gris perla, entallado y corto, por encima de la rodilla, con un solo tirante ancho que sale de su hombro izquierdo y se cruza en la espalada, supersexi. El pelo, con

la raya al medio y engominado, le da un aire de actriz de Hollywood, como si estuviera a punto de pisar la alfombra roja.

A mí me ha peinado casi igual, aunque me lo ha recogido al final de la nuca, con una pequeña coleta, porque mi largura no da para mucho más. Mi vestido es negro y largo, con escote en uve, tanto delante como detrás. Estaba en el fondo, muy en el fondo de mi armario, y he tenido que hacer un verdadero esfuerzo para recordar de dónde lo había sacado. Me lo regaló Fer por mi cumpleaños, hace cuatro años, creo. Y solo me lo había puesto una vez, sin llegar a salir de casa con él. Teníamos una cena con otros empresarios amigos de su padre en el hotel Palace, y estuve esperándolo durante más de dos horas en casa. Primero, llegó una disculpa por la tardanza en forma de llamada escueta, luego, un «enseguida voy». Y finalmente, su último mensaje: «Estoy a veinte minutos del Palace. Si no voy a cenar, mi padre me mata, y ya no me da tiempo a ir a buscarte. Será soporífero, así te lo ahorras».

Jaime abre la puerta y me devuelve al presente. Nos da dos besos y hace amago de ofrecerme su brazo para que entre con él, pero mi amiga es mucho más rápida y entrelaza el suyo con el mío para adelantarnos juntas.

Saludo con amabilidad a los otros directivos que conozco, a sus esposas y a mis suegros, que están con su socio recibiendo al resto de invitados en el salón de reuniones. La madre de Jaime está en su salsa, sonrisa de anuncio, traje de falda y chaqueta perfecto y un cardado en el pelo que no se moverá ni con un seísmo de grado seis.

Ursu me susurra al oído el nombre de los políticos que no conozco y con los que nos vamos cruzando, se nota que mi vida social es nula.

—La mitad de la clase política de este país está aquí metida.

—Es lo que pasa, que el sector de la construcción y el de la política están muy unidos y no siempre para bien —confirmo.

—¡Correcto, amiga! Si me pongo a hacer fotos de todos esos apretones de manos, creo que podría sacar un reportaje divino sobre tráfico de influencias.

Las dos nos reímos y vamos a buscar una copa, así conseguimos despistar a Jaime, que no se separa de nosotras.

—Señorita Robledo, ¡qué sorpresa encontrarla aquí! —una voz muy masculina a nuestra espalda nos sobresalta.

Mi amiga se vuelve, sonríe y hace un repasito rápido al hombre que tenemos delante.

—¡Vaya, señor Villegas! La sorpresa es mía. Nora, te presento a Óscar Villegas, concejal de Urbanismo del Ayuntamiento de Madrid.

—Encantada.

Me da la mano, como un caballero, y mi amiga pone los ojos como platos detrás de él. Me aguanto la risa como puedo. Es alto, moreno y esconde unos ojos casi negros debajo de unas gafas de pasta. Lleva un traje demasiado clásico, en un tono gris plomo con chaleco incluido; creo que solo le falta sacar un reloj de bolsillo para parecer que acaba de llegar al futuro desde otra época. De cara es guapo, pero habría que revolverle un poco el pelo y darle otro aire. Mi amiga lo mira de tal manera que se delata: presiento que ella ha visto lo que esconde debajo de esa imagen de carcamal.

—Nos vemos, señoritas —se despide cuando otro tipo trajeado lo reclama.

—¿Te lo has tirado?

—¡Qué dices, loca! ¿Tú lo has visto?

—Sí, por eso mismo lo pregunto, porque es la antítesis de tu prototipo. Lo que pasa es que luego he visto esa miradita tuya un poco sucia y sé que tú has visto mucho más de lo que muestra.

—¡Shh! ¡Calla!, que no quiero que se entere nadie. Me da bastante vergüenza.

—¿Vergüenza, tú?

—Ese tío y yo pegamos menos que el agua y el aceite. Fue hace un tiempo. Coincidimos en un acto de su partido, ya sabes, todos muy retrógrados y casposos, como has podido comprobar, porque la mayoría están por aquí hoy. No sé por qué acabamos follando, a lo loco, encima de la mesa de su despacho por aquel entonces. Todavía no era concejal.

—¡Lo tuyo es increíble, amiga!

—La cosa es que le quité ese traje de los años veinte, las gafas, el calzoncillo de tela de cuadros como el que usaba mi abuelo, le despeiné un poco ese pelazo y resultó ser un digno empotrador.

—¡Basta! Demasiada información. Voy a por otra copa. Mientras Ursu otea a todo el personal y, en particular, al concejal, que ahora habla con un par de chicas, me acerco a una camarera para coger otra copa antes del discurso de mi suegro.

—Hola, Nora. Me alegra mucho verte, estás muy guapa —me saluda Beatriz.

—Muchas gracias, tú también.

Me pregunta por Lara y por mi vida en Londres: Le digo que todo bien, que estoy escribiendo y que, aunque haya menos sol, me gusta el ambiente de la ciudad.

—Si tienes un minuto, me gustaría hablar contigo, luego.

—Nora, ¿puedes venir un segundo, por favor? —Jaime nos interrumpe y no me da tiempo a contestar a Beatriz. No sé qué me querrá decir, pero la dejo con la palabra en la boca. No me pasa desapercibida la mirada de desprecio que le echa a su ex antes de arrastrarme hacia un rincón.

—Espero que tu amiga se comporte. No sé qué hace hablando con el concejal.

—Jaime, mi amiga es mayorcita y, por si no te habías dado cuenta, sabe comportarse en cualquier ambiente. Ella ya conocía al concejal —afirmo con desgana, me crispa que saque las cosas de contexto—. Lo que no me queda muy claro es cuándo has pasado tú de ser un tío normal a un gilipollas prepotente, como la inmensa mayoría de los que hoy se pasean por aquí.

—Lo siento, estoy nervioso hoy. Lo que tampoco sé yo es cómo has pasado de no decir nunca tacos a hablar así de mal.

—Mejor di que no sabes cómo he pasado de estar callada a decir lo que pienso.

Jaime hace una mueca que no sé descifrar, aunque espero que haya entendido el significado de mis palabras.

En ese instante, mi suegro se coloca al lado del atril junto a su socio y reclaman la presencia de sus respectivos hijos, Jaime, Beatriz y el hermano de esta.

Primero emiten un breve vídeo con la historia de la empresa desde sus comienzos. Cuando termina, empiezan con el discurso, que se hace pesado y largo, como suele ocurrir en estos actos. Ambos socios se tiran flores mutuamente por todos los logros conseguidos y cuelan algún que otro chiste fácil para ganarse las carcajadas de los presentes. Ponen punto final a su alocución agradeciendo la asistencia a todos e invitándolos a un cóctel que se servirá en la azotea, con catering y música.

Cuando la gente se dirige a los ascensores, busco a mi amiga, pero ni rastro, solo espero que no haya decidido probar ningún despacho de esta sede con su amigo el político. A quien sí veo es a Jaime perderse entre el gentío; me fijo en cómo sujeta por el codo a Beatriz y la guía hasta la puerta que da acceso a la escalera, ajenos a las miradas de todos, excepto a la mía. Ella compone una sonrisa forzada e intenta disimular su malestar mientras camina. Me pica un poco la curiosidad, o un mucho, para qué mentir. Estos dos ocultan algo desde hace tiempo y quiero saber de qué se trata. Así que decido seguirlos, y de paso evito la cola que se está formando para subir a la azotea.

Sin llegar al rellano del primer piso, distingo los gritos.

—¡Me tienes harto, Beatriz! Te he dicho que no te acerques a Nora, ni hoy ni nunca.

—Me da igual lo que digas, Jaime. Tiene derecho a saberlo.

—No, no necesita saber una mierda, no seas hipócrita.

—¡Claro que sí! Fer iba a dejarla, ¿no lo entiendes? No era una simple aventura, era mucho más. Acéptalo de una vez.

Me quedo paralizada y me llevo la mano a la boca. Intento no hacer ruido, no quiero que se den cuenta de que estoy aquí.

¡Mierda! ¿Conoces ese dicho tan popular de que la curiosidad mató al gato? Bueno, pues es a la gata en este caso, porque así me siento ahora mismo, muerta.

¿Fer, una aventura? Cómo he podido ser tan imbécil.

Una aventura... ¿con quién? ¿Y por qué coño lo sabe Beatriz y yo no? ¿Y Jaime?

Oigo la risa falsa de mi cuñado y cómo Beatriz le dice que la suelte de una vez.

—No te equivoques, Beatriz —masculla con un tono más sereno—. Ya he superado con creces que la puta de mi prometida, o sea, tú, estuviera tirándose al cabrón de mi hermano. Lo superé el mismo día que oculté que tú estabas en su coche en aquel maldito accidente.

Me pitan los oídos. Me mareo.

«Nora, abre los ojos».

«Nora, cálmate».

«Nora, respira».

Cuento mentalmente, tres, dos, uno, y cojo aire. Me ahogo.

Tres, dos, uno, y cojo aire.

Mi vida pasa delante de mis ojos a cámara lenta, como una película de esas antiguas, de mala calidad. Trazos borrosos desde aquella primera cita hace unos veinte años hasta la sensación de falta de aire en este instante, en esta escalera.

Fer y Bea. Juntos. Jaime y yo. Engañados. Iba a dejarme.

No era una simple aventura.

Me fallan las piernas y tengo que apoyar la espalda contra la pared. Mi móvil empieza a sonar y sé que es Úrsula, que me estará buscando. Jaime se asoma por el hueco de la escalera, alertado por la melodía, y me ve. Palidece al darse cuenta de que soy yo y su expresión oscila entre el miedo y la rabia.

—¡Mierda! Nora, espera. ¡Por favor, espera!

Salgo disparada sin rumbo y, cuando llego a la salida, busco como loca el móvil para pedir un coche que me saque de aquí.

Jaime me intercepta antes de salir a la calle.

—Nora, déjame explicarte. —Me sujeta del hombro para que no me vaya.

—¡Suéltame!

—¡Por favor! Ven a mi despacho y hablamos más tranquilos —me suplica.

—¿Hablamos? ¿Ahora? Has tenido casi tres putos años para hablar, Jaime. Te has comido esa mierda tú solo y ahora te ha explotado en la cara. No sé en qué momento decidiste ocultármelo, pero ahora todo tiene mucho más sentido para mí.

—Nora, lo siento. Quería contártelo, pero él no... —Beatriz llega hasta nosotros y se une a la conversación.

—Ahórrate las excusas y el numerito —la interrumpo, y empleo mi mejor tono de indiferencia—. No me despedí de mi marido y encima le metí prisa para que llegara a casa rápido. Me he sentido culpable desde que recibí esa maldita llamada de la policía hasta hoy. Muchas gracias por aliviarme la carga. Me alegra saber que al menos tú le dijiste adiós antes de que dejara de respirar.

—Nora, sube y hablamos.

—No. Grábatelo a fuego, Jaime. No. No quiero hablar contigo, ni hoy ni mañana ni nunca.

—Está bien, el chófer puede llevarte a casa, espera, que le aviso. Cuando te calmes te lo podré explicar mejor…

No escucho cómo termina la frase y ni tan siquiera le contesto. Me alejo con el móvil en la mano mientras pido un coche y camino sin rumbo fijo.

Ahora mismo no sé ni en qué planeta habito.

No sé cuánto tarda en llegar porque la línea espacio-tiempo tampoco la controlo.

Me siento en el asiento trasero y las lágrimas empiezan a brotar de pura impotencia.

Mis dedos temblorosos teclean un mensaje para mi amiga, porque sé que, si la llamo, la voz se me va a romper y la tendría en menos de diez minutos en mi casa. Ahora solo quiero estar sola.

Yo:

Ursu, me voy a casa. Mañana te llamo.

URSU:

Estoy llegando a casa del concejal, solo espero que no viva todavía con su madre. Mañana te cuento.

El conductor me mira a través del espejo; creo que alucina al verme pasar del llanto a la media sonrisa que me ha provocado mi amiga en cuestión de segundos.

—¿Está bien?

—No, pero lo estaré.

Prefiero que continúe la marcha y no se preocupe más por mí, solo por la carretera. Necesito llegar a esa casa, que hoy siento menos mía que nunca, y desaparecer.

51
Una vida de mentira

Entrar en casa me cuesta mucho más que cualquier otro día, y no solo por las lágrimas, que no paran de inundar mis ojos, sino porque me siento como si estuviera cometiendo un allanamiento de morada: entro en un lugar que no siento mío. En realidad, pocas veces lo sentí, pero hoy, menos que nunca.

Entro, cierro y me derrumbo contra la puerta. Dejo caer el cuerpo hasta que mi espalda queda apoyada contra la madera y hundo la cabeza entre las piernas, para olvidar, para dejar de sentir esta opresión en el pecho que me impide respirar.

Necesito reaccionar, levantarme, avanzar, pero es realmente difícil.

Las palabras de Jaime y de Beatriz, hablando tan a la ligera de algo que también me incumbía, rebotan de un hemisferio a otro de mi cerebro sin detenerse. Su prometida. Mi marido. Juntos. El accidente. No era una aventura. Era más.

¿Desde cuándo? ¿Cuándo empecé a ser una cornuda? Y lo más importante: ¿cómo estuve tan ciega?

Todo se escapa a mi razón y es eso lo que más me molesta, no poder tenerlo cara a cara y enfrentarme a él. Ahora me muero por escuchar sus explicaciones, esas que nunca voy a tener.

Me levanto y consigo llegar a la cocina. Saco una botella de vino que tengo abierta y me sirvo una copa, sé que no será suficiente, así que cuando me la bebo, casi de un trago, agarro la botella directamente y bebo a morro, para qué voy a perder el tiempo.Decido dejar que toda la impotencia salga de mí en forma de lágrimas y quejidos. Necesito vaciarme en cada maldito recuerdo, porque tengo intención de llorar todo hoy, ojalá por última vez.

Entro en el salón y observo sus libros, ordenados tal y como él los dejó en la estantería; tiro de uno y, poco a poco, descoloco el resto. Una risa escandalosa y lacrimógena se escapa de mis labios. Mi prioridad siempre fue Lara, y después él. El último lugar siempre fue

para mí. ¿Para qué? Para que él se metiera entre las piernas de otra mientras yo reducía mi jornada de trabajo y cuidaba de nuestra hija.

«Bonito balance, Nora. Bonito balance para una vida de mentira». Lloro de nuevo con cada fotografía. Observo su expresión en cada posado. Su sonrisa en una en la que está tumbado en el césped, ¿verdadera o falsa? Cara de sorpresa en la de su último cumpleaños, ¿verdadera o falsa? Sus abrazos y sus besos en otras cuatro que están colocadas en el mismo marco, como un collage, ¿sinceros o fingidos?

En las que está con Lara, que son miles, parece feliz. Suspiro con cautela y doy otro trago; espero que al menos su amor por ella sí fuera real.

Una última de nuestra boda; la precipitada, la consentida. Se nos veía... ¿felices? A pesar de estar rodeados de cientos de personas que ni tan siquiera conocíamos. Ahora también pongo en duda esa supuesta felicidad.

En el despacho paso los dedos por las teclas de su máquina de escribir y el estómago me da otro vuelco. Tantas horas compartidas dedicadas a las letras, los sueños y las promesas, otra incógnita más. Me siento en la silla del escritorio y se apoderan de mi mente todos los recuerdos intangibles; las conversaciones, los gestos, los días raros, que hubo muchos, y ahí está otra vez la eterna duda. ¿Cuándo empezó a enrollarse con ella?

Quizás cuando se hicieron más visibles esas horas interminables de trabajo, esos viajes cortos, sobre todo en los últimos tiempos, que surgían de hoy para mañana. Ese «no me esperes levantada, llegaré tarde», tan repetitivo. O esa forma de hacer el amor —ahora sé que era cualquier cosa menos eso— rápida y más para cumplir un trámite que para disfrutar el uno del otro.

Señales, busco señales en el fondo de mi cerebro. Algún comentario con doble intención. Algún roce entre ellos en alguna reunión familiar, sus miradas... Nada, no encuentro nada. Es obvio que viví en la inopia demasiado tiempo.

Me machaco recordando las frases de Jaime de los últimos meses, en las que me dejaba entrever cosas sobre su hermano que se me escapaban. Incluso caigo ahora en la cuenta de aquella ocasión en

la que lo vi discutir con Beatriz en su casa, antes de irme a Londres. Ella ha debido de querer decírmelo hace tiempo. No sé por qué no se presentó un día aquí y me lo soltó todo; al final, todos son unos cobardes.

Subo al piso de arriba, con el móvil en una mano y la botella de vino en la otra. Creo que el alcohol no ayuda en estos casos, pero no tengo nada más fuerte. Ahora me arrepiento de aquella limpieza que me hizo mi amiga, deshaciéndose de todas las pastillas que me regalaron como churros los meses después de su muerte. Qué ironía, ¿verdad? Pensé que aquellos días ya lo había llorado todo, y mírame ahora.

Otra llamada más de Jaime que cuelgo y el enésimo mensaje.

JAIME:
¿Has llegado a casa?

Lo ignoro porque es lo mejor que puedo hacer.

Si lo de hoy me ha dolido como pocas cosas en esta vida, que mi cuñado me lo haya ocultado todo ha sido como añadir una puñalada más a alguien que ya se estaba desangrando.

Estoy borracha, muy borracha. Y ahora tengo la sensación de que el techo está cada vez más cerca de mi cabeza. Asfixiándome. Me arranco el anillo del dedo, con fuerza, y abro la ventana para lanzarlo lejos. No sé por qué narices todavía seguía ahí, pegado a mi piel.

Dejo la botella en la mesita de noche de Lara y me tiro encima de su cama. Abrazo la almohada, que todavía huele a ella.

Las lágrimas por fin se detienen y con el recuerdo de lo mejor que tengo en la vida, mi hija, consigo calibrar el pasado y el presente. Sin duda, ella es mi única verdad en una vida que se acaba de derrumbar por el peso de las mentiras.

Respiro de forma entrecortada y tengo ganas de vomitar. Me empiezo a encontrar verdaderamente mal y me pongo todavía más nerviosa pensando que estoy aquí sola.

Entre sollozos, busco el contacto de Úrsula. Son más de las tres y no sé si la pillaré en mitad de su sesión de gozo con el concejal, pero necesito que venga antes de que me desmaye.

—Nora, ¿qué pasa?

—Ursu, yo... —digo entre hipidos y con la voz entrecortada— necesito que vengas a casa, rápido.

—Tranquila, acabo de llegar a mi piso, todavía estoy vestida. Sea lo que sea, aguanta despierta, ¿me oyes? En media hora estoy ahí.

Oigo el timbre y me arrastro hasta el videoportero para abrir. Bajo las escaleras haciendo un gran esfuerzo y, cuando abro la puerta, me dejo caer entre sus brazos, literalmente, que ya están abiertos para recibirme.

Casi en volandas me lleva hasta el sofá. Alucina al ver todos los libros tirados por el suelo y el estado en que me encuentro, pero no dice ni una palabra. Saca una manta del cesto y se acurruca conmigo. Empiezo a llorar otra vez y juro que ya no sé cómo me quedan lágrimas, aunque, con ella a mi lado, el llanto es algo más sosegado.

—Vamos, nena. Suéltalo.

Y lo suelto, todo, desde que Beatriz me dijera que quería hablar conmigo hasta mi huida de esas escaleras como alma que lleva el diablo.

Me interrumpe para decirme que tenía que habérselo dicho en cuanto me he enterado y que soy tonta por haberme venido sola a casa. Sé que se muere de ganas de decirme todo lo que piensa de esos tres, sin excepción; sin embargo, solo me escucha y me consuela. Por primera vez desde que he llegado a casa, controlo la respiración.

—Lo peor de todo es que tengo el cuerpo y la mente llenos de dudas que jamás podré resolver, solo ignorar —confieso.

—Te entiendo, pero debes ignorarlas. El pasado ya no tiene solución. Qué más da desde cuándo se la estuviera metiendo, Nora. Lo importante es el hecho en sí y que además fue un puto cobarde de mierda, porque si la cosa no funciona, se habla y se cambia, pero no se oculta y se engaña.

—Ya, pero si lo hubiera sabido...

—La vida es así de puñetera, amiga. Si te hubieras enterado antes, lo habrías mandado a la mierda; si te hubieras enterado cuando se murió, te habría ahorrado parte del luto, y como te has enterado

ahora, pues te cabreas hoy, te desahogas y a otra cosa, mariposa. Tu presente no le pertenece y tu futuro, menos. No le des ese gusto para que lo celebre en la tumba.

—Lo intentaré. ¿Y Jaime?

—Jaime es otro cobarde de mierda, perdona que te lo diga. A ver, entiendo que a él le sorprendiera la noticia y le jodiera mil, porque tampoco le podía pegar una hostia a su hermano, como le hubiera gustado. Pero no sé por qué decidió ocultártelo a ti, quizás para que no sufrieras más en ese momento, no obstante, está claro que se equivocó.

—Pues sí, hubiera preferido saberlo.

—Y ella es una reputa; doblemente puta, quiero decir.

—Ella siempre ha estado en medio de los dos, hasta para tirárselos. Lástima que nunca me diera cuenta —aseguro con un puntito de asco.

—Ni tú ni Jaime os disteis cuenta, así que deja de martirizarte por eso.

—Y ¿qué hago con Lara? ¿Se lo cuento?

—Uf, pues no lo sé. Yo, en caliente, si fuera tú, le diría que su padre era un cabrón que se tiraba a Beatriz, traicionando a su hermano y a su mujer, que es lo peor que se puede hacer en este mundo. ¡Coño! Dicho así suena un poco a culebrón, ¿verdad? Pero, afortunadamente, no soy madre, así que haz lo que creas que es mejor para ella.

—No sé. Si lo medito un poco más en frío, quizás no le cuente nada. Al fin y al cabo, es un tema de pareja, no quiero que el recuerdo que ella tiene de su padre se transforme ahora. Puede que cuando sea un poco más mayor se lo diga y pueda hablar con ella sin insultarlo.

Nos quedamos en el sofá, más tranquilas y en silencio mientras pasan los minutos.

—Apestas a alcohol, amiga. Te voy a preparar un baño y después te vas a ir a dormir la mona.

—Pero en mi habitación, no —le advierto.

Llena la bañera del baño de mi hija y me sumerjo durante un buen rato, dejando que mi cuerpo se destense.

Le estaré eternamente agradecida a mi amiga por venir en mitad de la madrugada, por ser mi paño de lágrimas y por ayudarme a ser persona de nuevo.

52
Despierta, Nora

Las horas de espera que llevo en el aeropuerto me han servido para pasar por unos cien estados de ánimo distintos. Menos mal que he conseguido cambiar el vuelo que tenía para mañana y puedo largarme hoy mismo de Madrid.

He dormido apenas dos horas. He desayunado con mi amiga y, antes de marcharse a trabajar, me ha dejado aquí.

Estoy más tranquila, pero las dudas siguen pululando en mi cabeza y me atormentan. ¿Y si me hubiera enterado antes? Quizás habría sido mucho más valiente, ¿o no? Todo podría haber sido distinto. Mi vida podría haber sido distinta, pero ya es tarde, demasiado tarde para enfrentarme a él, para despejar las incógnitas, para intentar comprender qué lleva a una persona a engañar a sus dos seres más cercanos; su mujer y su hermano; tarde para respetar a alguien que no me respetó y tarde para averiguar cuándo lo que un día sentimos dejó de ser su prioridad.

Después de hablar otra vez con Úrsula durante el desayuno, le he tenido que pedir, por favor, que no lo dejara todo para venirse conmigo a Londres. Le he explicado que siempre la necesito a mi lado y que sé que puedo contar con ella, pero que en esta ocasión necesito ser fuerte y asimilarlo sola. Me ha soltado cuatro improperios típicos de ella, como que quiero irme sola para que el dios follador me sane las heridas a base de polvos o que prefiero la lengua sucia del escocés a la de ella de Lavapiés. En fin, que ha vuelto a sacarme una sonrisa. El tema de la recaída sexual con el concejal lo hemos dejado pendiente para una tarde de chicas.

He ignorado las catorce llamadas perdidas que tengo de Jaime y sus decenas de mensajes. Sé que él no me debía lealtad, pero que me haya ocultado algo tan importante todo este tiempo me ha dolido igual que cualquier otra traición.

Tampoco he mandado un mensaje a Alan para anunciarle que adelanto mi vuelta, prefiero presentarme en su casa y darle una sorpresa. Hace muchos días que no nos vemos y lo echo de menos, no voy a mentirte. Lo único que me apetece ahora mismo es acurrucarme entre sus brazos, escuchar alguna canción nueva que haya descubierto durante su viaje, que me cuente todo lo que ha visto y enterrar mi nariz en su clavícula, para aspirar el olor del perfume que haya decidido ponerse hoy.

Tarde o temprano tendré que contarle todo lo que he descubierto, pero antes de soltarle lo que me corroe por dentro y hablarle de mi nueva teoría sobre esa palabra de cuatro letras que al revés se pronuncia como la Ciudad Eterna, solo quiero respirarle, a él y a su energía positiva. Quiero sentir que estoy en casa de nuevo.

Aterrizo en Heathrow con una niebla bastante densa. El piloto ha estado a punto de tener que desviar el vuelo a otro aeropuerto con mejores condiciones meteorológicas, pero al final le han permitido hacerlo aquí.

Decido ir en el tren exprés, que me lleva hasta la ciudad, para no coger un taxi.

Sé que tendría que encender el móvil, sobre todo por si me llama Lara, pero como apenas tengo batería, lo dejaré apagado hasta llegar a casa.

Traigo una maleta pequeña. He dejado en Madrid bastante ropa de invierno que llevé en Semana Santa, así que no me supone un incordio arrastrarla por las escaleras de la estación y caminar con ella hasta el apartamento.

En el último segundo, decido que la sorpresa sea aún mayor y me acerco a la puerta de casa de Alan por la calle principal, en vez de atravesar el patio y subir las escaleras, para que no me vea a través del cristal.

La verja de la calle está cerrada, de modo que llamo al timbre y espero a que responda para gritarle un «*surprise*» que me delate definitivamente. El zumbido de apertura del portero automático me sorprende, ni tan siquiera he escuchado una voz al otro lado preguntando quién es. Mientras avanzo por el camino de piedra, veo cómo la puerta de su casa se abre, pero nadie se asoma.

Está claro que espera a alguien, aunque ese alguien no sea yo.

El recuerdo de Alan, delante de esta misma puerta con aquella ridícula toalla cubriéndole el paquete hace meses, me viene a la cabeza. Una ligera sonrisa se forma en mis labios y casi me olvido de lo mal que lo he pasado en las últimas horas. Si alguien ese día me hubiera dicho que después de ese recibimiento tan peculiar iba a acabar enrollándome con aquel rubio de intensos ojos azules, le habría dicho que no estaba en su sano juicio.

Abro la puerta con cuidado y espero encontrarlo al otro lado o en el salón, pero ni rastro de él. Las ruedas de la maleta se traban con el borde de la alfombra y tiro con más fuerza para avanzar y poder cerrar la puerta.

—¡Alan, por fin llegas! ¡Es positivo! ¡Estoy embarazada! ¡Mira! ¡Mira! —Los gritos de Camille se cuelan en mis oídos como el maldito soniquete de un taladro, perturbador e hiriente.

Ella abre la puerta del baño y me encuentra paralizada, en mitad del pasillo.

¿Embarazada? ¿Ha dicho embarazada? ¿Alan y ella? ¿Otra vez? Debo de tener un cartel pegado en la frente con la frase: «BLANCO FÁCIL».

—¡Uy! Pensé que era Alan, que se ha marchado sin las llaves —dice, sorprendida—. ¿Tú no llegabas mañana?

—Sí, pero, bueno... —balbuceo como una imbécil, no sé ni qué decir. Agarro el asa de la maleta con tanta fuerza que creo que los nudillos se me ponen blancos, pero es la única manera que tengo para seguir de pie. Creo que me fallan hasta los órganos vitales—. Tranquila, yo... ya me voy. —Termino la frase con la voz casi inaudible y sin ninguna coherencia.

La imagen de Camille se graba en mi mente. Despeinada, con una sonrisa triunfante y medio desnuda. Unas bragas negras y la camisa de Alan abierta, no se ha molestado ni en atarse los botones y, por supuesto, no lleva sujetador. Sé que es su camisa, sin lugar a duda, porque es la de rayas blancas y azules que llevó a cenar cuando estuvimos en Cannes.

No hace falta ser muy lista ni estar muy lúcida —que no es mi caso hoy— para saber que ha dormido aquí, con él. Al despertarse se

habrá puesto lo primero que ha encontrado en su habitación y, además, se ha quedado muy tranquila de esa guisa, porque Alan la había avisado de que yo no iba a venir hoy. Así que no corrían peligro alguno de que los pillara jugando a las casitas de nuevo.

Las imágenes de ellos, juntos, me atraviesan como ráfagas de viento, revolviéndome. Su eterna complicidad, ese «siempre tendrá la puerta de mi casa abierta» que tanto mencionaba Alan. Aquel abrazo con sonrisa incluida, apartados del resto del grupo, en la fiesta de la primavera. Ese «recordar viejos tiempos» tan manido por parte de ella antes de su viaje. Incluso esa conversación sobre desnudos que escuché desde la lejanía hace pocos días y que intenté relativizar. Han estado muchos días juntos y dicen que donde hubo fuego, rescoldos quedan.

Todo han sido señales de advertencia a las que no presté demasiada atención. Error. Grave error.

Que ella no es trigo limpio lo sabe cualquiera, pero lo de hoy no tiene pinta de ser un juego o una treta. No tiene ninguna lógica, cuando ha sido ella quien ha abierto la puerta pensando que era Alan. Está claro que no me esperaban, ninguno de los dos.

Esto es la puñetera realidad, que me acaba de salpicar en la cara para que sepa que es la hora de despertarse, por si alguna vez soñé... nada, no creo que soñara nada.

Me reta con la mirada, esperando ver mi reacción, y ahora mismo me siento tan pequeña a su lado que podría pisarme con el dedo meñique de su pie y hacerme desaparecer.

Mis ojos se mueven de su cara, que sigue con su mejor sonrisa, a su mano, que sostiene una prueba de embarazo a la altura de mi nariz. No te puedo confirmar si es positiva —aunque desde esta distancia me parece que sí— porque las puñeteras lágrimas se agolpan en mis ojos y empiezan a nublarme la visión; no obstante, su euforia y sus palabras me lo dejan bastante claro.

—Alan estará a punto de llegar, quédate y celébralo con nosotros, seguro que le encanta compartir la noticia contigo —espeta con expresión de satisfacción. Evidentemente, se da cuenta de que cada vez estoy más agobiada.

—No, será mejor que me vaya.

Me voy hacia la puerta para salir y paso delante de ella. Me hace una reverencia a modo de despedida, seguro que intuye que va a ser la última vez que nos veamos las caras.

Tengo que irme antes de que llegue él, porque ahora mismo no podría mirarlo a los ojos.

—Hasta nunca —escupe cuando ya estoy con el pomo en la mano a punto de cerrar.

Decido no contestar.

Me mentalizo para no derrumbarme cuando llego a la acera. Doblo la esquina del último edificio para llegar a la calle de atrás y entrar en el apartamento por la puerta del patio.

Mi cabeza solo piensa en recoger un par de cosas importantes y salir pitando de aquí.

Con mucho esfuerzo por el tembleque, consigo meter la llave en la cerradura. Voy directa a la habitación y saco del armario una bolsa de viaje. Recojo todo lo que puedo y lo meto de cualquier manera para no perder más tiempo; la ropa interior, un par de camisetas, un vestido, un pijama, algo de calzado, cuatro cosas del baño, los marcos con las fotos, la caja con la bisutería y algunos libros que están desperdigados. Echo un último vistazo para no dejarme nada. Antes de salir para no volver jamás, abro la maleta y saco la camiseta de U2 con la que duermo casi todos los días... Bueno, con la que dormía. La poso en la cama, encima dejo una nota de despedida, que escribo con una letra espantosa a consecuencia de mi patético pulso y, por supuesto, también dejo las llaves.

Digo un «adiós» al aire, para mí misma.

El sonido del portazo al cerrar me retumba en los oídos y en el alma.

Empieza a llover cuando me alejo de Westbourne Park Road, cansada, dolida y rota. Ahora me faltan manos y brazos para arrastrar todo lo que llevo encima; la bolsa de viaje, la maleta y el bolso, pero, lo más importante, esa carga que no se ve porque va por dentro, y es el peso de todas las mentiras que me he tenido que tragar en menos de veinticuatro horas.

Abro la puerta del Café Havana igual que el primer día que me pilló la tormenta en esta ciudad, calada hasta los huesos, solo que esta

vez mi cuerpo y mi cabeza están mucho peor.

—Nora, pensé que llegabas mañana. —Dafne se acerca a ayudarme. Me quita toda la carga de las manos y me abraza.

—Dafne... —Y no sé cómo continuar.

Me pierdo en ese abrazo y empiezo a llorar otra vez, aunque ahora las lágrimas se confunden con las gotas de lluvia que mojan mi cara. Mi amiga, con su sexto sentido o incluso con el séptimo, que puede que también haya desarrollado, me despega de ella, me limpia las mejillas con sus pulgares y entiende que algo no va bien.

—Déjame apagar las luces y coger el bolso para cerrar. Nos vamos a casa.

—Dafne, no son ni las ocho...

—No hay nadie, Nora. El café es mío y lo cierro cuando quiero. En menos de quince minutos un taxi nos deja al lado de su portal. Por el camino se ha limitado a decirme que esté tranquila. Evan está con su padre este fin de semana, así que podremos hablar a solas.

Lo primero que hago es ducharme y ponerme ropa seca.

Mi amiga me espera en su pequeño salón con una taza de chocolate caliente para ella y otra para mí, aunque ya estemos en mayo. Me acabo de acordar en este instante de mi madre y sus charlas curativas en nuestra cocina con la taza humeante en las manos. Lo remuevo con la cucharilla y después me la llevo a la boca, paladeando su sabor. A continuación, lleno de aire mis pulmones para tratar de respirar.

—¿Estás así por Alan?

—Estoy así por todos, amiga, por todos —respondo, derrotada.

—Cuéntamelo.

Empiezo tranquila, aunque a ratos tengo que esforzarme por no llorar de nuevo. Ella me escucha, sin interrumpirme. Le cuento todo lo que he descubierto de mi marido, de su engaño, de la mezquindad de Jaime y de lo mal que me he sentido por haber sido tan ingenua. Soltarlo me libera y me duele a partes iguales. Y, sobre todo, le recalco que lo peor de todo es que él ya no está y que me quedaré siempre llena de dudas.

Entiende cómo me siento.

—Olvídate de las dudas, Nora, porque matan más sueños que el fracaso. No necesitas darle ese poder a un cobarde.

—Lo intentaré, Dafne —farfullo mientras me paso las manos por la cara—. Tenía ganas de volver, ¿sabes? Por eso he adelantado mi viaje, porque sigo siendo una gilipollas y quería refugiarme en los brazos de Alan, para dejar atrás el pasado.

—¿Y por qué estás aquí y no con él?

—Porque él y Camille están juntos.

Alan es su amigo y no quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme o algo que la pueda poner a ella en un compromiso, así que solo le digo que me la encontré en su casa, medio desnuda. No menciono lo del embarazo, porque creo que es un tema muy personal, se lo tendrán que comunicar ellos a sus amigos, no yo.

—Llegaron ayer de Nueva York, Nora. Habrán aterrizado tarde y habrá dormido en su casa, otras veces Camille también se queda allí. No sé en qué te basas ahora para creer que están juntos otra vez, si ni tan siquiera estaba él, ¿no?

—No, él había salido, pero, Dafne, créeme, lo sé.

—Tienes que hablar con él. No puedes irte así, amiga.

—Por favor, prométeme que no hablarás con él hasta que yo regrese a España mañana.

—Está bien, prometido. Pero cuando mañana no aparezcas, te llamará y después me preguntará por ti. —Hace una pausa—. ¿En serio? ¿Alan y Camille, juntos? Es imposible, Nora. Él tenía muy claro que eso se había terminado.

—Pero ella no. Llevan juntos muchos años, tú también sabes que hay relaciones de las que es muy difícil salir. Además, ya da igual. Lo que teníamos estaba a punto de terminarse, lo único que ha pasado es que se ha adelantado el final.

—¿Estás segura, Nora?

—Sí, amiga. Necesito irme y empezar de cero, pero esta vez sin hombres a mi lado. No confío en ellos y no creo que lo pueda volver a hacerlo durante un tiempo. Necesito recuperar la confianza, principalmente en mí.

—Y tu corazón... ¿qué dice?

—Dice cosas que no quiero escuchar, porque se había hecho un hueco en él, no te voy a engañar. Creo que ahora está «cerrado por derribo», como la canción de Sabina.

—Te voy a echar de menos.

Creo que ella mejor que nadie comprende que, a veces, lo único importante para salir adelante es ser egoísta, pensar solo en uno mismo.

—Y yo a ti, señorita.

El primer abrazo que me dio Dafne hace meses me pareció magia, y lo mismo me pasa con este último.

53
Perdido

ALAN

El maldito *jet lag* me está matando, y eso que hace dos días que aterrizamos en Londres. A ratos duermo y a ratos soy como un zombi que deambula por casa sin rumbo fijo.

Ayer tuve que ir a la escuela para dar clase a mis alumnos, a pesar de que hasta el lunes no tenía que empezar. El profesor que estaba sustituyéndome se puso enfermo, y como Becca sabía que ya había llegado, me llamó para que fuera. Las clases fueron poco productivas, pero al menos no dejé colgados a mis pupilos y nos sirvieron para repasar lo que habían dado en mi ausencia. Por la tarde tuve reunión de profesores, así que al final trabajé más que un día normal.

El viaje a Nueva York ha estado bien; fiestas, paseos, cenas, exposiciones, moda y el amplio abanico de posibilidades que ofrece la ciudad, sin embargo, como suele pasar, los excesos te terminan cansando. Necesitaba volver a la rutina, a mis clases en la escuela, al yoga, a pasar las horas en el estudio y a Ele. Sí, reconozco que la he echado mucho de menos, así que estoy contando los minutos para volver a verla.

Estas dos semanas de ajetreo me han recordado por qué decidí bajar el ritmo de mi profesión hace tiempo y centrarme en el arte. El cuerpo no funciona igual con veinte años que con treinta y seis, y quien diga lo contrario, miente. Además, el mundo de la moda y la farándula esconde un montón de submundos que no siempre reconfortan el interior de las personas.

Como llegamos tan tarde del aeropuerto, Camille me preguntó si podía venir a dormir conmigo, para no irse a su casa sola; por supuesto, accedí. Traemos buen rollo de Nueva York y me gustaría seguir en esa dinámica. No quiero volver a caer en los desencuentros del pasado.

Ayer, para agradecerme el apoyo que le estoy dando estas últimas semanas y para celebrar la noticia de su embarazo, me preparó *ratatouille* para cenar. Siempre fue mi plato favorito cuando ella cocinaba, que no solía ser muy a menudo. Me sorprendió para bien cuando volví de la escuela. Compartimos mesa como dos viejos amigos, recuerdos, ilusión y alegría, porque si ella está feliz, yo también lo estoy por ella.

Se marchó a su casa y caí rendido en el sofá hasta que me desperté en plena madrugada con el cuello rígido y un dolor de espalda horrible. Por eso he decidido venir hoy al centro de yoga, para hacer una clase especial, solo de estiramientos, que imparte Margot los sábados por la mañana.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Becca al ver que coloco la esterilla a su lado.

—Era venir aquí o pedir hora en el fisioterapeuta. ¿Y tú? ¿No te estira lo suficiente en casa?

—¡Te quieres callar! Te pueden oír.

—Vaya, te has puesto tan colorada que no se distinguen ni las pecas esas tan graciosillas que tienes. Eso significa que no me equivoco, ¿verdad?

Margot nos pide silencio y empieza con la clase.

Creo que Becca y yo somos los únicos que bajamos un poco la media de edad. Me río solo al hacer los primeros movimientos. Estoy tan agarrotado que la abuela que está a mi derecha tiene bastante más flexibilidad que yo ahora mismo. Me cruje todo el cuerpo. Libero parte de la tensión que tenía acumulada, sobre todo en la zona lumbar y en el cuello. Ojalá sea capaz de volver a conciliar el sueño de manera normal.

Cuando nos quedamos los tres solos al terminar la clase, Margot se acerca y me ordena que me tumbe boca abajo.

—Cuidado con el escocés, que, aunque parezca un tío fuerte en el fondo es muy blandito —se burla mi amiga. La profesora de yoga pasea su pie por mis glúteos, ejerciendo una leve presión.

—¡Coño! —me quejo cuando me pisa la espalda. El sonido de las vértebras se mezcla con las carcajadas de Becca.

—¿Mejor? —se interesa Margot al bajarse de mi cuerpo, literal.

—Uf, creo que sí.

—Pues venga, vamos a la ducha. Después nos puedes invitar a desayunar en el Havana.

—Otro día os invito. Hoy tengo que ir a hacer la compra y volver a casa para ordenarla un poco.

—Vaya, feo, si me pinchan no sangro. ¡Lo que hace el amor! —se mofa mi amiga cuando le cuento el plan.

—¡Qué amor ni qué hostias! Me voy porque mi casa parece una leonera y me gusta el orden.

—Deja que me ría un rato. Eres y serás siempre un caos, escocés. A mí no me engañas.

—Lo que tú digas, pelirroja. Adiós.

—Adiós. Y da recuerdos a Nora de mi parte.

Le hago la señal del pajarito y me voy a la ducha.

Cuando salgo del centro, saco el móvil y llamo a Ele, porque al final no sé a qué hora va a llegar y así confirmaré si tengo que preparar la comida o la cena. Después de varios tonos, salta el buzón de voz. Quizás esté volando y resulta que voy con el tiempo justo. Decido mandarle un mensaje.

Yo:

Avísame cuando aterrices. Te espero en casa.

Mi primera parada es en el supermercado. Al salir con todas las bolsas, me doy cuenta de que he comprado como si hubiera toque de queda y no pudiéramos salir de casa en lo que resta de fin de semana, que, pensándolo bien, es lo que probablemente hagamos. Ahora mismo no hay nada que me apetezca más que repasar toda la piel de Ele y despertar de nuevo nuestros sentidos.

Una vez en casa, empiezo por deshacer la maleta y echar un montón de ropa a lavar. Ordeno y limpio mi habitación. Y cambio las sábanas y las toallas. Me vuelvo a reír solo recordando las palabras de Becca; si me estuviera viendo por un agujero, estaría llamándome de todo.

Cuando me quiero dar cuenta, se ha pasado la hora de la comida.

Hago otro intento para hablar con Ele, pero nada. Lo raro es que no da la llamada y salta el buzón. Espero que al menos vea mis

mensajes.

Yo:

Little, ¿va todo bien? ¿A qué hora sale tu avión?

Aguanto con el móvil en la mano un rato a ver si me responde, pero nada, es como si se la hubiera tragado la tierra.

Me como un sándwich de queso y subo al estudio.

Tengo en la cabeza varios bocetos que quiero pintar. Se trata de un nuevo proyecto que me gustaría hacer próximamente y prefiero ir apuntando todas las ideas para que luego no se me olviden. Como Ele sigue sin responder, ordeno el material y hago inventario de lo que me falta para ir a comprarlo el lunes.

Pongo música y dejo que los minutos me engullan. Suena *Shot Clock*, de Ella Mai, y pierdo la noción del tiempo, como suele ser habitual cuando me encierro aquí.

Tengo que encender la luz de la lámpara auxiliar cuando ya no veo ni el pincel que tengo en la mano. Es entonces cuando empiezo a ser consciente de que ya ha anochecido.

Sigo sin tener noticias de Ele. El jueves, al encender el móvil después del vuelo, recibí su último mensaje. Una foto de Úrsula y ella, vestidas de gala en la fiesta de la empresa de sus suegros, donde me decía que estaba deseando que llegara el sábado. Cuando lo vi era tardísimo, así que solo le contesté con el emoji de los ojos con estrellas y el del beso con corazón.

Ayer, con todo el jaleo de volver a clase, lo de Camille y el puñetero sueño que me ha mantenido a medio gas, no hablamos, pero pensé que hoy me informaría desde el aeropuerto de la hora de salida de su vuelo o de la hora prevista de llegada.

Vuelvo a intentarlo una vez más. Nada, vuelve a saltar el buzón de voz. Los wasaps tampoco tienen doble clic de lectura, aunque antes me pareció que estaba en línea.

No entiendo nada. Si al final va a retrasar su vuelta, me lo puede decir.

Me bajo al despacho y enciendo el portátil. Entro en una de esas páginas en las que se ven todos los vuelos en tiempo real y busco los que han salido hoy de Madrid con destino Londres. Horarios,

salidas, llegadas, incluso pincho en las últimas noticias —bastante acojonado—, por si hubiera habido algún accidente. He estado tan desconectado en el estudio que ya me pongo en lo peor.

Cero. No hay ni rastro y todos los vuelos con destino Londres desde Madrid ya han aterrizado.

Localizo otro juego de llaves del apartamento de Ele en el último cajón del escritorio y salgo por la puerta del salón. No creo que haya llegado y se haya ido a escribir al café, porque me habría llamado antes. De todas maneras, prefiero echar un vistazo y comprobarlo.

Abro y enciendo la luz. El salón está recogido, es decir, no están los libros en la estantería ni el marco con la foto de los tres. Me parece raro que lo haya quitado de ahí, pero no le doy mayor importancia. Avanzo hasta su habitación y cuando le doy al interruptor para poder ver algo, me quedo paralizado.

—¡Mierda! —exclamo.

Encima de la cama está mi camiseta de U2, que ya es más de ella que mía. El llavero con las llaves del apartamento. Y una nota.

Una puta nota que cojo con los dedos temblorosos, igual que hizo ella aquel día en el café de Dafne.

Sé que no me va a gustar lo que hay escrito, pero tengo que leerla.

Los dos sabíamos que esta historia tenía un final, simplemente se ha precipitado. Enhorabuena.

¿Enhorabuena? ¿Por qué? ¿Qué mierda significa ese maldito «enhorabuena»?

¿Enhorabuena por ser un imbécil y creerme que éramos algo más?

¿Enhorabuena por ser un pringado y preocuparme porque no llegaba hoy? ¿O por ser el idiota que, supuestamente, pasa de todo y no se merece una despedida?

¡Joder! Teníamos una conversación pendiente, ella y yo. En eso habíamos quedado. Estaba dispuesto a hablar de sentimientos, como personas adultas, pero ahora ella regresa a Londres, me deja este lote encima de la cama y huye sin dar la cara. Y yo me quedo aquí sin recibir ni un triste adiós.

Me estoy perdiendo algo o nada de esto tiene sentido.

Supongo que ella ha decidido por los dos, sin tenerme en cuenta. Sé que lo más normal es que esta historia tuviera un final, pero no este.

No nos lo merecíamos así.

¿Qué parte de estos quince días me he perdido? Porque la verdad es que, aunque estoy haciendo un gran esfuerzo por entenderla, soy incapaz.

Arrugo la nota en mi puño, recojo la camiseta, las llaves y apago las luces para salir de aquí.

Al entrar de nuevo en mi casa, voy directo a la cocina. Saco del armario un vaso, le echo un par de cubitos y me sirvo cuatro dedos de whisky, porque sé que hoy con dos no tendré suficiente.

Una nota. Una puta nota, sin más.

Me paso las manos por el pelo y paseo con el vaso en la mano sin ningún destino en concreto. Cocina, salón, hasta salgo unos minutos a la terraza, a ver si la brisa de la noche me despeja.

Dudo durante unos segundos con el móvil en la mano. Lo miro y lo guardo. Lo vuelvo a sacar.

No me coge el teléfono y puede que tampoco lea mis mensajes, pero me voy a quedar mucho más tranquilo después de enviarle el último.

Yo:
Enhorabuena a ti, acabas de ganar el puto primer premio a la cobardía.

Lanzo el móvil contra el sofá y me sirvo otro whisky. Total, hoy tampoco voy a poder dormir.

54
Refugio

Cierro el maletero del coche con cierta dificultad. Al final he metido muchas más cosas de las que pretendía. Úrsula espera a que termine debajo del porche porque, aunque es muy temprano, hace un sol de justicia.

—¿Cuándo vuelves?

—Ursu, todavía no me he ido.

—Ya, pero es que podrías mudarte unos meses a mi casa. No hace falta que te vayas a más de cuatrocientos kilómetros.

—Me mudé a Londres, podrás con esto.

—Sí, te mudaste y te dije que del escocés te quedaras solo con la alegría que te iba a dar para el cuerpo, no con la pena.

Se acerca para darme un último abrazo y permanecemos las dos unos segundos inmóviles.

—Estás temblando, Norita. No puedes conducir así.

—Enseguida se me pasa.

Mi amiga me arrastra hasta el sofá del porche y me obliga a sentarme a su lado.

Ayer me fue a recoger al aeropuerto. Me trajo a casa y no se ha separado de mí desde entonces. No ha querido hacer leña del árbol caído conmigo, cosa que agradezco, pero no ha parado de insistirme en que ahora tengo que ser mi única prioridad.

—Nena, puedes llorar otra vez si es lo que necesitas.

—No, Ursu, no voy a llorar más. ¿No te parece suficiente lo que he llorado en los últimos días?

—No lo sé, amiga —responde mientras me limpia las mejillas—. Yo me hubiera quedado como una pasa con la mitad de lo que has soltado tú, pero es que te ha mirado un tuerto, nena.

—Eso parece —resoplo, indignada.

—Quizás deberías llamar a Amelia y tener alguna sesión con ella, ¿no crees?

—No, Úrsula. Ella me ayudó a superar el miedo, o por lo menos a canalizarlo, después de la muerte de mi marido. Esto es completamente distinto. Quiero salir de esto sola. Soy fuerte, tal vez igual que antes, con la única diferencia de que ahora sí que lo sé.

—Así se habla. Esa es la actitud.

—El problema es que no salgo de una cuando me meto en otra. Soy idiota.

—Eh, no digas tonterías. Lo que creo es que, si estás así por Alan, tendrías que hablar con él. No puedes desaparecer sin más y hacer como que no ha pasado nada.

Ella ha sido la menos sorprendida de las dos con el embarazo de Camille, quizás porque no había escuchado a Alan hablar sobre las otras veces en las que iba a ser padre y todo lo que sufrió, o cómo se reafirmaba, una y otra vez, en que Camille y él solo eran amigos, nada más. Y tampoco escuchó de su boca cómo me contaba que no quería tener hijos, con aquella determinación. Y lo digo en pasado, porque el presente es muy diferente.

Él nunca follaba sin condón, nunca. Y mira. He sido muy ingenua.

—No tiene sentido hablar con él —me reafirmo—. Va a compartir un vínculo mucho más potente que ningún otro con Camille. No pienso meterme en medio, ni quiero. Lo que más me duele es que me creí todas y cada una de sus palabras, por eso estoy así, pensé que al menos éramos sinceros el uno con el otro. Sin mentiras.

—Nena, él nunca te ha mentido acerca de su apología de la libertad. Te lo dejó claro desde el principio. Como no vas a tenerlo frente a frente, nunca vas a saber qué estaba dispuesto a confesar sobre el resto de las cosas.

Me froto los ojos para recomponerme. A ratos estoy superlúcida y a ratos me dejo vencer por esta desazón que ha anidado en mi alma. Parezco bipolar.

Lo único que tengo claro es que voy a terminar el manuscrito de mi libro y enviárselo a Gala antes de que termine el verano. Por eso he decidido volver a mi pueblo, concentrarme en la escritura, disfrutar de la naturaleza y empezar a vivir la vida que quiero de nuevo, aunque me lleve un tiempo salir de este pozo.

Lara terminará el curso y se vendrá conmigo, estoy convencida de que pasar unos meses rodeadas de montañas, con los mimos y cuidados de mis padres y el olor a tierra mojada, me ayudará a sentar unas nuevas bases para seguir con mi camino. Mi hija se quedó un poco sorprendida cuando le dije que dejaba el apartamento de Alan y que en unos días me iría al pueblo, pero he soltado como excusa que quiero ayudar a mi padre con los últimos detalles de la nueva cabaña, para que cuando llegue ella, todo esté perfecto. No sé si la habré convencido. Por supuesto que me preguntó por mi relación con Alan, y, con mucho esfuerzo para que no se me rompiera la voz, le dije que seguimos siendo amigos, solo que cada uno tiene que continuar con su vida, por separado. Ni siquiera me lo creí yo misma al pronunciarlo, pero me alegro de que ella haya dejado el tema, de momento.

—¿Ya estás mejor?

—Sí, boba. Voy a echarte mucho de menos.

—¿En ese pueblo tuyo hay vino?

—Pues claro, un tinto muy bueno de la tierra. Y también orujo, hecho en casa, sin etiquetar. Eso sana cualquier herida, te lo aseguro.

—Está bien, pues reserva esa botella para cuando pueda escaparme, que no será dentro de mucho.

—Perfecto, amiga. Allí estaré. No tardes.

Sale ella primero porque tiene su coche aparcado en la calle, y después yo. Cuando la puerta metálica encaja después de cerrarse, suelto todo el aire de mis pulmones, como si lo hubiera estado conteniendo hasta oír ese clic, que no solo cierra una propiedad, sino una vida.

Conduzco durante cinco horas que se me hacen eternas. Mis listas de música van saltando sin control y me hacen más ameno el viaje, aunque me doy cuenta de que tendría que haber eliminado algunas. Hay canciones que duelen como patadas en el estómago y, aun así, no soy capaz de dejar de escucharlas. Los recuerdos se cuelan debajo de mi piel, y las imágenes de un rubio con los ojos azules más transparentes que he visto en mi vida se cruzan entre señal y señal de cada pueblo que atravieso.

¿A quién quiero engañar?

Hablo conmigo misma, en voz alta y en tercera persona. Si Amelia me estuviera viendo por un agujero, me daría cita para anteayer.

Cuarentona, viuda y con una hija adolescente, compitiendo con la modelo de piernas largas, melena rubia sedosa y dos pechos que nunca sufrirán las consecuencias de la gravedad.

Cabeceo para que esa voz deje de martillearme y prosigo la ruta.

Espero reunir el valor suficiente para encender el móvil, que está apagado desde que me desperté el sábado por la mañana en casa de Dafne y le dije a mi amiga a qué hora llegaba a Madrid.

Alan esperaba mi llegada ese día. Lo que nunca sabré es si me iba a hablar sobre su próxima paternidad, sobre su vuelta con Camille, o simplemente iba a fingir que no pasaba nada entre ellos e iba a continuar con lo que quisiera que tuviéramos él y yo. De lo que estoy prácticamente segura es de que me habrá llamado o mandado algún mensaje, porque no nos hemos dicho adiós. Y, a pesar de todo, sé que ese no es su estilo y no debería haber sido el mío, como bien me ha recalcado Úrsula.

Enterarme de que mi marido se estaba tirando a otra, de que Jaime lo sabía y de que yo era la única que no tenía ni idea me desestabilizó por completo. Si además añadimos que volví a Londres como loca para ver a Alan, pero que en vez de caer en sus brazos, tuve que lidiar con su ex medio en pelotas mientras me enseñaba, sonriente, una puñetera prueba embarazo, lo lógico es que me bloqueara, sin más.

El cosmos y yo no debemos de ser muy amigos.

Ahora bien, me comporté como una niña abandonada y hui, eso es así.Me gustaría poner el contador a cero, dar sentido y perspectiva a todo lo que he vivido, pero, indudablemente, a lo que quiero vivir. Al final, Alan me ha enseñado en estos meses muchas cosas, aunque me cueste admitirlo, como dejar atrás ese pasado que nunca volverá y pensar más en el presente.

Enfilo el camino de arbustos que conduce hasta la casa de mis padres. El sonido característico de las ruedas por las piedras me devuelve de un plumazo a mi infancia. Nuestro coche en aquella época no tenía nada que ver con el que traigo hoy, pero sonrío al

recordar cómo mi padre y yo regresábamos del colegio por las tardes. Un labrador grande y peludo me acompaña con sus ladridos hasta que detengo el vehículo a escasos metros de la entrada. Es el único que sale a recibirme. Todavía no sé cómo se llama, lo han adoptado hace solo unos meses, y ni tan siquiera les he preguntado por su nombre.

—Hola, bonito. —Le toco la cabeza mientras él me olisquea desde los pies hasta la cintura. No para de mover el rabo, así que no debe de desagradarle mi presencia.

Mi madre se asoma a la puerta con el delantal puesto y un paño de cocina colgado del hombro. Su imagen me da risa porque ella nunca ha sido la típica ama de casa, precisamente.

—¡Nena, ven aquí! —exclama, abriéndome los brazos—. Quita, Tola —riñe al perro, que adivino que es perra por el nombre.

Caigo contra su pecho y me llena de besos las mejillas, de esos sonoros, muy de abuela.

—Mamá, no me digas que te estás haciendo mayor —la pincho para que me suelte.

—No te equivoques, es solo la bienvenida. Después pienso darte tanto la paliza para que me cuentes por qué has venido a casa a refugiarte de repente que me suplicarás que te coma a besos y no a sermones.

Consigo liberarme y entro en casa sin llorar. ¡Vaya sensación! Es como si la niña que fui aquí me estuviera dando la bienvenida. Todo sigue igual que siempre: la cocina con la lumbre de carbón, el salón con las paredes forradas de madera y las estanterías cargadas de libros; la chimenea ahora apagada y las escaleras para subir a la planta superior siempre lustrosas.Mi habitación, enfrente de la de mis padres, con un banco de madera debajo de la ventana, donde invertí miles de horas ahí sentada, leyendo o soñando con los ojos abiertos. De fondo, una de las mejores vistas del mundo: los Picos de Europa.

Sin embargo, lo más maravilloso de todo es ese olor único y particular: a leña, a bosque y a flores silvestres. En definitiva, olor a hogar.

Subo la maleta, el ordenador y poco más, porque el resto de mis cosas ya las llevaré luego a la cabaña. Todavía no me puedo creer que vaya a tener la mía propia. Suena genial.

—¿Y papá?

—Está en la cabaña, limpiando un poco para que no te asustes al entrar. El carpintero todavía estaba rematando alguna cosilla ayer.

—¡Qué bobo! Si tengo todo el tiempo del mundo para ayudarlo.

—Ya sabes, quiere que cuando entres te quedes sin palabras. ¿Quieres comer algo?

—No, no tengo hambre.

—Eleonora, baja ahora mismo a comer. —Si mi madre emplea mi nombre completo, que sabe que me fastidia sobremanera, es símbolo de advertencia.

—Mamá, acabo de llegar y no me apetece nada. Ya tendrás tiempo para cebarme.

No lo demoro más y enciendo el móvil con las manos temblorosas. Lo primero que hago es silenciarlo, porque los pitidos de los mensajes y de las llamadas perdidas me martillean el tímpano.

No me apetece revisar todo lo que tengo pendiente ahora mismo, así que voy directa a las llamadas, por si hubiera alguna de mi hija. Ninguna es de Lara.

Treinta y siete llamadas de Jaime, la última hace menos de cinco minutos.

Dos de Úrsula de hoy. ¡Mierda! No le he dicho que he llegado bien.

Otras dos de Dafne, que devolveré cuando esté un poco más relajada.

Y las últimas, son cuatro, de Alan, todas del sábado.

Por último, abro el WhatsApp.

El primer mensaje se lo envío a mi amiga.

Yo:

He llegado bien. Mañana te llamo.

Los de Jaime, que son más de treinta, los dejo sin leer, porque me da mucha pereza, la verdad. Mañana, si tengo humor, le confirmaré que me quedaré aquí un tiempo.

El chat con Alan solo tiene uno sin leer. Ver su foto de perfil ya me pone nerviosa.

ALAN:
Enhorabuena a ti, acabas de ganar el puto primer
premio a la cobardía.

¿Perdona? ¿Cobarde, yo? Pero ¿qué coño esperaba? ¿Que me quedara para celebrarlo los tres juntos? No entiendo nada.

Dudo en contestarle, pero ¿para qué? Ya me despedí con la nota y él, con este mensaje tan bonito. Estamos empatados y en paz.

Las malditas lágrimas brotan de mis ojos sin ningún sentido, pero estas son más de rabia que de otra cosa. Cuando sollozo y levanto la vista, mi madre está apoyada en el quicio de la puerta, observándome.

—¡Venga, cariño! Cuéntamelo. Te sentirás mejor después de sacarlo de dentro.

Nos sentamos en el banco debajo de la ventana; sus manos sostienen las mías y me doy cuenta de que quizás tenga razón y, si consigo extirpármelo, dejará de doler.

Comienzo por Fer, su amante, Jaime, las mentiras...

Finalizo con Alan, el desengaño, las diferencias, la bofetada de realidad.

Mi madre no me interrumpe, solo me consuela cuando las palabras se atascan en mi garganta y les cuesta salir.

—No soy la más indicada para hablar de amor, Nora. Llevo mil años con tu padre y nos hemos amado y respetado siempre; sin una cosa no entiendo la otra. Así que lo único que puedo decirte es que tu marido no te amó. Puedes desterrarlo de tu corazón.

—Creo que ya lo estaba desterrando —confieso con la voz queda.

—Y sobre Alan, no sé qué puedo aconsejarte para que te sientas mejor. Soy mayor y mi concepto del amor igual no es tan moderno como el vuestro. Esa libertad de la que hablas, ese no rotundo a las ataduras... Yo solo sé que no se me olvida tu cara cuando me hablaste de él en Navidad. Brillabas, cariño. Brillabas. Estás dolida y enfadada con todos. Te quema el pasado y se te nubla el presente,

pero, aun así, creo que no deberías quedarte sin escuchar su versión.

—Aunque la escuche me va a resultar casi imposible creer en él.

—Estás en tu derecho, hija, pero mira la frustración que sientes por no poder escuchar la voz de Fer y sus explicaciones. No te martirices de la misma manera con Alan, porque él sí tiene voz.

Vaya con mi madre. Para no ser consejera en temas amorosos está tocando todas mis fibras sensibles. Me limpio las lágrimas, y de verdad que ya he perdido la cuenta de las veces que lo he hecho.

Sin darnos cuenta, la tarde está empezando a caer y mi padre nos estará esperando en la cabaña, así que decidimos ir a buscarlo. Tola nos acompaña a unos metros de distancia mientras salimos del pueblo; sin duda, conoce el camino. Cuando la carretera asfaltada se termina, empezamos a subir por una pequeña pista. Las tapias de piedra caídas de las fincas colindantes se abren paso hasta que desaparecemos por una zona más boscosa. Al fondo, los Picos, en todo su esplendor.

En menos de veinte minutos, porque la última rampa se hace más trabajosa, llegamos a una zona más despejada y ahí, en medio de un par de nogales centenarios, se encuentra la cabaña del abuelo. Me quedo sin palabras, porque la imagen que me devuelven mis retinas es mucho mejor que la infografía que me enseñaron en Navidad.

Es espectacular.

—¡Renacuaja, ven aquí! —grita mi padre cuando nos ve.

Subo de dos en dos las escaleras que dan acceso al porche delantero y me fundo con él en un abrazo eterno.

No hace falta que te diga que vuelvo a llorar.

55
La explosión

ALAN

Tengo un humor de mierda desde hace varios días —en concreto, desde que cierta española se fue sin decirme adiós—, que, por supuesto, mis amigos me echan en cara cada vez que tienen oportunidad, sin distinciones. Salvo Camille, que cada día se muestra más conciliadora y feliz.

Me he centrado en las clases, en mis pinturas y en salir con los chicos a beber pintas al Black un día sí y otro también. Estoy hecho una auténtica mierda. Ellos se limitan a acompañarme mientras le doy a la birra y, de vez en cuando, solo de vez en cuando, sacan el tema de mi inquilina.

Aquel domingo, después de que se me quedara cara de idiota con la huida de Ele el día anterior, llamé a Dafne, solo para que me confirmara si era verdad que se había ido para no regresar.

—Sí, se ha marchado, pero creo que deberías hablar con ella. Fue la única frase que le saqué.

—Por supuesto, Dafne —ironicé—. ¿Tú crees que si hubiéramos tenido una conversación pendiente, se habría marchado sin decírmelo a la cara? —le espeté—. La he llamado y no me ha respondido, pero me sé de memoria cada letra de su puta nota.

—Alan, yo solo te digo que no es todo tan sencillo. Si quieres saber lo que ha pasado, tienes que hablar con ella —insistió.

—Déjalo, Dafne. No merece la pena. —Colgué, porque en ese momento lo que menos me apetecía era atormentarme con un debate absurdo sobre quién tendría que ceder.

Desde ese día he estado tentado en volver a llamarla. Sin embargo, en el último momento me he echado atrás, aunque no por no escuchar su voz o tenerla enfrente duele menos. Cada rincón de mi casa me recuerda a ella y a esos días en los últimos meses en que estaba deseando terminar las clases para estar juntos. Hasta su

maldito olor a jazmín sigue impregnado en muchas cosas, como, por ejemplo, en la camiseta de U2 con la que duermo ahora. Lo sé, es tan patético como suena.

Echo en falta nuestros debates dialécticos, nuestras listas de canciones, mis cenas, sus gemidos, mis guarradas susurradas en su oído, su forma de dejarse llevar, hasta cómo se exasperaba cuando sacaba mi ego a pasear. Echo en falta todo, joder, todo.

Hoy es el cumpleaños de Camille y ha decidido que, como ya se ha hecho la primera ecografía y está todo perfecto, va a compartir la gran noticia con nuestros amigos, así habrá doble celebración. Nos ha convocado en su ático, que no es muy grande, pero tiene una terraza de buen tamaño. Acaba de empezar junio y el tiempo nos permitirá cenar fuera.

Soy el primero en llegar.

—¡Felicidades, francesita!

—Muchas gracias. Ya veo que al final Andrea te ha pegado esa manía —me recrimina por el apelativo que acabo de usar.

Me río y la ayudo a sacar las sillas para colocarlas alrededor de la mesa, que ya está puesta. Me entrega una caja de cerillas y me pide que encienda las velas también.

Llaman al timbre y entra Dafne, acompañada de Becca y Margot, que poco a poco se ha convertido en una más del grupo. Se van directas a la cocina a felicitar a la cumpleañera.

—Feo, hoy te has dignado a compartir tu tiempo con nosotras y no solo con los machos —me increpa la pelirroja—. ¡Qué honor!

—Eres igual de graciosa que de pecosa —suelto con una sonrisa forzada.

—No te enfades, que ya sabes que te lo digo con todo mi amor. —Se acerca a mí de improviso y me revuelve los rizos. Al final cedo y me río, no puedo mosquearme con ella.

La puerta se abre otra vez y entran los tres mosqueteros: Gio, Andrea y Robert.

Saludos, felicitaciones, besos y palmadas en la espalda.

Las chicas empiezan a servirse las bebidas y cogemos sitio.

Camille y Andrea traen todas las bandejas de comida que ha pedido la anfitriona. Reconoce que no le apetecía nada ponerse a

cocinar, por lo que el menú es a base de picoteo y comida fría.

Las risas y las bromas hacen agradable el ambiente. Nos metemos los unos con los otros siempre de buen rollo, claro, y cuando me percato de que seré su siguiente objetivo, me levanto y voy a buscar la tarta a la nevera.

El cumpleaños feliz en inglés suena en la noche londinense mientras me abro paso para dejar la tarta delante de Camille y que sople las velas.

—¡Pide un deseo! —gritan las chicas. Ella sopla con fuerza y todos aplaudimos.

Se levanta y nos da las gracias, bastante emocionada.

—Chicos, también hay otra cosa que quiero celebrar con vosotros —dice un poco más alto de lo normal, para que se la escuche entre la algarabía que montan nuestros amigos.

Todos están ya con las cucharas enterradas en sus respectivos trozos de tarta.

—Espera, que lo adivino... —interviene Andrea—. Por fin vas a ser un ángel de Victoria´s Secret.

—Espagueti, lo tuyo es de traca —me mofo.

—No, no voy a desfilar, Andrea. Y durante un tiempo no lo haré, ni para esa marca de lencería ni para ninguna otra, porque estoy embarazada.

—¡Oh...!

Es la exclamación general. De repente, todos mis amigos se vuelven hacia mí, aunque la mirada que más me impacta es la de Dafne, que al mismo tiempo niega con la cabeza.

—¡Enhorabuena! —nos dicen a los dos.

Todos menos Dafne y Becca, que se han quedado muy calladas.

—¡No, no, no! —Niego con vehemencia y miro a Camille para que sea ella quien los saque de dudas.

—Chicos, Alan no es el padre. Me he sometido a un tratamiento de fecundación in vitro y seré madre yo sola, familia monoparental.

Me doy cuenta de cómo Andrea expulsa el aire que había retenido en los pulmones y me guiña un ojo a continuación. Cómo han podido siquiera dudar un segundo de que yo hubiese vuelto a caer en lo mismo. ¡Alucino con ellos! Parece que no me conocen.

Se levantan todos y van a besar a Camille. Las chicas la llaman valiente y mis amigos le dicen que está loca. Dafne, después de haberla felicitado, con un poco más de calma, se aleja de ellos y busca un rincón mientras empieza a enredar con el móvil.

—¿Qué tramas?

—¿Yo? Nada —responde, guardándose el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Puedes hablar con ella. Me imagino que contigo no habrá perdido el contacto. —Supongo que era con Ele con quien iba a hablar.

—Alan, yo... No sé si debería decirte esto. Quizás...

—Venga, Dafne, deja de dar rodeos. ¿A qué le estás dando tantas vueltas?

—A ver, no quiero que pienses que soy una entrometida, y lo más probable es que Nora me mate, pero ahora, al escuchar a Camille, lo he entendido todo.

—Continúa, por favor. —Mi voz suena a súplica.

Los chicos hablan y beben, pero estamos lo suficientemente apartados para tener un poco de intimidad.

—Nora vino un día antes de lo previsto a Londres. Tenía muchas ganas de verte.

—Sí, ya me di cuenta —contesto con un punto de sarcasmo.

—Déjame seguir, anda.

—Está bien, sigue.

—Fue a tu casa para darte una sorpresa, pero no estabas. Le abrió Camille, medio desnuda.

—¿Y por qué Camille no me ha dicho nada?

—Eso se lo tendrás que preguntar a ella. Nora llegó al café destrozada. No había pasado muy bien las últimas horas en Madrid, aunque eso es otro tema. Me dijo que se tenía que ir porque estaba segura de que tú y Camille estabais juntos, otra vez.

—Eso es una gilipollez. Y prefiere pirarse sin preguntarme, ¿no? Muy maduro.

—Yo le insistí para que me dijera por qué estaba tan segura, pero solo me lo afirmó de nuevo. Supuse que se estaba callando algún tipo de información, porque de verdad que estaba totalmente

convencida de que estabais juntos. Le he estado dando vueltas y, después de escuchar ahora a Camille, creo que mi teoría toma fuerza. Camille quizás le dijo a Nora que estaba embarazada y que el niño era tuyo.

—No puede ser... Camille no ha podido hacer algo así.

—Vamos, Alan. Conoces a Camille y su dependencia de ti. ¿Cuándo te confirmó que estaba embarazada?

Me quedo bloqueado unos segundos y empiezo a hacer memoria.

—¡Ni de coña! No puede ser verdad.

—¿Eso qué significa?

—Que ese viernes Camille me estaba esperando en casa con la prueba de embarazo. Llegué de la escuela y me había hecho hasta la cena para celebrarlo. ¡Mierda!

—Vamos, chicos, ¿qué hacéis ahí apartados? —nos recrimina Camille con su sonrisa de portada de revista.

Me siento como si me hubieran dado un golpe seco en la cabeza y estuviera noqueado. ¿Por qué no lo he visto venir? Soy un puto imbécil. Hace años que sé que Camille es de ese tipo de personas, de esas a las que no se les puede dar la mano porque te cogen el brazo; sin embargo, he vuelto a dejarme engañar por sus buenos propósitos, otra vez.

—¿Estuviste con Nora en mi casa cuando volvimos de Nueva York? —inquiero con los ojos en llamas.

Camille mira a Dafne con desaprobación y esta se aleja de nosotros en silencio; sabe que se ha desencadenado la explosión y que no va a haber supervivientes.

—¿Con Nora?

—¿Sí o no?

—No sé, creo que sí. Estaba bastante perdida con el *jet lag* —se excusa.

—¿Qué le dijiste? —grito tanto que acaparamos las miradas de todo el grupo—. Te he preguntado que qué coño le dijiste, Camille.

—No lo sé, no me acuerdo.

—¡No me toques los cojones!

—¡Alan, cálmate! —Andrea interviene y posa su mano en mi hombro. Sé que intenta tranquilizarme, pero ahora mismo no hay

nadie que pueda conseguirlo.

—¡Alan, por favor! —solloza Camille, y se lleva la mano al vientre —. No me grites en mi estado.

Odio que siempre me haga chantaje emocional y odio que me trate como si fuera idiota.

—Camille, no voy a ceder. Hoy no voy a ceder a tus manipulaciones ni a tus mentiras, es el final. Acabas de perderme para siempre, así que, si algún día significué algo para ti, ¡dime la puta verdad! —Mi voz se va quebrando con cada segundo que pasa.

—¡No le dije nada! Abrí la puerta y pensé que eras tú, grité que estaba embarazada y ella lo oyó. Me vio con la prueba de embarazo en la mano y después se marchó.

—¿Te preguntó si era mío?

—¡No! —El tono que emplea y su actitud me dejan claro que no sabe por dónde salir del embrollo.

Puede ser verdad que Ele no le preguntara, pero creo que se lo imaginó al verla en mi casa y, por supuesto, Camille no la sacó de su error.

—Y tú, seguramente, le aclaraste que no era mi hijo, ¿verdad? Le dijiste que había ido a la escuela y que ya me dirías que ella había llegado a Londres. Porque es lo que hacen los amigos, como somos tú y yo, apoyarse cuando alguno de los dos tiene una relación que le hace feliz. ¿Me equivoco?

—¡No! ¡No le aclaré nada! Si ella se pensó que era tuyo, es su problema. Se fue sin despedirse de ti, así que no le importabas demasiado, ¿no crees?

Como si una luz se encendiera encima de mi cabeza, me doy cuenta del porqué de aquel «enhorabuena» que me escribió en la maldita nota. Me estaba dando la enhorabuena por mi futura paternidad, gracias a Camille.

—¡Suficiente! —zanjo—. Solo espero que cuando nazca tu hijo hayas dejado de ser una zorra manipuladora, porque, de lo contrario, me compadezco de él.

Las lágrimas asoman a sus ojos y Becca, mi amiga —esta sí que lo es—, se hace cargo de la situación, mientras Andrea y Robert me alejan de su lado.

—Tranquilos, ya me voy —me disculpo, soltándome de su agarre y marchándome de la casa de Camille con un sonoro portazo.

Me voy andando a casa, jodido. Jodido porque he vuelto a caer en las redes de Camille, por enésima vez. Jodido porque no pensé que ella volvería a hacerme tanto daño. Y jodido porque, una vez más, Ele sacó sus propias conclusiones sobre mí y, evidentemente, ninguna buena.

56
Fin de curso

ALAN

El balance de mi primer año dedicado a la enseñanza ha sido bastante positivo. Es un alivio que en el plano laboral mi vida se rija por un mínimo de coherencia, porque en el plano sentimental todo ha sido un pelín más... confuso.

Y aquí he llegado. Ahora con dos meses de vacaciones por delante, sin ningún trabajo a corto plazo y comiéndome la cabeza pensando en que he pecado de inocente, otra vez, al confiar en que mis buenas intenciones fueran suficientes para sacar lo mejor de los demás.

La primera decepción me ha llegado con Camille y su decisión —no tan firme, por cierto— de anteponer nuestra amistad a todo lo demás. Una vez más, me he dejado engañar por su carácter caprichoso y sus mentiras, pero lo peor de todo es que su actitud ha minado la relación más importante que he tenido después de ella. De nada me ha servido abrirme a Ele durante este tiempo, ni mi sinceridad, ni mi intención clara de alargar este presente que teníamos juntos, demostrando que, detrás de la pose y la fachada, se esconde un tío con buenos propósitos. Y no lo digo porque sea un egocéntrico, sino porque, en este caso, no he hecho nada que dé a entender lo contrario.

Nora ha sido la gran decepción, porque al primer contratiempo huyó de mí, prefirió desaparecer en medio del humo que provocó Camille, como si se tratara de un número de magia, y se largó sin preguntarme ni tan siquiera me concedió el beneficio de la duda.

El móvil a veces me quema en las manos y estoy a punto de llamarla, pero en el último segundo lo guardo y me trago las malditas ganas de escuchar su voz, aunque solo sea para volver a empezar una discusión.

Es sábado y, como casi siempre, he quedado con Becca para desayunar en el Havana. Quiero verla antes de que se vaya de vacaciones con Margot a pasar unas semanas a Irlanda. Hemos hablado todos los días después de que estallara el asunto en casa de Camille y sé que, aunque no haya terminado su relación de forma definitiva con la francesa, se ha alejado bastante de ella. Becca le ha dejado claro que su actuación ha acabado con cualquier posibilidad de que podamos retomar nuestra amistad y que, por supuesto, todos mis amigos me apoyan.

Al llegar al café, cedo el paso a una morena bastante espectacular que va a entrar al mismo tiempo que yo. Los murmullos, demasiado escandalosos, de Andrea desde la mesa del fondo que ocupa junto a Robert y Becca, me confirman que él también se ha fijado en la chica. No me gusta decir siempre lo mismo, pero es que, en vez de sumar años, parece que los resta.

—¡Vamos, escocés, deja la galantería, que tengo hambre! —vocifera en español. La chica no se inmuta y va hasta la barra. Yo pongo los ojos en blanco y me acerco a mis amigos.

—No se te escapa una, ¿eh, Espagueti?

Robert y él vuelven a dar un repasito rápido a la chica, mientras Becca y yo charlamos como si estos dos salidos no formaran parte de nuestro círculo.

—¿Qué vas a hacer estas vacaciones? —me pregunta el poli.

—Todavía no lo sé. Pintar y descasar, supongo.

—¡Qué planazo! ¿Y piensas hacer algo más aparte de eso, como follar, por ejemplo, o has decidido volver a ser célibe, como el verano pasado?

—¡Andrea! —protesta Dafne, que ha salido de detrás de la barra para tomarnos nota—. Esto es un café, no un club nocturno, ¿te importaría hablar bien?

—Sí, perdona. No me acordaba de que este sitio es muy respetable —contesta con retintín. No sé qué mosca le ha picado ahora.

Dafne se lleva la comanda para que nos la prepare Gio, que está de nuevo ayudándola después de haber terminado sus días de prácticas en el restaurante. Nos ha dicho que le guardemos un hueco para sentarse luego con nosotros.

Becca y Dafne no han dejado de insistirme para que llame a Ele desde hace días. Me dicen que tengo que hablar con ella, ahora que todo está claro. Bueno, claro... Claro lo tendrán ellas, porque yo ya no sé qué pensar.

Sé que Dafne y Ele tienen contacto, pero no le he querido preguntar si ya le ha contado la noticia del embarazo de Camille y le ha confirmado que, por supuesto, no es mío. Me jodería bastante que supiera toda la verdad y no hubiera dado el primer paso llamándome. Eso significaría que para ella he sido mucho menos de lo que imaginé.

Robert nos cuenta que se va de viaje con dos compañeros a Grecia, a hacer un recorrido por varias islas. Dafne, se quedará en Londres para ahorrar, a ver si puede volver a su país a final de año. Y Andrea nos dice entusiasmado que tiene mucho trabajo este verano repartido por toda Europa, con parada obligada en Ibiza, uno de sus lugares favoritos del mundo.

Gio nos sirve los tés y unas porciones de tarta de zanahoria, la favorita de Ele. Parece que hoy nos hemos puesto todos de acuerdo para acordarnos de ella. Antes de marcharse con la bandeja ya vacía, su hermano lo sujeta por la muñeca para que no se mueva.

—Dile a tu novia que procure no mancharte las camisas de carmín rojo. No queda muy elegante para un sitio tan *respetable* —sisea— Por cierto, Dafne, bonito color de labios ese que llevas hoy.

Nos quedamos todos mudos. Becca, Robert y yo metemos las narices en nuestras tazas y él le sostiene la mirada a la cubaba, sin cortarse.

—Andrea, yo... —balbucea. El italiano le hace un gesto con la mano para que no continúe.

—Nosotros íbamos a... —lo intenta Gio.

—Vosotros sois unos imbéciles por no habérmelo contado. ¡Si hasta he pensado que te ponían los tíos! Lo sospecho desde hace semanas, pero hoy me lo habéis confirmado. Soy tu hermano, coño, tenías que habérmelo dicho —le recrimina, ahora centrándose solo en él.

—¡Venga! ¡Pues ahora que ya es oficial y no tengo que seguir disimulando, vamos a centrarnos en la tarta! —suelta Becca.

—¡No me jodas! —se queja Andrea—. ¿Vosotros también lo sabíais?

—Nooo —contestamos Robert y yo al unísono.

A ver, yo a ciencia cierta no, pero tenía una ligera sospecha de que aquí había tema.

Dafne se queda sin palabras y, en cuanto se bebe el café, empieza a recoger la mesa de manera acelerada. Supongo que barajó cualquier comportamiento de Andrea cuando se enterara menos este.

No lo voy a decir en alto, pero creo que mi amigo, con sus pensamientos un tanto arcaicos, ha sentido cierto alivio al enterarse de que su hermano está con Dafne —aunque le saque diez años— y no con un chico. En fin, Andrea y sus teorías.

Todos se marchan, incluido Gio, que parece que necesita mantener una conversación a solas con su hermano mayor. Yo me quedo un rato más con Dafne. No se me escapa que no ha vuelto a decir más de dos palabras seguidas desde la gran revelación.

—No me mires así, es complicado —me dice cuando ya estamos solos y me he sentado en la barra para estar más cerca de ella.

—A veces somos nosotros los que lo hacemos complicado —replico.

Ella me mira con esos ojazos suyos y por fin sonríe.

—¿El consejo es para mí o para ti?

Ahora sonrío yo. Tiene razón. Charlamos sobre el amor y otros casos extraños. Me confirma que no ha podido desengancharse de Gio desde que llegó y que no tiene ninguna explicación convincente. Yo, sin darme cuenta, le confieso que Ele reventó todas mis creencias sobre las relaciones en presente y que la herida que me ha dejado al marcharse me sigue escociendo.

—Vete a buscarla y hablad, aunque solo hagáis eso. Se lo debes.

—¿Yo? Más bien me lo debe ella a mí, ¿no crees?

—No podrás ponerte en su lugar si no conoces su versión completa.

Se va a servir a un par de chicos y me deja dándole vueltas a lo que ha dicho. Tal vez tenga razón y solo necesite escucharla para, una de dos: cerrar definitivamente la herida y continuar cada uno

por nuestro lado, o empezar de cero y con todas las consecuencias, algo que me ilusiona y me acojona a partes iguales.

—¿Tú sabes cuál es su dirección en Madrid?

—No está en Madrid, Alan.

—Y ¿dónde está?

—Creo que en el pueblo. En casa de sus padres, perdida en la montaña. ¿Estás dispuesto a ir a buscarla?

—Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para dejar de sentirme así.

—Entonces anota el teléfono de Úrsula y échale huevos, porque no sé si superarás el primer corte.

Con el teléfono de su mejor amiga grabado en mi móvil, me despido.

—Deséame suerte.

—Suerte, porque la vas a necesitar. —Así, sinceridad, ante todo.

Llego a casa y entro por el patio, no me preguntes por qué. Es como si mi subconsciente me hubiera traicionado. Me siento en el banco de madera, su rincón favorito, donde le encantaba tomarse el café por las mañanas y quemar los minutos garabateando en su libreta.

Si cierro los ojos, casi puedo verla y sentirla.

Si me pongo en plan moñas, Úrsula me devorará.

Un tono, dos, respiro. Tres, descuelga.

—¿Diga?

—Hola, Úrsula, soy Alan. Me ha dado tu teléfono Dafne.

—¡Coño, escocés! Tu llamada llega un pelín tarde, ¿no crees? Pero hoy me siento bondadosa, de modo que te concedo dos putos minutos de mi precioso tiempo para hablar.

Hostias, Dafne tenía razón, no va a ser fácil.

—Yo... —titubeo como un niño asustado—. Necesito que me digas dónde está Ele. Voy a ir a verla.

—Querrás decir Nora. Ele dejó de existir el día que abandonó Londres.

—Úrsula, de verdad, necesito verla y hablar con ella. Las cosas no son como ella cree y es absurdo que no las aclaremos.

—¡Ay, rubiales! Me jode mucho, pero creo que te daré algún minuto extra para que te explayes un poco más.

Y es lo que hago, desde el principio. No me quedo nada dentro, le hablo de Camille, de las mentiras, de mí, de Ele, de mi teoría sobre las relaciones, de lo que siento, de las posibilidades de intentarlo, de todo, hasta de lo mal que me siento al ver las botellas de vino.

Y qué a gusto me quedo.

—Vale, vale, me queda bastante claro que estás muy pillado.

—¿Solo pillado? Eso les pasa a los de quince, Úrsula, a mí me tiene cogido por las pelotas. Vamos, que podría hacer conmigo lo que quisiera —me lamento.

Se carcajea a gusto de mí y me tengo que apartar el teléfono de la oreja porque su estrambótica risa casi me perfora el tímpano.

—Está bien, pero quiero que sepas que yo siempre le advertí sobre lo importante que era no enamorarse de ti. Os hubiera ahorrado muchos disgustos, a los dos —se sincera conmigo—. Aunque también te digo que no me hizo ni puto caso.

—Pues ojalá me hubieras dado a mí el mismo consejo sobre ella.

No sé cuándo ocurrió, pero lo hizo y mírame ahora.

En fin...

Nos despedimos con mejor rollo que al inicio de nuestra conversación. He debido de sonar tan gilipollas y desesperado que, nada más colgar, recibo la ubicación de Ele. Bueno, de Nora.

Solo espero que no sea muy tarde para que pueda volver a ser Ele, al menos para mí.

57
Ojos que no ven...

He parado de escribir hace un rato. La vida contemplativa que llevo desde hace días me cunde en exceso y, a este paso, termino el manuscrito antes de que empiece agosto. Hablo con Gala a menudo y me encanta que estemos en la misma sintonía. Es un alivio saber que mi vida, al menos en el plano laboral, promete.

Los días empiezan a ser más calurosos, sobre todo por las mañanas. Al caer la tarde, se suele levantar una ligera brisa muy agradable, aligerando la sensación de calor, es entonces cuando aprovecho para pasar más tiempo fuera. Lo que más me gusta, sin duda, es que a la hora de dormir siempre refresca, tanto que hay que echarse una manta por encima, y eso es mucho más confortable que tener que conciliar el sueño con un aparato de aire acondicionado encima de la cabeza, congelándote el cerebro, como me pasaba en Madrid.

Llevo ya un par de días quedándome a dormir en mi cabaña; desde el día de mi cumpleaños, para ser más exactos. Estrené número y recuperé mi independencia. Mi madre no estaba muy convencida de dejarme sola —dado mi estado de ánimo actual, algo irregular—, pero sabe, igual que yo, que tengo que volver a ser una adulta responsable. Hasta ahora me he parecido más a la niña de catorce años que vivía con ellos que a la mujer que se supone que soy. Me encanta que me protejan y me mimen, sobre todo después de haber pasado tantos años fuera de casa, pero hasta esa dependencia tiene un límite para mí.

He tomado la sabia decisión de empezar a salir de este letargo, sin prisa pero sin pausa, porque la semana que viene llegará Lara y quiero estar bien por ella y por mí.

El día que decidí coger el teléfono y llamar a Jaime para decirle que iba a estar aquí todo el verano me sorprendió con la noticia de que él recogería a Lara en Londres y desde allí se irían a pasar unos días

por Europa. En un primer momento pensé en negarme —podría haber mandado a mi padre a recoger a Lara, yo no me veía con fuerzas suficientes para coger un avión e ir hasta allí—, pero mi hija estaba tan ilusionada por viajar con su tío —y, mal que me pese, para ella Jaime sigue siendo el mismo— que lo medité un poco y le di permiso para que se fueran juntos. Lo que sí hice fue negarme a hablar con él acerca de cualquier tema que no tuviera que ver con Lara. Me recriminó que en algún momento tendré que escucharlo, pero no cedí ante su insistencia. No quiero escuchar ni sus excusas ni sus explicaciones, y menos a través del teléfono, así que, por el bien de mi salud mental, he apartado al trío maravilla —pesadilla— de mi cabeza.

El resto del tiempo lo ocupo leyendo o trabajando con las manos. Mi padre tenía un montón de reliquias guardadas en el desván, varios muebles de madera de mi abuelo y algún que otro objeto especial, sin mucho valor económico, pero con gran carga sentimental. He pensado que, si les doy otra vida, pueden aportar un toque perfecto a mi cabaña, de modo que ahora soy restauradora también.

Bajé con mis padres a la ferretería de Potes, capital de la comarca, y compré todo lo necesario para ponerme manos a la obra. Aproveché también para comprar varios tiestos de barro y algunas plantas. Alegrías —qué ironía, ¿verdad?—. Pensé que por lo menos el color de sus flores alegraría un poco la entrada de mi casa, ya que la inquilina transmite cualquier cosa menos ese sentimiento.

Acabo de plantar la última cuando miro el reloj y veo que son más de las cuatro. Cojo el teléfono y, sin limpiarme las manos, me alejo por la pista para bajar un poco hacia el pueblo. Aquí arriba hay poca o nula cobertura, por eso la mayor parte del tiempo tengo el móvil apagado u olvidado dentro de casa, pero he establecido con Úrsula una rutina para comunicarnos y todos los días, sobre las cuatro de la tarde más o menos, bajo a medio camino entre mi casa y la de mis padres y la llamo por teléfono. Es el único sitio donde nos escuchamos bien.

—¡Hola, Heidi! Pensé que hoy ya no me llamabas. —Ese nuevo apodo es muy infantil hasta para mí, pero ahora me llama así, por

aquello de vivir en las montañas; al menos no me pregunta por Pedro y las cabras.

Poso mi trasero en la tapia de piedra y me sacudo la mano libre contra el pantalón corto del pijama que llevo puesto.

—Es que estaba plantando y he perdido la noción del tiempo.

—Claro, la jardinería te abstrae y también esa vida que llevas, que es un remanso de paz...

—Más o menos.

—Uf, por el tonillo que empleas deduzco que tu corazón sigue pensando en cierto escocés, rubio, guapo y mentiroso. Ese al que juras y perjuras que no echas de menos y eres incapaz de llamar. ¿Me equivoco?

—Pues te equivocas, listilla, porque ya sabes lo que dicen: ojos que no ven...

—A otro perro con ese hueso —suelta, tirando de otro dicho popular, y ella misma se parte de risa.

Úrsula todavía no ha venido a verme. Me ha prometido que dejará todos sus asuntos pendientes en el trabajo solucionados pronto y vendrá a pasar unos días conmigo.

—Deja de reírte.

—De humor andas escasita, nena. No te sienta nada bien esa vida monacal. Dime que al menos te duchas y te vistes.

—¿Esto es una llamada o una videollamada? No pensé que tuviera que arreglarme para hablar contigo.

—Por favor, Nora. Solo te voy a dar un consejo hoy y deberías hacerme caso... —Cambio el pie de apoyo y el móvil de oreja porque parece que se avecina sermón. Y mira que con los de mi madre ya tengo para regalar—. ¡Dúchate y vístete!

—Sí, por supuesto. No vaya a ser que venga el lobo esta noche a visitarme —respondo con desgana, y agacho la cabeza para repasar qué aspecto tengo.

A ver, es por la tarde y es verdad que hoy no me he duchado todavía, y tampoco me he quitado el pijama: un pantalón corto de flores y una camiseta blanca, de esas interiores sin mangas, con la sisa tan dada de sí que, al ir sin sujetador, deja muy poco a la imaginación. La típica que decides dejar para casa cuando el

algodón es transparente; pues eso, para casa. No sé cuál es el problema si no salgo de aquí. He estado tecleando toda la mañana y después, un poco por vaguería y otro por comodidad, ya no me he vestido. No he dejado de lado mi higiene personal, a tanto no he llegado, lo que pasa es que ahora me gusta ducharme por la noche, antes de meterme en la cama.

—Nora, te lo digo en serio...

Estoy tan distraída mirándome los pies que me sorprende ver a Tola llegar y saludarme con el rabo rozándome las piernas; me imagino que viene con mi padre. Le acaricio la cabeza para que deje de lamerme las rodillas y levanto la vista para comprobar quién sube por el camino.

—Ur... Ur... —tartamudeo—. Te... te tengo que dejar. —Sin darle tiempo a preguntar más, cuelgo y aprieto el móvil entre los dedos.

Pestañeo varias veces con la perra colocada a mi lado. Solo tengo clara una cosa, mi padre no es.

Focalizo la imagen del chico que sube por la pista. Vaqueros negros ceñidos, cintura baja, roto en las rodillas, demasiado roto porque veo mucha piel, botas negras y camiseta blanca ajustada al abdomen. A medida que se acerca, distingo un pañuelo rojo y negro, anudado al cuello de manera informal, y la cesta de mimbre de mi madre en la mano derecha. Sus piernas, largas y ligeramente arqueadas, me animan a creer que puede ser él. Su pelo rubio, completamente revuelto, casi me lo confirma.

No puede ser verdad.

Tengo que dejar de saltarme comidas, porque la falta de alimento provoca alucinaciones.

Mi primer acto voluntario es cruzar los brazos a la altura del pecho. Mi escudo, mi coraza. Es una idiotez, pero me hace sentir menos vulnerable, sobre todo porque, sin ellas ahí puestas, se me transparenta todo y me siento desnuda. De repente, me acuerdo de ese pedazo de consejo de hace unos minutos de mi amiga.

Esto me huele mal, muy mal.

Alan llega hasta donde estoy. Sí, has oído bien, el escocés está frente a mí, en mi pueblo, en mi hábitat, en mi perímetro de

seguridad. Sus ojos se clavan en los míos. Su mirada es tan certera que ahora me siento desnuda, pero por dentro.

—¿Qué...? ¿Cuán...? ¿Qui...? —Soy incapaz de terminar una sola pregunta. Se atascan en mi garganta.

—*Where and Why*, creo que te faltan. Lo recuerdo de las clases de lengua del instituto. Con eso ya tendrías las cinco uves dobles necesarias para contar la noticia, ¿no? Me alegra saber que sigues conservando tu vena periodística, Ele.

—Soy Nora —escupo, enfadada.

Está invadiendo mi espacio y encima me vacila.

—Serás Nora para los demás, pero sigues siendo Ele para mí.

—Su afirmación, tan rotunda, me provoca un vuelco en el estómago. Jamás, en la vida, me imaginé que iba a aparecer aquí y ahora. El muro que empecé a construir al marcharme de Londres no sé si será lo suficientemente alto.

—¿Qué estás haciendo aquí, Alan? —Empleo un tono neutro, para que no vea que todo me da vueltas.

—Te traigo unos melocotones que me ha dado tu madre y, por supuesto, me tengo que asegurar de que te los comes; al menos dos, me ha dicho. He oído que, con demasiada frecuencia, se te olvida alimentarte.

Es una broma, ¿no? Mis padres también están al tanto de esta visita... Genial. Yo, en la inopia, como siempre.

—Preocúpate de lo que come Camille. Yo también he oído que vas a ser padre y ahora te van a necesitar los dos. ¿Has venido con ella? —contraataco.

Mierda, ¿por qué no soy capaz de cerrar la puñetera boca? Lo que menos me apetece es que pueda ver que me sigue escociendo.

—Vaya... —Sonríe con desgana—. Ya veo que dispones de información privilegiada. Tengo una duda: ¿eso te lo dijo ella o lo supusiste tú? Siempre te ha gustado pensar lo peor de mí.

—Alan, dime a qué has venido. Esto es una pérdida de tiempo —contesto sin resolver sus dudas, aunque con ello lo único que consigo es que las mías se mezclen en mi interior.

Sus ojos azules me traspasan, creo que intenta descifrar cuánta verdad esconden mis palabras.

—He venido a hablar, Ele, y no pienso irme sin hacerlo. Concédeme un poco de tu tiempo.

Me vuelvo y empiezo a caminar por la pista hacia mi casa. Tola me sigue y corretea entre mis piernas. Por el ruido de las pisadas, sé que él viene detrás.

Cuando enfilo el último tramo y se divisa la cabaña, oigo una exclamación.

—¡Joder, esto es la hostia!

—Bonita definición — murmuro y cierro los ojos, aunque él no puede verme.

Su boca sucia me acaba de transportar a momentos que no debería recordar. Me giro para quitarle la cesta de la mano con bastante ímpetu y subo las escaleras para entrar en casa. Alan me sigue hasta la cocina.

—Este sitio es increíble, Ele —susurra al ver el interior. Ignoro cómo mi cuerpo se estremece cuando me llama así.

—Voy a seguir el consejo de tu nueva mejor amiga, porque sé que Úrsula tiene algo que ver con todo esto, y me voy a la ducha. Cómete un melocotón si quieres, o dos, que es la dosis indicada. — Desaparezco para ir a buscar algo de ropa y meterme en el baño.

El bufido que emite con mi último comentario no me pasa desapercibido. Si pensaba que se iba a presentar aquí y yo iba a caer rendida en sus brazos, se equivocó. Lo que no tiene ningún sentido es que además se mosquee por mi actitud, porque yo también estoy enfadada con la suya. Es como si entre todos me hubieran hecho una encerrona, en mi propia casa. No me gusta, nada.

Abro el grifo de la ducha y no sé los minutos que paso debajo del chorro, inmóvil.

Hacía dos meses que no lo veía, dos meses con sus días y sus noches, con más sombras que luces. Con las dudas y los anhelos. Dos meses sin olerlo, sin sentirlo, sin tocarlo, sin deleitarme con cada una de sus caricias, a las que ya había empezado a ser adicta. Tenerlo en mi terreno lo intensifica todo. Si este primer reencuentro hubiera sido, no sé, cruzándonos cualquier día por la calle de alguna ciudad —hecho bastante improbable, por cierto—, habría sido

diferente. Aquí, en mi casa, en mi refugio, en el único sitio donde me siento fuerte, o tal vez solo menos vulnerable, en el único lugar limpio de malos rollos, en el lugar donde quiero fabricar solo recuerdos positivos, no más lágrimas ni dolor, aquí todo se complica.

Y ahora, ¿qué? ¿Hablamos? Me cuenta sus planes con ella y... ¿qué espera, que le dé la enhorabuena otra vez, que lo felicite? No se me ha olvidado su mensaje diciéndome que soy una cobarde, y soy consciente de que a él también le falta conocer parte de mi historia, pero su presencia aquí, sin esperarlo, acaba de poner mi mundo del revés.

Al final, el puñetero refrán que no terminé de decirle a Ursu antes es acertadísimo: ojos que no ven, corazón que no siente. Pero ahora, con él delante, y pese a que mi voluntad es escucharlo y decirle adiós, siento como si mi corazón hubiera empezado a bombear de nuevo después de haber estado parado las últimas semanas.

No quiero.

No quiero y no puedo. No puedo y no debo. No. Definitivamente, no.

58
Rota

ALAN

Desaparece de mi vista y me deja en la cocina con cara de idiota. He venido durante todo el viaje —larguísimo, por cierto— pensando en cómo reaccionaría al tenerme cara a cara, pero en ningún momento pensé que iba a mostrar tanta hostilidad. Espero que cuando le explique lo equivocada que está conmigo, reconozca que la ha cagado huyendo de esa manera.

Abro la nevera y saco una cerveza. Mientras espero a que salga de la ducha, me paseo por la cabaña. La primera impresión cuando la he visto desde el camino ha sido muy positiva, por eso no he podido reprimir mi lenguaje más zafio; en serio, no me extraña que uno de sus sueños fuera retirarse aquí a escribir, porque el lugar es idóneo para ello.

Una construcción de madera y cristal en mitad de un claro dentro del bosque. El tejado es de pizarra y llega hasta el suelo, por lo que, vista de frente, parece un triángulo perfecto. El porche delantero no es muy ancho y está repleto de muebles y herramientas: botes de pintura, brochas, lijas... Todo desperdigado, por lo que supongo que está trabajando con ellos.

El interior sigue la misma línea rústica. La planta baja es un espacio abierto. Tiene una cocina muy pequeña, también de madera, con una minibarra que separa la zona donde se encuentra el sofá, rojo y grande, una mesa baja delante, llena de libros, colocada sobre una alfombra de mil colores. En la parte central, lo que más llama mi atención es una chimenea de hierro, negra y con puerta de cristal, con pinta de ser nueva, aunque con un diseño como las de antes. Al fondo, una pequeña escalera de caracol que da acceso a la planta de arriba y, en un rincón, junto a una ventana diminuta, un escritorio, este sí que es bastante antiguo porque cuando paso mi mano por la superficie noto que la madera presenta

un acabado poco uniforme, y además hay partes algo carcomidas; el portátil de Ele descansa encima. La única puerta que diviso al otro lado supongo que será la del baño.

La perra me sigue durante la inspección. Me acaba de conocer, pero creo que nos hemos caído bien desde el principio; se nota que es muy lista, porque Lucía, la madre de Ele, le ha ordenado una sola vez que me subiera hasta aquí y enseguida ha enfilado el camino para salir del pueblo y dirigirme a la cabaña.

Agradezco la inestimable ayuda de Úrsula. Después de nuestra conversación, llamó a los padres de Ele para que estuvieran al tanto de mi llegada, y ellos no pusieron ninguna objeción.

El padre ha estado un poco más serio conmigo, aunque nos hemos saludado correctamente; sin embargo, la madre, nada más llegar, me ha sentado a la mesa de la cocina y, después de alimentarme como si me fuera a la guerra, me ha dicho que ella solo quiere que hablemos, solos, de frente y sin interrupciones. Me ha dejado caer que Ele no está atravesando su mejor momento anímico, y me ha advertido que no será fácil llegar a ella, aunque también me ha confesado que, cuando habla de mí, un ligero brillo ilumina sus ojos. Eso ha hecho que reuniera el valor que me faltaba para no perder ni un segundo más de tiempo y subir hasta aquí.

Los escalones crujen a cada paso que doy, pero me pica la curiosidad y quiero ver también la planta de arriba. Espero que no salga del baño ahora y me pille husmeando, no la quiero cabrear más.

—¡Vaya, esto es una pasada! —le digo a Tola, que, con algo de miedo, ha subido detrás de mí.

En mitad de la estancia está la cama, pegada al suelo y orientada hacia el gran ventanal con forma de pico por el que entra muchísima luz. Las vistas a las montañas son impresionantes. Además, se puede acceder a un balcón de madera donde hay dos sillones bastante maltrechos; no obstante, parecen ser de esos tan cómodos que, cuando te sientas en ellos, engullen tu cuerpo y te cuesta volver a levantarte.

Bajo con cuidado para no hacer ruido y salgo al porche, me siento entre el segundo y el tercer escalón y disfruto de la cerveza que me

queda en la lata, como si supiera que estos son los últimos minutos de paz antes de que comience la batalla.

No me hace falta darme la vuelta para saber que está a mi espalda: huelo su gel desde aquí, es como si mis fosas nasales aletearan del gusto con el jodido olor a jazmín.

Se sienta en el mismo escalón que yo, pero en el otro extremo, y tengo que contenerme para no tocarla; está preciosa, algo más delgada que la última vez que la vi, pero igual de guapa. Lleva puestos unos vaqueros cortos y una camiseta negra; va sencilla y natural, como es ella. No me mira. Bebe un trago de un botellín de agua que tiene en la mano y oigo su respiración, algo más agitada que antes.

No sé si prefiero que empiece ella a hablar o arrancarme yo.

—¿Quién empieza? —pregunta mientras acaricia a la perra, que ahora se ha sentado debajo de nosotros.

—Empiezo yo. ¿Por qué te fuiste de Londres sin despedirte?

—Creo que eso ya lo sabes, Alan.

—Quiero escuchar tu versión.

—¿Para eso has venido? ¿Para que te cuente la cara de imbécil que se me quedó cuando salí de tu casa sabiendo que ibas a ser padre?

—Ele...

—Te repito que soy Nora —sentencia, ofendida—. Lo que más me molestó es que te escuché decir tantas veces que no querías serlo que te creí, ¿sabes? Te creí. No hace falta que me confirmes que Camille y tú lo vais a intentar otra vez, eso es lo más normal del mundo cuando se comparte algo tan grande. Has hecho muchos kilómetros para nada, Alan. Estoy cansada de las mentiras. Vuelve con ella, sé feliz y cuida de los dos. Ya te di la enhorabuena. No tiene ningún sentido que estés aquí, y mucho menos que mis padres y Úrsula estuvieran al tanto de esta pantomima.

—¿Has terminado?

—No —responde, cortante—. Volví un día antes para darte una sorpresa, estaba hecha una auténtica mierda y solo quería verte.

—¿Por qué estabas mal?

—Eso no importa ya. Camille me abrió la puerta y salió con una prueba de embarazo positiva en la mano, pensando que eras tú

quien llegaba a casa y gritándote que esperaba un bebé.

—Y tú solo pudiste pensar que era mío, ¿verdad?, a pesar de que, como muy bien has dicho antes, te dije mil veces que entre Camille y yo no había nada y que yo no quería tener hijos. ¡Premio para la más cobarde! —Yo también sé meter el dedo en la llaga.

—Alan, estaba en tu casa, medio desnuda, embarazada y feliz. ¿Qué habrías pensado tú en mi lugar?

—Yo, lo primero que habría hecho es ir a hablar contigo antes de sacar mis propias conclusiones. ¿No te das cuenta de que no has dudado ni un puto segundo de mí? ¡Ni uno! —grito un poco más alto de lo que pretendía, y Tola levanta la cabeza para mirarme. La acaricio detrás de la oreja para que sepa que está todo bien. Ele juguetea con la tela del dobladillo de su camiseta, cada vez más nerviosa.

—Alan, yo... —Por primera vez, su voz suena menos dura. Creo que ahora su cabeza empieza a ordenar las ideas.

—Camille está embarazada porque se ha sometido a un tratamiento de fecundación in vitro. No quería decírselo a nadie hasta que no estuviera todo bien. Ni me he acostado con ella ni ese hijo es mío. Lo único que he hecho ha sido estar a su lado, como *amigo* —recalco.

—Pero, yo... Ella me dijo que me quedara y lo celebrara con vosotros. Me dio a entender que el bebé era de los dos.

—Ella omitió información y te manipuló, Ele. Y tú... ¡Joder! Tú te lo creíste todo, sin esperar mi confirmación. Nunca has confiado en mí, nunca, y eso es lo que más me ha jodido.

—Estaba mal, ya te lo he dicho. Aquello me cayó como un jarro de agua fría. Era la enésima mentira de la que me enteraba en menos de veinticuatro horas.

—Yo no te he mentido, Ele. Te lo dije una vez y te lo repito: no miento. ¡No miento!

Intento agarrar sus manos para que deje de estirarse la camiseta, o a este paso le va a llegar hasta las rodillas, pero, en un gesto rápido, se aparta de mí y se levanta. Veo cómo se limpia una lágrima solitaria, más de impotencia que de dolor, con el dorso de la mano y entra en su casa.

—Ele, no me pienso ir sin que hables conmigo, ya te lo he dicho. ¿Qué te pasó en Madrid para que estuvieras así?

Se sienta en el sofá y se hace un ovillo. Se abraza las piernas y hunde la cabeza en ellas, escondiéndose de mí y del mundo. Me parte en dos verla así. Sé que no es por mí ni por mi presencia, tiene que ser por algo más grave que se me escapa.

Me siento en el sofá sin rozarla y entonces levanta ligeramente la cabeza y comienza a hablar.

—En la fiesta de la empresa de mi suegro me enteré de que mi marido tenía una amante, la prometida de su hermano Jaime, para más coña, que además iba con él en el coche el día que se mató.

—Joder... —Intento procesar sus palabras y decir algo coherente, pero de verdad que me he quedado en blanco. Pedazo de hijo de puta, menuda forma de engañar a su familia.

—Me enteré de casualidad, y también de que Jaime lo sabía desde aquel maldito día y me lo ocultó. Mi vida era una auténtica farsa y yo, una idiota. Lo peor de todo es que si no los llego a escuchar en aquella escalera, seguiría siéndolo.

—Ele, no digas tonterías. Hay millones de personas en este mundo que mienten a sus parejas, no eres una excepción, así que no tiene sentido que te martirices con eso. Y menos cuando él ya no está.

—Lo sé, pero eso no significa que, como soy una más entre millones, me haya dolido menos.

—Lo entiendo, por eso volviste antes a Londres. —No pregunto, afirmo, y no doy crédito, porque una simple llamada hubiera evitado todo este malentendido. Qué ironía, ¿verdad?, en la puta era de las comunicaciones a nosotros nos falló la más básica—. ¿Por qué no me llamaste? Cuando te enteraste de todo, Ele, me tenías que haber llamado.

—Porque me vine abajo. Además, tú estabas volando, creo. Me fui a casa, me bebí mucho más vino del que debería admitir y llamé a Ursu para que me rescatara. Al día siguiente, me fui al aeropuerto y pensé que presentarme en tu casa era una idea maravillosa. Solo quería alejarme de Madrid y de todos. A partir de ahí, ya sabes lo que pasó.

Me acerco a ella con la esperanza de que me permita tocarla, pero se levanta y se dirige a la cocina, saca otra botella de agua de la nevera y se queda de espaldas a mí. Me levanto y la sigo, quiero que me mire a los ojos y que me diga qué tiene pensado hacer a partir de ahora, después de saber todo lo que ha pasado, lo único que tengo claro es que no pienso dejarla sola. Quiero saber qué pasará con lo que sentimos.

—Lo siento. Siento que nada saliera como esperabas, que creyeras la insinuación de Camille, siento que no fuéramos capaces de hablar, aunque fuera por teléfono. Como sabes, te llamé mil veces aquel maldito sábado y tú nunca me respondiste. Siento que hayas pasado por todo lo de tu marido sola, pero ahora estoy aquí, Ele. Mírame, estoy aquí.

—Ahora es tarde, Alan. Demasiado tarde. —Se vuelve y sus ojos se clavan en los míos, pero nos quedamos cada uno a un lado de la barra, dejando que el trozo de madera delimite, de manera física, la distancia que aún nos separa—. Será mejor que te vayas.

—No tengo ninguna intención.

—Alan, de verdad... No me apetece seguir dándole vueltas a lo mismo. Querías hablar y lo hemos hecho. No hay nada más que decir, se acabó.

—¿Te estás escuchando? —Intento contener el incipiente enfado que brota dentro de mí—. Te he dicho que te has equivocado con lo de Camille, que nunca te he mentido. Él sí, yo no. He venido hasta aquí porque te he echado de menos, cada día. Cuando estuve en Nueva York, quedamos en que cuando volviera hablaríamos de lo nuestro, y ese día nunca llegó. ¡Venga, Ele! No me puedes decir que has olvidado todo lo que hemos vivido el último año; las risas, las cenas, la música, la complicidad, los sentimientos... No me puedes decir que todo se acabó, sin más.

—¿Regresas hoy a Londres? —pregunta con actitud desafiante.

Cambia de tema y hace un gesto de fastidio que me exaspera.

—¡No! Ni de coña. Siento romper tu esquema, pero hoy no me voy.

Y con esa actitud que tienes, creo que mañana tampoco.

—¿Y dónde vas a dormir?

—La posada del pueblo está completa, así que tu madre me ha preparado tu antigua habitación. No te preocupes por mí.

—Perfecto.

—De puta madre —replico, molesto—. Dale una vuelta a todo lo que te he dicho, porque mañana volveré a subir. He visto que necesitas mano de obra para terminar todos esos muebles. Quizás me quede una temporada, hasta que seas sincera con nosotros. Creo que nos lo merecemos después de todo.

—¡Alan, por favor! Esto no tiene ningún sentido.

—Esto tiene el sentido que ambos queramos darle. Un día me dijiste que nos quedaba una estación, y me has robado dos putos meses, Ele. Así que este verano, o lo que queda de él, nos lo debes, a los dos, y ya veremos hasta dónde llegamos. Voy a dejarte tu espacio, pero no me voy a ir a ninguna parte hasta que reconozcas que aquí —poso mi mano en su pecho; no se aparta, pero noto cómo se tensa con mi contacto— sigo teniendo un hueco, porque aquí —me señalo yo— tú lo ocupas todo.

—Alan, llegué aquí rota, completamente rota, y apenas estoy empezando a juntar todos mis trozos, sola. Me enseñaste a vivir el presente y te he hecho caso, es lo que estoy haciendo, solo el presente. No necesito más y no quiero más. No puedo volver a confiar en nadie.

Sale de detrás de la barra y pasa delante de mí, invitándome a salir de su casa y probablemente de su vida, pero no le va a resultar tan fácil.

—Lo que está roto se puede arreglar, Little, y he llegado hasta aquí porque te necesito para avanzar. —Poso mi mano en su mejilla cuando cruzo el umbral de la puerta para irme.

Ha sido una tarde muy intensa y no quiero forzar más la situación y que terminemos discutiendo más. Prefiero dejarla sola y que piense en todo lo que he dicho. Confío en que mañana cambie de actitud.

He notado cómo se estremecía con mi caricia, pero guarda silencio. Unos segundos después, susurra un adiós tan bajo que apenas lo oigo.

Cuando empiezo a bajar las escaleras, la perra se pone de pie para seguirme. Me agacho a su altura y le digo cerca de la oreja que se quede con ella, para asombro de los dos, me obedece.

Al llegar al punto donde vuelve la cobertura, me detengo un minuto para mandarle un mensaje. Yo también le he hecho caso y he dado una oportunidad a Sidecars, o más bien muchas, porque los he escuchado en bucle los últimos días. Abro mi Spotify y comparto con ella la canción *Dinamita*. Después del enlace añado como texto una parte del estribillo que se me ha grabado a fuego.

Yo:

Créetelo, no hay dios que me cure de ti.

59
No puedo

Cierro la puerta con los nervios a flor de piel. No quiero ver cómo se marcha y más sabiendo que va a dormir en *mi* cama, en *mi* habitación, sin mí. Aunque tampoco puedo seguir teniéndolo cerca. Una auténtica contradicción, lo sé, pero es que su sola presencia ha removido todos y cada uno de los recuerdos de los últimos meses, y duele.

Me acurruco en el sofá de nuevo y me tapo la cabeza con un cojín, como si fuera a volverme invisible por un instante. Tola me imita y se sube de un salto, se enrosca pegada a mis pies y noto su hocico húmedo en mi tobillo, provocándome un ligero cosquilleo. Es un acierto que Alan le haya ordenado quedarse, porque su compañía me calma.

Del desasosiego inicial por toda la conversación que he mantenido con Alan paso al mosqueo descomunal. Sonaré egoísta, pero ahora mismo no puedo pensar en nada que tenga que ver con él. Sé que lo he juzgado mal, que no es el padre del bebé de su ex, que fui una niñata por no afrontar la realidad, que no tuve el valor suficiente para responder a sus llamadas aquel sábado, y hasta soy consciente de su intención clara de quedarse para intentar arreglar lo rota que estoy, pero, en este momento, me da igual todo, todo. Excepto que mi gente se crea con derecho a manejar los hilos de mi vida sin tenerme en cuenta, eso me cabrea sobremanera y más después de todo lo que ha pasado con Jaime.

No puedo confiar en nadie, solo en mí.

Mis padres, mi amiga, seguro que hasta Dafne ha tenido también algo que ver con esta visita inesperada. Lo más probable es que a ellos les parezca una tontería que me ponga así, y se excusarán en que lo hacen por mi bien, pero la única verdad es que estoy un poco harta de su desconfianza. Soy capaz de controlar mi vida, sola, aunque ellos no lo quieran ver.

—Vamos, Tola. Será mejor que demos un paseo.

Me levanto y decido salir un rato con la perra. Aprovecho para caminar entre los árboles y respirar, porque conciliar el sueño hoy va a ser prácticamente imposible.

Me pierdo por el monte, pero como ya empieza a anochecer, decido bajar por la pista y llamar a mi amiga. En cuanto el móvil pilla cobertura recibo un mensaje. Es de Alan y me lo ha enviado al salir de mi casa.

Lo abro con el corazón en la garganta. ¿Será su adiós definitivo? Es el enlace de una canción de Sidecars. Una ligera sonrisa, que borro de un plumazo, asoma en mis labios. Al final veo que ha seguido mi consejo y los ha escuchado. Después me ha escrito una frase del estribillo, diciéndome que no hay dios que lo cure de mí.

Activo de inmediato el modo protección, necesito seguir a cubierto.

A continuación, llamo a Úrsula. Quizás si la pongo verde un rato me desahogue. El turno de mis padres será mañana; a ver si con un poco de suerte, Alan ha decidido regresar a su casa y no lo vuelvo a ver.

Un tono, dos, tres, salta el buzón, pero dejo el mensaje, alto y claro.

—¡Amiga!, por llamarte algo. Ya veo que eres una cobarde de mierda y no me coges el teléfono, pero quiero que sepas una cosita: no tenías ningún derecho a ocultarme que Alan venía a verme. Estoy enfadada, así que cuando te apetezca explicarme por qué me has traicionado, llámame.

Tola se pone a corretear detrás de un sapo que se ha cruzado en su camino y cuando la llamo para que no se aleje demasiado, suena mi móvil. Es la rubia.

—¡Sí! —contesto con desdén.

—Deberías plantar marihuana y fumártela, Norita. Seguro que le sienta mucho mejor a ese carácter de mierda que gastas. ¿Quién coño te ha traicionado a ti?

—Tú.

—Ya veo. Pues lo volvería a hacer, ¿sabes? Porque al menos la catarsis te ha desbloqueado.

—Yo no estaba bloqueada.

—No, ahora ya no lo estás, por fin has reaccionado. ¡Ah, ya recuerdo! Antes de que llegara el escocés estabas fenomenal, amiga —ironiza—, sin dormir, sin comer, sin vivir... Estabas de puta madre, esa es la verdad. Menos mal que me dijiste que eras fuerte.

—¡Y lo soy, Úrsula! Lo soy.

—¿Has hablado con él? —pregunta, desviando la conversación para que deje de echarle la bronca.

—Sí. No es el padre del hijo de Camille.

—Eso ya lo sé.

—Muy bonito. Y no te pareció algo importante como para compartirlo conmigo, ¿no?

—¿Cómo te crees que le di tu dirección, nena, nada más descolgar? Pues no —responde, ofendida—. Le concedí dos minutos de mi tiempo y tuvo que ser muy convincente. Me pidió que no te dijera nada para que él pudiera contártelo. Está loco por ti, Nora, como tú por él.

—Deja de decir tonterías. No quiero escuchar más. Eso se acabó, Ursu. Lo sabes igual que yo.

—Tú misma. Ya no eres una niña para que tenga que regalarte el oído, pero te voy a decir una cosa: si tanto odias las mentiras, empieza por no contártelas a ti misma.

—¡Adiós! —me despido igual de cabreada.

—Hasta mañana a las cuatro.

Entro en casa, pongo comida y agua a la perra y me voy directa a la cama para seguir viéndolo todo negro, pero en posición horizontal.

***

Me despierto con los primeros rayos de sol. No creo que sean ni las ocho. Bajo, me hago un café, que me bebo casi de un trago, y cojo una pieza de fruta. Maldita memoria asociativa: Alan y los melocotones se cruzan en mi mente sin pretenderlo, así que me decido por la fruta prohibida en el último segundo, como si comiéndome otra cosa me fuera a librar de él.

Abro la puerta y Tola sale disparada a hacer sus necesidades. Me estiro en el porche, intentando recolocar todos los músculos de mi

cuerpo porque he pasado una noche horrorosa. Sueños extraños sin ningún sentido, tan pronto tenía sudores como escalofríos. Incluso he pasado un par de horas en vela, mirando el movimiento de las hojas de los árboles a través de la ventana y a punto de contar ovejitas para volver a dormirme. Un asco.

Me siento a escribir, o al menos lo intento, porque las musas hoy no deben de estar cerca, así que decido releer e ir corrigiendo desde la primera página.

Me tomo otro café a media mañana y me visto: una falda vaquera corta y una camiseta de tirantes, tampoco te pienses que me acicalo mucho más. Del pijama a esto ya hay un mundo.

Reviso mi agenda y me doy cuenta de que tengo que mandar la columna. Afortunadamente ya la tengo escrita desde hace días, porque con lo que pasó ayer, no hubiera sido capaz de teclear ni una sola palabra.

Agarro el portátil, interrumpo la paz de Tola con un grito y me bajo a robar la conexión a internet de mi padre. No es que sea muy rápida, pero hasta ahora me ha servido.

Los nervios hacen acto de presencia sin querer. No tengo ni idea de qué me voy a encontrar al llegar. Saludo a un par de vecinas con las que me cruzo en el pueblo y entro por una pequeña verja que da acceso al jardín de casa.

¡Mierda! ¿De verdad que esto es lo primero que tengo que ver? Mi padre y Alan están juntos delante de la puerta del garaje. Hay dos motos. La primera que veo es la de Alan —no me puedo creer que haya venido con ella hasta aquí— y, al lado, la moto vieja de mi padre; calculo que tendrá más o menos los mismos años que yo. Alan está en cuclillas, quitando una pieza, y mi padre, a su lado, le sujeta una llave inglesa.

—Buenos días, papá. —Lo saludo solo a él y me dirijo a la entrada de casa. Al otro no quiero ni mirarlo.

—Buenos días, renacuaja.

¿En serio, papá? Cabeceo al escucharlo.

—Buenos días, Little.

No entres al trapo, no entres al trapo...

Mi madre está en la cocina, digo un «buenos días» bastante seco y voy a sentarme a la mesa del salón con el ordenador.

—Nena, he hablado con Úrsula, y que sepas que no tienes razón —alega mi madre.

Le vuelvo a decir lo mismo que a mi amiga. Ella me intenta convencer de que han acertado. Le digo que soy mayorcita para tomar mis propias decisiones, y entonces mi madre me habla de lo maravilloso que es el escocés y de que no puedo engañar a mi corazón, porque los dos estamos enamorados. Alucino tanto con sus conclusiones que me doy por vencida.

—Ya veo que sois íntimos, incluido papá —comento con un poco de inquina.

—Lo está ayudando con la moto, Nora. No le quites la ilusión.

—Mira, vamos a dejarlo.

Envío los correos, recojo mis cosas y decido que será mejor volver a mi casa.

—Quédate a comer —suelta, cortándome el paso.

—No, gracias. Comed con vuestro invitado.

Entro en mi cabaña con una mezcla de pasotismo y mala hostia.

Dejo el ordenador en el escritorio y grito como una loca, más para liberar tensión que para otra cosa. Me tiro en el sofá y miro al techo, como si en las vetas de la madera fuera a encontrar las respuestas.

No sé los minutos que paso abstraída hasta que Alan entra por la puerta y se queda plantado frente a mí. Su maldito olor lo invade todo. Se ha cambiado la camiseta, ahora trae puesta la de U2 y los recuerdos me revuelven las tripas —maldito provocador—. Me mira sin mostrar ni un ápice de compasión. No sonríe, pero mis ojos se detienen en su boca unos instantes de más. No, Nora. No.

—Levántate y vamos a comer.

—¿Perdona? ¿Quién te crees que soy para que me hables así?

Se vuelve y se dirige a la cocina. Lo oigo rebuscar en los cajones y sacar unos platos. Desde allí me responde.

—Ahora mismo, tú eres una puta cría, o al menos te comportas como tal, así que no te hablo, te ordeno.

—¡Déjame en paz! Puedes irte con mi padre.

Se le escapa la risa por mi comentario, porque la verdad es que ha sonado demasiado infantil.

—Tienes dos segundos para venir a comer, ¿o prefieres que te cargue en brazos? Recuerdo que te gustaba.

—Y una mierda —gruño, y me levanto.

Me siento en un taburete de la barra y veo que ya ha servido dos platos de arroz con verduras. Lo ha traído hecho de casa de mi madre.

Comemos en silencio; al principio incómodo, después te habitúas y es hasta relajante. Él me mira de vez en cuando y levanta las cejas señalando el plato cuando ve que mareo el tenedor por el borde sin llevarme nada a la boca. Está buenísimo, la verdad, y aunque no quiera reconocerlo, sé que, si no me hubiera obligado, habría comido cualquier cosa sin demasiada elaboración.

Recogemos los platos juntos y, dado que no hay suficiente espacio entre la barra y la encimera para los dos, su brazo roza mi codo. Una chispa, una llama, un maldito calor abrasador. Me despego como un resorte y oigo cómo nuestras respiraciones se descontrolan. Me imagino que está conteniéndose, igual que yo.

Salgo al porche a que me dé el aire. Hace calor, pero aquí ya empieza a dar sombra, así que me siento en el último escalón y descanso la vista al frente. Se sienta a mi lado, mucho más cerca de lo que necesito.

—¿Por qué estás así? —pregunta con un tono de voz mucho más suave, y me tiende una taza de café, gesto que consigue ablandarme, aunque solo sea un poquito.

—Porque estoy harta de que todos toméis decisiones por mí.

—Ele, eso no es verdad. Nadie decide por ti. Tu familia, tus amigos y yo solo queremos verte bien. Bueno, ya sabes que yo quiero muchas más cosas.

—Alan... —me quejo, porque no quiero que insista con eso—. Yo estaba bien, creo que empezaba a estar bien. Centrada en mi rutina, en mis libros, con días buenos y otros no tanto, como cualquiera. Tengo que estar bien porque Lara llegará en unos días. Pero soy adulta y me gustaría que me tratarais como tal.

—Little, que nos preocupemos por ti y por cómo te sientes no significa que te tratemos como a una niña. Yo tengo mil millones de cosas en mente que te haría ahora mismo y todas son para mayores de dieciocho, te lo prometo.

Sé que esto último lo ha dicho para rebajar la tensión, y, sin poder evitarlo, mi mano sale disparada para darle un guantazo. No se queja y me sonríe, con la boca, con los hoyuelos que se le forman alrededor y hasta con esos dos ojos azules que no dejan de mirarme.

Qué difícil es resistirse, Alan. Qué difícil.

—En serio, sé lo que es sentirse engañado. De verdad, nadie mejor que yo puede entenderte, ya sabes que Camille lo ha hecho una y otra vez, pero por lo que me cuentas y por lo que veo, todavía lo tienes dentro, y así no puedes avanzar, necesitas olvidarlo.

—No lo sé, Alan. A veces creo que nunca lo voy a poder olvidar —confieso, concediéndome unos segundos de sinceridad.

—Necesitas pasar página, y creo que no lo lograrás hasta que vomites todo lo que llevas dentro. Me imagino que querrías tener un cara a cara con él y salir de dudas. — Enmarca mi cara con sus manos y se junta más a mí para que nuestras miradas también se digan cosas—. Pero eso es imposible, Little. Si no hay solución, no hay problema.

—Y lo de Jaime...

—Tú misma te estás contestando. Deja de huir y habla con él, pregúntaselo todo, despeja las incógnitas. Puede que te cuente su verdad o puede que te diga más mentiras, pero después de enfrentarlo, deberías cerrar ese capítulo de tu vida, soltar lastre y continuar.

—¿Eso has hecho tú con Camille, cerrar un capítulo?

—No, con Camille no he cerrado solo un capítulo, he cerrado la historia, Ele. Punto final, te lo aseguro.

—Ojalá para mí fuera tan fácil, es la familia de mi hija...

—Nunca es fácil, Ele. Lo sé y por eso estoy aquí, para apoyarte, no me voy a ir a ninguna parte, ya te lo he dicho. Además, tu padre y yo tenemos una preciosidad que poner en marcha.

—Sí, ya veo que sois colegas, inseparables...

—Estamos unidos por una buena causa. Bueno, mejor dicho, por dos. —Me guiña un ojo.

—Alan, yo ahora no puedo...

—Shhh... No tengo prisa.

60
Pasar página

Han pasado cuatro días y todavía no me acostumbro a la presencia de Alan en mi territorio. Bueno, dicho así suena un poco como a película de indios y vaqueros. Me refiero a que me resulta raro verlo subir y bajar al pueblo, moverse por mi casa e incluso interactuar con tanta normalidad con mis padres. Se pasea con esos aires de triunfador despreocupado. Se ha adaptado tan bien al medio rural que hasta las vecinas de mi madre se quedan media mañana pegadas a la valla para ver cómo trabaja arreglando la moto sin camiseta.

Es como estar viendo un maldito anuncio de colonia. Y que conste que lo sé porque mi madre me mantiene informada. Yo por las mañanas escribo en mi cabaña, sin distracciones.

Después de mi pataleta por su llegada y de la conversación que mantuvimos, me calmé un poco y bajé a pedir disculpas a mi señora madre, a la que había cargado con más culpas de las necesarias. Creo que las dos entendimos la postura de la otra. Sé que quieren verme bien, pero es primordial que sea yo misma la que me dé cuenta de que necesito volver a ser feliz. Por mí, no por ellos.

Alan sube a comer conmigo todos los días, no sé si para asegurase de que me alimento o porque nos gusta pasar tiempo juntos, como dos buenos amigos, indudablemente.

Vaya mierda de excusa. No me la crees ni yo.

Me quedé sin palabras cuando me contó la odisea de su viaje: moto, ferri y otra vez moto. Casi veinticuatro horas de trayecto, que le han encantado, para llegar hasta aquí.

Me suele poner al día de todo lo que se trae entre manos con mi progenitor: la moto, una Bultaco Lobito amarilla que mi padre compró de segunda mano con sus primeros ahorros y que piensan arrancar para que se dé una vuelta con mi madre, sin salir del pueblo, espero; un tocadiscos de esos antiguos que van dentro de

una maleta, lo encontraron en el desván junto a una caja con decenas de discos y esperan que vuelva a funcionar; incluso ha arreglado uno de los canalones del tejado, evitando así que el señor Molina se subiera a las alturas a su edad. Yo escucho y le vacilo sobre la próxima empresa que puede abrir con su nuevo socio de chapuzas y reformas. Él se limita a ignorarme.

Después se queda para echarme una mano con los muebles. Ya tiene la cómoda que quiero poner en la planta de arriba casi terminada, y es que, como él dice, el trabajo físico es lo mejor para tener desconectada la mente. Cuando anochece, me da un casto beso en la mejilla y se va a dormir con mis padres, una costumbre que todavía me desconcierta, para qué mentir.

No me preguntes si me resulta fácil tenerlo tan cerca, porque la respuesta es no. Sin embargo, aunque ninguno lo haya mencionado, sabemos que no estoy preparada para nada más.

—¿Dónde está el bote de cola? —pregunta desde el porche.

—No sé, por ahí. Yo no lo he tocado.

—Ele, lo dejé junto a la caja de herramientas ayer y hoy no está.

—Pues ni idea.

—No sé en qué momento has sufrido esta metamorfosis —ironiza —. Recuerda que el desastre soy yo y tú, la meticulosa, ¿o no?

—Lo mío es transitorio —replico.

—Espero que todo lo demás también sea transitorio.

—¿Qué dices? —Lo he oído perfectamente.

—Que me voy. He quedado con tu padre para bajar a la ferretería, así compraré otro bote. A ver si, con un poco de suerte, antes de que anochezca puedo terminarla.

—Perfecto, tómate unas pintas con tu nuevo colega, os sentarán bien —ironizo, y le guiño un ojo como despedida.

—¡Aleluya, tu humor ha vuelto! —grita mientras desaparece por el camino—. Llama a Úrsula y cuéntaselo. Le encantará saberlo.

—¡Idiota!

Se lo digo a él, pero soy yo quien lo parece, apoyada en la barandilla con cara de boba, mirándolo.

Entro en casa y me pongo a leer. Con Alan revoloteando por aquí estos días he abandonado mi última lectura.

No sé el tiempo que paso sumergida entre las páginas del libro cuando oigo voces en el exterior. Me imagino que es Alan, que ya ha vuelto, pero la voz de mi hija me hace levantarme como un resorte.

—¡Mami! —Corre a tirarse encima de mí. Estamos a punto de caernos en las escaleras por el impacto.

La abrazo, la beso, la toco, la huelo y repito otra vez las mismas acciones, igual que una abuela. No la esperaba hoy, es una auténtica sorpresa.

—¿Por qué no me has dicho que llegabas hoy?

—Porque mola más así, de sorpresa.

—Ven. Déjame verte. ¡Estás guapísima! Y qué morena.

Estoy tan concentrada en ella que no me he fijado en que unos pasos por detrás está Jaime, y mi madre, que los ha acompañado hasta aquí.

—Esto es una pasada, mami. ¡Me encanta!

—Pues espera a verla por dentro —anuncia mi madre, subiendo las escaleras.

Levanto la cabeza y miro a Jaime. Está igual de moreno que mi hija. Se ha quitado las gafas de sol y me muestra una tímida sonrisa. Yo no sonrío.

De repente soy consciente de que tengo una conversación pendiente con él, y todos los demonios que he intentado ahuyentar vuelven.

—Hola, Nora —saluda.

—Hola —respondo, pero no me muevo.

Él sube las escaleras y me da un beso en la mejilla.

Oigo las exclamaciones de Lara y las risas. El sonido de su voz me llena de fuerza. Ella, siempre por y para ella.

—¿A que es preciosa, tito?

—Sí, la verdad es que es muy bonita.

La voz de Jaime suena cohibida. Mi madre me mira con complicidad; sabe igual que yo que tenemos que hablar, de modo que convence a Lara para que se baje con ella a casa y así dejarnos solos.

—Enseguida bajamos. —Le doy otro beso interminable en la mejilla.

Cuando los perdemos de vista, me abstraigo unos segundos; no sé cómo ni por dónde empezar. No quiero entrar en la casa, así que me siento en las escaleras. Jaime, no muy convencido por la elección del sitio —veo cómo hace un gesto raro con la cabeza—, se sienta también sobre la madera.

—Nora, yo... Necesito disculparme.

—Jaime, yo creo que necesito más que una triste disculpa. Necesito saber toda la verdad.

—Está bien, empezaré por el principio. Llegué al hospital y la policía me informó del accidente. Cuando me dijeron quién viajaba en el vehículo, tuve que pedir que me lo repitieran un par de veces. No me lo podía creer.

Cabeceo, pero no interrumpo.

—El médico no tardó nada en confirmarme la muerte de Fer, y yo en lo único en que pensaba era que estuviera vivo para matarlo con mis propias manos. Me quedé en shock y no fui capaz de derramar ni una sola lágrima por él. Me sentí tan imbécil... Poco después, acompañada por una enfermera, vi aparecer a Beatriz. El destino quiso que ella saliera ilesa de aquella pesadilla: apenas un par de rasguños en los brazos y un pequeño corte en la ceja, nada que un buen maquillaje no pudiera cubrir.

—¿Desde cuándo estaban juntos?

—No lo sé, creo que desde siempre —confiesa con la mirada perdida en sus dedos.

—¡Era tu prometida, Jaime! Trabajabas con ella. ¿Nunca viste nada raro?

—Ella siempre tuvo mucha confianza con los dos, desde niños. A mí verlos juntos o que quedaran para comer no me resultaba extraño. Nunca pensé que mi hermano, después de casarse contigo, hiciera algo así. Pensé que él te quería, Nora.

Me río con desesperanza porque ese «pensé» es la clave de todo. Confió en su hermano. Él habla de que Fer me tendría que haber respetado a mí. ¿Y a él? ¿Dónde queda el respeto que le debía su hermano en todo esto?

—Yo también lo pensé, pero está claro que nos equivocamos.

—Beatriz me confesó que volvieron a enrollarse cuando Lara tenía dos años.

Me froto la cara con las manos, porque eso fue hace casi trece.

¡Toda mi puñetera vida con él, toda!

—¿Y por qué te metió a ti en esta mierda? —Aunque Jaime ahora mismo no sea mi persona favorita, creo que entiendo lo difícil que ha tenido que ser para él.

—Cuando te quedaste embarazada y os casasteis, dejaron de acostarse. Beatriz pensó que a Fer lo que más le jodería en el mundo es que ella y yo estuviéramos juntos. Por eso empezó a salir conmigo, y resulta que surtió efecto, porque ellos lo retomaron poco después.

—Es ridículo, parece el argumento de una telenovela, de las malas. Y, ¿por qué siguieron con las mentiras?

—No lo sé, supongo que priorizaron sus carreras y mostrar una buena imagen dentro de nuestro círculo. Seguro que ella prefirió seguir siendo la hija perfecta para que su padre le confiara la empresa, y él probablemente también, al menos hasta que Lara se fue haciendo mayor.

—No lo entiendo. De verdad que no lo entiendo.

Jaime intenta agarrarme la mano, pero me aparto.

—En el hospital discutimos mucho. Ella solo lloraba por él y yo solo quería perderla de vista. Le pedí que se marchara y que no dijera nada por el bien de todos. A partir de ese momento, yo me hice cargo de la situación.

—¿Por qué? No comprendo por qué hasta después de muerto lo protegiste, Jaime.

—Os protegí a ti y a Lara. ¡Lo primero es la familia! —grita—. En el coche estaban los papeles de vuestro divorcio, te los iba a dar después del cumpleaños de Lara. Su muerte ya te había jodido la vida, ¿cómo iba a contarte todo lo que sabía de él? Ya no tenía ningún sentido.

La familia, siempre la puñetera familia; la suya, por supuesto, no la mía.

—No tenías ningún derecho a ocultármelo, ¡ninguno! —Me pongo de pie. A pesar de estar en la calle, siento que el aire entra con

dificultad en mis pulmones.

Duele, pero mientras paseo por el porche intentando calmarme, siento como si una pesada carga empezara a abandonar mi cuerpo. Mi vida de mentira, por primera vez coge la puerta para irse y no volver.

Tengo que pasar página.

—Nora, volvería a hacer lo mismo. Él fue un hijo de puta y un mentiroso. —Eleva la voz y es la primera vez que lo veo mostrar esa inquina hacia su hermano—. Ya no podía arreglar las cosas porque estaba muerto, pero yo estaba aquí y solo quise ahorrarte más disgustos. Nunca te tendrías que haber enterado, pero ella estaba como loca por decirte la verdad. —Se levanta él también y me intenta abrazar, pero me escabullo, aunque no tengo mucho espacio, porque está el porche abarrotado de trastos.

—Tuvo trece años para hacerlo. No sé cómo la puedes mirar a la cara.

—Porque solo veo a una arrastrada que prefirió quedarse con las migajas que Fer le ofreció en vez de dar la cara. Ambos prefirieron ser perfectos a la vista de todo el mundo. Fueron dos puñeteros cobardes, sin agallas. ¿Y sabes lo más triste de todo? Que seguro que mi padre los hubiera apoyado, él siempre fue su favorito y adora a Beatriz.

Siento la tristeza en la voz de Jaime, pero no me ablando.

—¿Y qué pasa con el escándalo? Tu padre jamás lo habría permitido. En vuestra vida de mierda lo primero es guardar las apariencias. —Lo digo con fuerza, incluyéndolo a él, porque por mucho que me diga que no me lo contó para protegernos, su objetivo final siempre es el bien de *su familia*; sé que él también habría hecho cualquier cosa para evitar que un engaño de tal magnitud saliera a la luz.

—Mi padre lo hubiera disfrazado de alguna manera.

Se acerca más y ahora sí que me acorrala entre la pared y su cuerpo. Me tenso porque su cara está muy cerca de la mía.

—Jaime, ¿qué estás haciendo? —Su actitud me incomoda.

—Nora, ahora ya sabes la verdad. Vamos a olvidarnos de ellos y a estar juntos, los tres. Yo te quiero, ya te lo dicho...

—Pero yo no, Jaime. No te quiero y no quiero tener nada que ver contigo ni con tu familia. —Le empujo el pecho con las manos para que se separe de mí, pero ejerce más fuerza con el cuerpo y me aprisiona la espalda contra la pared.

—Yo cuidaré de ti y de Lara. Ahora ya sabes la verdad. Fer no te quiso, nunca, pero yo sí, me enamoré de ti, Nora. Te quiero.

Su mano sujeta ahora mi barbilla para que lo mire a la cara. Se me revuelve el estómago al ver sus ojos, chispeantes y rabiosos a la vez.

—¡Jaime, suéltame!

—Venga, han pasado casi tres años. Quiero estar contigo y con Lara, seremos una auténtica familia. Es nuestro momento ¿no lo ves?

—¡No! —grito sin llegar a conseguirlo del todo, porque, con un movimiento rápido, su mano sujeta las mías por encima de mi cabeza y se lanza a por mi boca, callándome. La cierro con todas mis fuerzas y aprieto los ojos, no quiero que vea el daño que me está haciendo. Mi intención es darle una patada donde más le duela, pero también bloquea mis piernas.

—¿Qué cojones estás haciendo, gilipollas?

Oigo la voz de Alan, alta y clara, a su espalda, y siento cómo Jaime libera mi cuerpo cuando él lo separa de mí por la camiseta hacia atrás, se trastabilla en el primer escalón y a punto está de caerse.

Mi cuerpo tiembla, pero a la vez siento un enorme alivio cuando Alan se pone delante de mí, protegiéndome.

—¿Qué hace este aquí? —escupe con inquina Jaime, recolocándose la camiseta mientras me mira a mí.

—Jaime, vete. Despídete de Lara para un largo tiempo, porque de momento no la vas a volver a ver —sentencio parapetada detrás de la espalda de Alan—. Y no vuelvas.

—Ya la has oído —incide Alan.

—Nora... —No cede e intenta apartar a Alan de mí, pero este se lo impide agarrándolo del cuello.

—Ten un poco de dignidad y baja a despedirte de tu sobrina con la cara intacta, y no es una sugerencia.

—¡Te vas a arrepentir! —me amenaza con el dedo, y parece que cede ante la última advertencia de Alan.

Los nervios se apoderan de mí y caigo desplomada contra la pared, con los ojos llenos de lágrimas que no quiero derramar.

—Ele... Ya está, tranquila. —Me coge en brazos y me mete en casa. Me deja en el sofá y se sienta de rodillas en el suelo, a mi lado.

Lloro y me tapo la cara con las manos, no quiero que me vea así.

—Si no llegas a venir, no sé qué habría pasado... —me lamento.

—Shhh... Pero he venido y estoy aquí. Se acabó, Little. Se acabó.

Me besa encima del pelo y me pasa la mano por las mejillas para limpiarme las lágrimas. Se queda así varios minutos, serenándome. Voy recuperando la calma y la dignidad. No pensé que Jaime fuera a seguir insistiendo con el tema, y mucho menos que decidiera emplear la fuerza.

—Voy a bajar a casa de tus padres, quiero asegurarme de que se ha ido, y subiré a Lara para que duerma contigo. Os sentará bien pasar la noche juntas.

Asiento con la cabeza y le digo un tímido «gracias». Nunca esas siete letras significaron tanto.

61
Quédate a dormir

Cuando llega Lara ya me he duchado. No hay ni rastro de lágrimas en mis ojos y mi boca dibuja una sonrisa, amplia y sincera, nada más verla.

Para mi sorpresa, el agua se ha llevado por el desagüe toda la rabia que he sentido horas antes. Se acabaron las mentiras, las dudas y las lamentaciones.

Adiós a los fantasmas. Para siempre.

Alan me da un beso en la mejilla y se marcha para dejarnos a solas. Cenamos en la barra y, como estamos agotadas nos vamos arriba. Antes de meternos en la cama, salimos al balcón a ver las estrellas. Hoy el cielo está plagado de ellas. Nos sentamos en los sillones, nos tapamos con un par de mantas y nos ponemos al día. Me cuenta lo que disfrutó en su función de final de curso, con aplauso larguísimo de todos los asistentes por su magnífica actuación.

—Siento no haber estado, cariño.

—No pasa nada, creo que así estuve menos nerviosa.

Después me habla de su despedida de los profesores y del resto de compañeros del colegio. Le pregunto por Ruth y me confiesa que desde aquel viernes en que la dejó sola en Londres no han estado muy bien.

—Bueno, será una época. Sois amigas desde siempre, Lara. Lo arreglaréis.

—Creo que nos empiezan a gustar cosas distintas. Y ella siempre quiere imponer su criterio.

Me gusta que sepa que la amistad no consiste en eso, y me alegro de que tenga la personalidad suficiente para no dejarse llevar si algo no le interesa, como suele pasar con la mayoría de los adolescentes. Después me habla de su viaje con Jaime, de todos los sitios que han

visitado y de lo mucho que ha disfrutado. No me tenso, pero mi hija no es tonta y sabe que algo ha pasado entre nosotros.

—Sé que os habéis enfadado. Espero que no haya sido por mi culpa...

—Claro que no, hija. Tú no tienes nada que ver. Tu tío me ha dicho que está enamorado de mí —me sincero con ella—, pero yo no siento lo mismo que él.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, el tío hace tiempo que me lo contó. Decía que podíamos ser una familia, los tres juntos, pero yo no le di mucha importancia. Sé que tú no lo quieres a él de esa manera, y le dije que nosotros ya éramos una familia.

Y, una vez más, mi hija me deja con la boca abierta. Ella, desde el despertar de su inocencia, lo ve todo con más claridad que yo, siempre.

—Exacto, aunque hoy su comportamiento ha estado fuera de lugar. Por eso le he pedido que se marchara.

—¿Y Alan?

—Alan y yo somos amigos, ya te lo he dicho. Él tiene su vida en Londres y nosotras vamos a volver a Madrid. —Por primera vez después de muchos días ordeno mis pensamientos.

—Mamá, en unos días cumpliré quince. No soy una niña. Sé que tienes miedo a encariñarte demasiado con él. Es modelo y está buenísimo, lo entiendo —dice con su mejor sonrisa. No puedo disimular lo divertidas que me resultan sus palabras—. Pero no tienes que preocuparte tanto, deberías disfrutar del verano y lo demás ya se verá. Creo que a él también le gustas, ¿sabes? Si no, ¿qué coño está haciendo aquí, en el culo del mundo?

—¡Lara, esa boca, que pareces Ursu! —la regaño. Ella se ríe—. Pasar el verano con tus abuelos, eso hace —afirmo con sorna.

—¡Pues menudo planazo!

Las dos bostezamos casi a la vez, así que decidimos meternos en la cama. Me abrazo a su cuerpo, que ya abulta tanto como el mío, e inspiro su olor a dulce, a hogar, a vida.

—Buenas noches, mami.

—Buenas noches, cariño.

***

La luz nos ha despertado temprano, así que hemos decidido vestirnos y bajar a desayunar a casa de mis padres. Seguro que la abuela Lucía está como loca por preparar a Lara uno de sus desayunos especiales, de los que te quitan el apetito hasta la hora de la merienda.

Tola nos recibe en la entrada. Se pone tan contenta que tenemos que apartarla para avanzar.

Mis padres ya están en la cocina; en cuanto nos ven, sonríen. Mi hija y yo nos acercamos a ellos y acabamos los cuatro dentro de una maraña de brazos.

Mi madre se vuelve loca: saca el bizcocho de nueces que hizo ayer, prepara sus famosas tortitas con chocolate, también hay queso fresco, jamón, tostadas..., todo un festín. Mi padre y Lara ponen la mesa.

—Sube a despertar a Alan para que baje a desayunar —me dice mi madre con una sonrisa que no es capaz de disimular.

Titubeo, porque así soy, la mujer del vértigo constante, la de la incertidumbre, la de las malditas dudas. Pero, aun así, subo las escaleras. Doy unos golpecitos en la puerta de mi habitación, lo cual me resulta doblemente extraño, y no obtengo respuesta. Entro.

—Alan —susurro, y me acerco a mi cama.

Entra algo de luz por la contraventana, que no está cerrada del todo, y veo que está boca abajo y desnudo. De repente, todas y cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo comienzan a despertar.

—Alan, despierta, que ya está preparado el desayuno —insisto, esta vez más cerca de su oído.

Él se vuelve lentamente y abre los ojos, acomodando su visión a la claridad.

—Debo de estar soñando, porque la chica más guapa del pueblo está en mi cama.

—Creo que has pasado por alto que esta —doy un pequeño golpe en el colchón— es mi cama. —Acto seguido, subo la sábana que

colgaba por un lateral y lo cubro con ella.

Las carcajadas brotan de su boca y le doy un pequeño golpe en el hombro.

—Gracias, Little, pero no tenía frío —responde, burlón, y se vuelve a destapar.

—Se... será mejor que bajes o se enfriará el desayuno —tartamudeo, y huyo de este foco de calor sin mirar atrás.

Desayunamos los cinco en la cocina. Me fijo en la complicidad de Alan y mi madre. No llevan juntos ni una semana y es como si se conocieran hace meses.

—Ahora que estamos todos, deberíamos inaugurar la cabaña —dice mi padre.

—Sí, abu, con una fiesta. Sería guay —comenta Lara, entusiasmada.

—Esta noche dicen que habrá una lluvia de perseidas. No sé si el cielo estará lo suficientemente despejado a esas horas, pero podríamos intentar verlas —añade mi madre.

—Perfecto, creo que podré tener el tocadiscos listo —interviene Alan, y a mi padre se le enciende la cara de la emoción.

—Pues nada, habrá que celebrar esa fiesta —concluyo.

Los aplausos y la excitación de mi hija nos hacen reír a todos.

Lara decide quedarse con mis padres y con Alan, porque ha descubierto ese maravilloso pozo sin fondo de reliquias y recuerdos que es la casa de sus abuelos en general y el famoso desván en particular, así que yo me subo a la cabaña para adecentarla un poco, no sin antes llamar a Ursu por el camino.

—Norita, ya me tenías preocupada, no sé nada de ti. Me imagino que el escocés ya te ha quitado el polvo, esto... la tontería, quería decir.

—Buenos días para ti también —trato de sonar seria, pero no lo consigo. Es un caso perdido.

Le pongo al corriente con toda clase de detalles acerca de los últimos días, incluida la conversación con Jaime y su intento de presionarme.

—Menudo cabrón. Bueno, él ahora y su hermanito antes. Qué ilusas fuimos, ¿no? —Me gusta que se incluya en el lote conmigo,

porque está claro que ella tampoco pensó nunca que Fer fuera de esos.

—Pues sí, pero mira, por fin ya está todo aclarado, con él y con lo que pasó. No voy a perder ni un minuto más de mi tiempo en el pasado.

—Eso es. Tienes que vivir el presente, que en tu caso es modelo, guiri, rubio, con ojos azules y una tranca de *high level*.

—Ursu...

—¡Ni Ursu ni nada! Espabila ya, amiga, no lo vas a tener pegado al culo siempre. Vive sin medir las consecuencias.

—Vale, diosa de la vida, gracias por el consejo. Entonces, ¿cuándo me has dicho que vienes?

—Creo que me podré escapar pronto. Haz acopio de más botellas de vino porque me pienso quitar este maldito estrés a lingotazos.

Me echo a reír y nos despedimos. Al final se está haciendo tanto de rogar que tengo muchísimas ganas de verla.

El resto del día lo empleo en recoger los muebles del porche, sacar unas sillas a la zona más llana para estar más cómodos y poner unas cuantas velas en los peldaños de la escalera, para encenderlas por la noche.

Alan y Lara suben por la tarde cargados de cosas: una barbacoa portátil, carbón, dos bolsas de carne, el pan, unas bombillas atadas a un cable largo, el tocadiscos. Se dan más de un viaje para poder tenerlo todo a punto.

—¿Y Lara? —pregunto cuando aparece solo, con una caja de discos bajo el brazo.

—Se ha quedado hablando por teléfono en la tapia, creo que con Evan.

—Vaya, al final esos dos...

—Sigo siendo una tumba. —Alan hace el gesto de cerrarse la boca con cremallera.

Lara aparece minutos después y no trae muy buena cara. Parece nerviosa.

—¿Todo bien?

—¿Eh? Sí, sí. Todo perfecto.

No me convence su respuesta, pero decido no darle importancia. Espero que tenga la suficiente confianza conmigo para contarme cualquier cosa que le preocupe.

Mis padres llegan cuando empieza a anochecer. Alan ya ha colocado las luces con una alargadera y ha encendido el fuego.

Hace una noche buenísima y me encanta disfrutar de todos aquí. Comemos, bebemos y hablamos de la paz que se respira en mitad del bosque y de si las nubes desaparecerán y podremos ver alguna estrella.

Mi padre desenchufa las luces y nos quedamos iluminados solo por las velas que están en la escalera y por las brasas que todavía quedan en la barbacoa. Enchufa el tocadiscos y empieza a rebuscar en la caja.

—Abuelo, puedo poner música con el móvil. Lo que tú saques de ahí me dará sueño.

—¡Calla, insensata! No vas a comparar esta música con tu ruido —contesta, ofendido.

—Déjalo que active la memoria, nena. ¿No ves que está mayor? —lo pincha mi señora madre.

—Ya verás cuando te dé un buen meneo de cadera lo mayor que estoy.

—¡Abu, no tengo por qué oír eso! —se queja mi niña.

Alan y yo abrimos los ojos como platos y no podemos contener las carcajadas.

Los primeros acordes de *Woman in Love,* de Barbra Streisand, empiezan a flotar en el ambiente. El sonido no es que sea muy bueno, pero le da un toque *vintage* a la balada y a la escena. Mi padre extiende la mano para que mi madre lo acompañe.

—Manuel...

—Lucía...

—No recuerdo que nos hayamos enfadado —dice ella con media sonrisa.

—Nosotros, no —contesta mi padre muy bajito, aunque yo consigo oírlo mientras me mira.

¡No puedo creerlo! Será... Un *flashback* cruza por mi mente ahora mismo. Recuerdo que cuando mi madre se ponía de morros —

siempre por alguna tontería sin demasiada importancia—, mi padre acababa poniendo esta canción en el salón y sacándola a bailar. Era su canción de reconciliación y ahora..., ahora pretende que sea la mía, tócate los...

Ambos apoyan la cabeza en el hombro del otro y mueven los pies con parsimonia en la improvisada pista. Alan imita su gesto y me da la mano para que me levante. Y yo... ¿qué quieres que te diga?, que no me puedo resistir.

Lara nos observa a todos desde la escalera y empieza a hacer el gesto de que le parece un espectáculo vomitivo, pero, a la vez, saca el móvil del bolsillo y se pone a hacernos fotos para inmortalizar el momento.

Alan me aprieta entre sus brazos y cuando su olor, hoy a menta y a pino, como si fuera un elemento más de este entorno, llega a mi cerebro, derrite todo lo que me queda del ombligo hacia los pies.

—No cantes, Little, o me lo tomaré todo al pie de la letra —me susurra detrás del lóbulo de la oreja, y yo me río, porque la traducción sería algo así como «soy una mujer enamorada y haría cualquier cosa para tenerte en mi mundo y abrazarte». Tarareo el estribillo para mis adentros, porque por nada en el mundo confesaría que las palabras de la Streisand me definen en este instante.

Posa sus manos en el final de mi espalda y mi vientre se encaja en el hueco de sus caderas. Con este vestido de tela tan fina que llevo puesto, noto cada músculo de su cuerpo. Mis manos, nerviosas, se posan en sus hombros y me dejo llevar por sus pies, como si levitara.

—Detendría el reloj en este presente, para siempre. —Roza mis labios. Su aliento me hace cosquillas y está a punto de besarme. Su voz rasgada me enciende y ese tono tan bajo e intencionado me asusta.

—Alan, por favor... —suplico, pero os juro que no tengo ni puñetera idea de qué.

—No quieres escucharme, pero no desapareceré —insiste.

—No quiero escucharte, pero tampoco quiero que desaparezcas —replico.

—¡Mirad, mirad! ¡Se ven las estrellas! —grita Lara para sacarnos a todos del trance en el que nos habíamos sumido.

Sentados en la escalera, miramos al cielo en busca de esa lluvia luminosa entre las copas de los árboles. Los signos de exclamación se suceden de una boca a otra. Las vemos caer, a veces rápido, a veces a cámara lenta, o es lo que nos parece. Mis padres están sentados en el último escalón y tienen entre sus piernas a su nieta, que no es capaz de cerrar la boca, embelesada. Yo estoy en el siguiente peldaño y Alan se ha colocado con la espalda pegada a mis rodillas. Necesito tocarlo, no me preguntes por qué, pero no puedo evitar que mis dedos se enreden en su pelo, suave y rebelde, un poco como él. Oigo su respiración algo más fuerte por mi contacto, y justo antes de que una nube enorme nos prive del espectáculo, me inclino y le susurro al oído:

—Quédate a dormir.

62
Háblame de futuro

ALAN

—Quédate a dormir —me susurra y un hormigueo me atraviesa la columna vertebral.

Su frase me ha sonado como el estribillo de una canción cojonuda, de esos que te llevan a cantar todavía más alto. Llevo esperando tantos días a que me dé una oportunidad para acercarme, solo una, que el hecho de que de repente me haya pedido, bueno, me haya ordenado, porque ha sonado más a orden que a otra cosa, que me quede con ella, ha sido como un chute de adrenalina para mi mente y para mi cuerpo.

No hace falta que te diga que sus dedos, enredados en mis rizos, me la han puesto muy dura. Y es una putada, porque estamos sentados con toda su familia en menos de dos metros cuadrados, así es complicado disimular.

—¡Oh! Ya no se ven. ¡Qué pena! —se lamenta Lara—. ¡Ha sido alucinante!

—Sí que lo ha sido —afirma Manuel.

—El final perfecto para una noche perfecta —añade Lucía.

Nos levantamos y lo primero que hago es recolocarme el pantalón; después, veo cómo Ele y su madre se miran con complicidad. No hace falta que exista comunicación verbal, porque esa mirada lo ha dicho todo.

—Nosotros tres nos vamos ya —anuncia Lucía sin titubear.

—Sí, que tengo el cargador en casa y se me ha apagado el móvil hace un rato. Tengo que ponerlo a cargar, ya —responde su nieta, distraída.

Sonará egoísta, pero ahora mismo me alegro mucho de la dependencia de los adolescentes a la tecnología. No sé si se ha parado a pensar en que nosotros dormiremos juntos o simplemente

se está haciendo la despistada, pero me encanta que no se le haya pasado por la cabeza quedarse aquí.

Lara se acerca a nosotros, con toda la naturalidad del mundo, nos da un beso en la mejilla a cada uno, baja las escaleras y se agarra del brazo de su abuelo, que nos dice adiós con la mano.

—Hasta mañana —se despiden los tres.

Ele y yo nos quedamos apoyados en la barandilla hasta que vemos desaparecer las tres cabezas por el camino. Cuando les perdemos el rastro, nos volvemos a la vez y descubrimos en la mirada del otro las malditas ganas.

Soy el primero en acercarme, porque si sigo sin tocarla un solo segundo más, me voy a morir. No quiero dramatizar, pero es que es lo que siento.

Mis manos se posan en su trasero, sin preámbulos, y la atraigo hacia mi cuerpo para alcanzar su boca. Entreabre los labios y mi lengua, sin pedir permiso, entra como un elefante en una cacharrería, llevándose todo por delante, dientes, labios... Hasta que se encuentra con la suya, que la recibe imponiendo un poco de pausa al baile. El beso deja de ser demandante para volverse tranquilo. Sabe tan bien...

—Joder, Little. Te he echado tanto de menos que probablemente sea primero salvaje y después suave. Te aviso porque no creo que me pueda controlar.

—No lo hagas —responde ella, y mi contención se volatiliza del todo.

Meto las manos por debajo de su vestido y toco la piel desnuda de sus nalgas. Su imagen, solo con un tanga, me acerca al borde del precipicio. Se enrosca en mis piernas y la primera parada la hacemos contra la puerta, antes de cerrarla. Su boca se alimenta de mi cuello; me chupa, me muerde, me besa, con necesidad, y yo solo soy capaz de emitir gruñidos tipo animal, sin sentido ni sensibilidad.

Cierro la puerta con el pie y ella tira de mi camiseta para sacármela por la cabeza, sin bajarse de mi cuerpo; el mismo camino sigue su vestido. Nos desnudamos a trompicones mientras me acerco a la escalera. Subo con ella en brazos, haciendo malabares para no

darnos de bruces, y la poso de pie, delante de la cama, para acabar de descubrir su piel.

No hablamos, solo nos comemos con los ojos y con las manos. Me separo unos centímetros porque quiero verla. Quiero deleitarme en su imagen perfecta, para después olerla, lamerla y follarla. Lo quiero todo, sin límite y sin medida.

A mí solo me queda el pantalón y el bóxer, y a ella, el sujetador y el tanga. Con un pequeño gesto con la cabeza, asentimos, como si nos concediéramos permiso para descubrir nuestros cuerpos nosotros mismos. Ella se muerde el labio con los dientes y yo me cago en la puta, porque ver cómo se quita todo mientras me mira como si me fuera a comer, me obliga a pensar en cosas absurdas si no quiero correrme sin que me haya puesto un solo dedo encima. Soy un caso perdido, lo sé.

Se acerca con más decisión de la que nunca creí ver en sus ojos negros y me toca con parsimonia, como si quisiera memorizar cada centímetro de mi piel. No me gusta la sensación de nostalgia, pero me niego a pensar en ello ahora.

Mi mano se posa en el vértice de sus piernas y ella desciende la suya por mi estómago, provocándome escalofríos, hasta que llega a mi polla, que palpita entre sus dedos cuando la agarra. Nos acariciamos a un ritmo lento, deliberadamente lento.

—Ele, estás... Estás para entrar a vivir —siseo sin ninguna clase de filtro con mi sonrisa más canalla, esa que le gusta y la exaspera a partes iguales—. Lo digo porque estás empapada, preciosa y lista para recibirme —aclaro tontamente.

La risa brota de sus labios y todavía me gusta más, si eso es posible.

—¿Perdona? —pregunta con la ceja alzada—. Tu obsesión con las reformas me empieza a preocupar —se burla, y me empuja con suavidad para que me tumbe en el colchón.

Se coloca encima de mí y, su visión, a contraluz, completamente desnuda y excitada, me vuelve loco. Sus ojos bailan de mi boca a mi polla y viceversa, supongo que no sabe por dónde empezar. Y yo, como un jodido niñato, me bloqueo durante un segundo porque no

sé quién es esta Ele ni de dónde ha salido, pero ahora mismo le juraría amor eterno. Sí, has oído bien, eterno.

—Ele... —la llamo para que me mire a los ojos y sepa que le quiero dar mil millones de razones para que esta no sea la última vez.

—¿No te gusta tenerme encima? —Deja quietas las manos. En sus ojos veo las dudas y el miedo de nuevo, y por nada del mundo quiero que se sienta así conmigo.

—Joder, Ele —blasfemo, y cojo sus manos para volver a posarlas en mi estómago, de donde las había separado—. ¿Cómo no me va a gustar? Haz conmigo lo que quieras, Little, porque soy *todo tuyo*.

Su boca se curva hacia arriba y toma el control.

Me besa en los labios, en la barbilla, en el cuello. Su lengua recorre mi piel en sentido descendente. Mi pecho, mi abdomen, mis costillas, mi ingle, mi polla. La primera chupada me provoca un gemido que la paraliza. La segunda, un poco más suave, la motiva. Y en la tercera solo soy capaz de repetir su nombre. Su boca, dulce y tentadora, me recibe una y otra vez, nublándome la vista, el juicio y la razón. Mis dedos se enredan en su pelo hasta que la separo de mi miembro, o no llegaré a metérsela.

—Gírate y déjame probarte, Little.

Se lo piensa unos segundos. Sé que la postura es jodidamente expuesta para ella, pero cuando se da la vuelta y se agacha para volver a metérsela en la boca y deja su sexo a la altura de mi cara, sonrío por haberle infundido la confianza necesaria para hacerlo. Acto seguido, pierdo el puto raciocinio. Entierro mi boca en su interior y todo lo que sucede a partir de ese momento es una auténtica hecatombe sensorial. Jadeos, gemidos, suspiros y un orgasmo demoledor que me hace encoger los dedos de los pies, como si con ello fuera capaz de retener la brutal descarga eléctrica que me atraviesa el cuerpo. Bombeo hasta la última gota dentro de su boca y un momento después, me relamo con su esencia.

—¡Me cago en la puta, Ele! Ven aquí.

—Alan, esa boca... —me reprende, disimulando la satisfacción.

—Creo que ninguno de los dos puede quejarse de nuestras bocas ahora mismo —replico, orgulloso.

Me incorporo para abrazarla y pegarla a mi pecho, pero antes la beso, mezclando nuestros sabores. Le como la boca con tantas ganas que me quema.

Sudados, agitados y abrazados nos seguimos acariciando, porque está claro que aquí nadie se ha saciado por completo. Dedos furtivos, besos, susurros...

—No te voy a decir las dos palabras mágicas porque a veces su uso se desvirtúa.

—Alan, no necesito oírlas. Sé por experiencia que la mayoría de las veces vienen vacías de contenido.

—Pues entonces te diré que me importas. Me importas tanto que necesito que me hables de futuro. Háblame de futuro, Ele.

—Al, recuerda tu lema, por favor —suplica. Noto cómo se le corta la voz sin querer. Sé que lo que siento por ella es lo mismo que siente ella por mí, aunque prefiera no expresarlo—. Hoy y mañana, ahora tu filosofía de vida también es la mía.

—Lo que me explota en el pecho ha cambiado la perspectiva con la que quiero mirar esa vida. Te confieso que no he sabido nadar y guardar la ropa, y ahora, ahora quiero mojarme el resto de mis días. Contigo.

—Alan... —Está haciendo un esfuerzo enorme por no llorar, pero percibo la humedad en mi hombro cuando cae la primera lágrima. No nos miramos, pero nos sentimos hasta en la última fibra—. No puedo. Tengo que volver a Madrid con Lara y tú a Londres. Es demasiado complicado. Pero todavía nos queda verano.

Y ahí está el puto miedo, el de ella y el mío, sobre todo a perderla, ahora que pensé que la había recuperado.

Me muevo para ponerme encima de ella y enmarco su cara con mis manos. Mis labios se posan en los de ella y noto cómo tiembla.

—Ahora lo quiero suave —dice para mantener la burbuja de intimidad que nos envuelve.

—Me parece perfecto, Little. Voy a hacértelo suave, muy suave, pero quiero que no dejes de mirarme, ¿entendido? Porque quiero que leas en mis ojos que hay veranos que no tienen por qué acabarse.

Primero la beso, para que no haya lugar a réplica esta vez, y después la penetro, de una sola estocada, certera y profunda. Tan profunda que creo que le atravieso hasta el alma. Le hago el amor con todas las partes de mi cuerpo y con todas las consecuencias. Las buenas, las malas y las que se sitúan a medio camino de las anteriores.

Qué jodido es sentir ese puto cosquilleo en el corazón, ese que jamás creíste alcanzar, que pensabas que no era para ti. Ese que te saca de tu zona de confort y te hace cambiar la maldita perspectiva. Sigo siendo Alan, el loco, el alma libre, el soñador, el que solo quiere ser feliz y divertirse, con la única diferencia de que me gustaría hacerlo con ella.

Después de otro orgasmo, más largo y pausado que el anterior, nos dejamos caer exhaustos entre las sábanas blancas, que huelen a ella, a mí y a la bendita combinación de ambos, que es perfecta.

Los ojos se nos cierran en menos tiempo del esperado y, por primera vez en mi vida, me gustaría que mañana fuera hoy y repetir esta noche.

63
Mi diosa de la vida

La luz entra por el cristal y, antes de abrir los ojos para acomodar mi visión a la claridad, palpo el lado de su cama. Está caliente todavía, así que deduzco que se habrá levantado hace poco. Dormir con Alan me sigue resultando extraño, no por él, sino por mí, porque es como si siempre me despertara con la sensación de que la pasada noche fuera a ser la última.

Me incorporo en el colchón y me froto la cara con las manos. Las últimas noches con él están siendo las más somnolientas de mi vida. Hacemos tantas cosas durante el día que necesitaríamos más de las veinticuatro horas reales para poder descansar en condiciones. Escribir, pasear, bailar —ese tocadiscos sigue dando mucho juego—, bañarnos en el agua congelada de la cascada, reír y disfrutar..., sobre todo con Lara, que solo se separa de nosotros para bajarse a dormir a casa de sus abuelos.

Tenía miedo de que se aburriera como una ostra en el pueblo y quisiera irse a Madrid, pero parece que de momento se está divirtiendo, y yo me siento feliz.

Lo único que no hacemos Alan y yo es hablar de ese futuro que me sigue mencionando desde la noche de la reconciliación, como la ha bautizado él en homenaje a mis padres, y aunque protesta cuando lo ignoro, lo acepta.

—Mmm... Espero que ningún miembro de mi familia esté subiendo por el camino ahora, y mucho menos Ursu, que estará a punto de llegar —digo cuando me doy cuenta de que está asomado en el balcón como su madre le trajo al mundo. La visión de su espalda y de su trasero me pueden servir como desayuno.

Se gira y me regala la panorámica de su parte delantera. Menea la cadera para mi deleite visual y del otro también, y se descojona a la vez.

—Yo espero que tampoco me vean así. Sería un poco incómodo compartir luego el destornillador con tu padre.

Me echo a reír porque arrancar la vieja moto de mi padre es la última tarea que le queda pendiente. Ya le hemos dicho que no se preocupe por la falta de trabajo; seguro que Anaís, la vecina de mi madre, que no le quita el ojo de encima al escocés, aunque su Antonio está de muy buen ver, como siempre nos recalca la susodicha, tiene alguna chapuza en casa para encargarle.

Alan entra de nuevo, para no desafiar al destino, supongo, y se acerca a mí con paso decidido. Nos damos los buenos días entre besos y palabras guarras, que solo salen de su boca, obviamente.

Bajamos a la ducha, juntos, que no es muy grande, pero nos permite enjabonarnos el uno al otro y enredarnos un poco también. Cuando estamos a punto de romper el cristal de la mampara, decidimos abortar la misión y salir para vestirnos.

Antes de quitarnos las toallas que cubren nuestros cuerpos, oímos las voces de Úrsula y mi hija en la entrada.

—¡Ya estamos aquí! —vociferan las dos.

Abro la puerta y mi amiga se abalanza sobre mí para abrazarme.

—Pensé que al final nunca vendrías —la riño.

Hemos hablado por teléfono a diario, me ha escuchado reír, llorar y hasta cabrearme. He prestado atención a todos sus consejos y, a pesar de la distancia, la he sentido cerca, pero poder achucharla y tenerla aquí no es comparable.

—No creo que me hayas echado mucho en falta teniendo a ese rubiales para que te enjabone la espalda.

—Úrsula, por favor... —me quejo, porque viene con mi hija y temo que suelte más comentarios inadecuados, pero es que, el rubiales, como ella lo llama, se lo ha puesto demasiado fácil. Alan hace acto de presencia por la puerta con la toalla todavía anudada a la cintura y las gotas de agua deslizándose por ese abdomen esculpido con cincel.

—Mamá, por mí no os cortéis. Recuerda que mañana cumplo quince, así que deja de pensar que soy una niña.

—Asume que siempre serás mi niña —replico, y oigo su gruñido desde aquí.

—¡Suave, escocés! —se mofa Ursu cuando Alan se pega a mi espalda—. ¿A que tú también me has echado de menos? Ven, que te abrazo.

—Será mejor que me vaya a vestir. —Me doy la vuelta y entro en casa.

Úrsula y Alan se parten el culo cuando los dejo abrazados en la entrada, y aunque hablan bajito, escucho una sola frase de boca de mi amiga: «Tranquilo, tú déjamelo a mí».

Mis alarmas se encienden, pero las silencio en mi interior.

—¿Dónde está ese vino que me has reservado?

—¡Ursu, no son ni las doce de la mañana! —protesto desde la planta de arriba mientras me pongo la falda.

—Tres, dos, uno... Mira, mi reloj ya marca en punto. Antes de las doce no está bien visto, Larita —le explica a mi hija—, pero a partir del mediodía, la ingesta de alcohol ya está permitida, no lo olvides.

Alan se despide con un beso en la mejilla y se va porque lo está esperando mi padre. Han pedido una pieza nueva para la moto y cree que hoy serán capaces de terminar de arreglar «esa preciosidad».

—Me bajo contigo —le dice Lara.

—¿Ya te vas? —pregunto, sorprendida.

Pensé que se quedaría con nosotras.

—Sí, me va a llamar Evan y aquí no hay cobertura.

—Uy... Eso suena a primer amor —añade Ursu—. Esta noche me lo cuentas todo.

—Por supuesto, tita. Con toda clase de detalles —precisa ella, y se marcha dando saltos con Alan a su lado.

—¿Perdón? ¡Yo soy tu madre! —chillo, pero no sé si me oye.

—¡Por eso mismo se lo contaré a Ursu! —se desgañita para aclarármelo.

Alucinante, parece que todos los miembros de mi familia, incluido Alan, estuvieran esperando la llegada de mi amiga para usarla como catalizador ante mí. Seguro que mis padres ya han conspirado con ella también.

Respecto a lo de Lara, la verdad es que prefiero no preguntar. Sospecho que el hijo de Dafne y mi hija se traen algo entre manos, y

confío en que algún día lo comparta conmigo.

Al quedarnos solas, le enseño la cabaña a Úrsula. Ella solo la había visto en fotos. Me dice que le encanta para un retiro espiritual de dos días como máximo. Sin móvil, sin televisión, sin nada, solo para desconectar del estrés, pero que ella no podría prescindir del bullicio de la ciudad, como he hecho yo los últimos meses.

—Desde aquí es donde ves las estrellas, ¿no? —Hace un ligero movimiento de cabeza, señalando la cama y el cristal, y yo pongo los ojos en blanco como respuesta.

—Eres muy boba.

Al volver a pasar por la cocina, abre ella misma la botella de vino y coge dos copas. Salimos y nos sentamos en el porche, en un pequeño sofá que terminamos de tapizar Alan y yo ayer.

—Sírveme —me ordena—. Estoy oficialmente de vacaciones y necesito que el alcohol corra por mis venas para licuar el estrés. —Le lleno la copa y después hago lo mismo con la mía. Brindamos.

—Por nosotras.

—Por la amistad, el vino, el verano y los polvos con modelos —suelta ella, sin filtro. Sin embargo, ni me atraganto: ha sonado muy a ella, muy a mi diosa.

—¿Tienes alguno en la agenda que no conozca?

—Bueno, el que tengo... modelo, lo que se dice modelo, no es.

—Cuéntame más —reclamo, pero no suelta prenda.

Con la tercera copa saco unas aceitunas y una bolsa de patatas que estaba en el fondo del armario, porque a este paso no llegamos a casa a la hora de comer. Entonces empieza el interrogatorio, pero el de verdad, el que estoy esperando desde que nos hemos quedado solas.

—Veo a Alan muy integrado con tus padres y con Lara, ¿qué vas a hacer?

—¿A qué te refieres?

—No me respondas con otra pregunta. Ya sabes a lo que me refiero.

—Pues nada, Ursu, ¿qué quieres que haga? Pasar aquí el verano y volver a Madrid.

—En Madrid no se te ha perdido nada, excepto mi grata compañía. Tienes la libertad de escribir desde cualquier lugar del mundo, Nora. ¿Has hablado con Lara?

—No, Ursu. Ella tiene allí el colegio, sus compañeros, la familia.

—¿La familia? Tú, tus padres y yo somos su familia. Al gilipollas de su tío ni lo menciones de momento, porque no se merece volver a verla en un tiempo después de lo que te hizo. Y sus abuelos... En fin, que tampoco es que sean un gran ejemplo.

—Lo sé, pero...

—Ni pero ni nada, y Alan... ¿qué te ha dicho?

—Alan... Alan está desconocido. Me ha dicho que le hable de futuro. Él, precisamente él, ¿te lo puedes creer? Porque es que yo no le encuentro ningún sentido.

—Claro que me lo puedo creer, amiga. ¿Tú nunca escuchaste eso de torres más altas han caído? El rubiales está coladito por tus huesos, ya te lo dije cuando hablé con él por teléfono. Eres guapa, inteligente, sencilla y arrebatadoramente impresionante. Has pasado de ser su reto a ser su meta. Te adora, nena, y ya no le vale eso del hoy y el mañana, quiere más.

—Sírveme —ordeno yo ahora, porque sus palabras me acaban de atravesar el pecho. ¿Será verdad que quiere más?

—Ahora, dime: ¿qué quieres tú? Eso es lo único que importa, aparte de que te siga dejando esa sonrisa de satisfacción en la boca cada vez que te la meta, claro.

—Eres incorregible. —Me levanto porque tanto líquido me ha llenado la vejiga.

—¡Soy sincera! —grita cuando me alejo—. Y no huyas, que no me has contestado...

Ni lo hago ni lo haré, porque no se trata de lo que quiero hacer, que tampoco es que lo tenga muy claro, se trata de lo que sé que no puedo hacer.

Mi diosa de la vida otra vez metiendo el dedo en la herida, haciéndome pensar y revolviéndome por dentro. Al final, me voy a arrepentir de su llegada.

Menos perjudicadas de lo que esperaba —las patatas y las aceitunas han hecho buena base—, bajamos a comer a casa de mis

padres. Ponemos la mesa en el jardín y mi madre nos ceba a todos con comida como para un regimiento y más vino. Quedamos tan llenas que podríamos echar a rodar.

La tarde la pasamos tiradas en unas hamacas de tela que ha colocado mi padre entre dos árboles. Yo, viendo cómo trabaja Alan, con la mirada perdida en cada uno de sus movimientos, y mi amiga echándose una siesta de campeonato, con baba colgando incluida. Está tan graciosa que mi hija no se puede resistir y le hace unas cuantas fotos para chantajearla después.

Por fin oigo rugir el motor de la Bultaco por primera vez y veo cómo a mi padre se le saltan las lágrimas. Mi madre lo observa desde la entrada, con una sonrisa de oreja a oreja. El abrazo que se dan Alan y él casi me las salta a mí.

Como dos jovencitos viviendo su primer amor, mis padres se suben en la moto y se van a dar una vuelta por las callejas del pueblo.

—Lo has conseguido. —Choco el codo con el brazo de Alan, por la diferencia de alturas.

—Esa preciosidad no se me podía resistir —responde con guiño incluido, y se parte el culo él solo. Ha sonado más chulo que un ocho.

Cuando regresan, los vitoreamos. Es como si se hubieran quitado treinta años de encima en veinte minutos.

Alan es el siguiente que quiere probarla. Me señala el asiento con la mano, dando un par de golpecitos, para que me suba con él, pero niego con la cabeza.

—¡Venga, mamá! Si no vas tú, voy yo.

—No. Ni tú ni yo.

—No seas aguafiestas, yo ya fui con Alan en moto, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. —Tuerzo el gesto, porque no es algo que me haga especial ilusión rememorar.

Ya sé que los accidentes existen y que muchas veces es imposible prevenirlos, pero después de perder a Fer en uno de ellos, soy especialmente sensible con la seguridad en la carretera. Y las motos son mucho más peligrosas que los coches, bajo mi punto de vista.

—Yo voy contigo —dice Ursu, acercándose a Alan con decisión.

—Está bien —cedo—. Solo una vuelta, y ve despacio —ordeno. Me levanto de la hamaca y adelanto a mi amiga antes de que llegue a él.

—¿Hueles eso, rubiales? —pregunta mi amiga a Alan.

—¿El qué?

—Los celos de la morena.

Me echo a reír y ella me empuja el hombro antes de que me suba en la moto.

Alan va despacio y su conducción transmite seguridad. La vuelta es corta, pero detiene la moto a la salida del pueblo, antes de regresar, para decirme que, si le sigo apretando así, no podrá respirar y entonces sí que tendremos un accidente. No me había dado cuenta de que estaba haciendo tanta fuerza al abrazarlo. Me siento bien detrás de él, subida en este cacharro, pero no lo voy a confesar. Nunca.

Úrsula y Lara son las siguientes. Al final se ponen tan pesadas que las dejo disfrutar del minipaseo con él.

Cenamos todos juntos, brindamos y nos contamos pequeñas locuras de juventud, las mías sin demasiada importancia. Mis padres están exultantes, teniéndonos a todos aquí. Ursu y Lara se quedan a dormir con ellos, y Alan y yo nos subimos a la cabaña cuando ya ha anochecido.

—Estoy agotada —confieso cuando empieza la parte más empinada de la cuesta y mis cortas piernas no pueden seguir su ritmo.

—Sube —dice Alan, que ya me saca varios metros. Me subo a su espalda a caballito y empieza a andar de nuevo conmigo a cuestas.

—Estás loco, te voy a hacer daño.

—Si lo hago por mí, no por ti, Little. Necesito quemar calorías, porque con lo que me da de comer tu madre, creo que a partir de septiembre solo podré hacer anuncios de cara.

—Oh, pobre... ¿Y cómo mantendrás en las alturas ese ego tuyo si nadie babea por tu cuerpo?

—Tranquila, tú lo mantendrás en su sitio.

—¿Yo?

—Sí. Cuando te folle me gritarás: «Al, quiero más, más fuerte, más rápido, más todo». Me lo pondrás en órbita, fijo. El ego, digo, aunque la polla también, claro. Por algo soy el dios follador.

Me cago en mi diosa de la vida, en este engreído y en todo lo que se menea.

Me quedo sin palabras con su argumentación y con la boca abierta como una imbécil. El guantazo que le meto a continuación no lo hace tambalearse ni lo más mínimo.

64
Ella cierra el círculo

No me puedo creer que hoy mi hija cumpla quince años y, ya puestos, tampoco que hayan pasado tres desde la muerte de Fer.

A diferencia de los años anteriores, hoy Lara y yo no hemos estado juntas durante toda la mañana recordando a su padre, y no sé ella, pero yo no me he acordado hasta hace un rato de la maldita coincidencia.

Después de que se cayera el castillo de mentiras que fue mi vida, he dejado a Fer olvidado en un rincón mínimo de mi memoria, un lugar minúsculo y apartado, donde solo entro a veces, cuando miro a Lara a los ojos y veo que, al menos, me dio la única cosa de verdad entre tanta farsa: ELLA.

Mi niña está rara, pasa de la tristeza a la alegría en cuestión de segundos. No sé si será porque se hace mayor, porque las hormonas cada vez juegan un papel más importante en su interior, porque está como loca por que empiece su fiesta o porque las mariposas, esas que vienen asociadas con el primer amor, bailotean a su antojo dentro de su estómago, sin poder controlarlas, pero está claro que algo le pasa. Intuición de madre. La cosa es que, por más que le pregunto, no soy capaz de sonsacarle nada.

Úrsula y ella se traen algo entre manos, eso seguro. Al menos creo que mi amiga tiene más información que yo, porque Lara anda distraída y con el móvil en la mano todo el día, y la otra no hace más que disculparla diciéndome que no tengo de qué preocuparme.

Luego están Úrsula y Alan, a quienes pillo hablando más bajo de lo normal de vez en cuando y con miradas demasiado cómplices; creo que también me ocultan algo. O eso o es que yo estoy paranoica perdida, porque mi nivel de confianza en las personas no ha aumentado todavía y me imagino cosas donde no las hay.

Hace justo un año estábamos en la piscina de mis vecinos, hablando con tristeza de ese viaje que haríamos a Londres para

dejar a nuestras niñas. La de vueltas que da la vida, ¿verdad? Vueltas en círculos, pequeños o grandes, depende de las aventuras que quieras correr.

—Mira el tiempo del horno, que la empanada se va a quemar

—me ordena mi madre para devolverme a la realidad. Le he pedido que haga conmigo la receta favorita de Lara.

—Todavía faltan diez minutos —contesto al comprobar el temporizador.

—¿Cuándo os vais Lara y tú con Alan?

—Mamá, un poquito de introducción para las preguntas serias no estaría mal —me burlo. Está dando por hecho que Lara y yo nos marcharemos con él.

—Soy muy mayor para andarme por las ramas.

—Mamá... —siseo un poco frustrada, porque parece que nadie quiere ver la realidad—. Él tiene su vida en Londres y yo tengo que ir a Madrid con Lara, sus estudios, sus amigos... No existe la posibilidad de ser Alan, Lara y yo.

—¿Tú has hablado con Lara? —pregunta, categórica.

—No, está un poco rara. ¿Tú sabes algo que yo no sé?

—Yo sé muchas cosas, hija —afirma con determinación—. Yo sé que hay personas destinadas a estar juntas, porque lo que sienten la una por la otra salva cualquier diferencia, y que cuando se encuentran no deberían separarse.

—¡Qué bien huele!

Mi padre aparece e interrumpe nuestra conversación. Se acerca a dar un beso a mi madre en los labios y le toca un poco el trasero antes de sacar dos cervezas de mi nevera, una para él y otra para Alan. Yo me quedo perpleja, por todo.

Vaya con mi madre. ¿Estaba hablando de Alan y de mí, o de mi padre y de ella? Niego con la cabeza y decido callar.

—¡Norita, se te calienta el vino! —grita Ursu desde el porche.

—¿Dónde está Lara? —pregunto cuando no la veo con ellos.

—En la zona de cobertura —responde Alan.

Mi padre vuelve a entrar en busca de mi madre y nos quedamos solos Ursu, Alan y yo. Chocamos nuestras bebidas y decimos un «*Good luck!*» acordándonos de los amigos de Londres. Alan

aprovecha y nos cuenta que Andrea, Robert y él tienen un grupo de WhatsApp que se llama «Summer», donde cada uno manda las mejores fotos de este verano, en plan competición, a ver quién es el que más mola. A él ya lo han bautizado como el «hada del bosque».

—Yo te veo más como «el leñador» —replica mi amiga con gestos bastante obscenos. Prefiero no darle bola y cambiar de tema.

—¿Qué miras todo el día en el móvil? —le pregunto para meterme un poco con ella.

—Nada, tonterías.

Úrsula sigue mirando la pantalla con verdadera concentración. Está más enganchada que Lara. Y como me pica la curiosidad, mucho, paso a su lado y se lo quito de las manos.

—¿A ver qué es ese nada?

—¡Nora!

Me aparto acelerando el paso y miro la pantalla para morir de estupefacción.

—¡Dime que no te estás mandando fotos guarras con el concejal!

—Puede...

—Señorita Robledo...

—¡¿Qué pasa?! Sí, ya sé, no pegamos ni con cola, pero ¿tú has visto eso? ¡Es enorme!

—¿Qué es enorme? —pregunta Alan, que regresa con un par de troncos en las manos para encender un fuego. Sí, es agosto, pero se lo ha pedido Lara y no hay más que hablar.

—¡Una polla! —responde Úrsula.

—Coño, ¿estáis hablando de mi polla con tus padres en la cocina y yo a cien metros?

—No hablamos de la tuya —soltamos Ursu y yo al unísono, y os juro que a Alan se le cae el alma al suelo, literal.

Mi amiga y yo estallamos en carcajadas.

Antes de entrar para comprobar cómo va la empanada, me acerco a él.

—¿Qué tal está tu ego?

—Tocado, pero no hundido. Cuando esta noche veas los putos fuegos artificiales sin abrir los ojos, me explicas lo que es para ti «enorme».

Toso dos veces seguidas, porque mi padre está bajando por las escaleras en ese momento y solo espero que no lo haya oído, o me moriré.

Saco la empanada del horno y pongo queso y jamón en unos platos, mientras ellos colocan una mesa improvisada con dos tableros de madera y unos caballetes. Cuando salgo de nuevo, veo a Lara venir entre los árboles. Ahora distingo una sonrisa que ilumina su cara y decido acercarme a ella para estar un rato solas.

—¡Feliz cumpleaños, cariño! —Ya la he felicitado a primera hora de la mañana, pero aprovecho para estrujarla entre mis brazos de nuevo y comerla a besos—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, mamá.

—¿Y esa sonrisa?

—No sé de qué hablas... —finge.

—¿Te ha felicitado Ruth? —Quizás su relación con ella haya mejorado un poco al estar separadas.

—No —responde sin atisbo de preocupación—. Creo que está de viaje con sus padres fuera de España.

—Bueno, pero hay WhatsApp, ¿no?

—Pues no lo sé, pero tampoco me importa, mamá.

—Entonces estás así porque has hablado con Evan, supongo.

—Supones bien.

Úrsula viene a su rescate, le guiña un ojo y mi hija pone el pulgar hacia arriba. No entiendo nada y al final la que va a acabar enfadada voy a ser yo.

Cenamos contando anécdotas de otros cumpleaños o de sus momentos más bochornosos desde que era un bebé hasta hoy. Sus caídas en bicicleta, su primer partido de tenis, sus actuaciones en Navidad, cómo se queda dormida con los libros en la cabeza y hasta su manía de tocarse la oreja cuando ve películas de miedo.

Ella se limita a llamarnos de todo y a taparse la cara, muerta de la vergüenza.

Nos impide sacar el tocadiscos, porque es su fiesta y manda ella. Se niega a escuchar música «de cuando yo nací», palabras textuales. Nosotros bebemos y discutimos sobre las mejores décadas

musicales; ella ha abierto la caja de pandora sin pretenderlo y ahora nadie se pone de acuerdo.

—Voy a por la tarta —anuncio antes de que la cosa se ponga peor.

—Te acompaño para encender las velas —se ofrece Alan.

—Mientras no le enciendas otra cosa... —murmura mi amiga.

Como no es muy discreta que digamos, se ríen todos.

En la cocina, Alan se coloca detrás de mí y pega su paquete a mi culo, aduciendo la falta de espacio. Sus besos en mi cuello me encienden, justo lo que tenía que evitar.

—¿Has resuelto tus problemas con el tamaño? —pregunto, mordiéndome el labio para no reírme.

—No, estoy esperando a que resuelvas tú los tuyos con el futuro.

Zasca. Esa ha dolido. Punto para el escocés. Eso te pasa por ir de graciosita.

Me despego de él y espero con mala cara a que encienda las velas. La tarta es demasiado grande, así que al final se la coloco a él en los antebrazos y se encarga de llevarla a la mesa.

La posa delante de mi hija y le da un beso en la cabeza que me provoca un pinchazo en el vientre. Ha sido un gesto tan bonito que me he quedado embobada mirándolos.

Una imagen traicionera cruza mi mente. ÉL, ELLA y yo, juntos, formando un todo.

Cantamos el cumpleaños feliz a pleno pulmón y Lara sopla las velas cerrando los ojos, me imagino que pidiendo un deseo.

—¿Has pedido un deseo? —le pregunta mi padre cuando termina de apagar la última, que se ha resistido un poco.

—Por supuesto, abuelo.

—Pues los deseos se piden a la cara, no a las velas —sentencia Úrsula, cogiéndola de la mano.

Todos la miran a ella y después a mí. Ahora sí que estoy descolocada.

—Mamá... —Emplea un tono tan serio que me empiezo a asustar —. No te enfades, ¿vale?

—Si empiezas la frase así, no creo que augure nada bueno, Lara. ¿Qué pasa?

—Falsifiqué tu firma y solicité plaza en el instituto de Evan en Londres. Me ha confirmado antes que estoy admitida y que hay que estar allí en dos días para formalizar la matrícula.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

¿Mi hija ha hecho todo eso sin decirme ni una palabra?

—El deseo a la cara —insiste Úrsula.

—Mami, siento mucho no habértelo dicho, pero ya te habías vuelto a Madrid y me di cuenta de que no estabas atravesando un buen momento. A mí me ha encantado Londres y no me apetecía nada volver al colegio de Madrid.

—Lara...

—Lo sé, no debería haberlo hecho así, pero, aunque me castigues por haberte mentido, quiero que sepas que mi deseo es estudiar este nuevo curso allí. ¡Hala, ya lo he dicho!

Siento el peso de todas las miradas sobre mí, con sonrisillas incluidas. La más amplia es la de Alan, que no ha pronunciado ni una sola palabra, pero es como si estuviera diciéndome telepáticamente: «Vaya, a ver qué excusa me pones ahora».

—Mamá lo pensará, ¿verdad? —interviene mi padre, siempre conciliador, yo sigo muda.

—Lo pensaré —consigo articular por fin—. Y hoy te dejo disfrutar porque es tu cumpleaños, pero mañana, señorita, vamos a hablar tú y yo, largo y tendido.

—De puta madre, todo arreglado. ¡Que empiece la fiesta!

—¡Úrsula! —protestamos mi madre, mi padre y yo por su vocabulario.

—Perdón —contesta con la boca pequeña—. Pon música y sírveme más vino, Lara.

—Todos lo sabíais, ¿me equivoco?

Silbidos, risitas y miradas al cielo. Vaya banda. Me duele que mi hija no haya confiado en mí para contármelo, pero también me gusta que haya buscado apoyo en las personas que quiero. Vaya contradicción, ¿no?

—Tú y yo también vamos a hablar, largo y tendido.

—Dame una tregua, Al —le pido cuando me coge por la cintura para bailar.

—Uf, ese *Al* promete.

Mi hija, radiante y feliz, baila con mi padre, con mi madre, con Ursu y hasta con Alan. Se abrazan, se besan y se ríen. El rubiales y la rubia la meten dentro de un círculo que hacen con los brazos y, a pesar de que mi padre me está llevando en volandas al ritmo de la canción, oigo cómo le susurran «lo has conseguido», lo que la llena de orgullo.

Imagino que su estrategia consistía en soltarme la bomba en plena celebración, para salvaguardarse de una buena bronca, que llegará, mañana o pasado mañana, pero llegará.

Lara quiere estudiar en Londres y yo puedo escribir desde cualquier lugar, parece que todo propicia la ecuación, ¿no? ¿Habrá sitio para otra incógnita?

Suena *Lo quiero todo*, de Macaco y Alan me envuelve entre sus brazos. Me besa sin mediar palabra delante de todos y su mirada, azul transparente, me pide respuestas. La mía, negra y oscura, duda, como hace siempre.

—No cantes, Alan, o me lo tomaré al pie de la letra —digo, repitiendo la frase que pronunció él la «noche de la reconciliación». Con una sonrisa preciosa en la boca y sus labios muy cerca de los míos, empieza a cantar: que lo quiere todo conmigo, haciendo suyas, o quizás nuestras, todas y cada una de las palabras que suenan por el altavoz.

—Grábatela a fuego, Ele, porque te la voy a cantar en bucle. Hoy, mañana y el resto de los días del año, hasta que te hartes de mí.

Nuestras bocas se chocan sin control y nos fundimos en un beso interminable, ávido y con final dulce, porque cuando nos falta el aire y nos separamos un segundo, suspiramos los dos con ganas de más.

Alan envuelve mi cara en sus manos, me mira sin pestañear y pega su frente a la mía con determinación. Luego suelta el aire de los pulmones, por lo que imagino que las palabras que va a pronunciar a continuación son muy importantes.

—Little, escúchame. Sé que has vivido muchos años una vida que no te hacía feliz. Yo solo quiero que, a partir de hoy, vivas como te dé la puta gana, con la única condición de que me dejes vivir esa vida contigo.

Me quedo sin palabras, porque es la declaración de intenciones más intensa y cargada de propósitos que me han hecho nunca.

—Te dejo vivirla conmigo, Al —contesto con seguridad, porque a su lado los miedos cada vez se alejan más o, simplemente, porque, por primera vez en mi vida, me apetece coger carrerilla y saltar, sin preocuparme de lo que habrá abajo.

Al final, el loco va a resultar ser el más cuerdo de los dos.

Me abalanzo sobre él, sin medida. Bocas, piernas, manos... Nos enroscamos con todo y nos olvidamos de los aplausos de los testigos.

—Larita, haz la maleta, que te vas a Londres.

Sí, esas son las palabras de mi diosa, que siempre sabe poner el broche de oro a una buena fiesta.

65
Solo Ele

Dos meses después...

Voy a volver a llegar tarde y Becca al final me abrirá ese expediente con el que me amenaza desde que comenzó el curso.

Suena el timbre y todavía estoy metiendo la fruta en la bolsa del almuerzo de Lara. Esto de ser empleado, amo de casa y madre «en funciones» se me da de maravilla —ironía activada—.

El timbre vuelve a sonar y, como nadie abre, me acerco antes de que lo queme y abro sin mirar. Sé quién es, el mismo que todas las mañanas.

—¡Lara! Ya está aquí tu *bodyguard* —grito para que baje lo antes posible y se marchen al instituto.

—Que te den, papi —me suelta el moreno de ojos verdes que está en mi puerta.

—Alan, ¿mi jersey negro? —Lara se asoma por la escalera.

—No tengo ni puta idea —me sincero—, luego lo busco. Pero ponte otra cosa o no llegaréis.

Oigo sus protestas mientras sube de nuevo a su habitación. Evan y yo nos sostenemos la mirada unos segundos, con miedo a las consecuencias de la desaparición de dicha prenda.

—Esta tarde hago la colada —dice Lara cuando pasa a mi lado. Coge la bolsa y después me da un beso antes de salir.

Evan y yo soltamos el aire que conteníamos en nuestros pulmones y nos aguantamos las ganas de reírnos. Hemos sentido cierto alivio al comprobar su buen humor a estas horas.

—Hasta la tarde —me despido de ambos mientras miro el reloj.

Dos días después del cumpleaños de Lara, regresamos a Londres. Nos dio pena dejar la paz y la tranquilidad de las montañas, y un poco a los padres de Ele también. Pero yo tenía que volver a la escuela para preparar el nuevo curso y había llegado la hora de

retomar la rutina, una completamente distinta, desconocida y especial para mí, porque iba a ser con ellas.

Lara formalizó su matrícula en el instituto de Evan, que no está muy lejos de aquí, y Ele envió el manuscrito a su editora, dando el pistoletazo de salida a nuestra nueva vida.

Hasta aquí puede parecer que todo ha ido como la seda, ¿verdad?

Pues nada más lejos de la realidad.

Convencer a Ele para que vivieran conmigo me costó casi una semana de ruegos y preguntas. Pretendía alquilar un apartamento por el vecindario e irse a vivir con Lara. La excusa era que no querían agobiarme estando las dos aquí. Mi casa tiene más de doscientos metros cuadrados, así que me pareció una auténtica gilipollez. No entendía sus reticencias. Su amiga Úrsula y su hija me ayudaron con la presión; creo que los tres formamos un buen equipo cuando se trata de enfrentarnos a ella. Menos mal que conseguimos que se diera cuenta de que no tenía ningún sentido no compartir casa. Mi idea era estar los tres, juntos, con todas las consecuencias.

Lara tiene una habitación de adolescente moderna con todo lujo de detalles en lo que se suponía que iba a ser mi despacho; Ele, un par de cuerpos de armario, un zapatero y tres cajones grandes en mi vestidor, y yo sigo disponiendo de mi espacio, así que todos felices.

Hemos reacondicionado el salón del apartamento, dándole un aspecto más de oficina. Allí Ele tiene su propio rincón para sentarse a escribir y para sus libros. Y yo tengo un hueco más pequeño, con una mesa, dos cajoneras y mi ordenador.

Los primeros días de convivencia fueron un auténtico caos. Además de que soy un desastre a nivel organizativo, llevaba mucho tiempo viviendo solo, sin preocuparme de horarios, comidas y demás. Así que Ele se sentía completamente fuera de lugar. Parecía más una invitada en mi casa que mi compañera de vida. Menos mal que Lara, a pesar de ese cóctel hormonal que se agita sin previo aviso en su interior, se dio cuenta, viéndonos desde fuera, de que no parecíamos los mismos que dejaron el pueblo con la maleta cargada de sentimientos e intenciones. Tras una larga reunión familiar —uso esa palabra porque ellas son mi familia ahora, las he elegido, o quizá me hayan elegido ellas a mí, no estoy muy seguro—, pusimos nuestros

diferentes puntos de vista sobre la mesa. Y, después de mucho debatir, llegamos a la conclusión de que una pizarra con las tareas básicas del hogar presidiendo la cocina mejoraría nuestra convivencia.

¿Y qué pasa cuando Ele no está en casa? Pues que Lara y yo nos pasamos las tareas por el forro, y así nos va.

Ele está en Barcelona. Bueno, creo que acabará de llegar a Ibiza. Tenía una reunión con Gala, y como está entusiasmada con la publicación de su primera novela, se ha quedado más días para involucrarse en los detalles de la edición.

Sé que este será el primero de muchos viajes. Cuando el libro esté publicado vendrán las presentaciones en otras ciudades, las entrevistas... Y seguro que pronto tendrá nuevos proyectos a la vista. Asumo que no siempre podré acompañarla siempre, pero su cara de felicidad cada vez que da un pequeño paso me compensa su ausencia.

No se ha ido muy convencida dejándonos solos, la verdad. Por eso nos llama todas las noches, haciéndonos una especie de interrogatorio para ver qué tal nos ha ido el día. Lo que desconoce es que Lara y yo tenemos un pacto, da igual lo que nos haya pasado, leve o grave, siempre le diremos que todo ha ido perfecto. Conociéndola, cualquier cosa, por nimia que fuera, la traería en un avión de vuelta.

Ha aprovechado su viaje para hacer una escapada a Ibiza con Úrsula de relax, así es como su amiga le vendió el viaje, ahora que es temporada baja. No la ha visto desde que volvimos a Londres.

Salgo pitando, todavía atándome los cordones de las botas, y me subo en la moto. El tráfico no es demasiado lento, pero con lo que tardo en llegar, sé que hoy no me salva nadie de la bronca de la irlandesa.

—Llegas tarde, Jasmine —me reprocha Becca en cuanto me ve por el pasillo.

—*I know...* —respondo, mordiéndome la lengua al escuchar su coña. Como no tengo ni un minuto libre, ya lo explicaré.

El día, como me temía, se complica. Charlita de Becca poco amistosa al terminar las clases, alumnos más atontados de lo que

suele ser habitual, comida basura en la cafetería para volver a una reunión de última hora, aviso rápido a Lara para que cene sola porque llegaré tarde, excusa vía mensaje rechazando la invitación a esas cervezas que tengo pendientes con los chicos y que me convierte en el blanco de todas sus burlas, parada en el supermercado antes de volver a casa para pillar cuatro cosas que me entran de mala manera en la mochila y, por fin, hogar, dulce hogar.

Cuando paso —después de haber cenado otra mierda de sándwich de restos— por la habitación de Lara para decirle buenas noches, no puedo con mi alma, pero lo disimulo bastante bien.

—¿Estás estudiando?

Todavía tiene la luz de la mesita encendida.

—Estoy leyendo estos apuntes de historia. ¿Ya te vas a la cama?

—No, voy a subir un poco al estudio, que tengo que organizar algunas cosas.

—Por cierto, he hecho la colada. Mi jersey negro estaba con tus vaqueros. Te he dejado la ropa en el sillón del vestidor, que ya sé que prefieres colocarla tú.

—Cojonudo —respondo agradecido, y le doy un beso en la coronilla —. Hasta mañana, Larita.

—Hasta mañana, Alancito.

Subo hasta el último piso y me tumbo en el sofá. Tengo que preparar varias cosas para mi próxima exposición, pero necesito cinco minutos de tregua.

Mi móvil empieza a sonar y sonrío como un gilipollas cuando veo quién es.

—Hola, Ele.

—Hola, Al... —Cómo me pone cuando acorta mi nombre—. ¿Qué tal el día? —Ni de relax abandona su labor periodística.

—Todo perfecto. ¿Y tú?

—Muy bien. Tranquila y un poco tontorrona, será por estar al nivel del mar, porque solo he bebido una copa de vino en la cena.

Me descojono por su sinceridad.

—¿Dónde estáis? ¿Y Úrsula?

—Estamos en la terraza del bar del hotel y Úrsula está hablando por teléfono, menos tranquila que yo y mucho más perjudicada: el resto de la botella se la ha pimplado ella. ¿Y tú?

—Acabo de tumbarme en el sofá del estudio.

—Mmm... ¿Sabes? Me encanta tu estudio, en general, y ese sofá, en particular. Me trae muy buenos recuerdos. Me gustaría estar ahí, contigo.

Nuestras noches de follar en la alfombra del salón junto a la chimenea han sido sustituidas por noches de follar en mi estudio —sí, también lo hacemos en la cama, a veces—, buscando un poco de intimidad ahora que no estamos solos en casa. Me encanta tenerla desnuda por aquí, su cuerpo es mi mejor fuente de inspiración.

—¿Sí? Y... ¿qué harías si estuvieras aquí, conmigo? —la provoco.

¿Cuándo me ha parecido buena idea mantener una conversación guarra por teléfono con ella?

—Pues me pondría de rodillas mientras pintas, concentrado delante del caballete. Sin camiseta estás muy sexi, ¿sabes?

—Me hago una ligera idea, sí —digo, chulito, pero ella está tan concentrada en seguirme el juego que no me replica.

—Te desabrocharía los pantalones y te lamería toda la...

—¡Joder, Ele! —blasfemo antes de que termine la frase—. Dime que tu amiga no te ha echado ninguna droga en esa única copa. Pásamela, por favor.

—Noop, nada de drogas —afirma con entusiasmo—, pero no te la puedo pasar, cada vez se aleja más. Como siga así, termina en el agua.

—Está bien, Little. Entonces no la pierdas de vista.

—Entendido. ¿Te he dicho ya que te echo de menos y que quiero estar ahí...?

—Sí, pero me gusta oírlo otra vez. —Me río porque es verdad que está bastante tontorrona.

—¿Ha estudiado Lara? —Alucino por el cambio de tema. Esa cabeza suya siempre controlándolo todo.

—Sí, la he dejado todavía leyendo algo de historia.

—Perfecto. Oye, Al, quería decirte que lo siento mucho... —se disculpa con la voz casi en un susurro. Sus palabras me descolocan.

Coño, va a ser verdad que hoy está muy sensible.

—¿Qué sientes, Ele? Me estás empezando a preocupar.

—Siento que tengas que hacerte cargo de Lara por mi viaje. Tú no querías tener hijos, siempre me lo has dicho, y ahora voy yo y te empaqueto a una adolescente que es como una olla a presión. Soy lo peor.

—Oye, para el carro, que la realidad no es esa. Lara es tu hija, es tu responsabilidad. Yo solo cuido de ella. Es más, es como si fuera... mi hermana pequeña. —En cuanto pronuncio las últimas tres palabras, me doy cuenta de que ha sonado fatal.

—¡Eso ha sonado horrible! Entonces es como si te estuvieras tirando a su madre, que en ese caso también es la tuya, o sea yo. ¡Qué asco!

—Vale, vale... Tienes razón. Olvídate del parentesco. La cuido porque es tu hija, parte de ti, y las dos sois ahora mi familia. Me la sudan los lazos de sangre, ya lo sabes. Y que te quede claro: me encanta teneros a las dos en mi vida. ¿Así suena mejor?

—Así suena mucho mejor.

—Confía en mí y no dudes nunca de mis palabras. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Y voy a confesarte una cosa: yo también te echo de menos —me sincero—. Fíjate hasta qué punto, que me ducho con tu gel de jazmín.

«Jasmine», me llama la cabrona de Becca cuando llego por la mañana a trabajar.

La risa brota de sus labios y espero que con ella se disipen las dudas.

—Me gusta que huelas a mí —confiesa. Oigo a su amiga por detrás —. Me llama Ursu. Creo que será mejor que la suba a la cama. Buenas noches, Al.

—Buenas noches, Ele, y no te olvides nunca de cuánto me importas. Hoy, mañana y el resto de los días.

—No lo haré. Y tú no te olvides de que tus besos, tus brazos, tu pecho y tu olor son mi CASA.

Cuelgo y me quedo unos segundos pensando en ella. Bueno, quien dice unos segundos, dice una vida entera.

Ele: tímida, reflexiva y desconfiada.

Little: preciosa, inteligente y natural, jodidamente natural. No hace falta que confiese que estoy loco por ella.

La morena de ojos negros que redujo tanto el espacio dentro de su corazón para no volver a amar y que, ahora que he conseguido un huequecito en él, me ha hecho sentir el tío más privilegiado del mundo.

La madre, la hija, la amiga.

La española menuda, con carácter y fuerza interior —aunque no siempre se dé cuenta— que, sin proponérselo, me cambió la perspectiva por otra que da sentido a la vida más allá de mañana.

La periodista, incansable, ávida de información y de vida. Mi rival dialéctica preferida.

La luz que todo lo ilumina, a pesar de haber vivido en la oscuridad, o más bien en la sombra, la de otro, que nunca se la mereció.

Yo solo quiero verla brillar, de día y de noche, igual que brillaron las estrellas durante la lluvia aquella noche de verano. Esa en la que recordamos todo lo que sentíamos estando juntos, a base de piel, lengua y dedos.

Nora y su vértigo constante. Ele solo para mí.

Solo Ele.

Epílogo

Dos veranos después...

ALAN

¿Cuánto bebimos aquella noche para pensar que era una idea cojonuda organizar una boda en pleno verano en Cayo Guillermo? Mucho. Demasiado, quizás la mitad de la producción de una destilería normalita, porque, pensándolo ahora, desde los asfixiantes treinta y tres grados cargados de humedad, me parece la peor idea del mundo.

Me acuerdo del momento como si fuera ahora mismo. Todos juntos, en el patio de mi casa, inaugurando la nueva decoración con una gran fiesta: guirnaldas de luces, macetas con hortensias, una hamaca colgante y unos sillones de mimbre que compramos en un pequeño rastro a las afueras de Londres Ele y yo una tarde de sábado; comida, alcohol, más comida, más alcohol y exaltación de la amistad, por los cuatro costados; una velada rematada con la típica apuesta absurda, sí, de las que terminan con el manido «no hay huevos» y sellada con apretones de manos con escupitajo incluido. Lo normal entre tíos que se supone que son adultos, ¿verdad?

Pues eso, que parece que al final sí que hay huevos, oye, porque aquí estamos. En un resort de lujo, en esta pequeña isla ubicada en Cuba, a punto de celebrar la primera boda de un miembro de esta gran familia que hemos formado.

—¿Ya estás vestida? —pregunto, asomándome por la puerta del baño. Ele está terminando de peinarse. Bueno, de revolverse el pelo, más bien, porque con lo que se suda aquí es imposible mantenerlo seco.

—Casi, átame el vestido.

—Vaya, esta idea de ir todos de blanco me empieza a gustar. Estás muy guapa, Little, y encima no llevas sujetador —me relamo mentalmente—. Creo que solo voy a poder pensar en ese par de

tetas tuyas, perfectas y libres, debajo de la tela de tu precioso vestido —confieso aun a riesgo de que me atice.

Ella se limita a ladear la cabeza y disimular, bastante mal, por cierto, la sonrisa que se le ha dibujado en la cara. En el fondo, le encanta mi boca sucia.

Cruzo los tirantes del vestido al final de su espalda, muy al final, y me quedo a un palmo de tocarle el culo.

—Tú tampoco estás mal —afirma con tonito.

Tuerzo el gesto con indignación y me llevo la mano al corazón, simulando que ha herido mi ego.

—No te fíes del exterior. Debajo de este pantalón tengo una polla *enorme*, dispuesta a darte la mejor versión de mí.

Ahora pone los ojos en blanco y me aparta para salir, ignorándome.

—No tengo tiempo para comprobarlo, Al.

Su rechazo me deja con la boca abierta y la entrepierna desbocada. Ese «Al» que sale de sus labios, siempre en la más estricta intimidad, me pone loco y ella lo sabe, por eso lo ha dicho la cabrona.

Ele y yo llevamos dos años de dulce, divertida y caótica convivencia. Hemos sabido adaptar nuestra historia de amor del bueno, suave y salvaje, con la presencia y el cuidado de su hija. Por supuesto que echo de menos poder liarme con su madre en cualquier rincón de casa, pero me encanta la frescura y el cariño que nos aporta Lara cada día. Incluso la echo de menos cuando se va a pasar algunos días con su tío Jaime. Ele y él apenas tienen contacto, solo lo estrictamente necesario para tratar asuntos legales —está intentando deshacerse de todo lo que la vincule con ellos— y poco más, pero Lara siempre reserva días de sus vacaciones escolares para irse con él, y nos parece justo.

Esto no significa que haya cambiado de opinión con respecto a los niños, pero Lara llegó a mi vida siendo una adolescente bastante madura, con las ideas muy claras, y siempre nos hemos llevado de lujo. Por lo tanto, creo que estoy disfrutando más de las ventajas que de los inconvenientes de este rol.

Ele y yo hacemos malabares para poder abarcar todos nuestros proyectos profesionales y, a pesar de los aviones, las jornadas

interminables y la logística, lo que más nos gusta es volver a casa, encerrarnos en mi estudio con la música a niveles poco recomendables y susurrarnos, piel con piel, todo lo que nos hemos echado de menos.

—Lara, ¿ya estás? —pregunta su madre.

Nos alojamos en una junior suite enorme con dos habitaciones comunicadas. La prima de Dafne trabaja como relaciones públicas en el hotel, así que todo el grupo tiene trato preferente.

—Sí, me falta el rímel —responde, abriendo la puerta.

—El rímel está contraindicado en las bodas, ¿no lo sabías? —digo.

—No soy de lágrima fácil, Alancito —contesta, sacándome la lengua.

—Por cierto, ¿ya te ha visto Kevin Costner así vestida?

—¡No, idiota! Y deja de llamarlo así.

—No le hagas caso, cariño. Estás muy guapa —interviene su madre para apaciguar las aguas.

—Por eso lo digo, precisamente, porque está guapísima —afirmo—. En cuanto la vea el moreno no se va a separar de ella en todo el día, por su seguridad.

—Vamos, anda —dicen las dos a la vez, sin entrar al trapo.

Nada más cerrar la puerta, nos encontramos con Úrsula y Robert. El destino, caprichoso o puñetero, ha querido que estos dos compartan habitación. Un problema con las reservas y la alta ocupación en estas fechas han sido los detonantes. Han intentado cambiarla, pero no ha sido posible, de modo que, al final, han decidido que no les importa demasiado. Total, la cama es tan grande que no tendrán que rozarse, al menos que sea por voluntad propia, claro.

—Hola, parejita.

—Hola, simpáticos —responden al unísono, porque desde ayer son el blanco de todas las burlas.

Hay cosas que no cambian a pesar de los años, y estos dos son un claro ejemplo.

Úrsula sigue en su línea: prueba, cata, usa, disfruta y cambia. Su historia con el concejal duró más de lo previsto, pero solo podían tener encuentros de puertas para dentro, por ella más que por él,

así que el señor Villegas se cansó. Ella no descarta encontrar a alguien que la llene en todos los sentidos, pero tampoco le preocupa mientras pueda seguir buscando.

Mi amigo el irlandés es el eterno soñador del grupo. Busca el amor de manera poco racional en los tiempos que corren. Él quiere el lote completo: casa, mujer, niños, monovolumen y perro. Menos mal que, mientras lo encuentra, también prueba del otro, el que es más exprés. Caminamos por la arena y nos encontramos a la pelirroja y a una embarazadísima Margot a punto de enfilar la pasarela de madera que nos llevará hasta la pérgola donde se celebrará el enlace. Al final mi profesora de yoga y mi irlandesa favorita van a formar una familia. Volvieron de aquel viaje juntas con las ideas mucho más claras que cuando se marcharon y hace poco decidieron que querían ser mamás. Las admiro y las respeto muchísimo, así que estamos todos como locos, esperando al nuevo miembro de nuestra peculiar familia.

Nos besamos y nos abrazamos, emocionados. Después, avanzamos mientras saludamos al resto de invitados, que no son muchos.

—¿Has traído los anillos? —pregunto al joven padrino, que mira por encima de mi hombro. Lo único que le importa ahora mismo es acercarse a Lara, que viene con Ele detrás de mí.

—Claro —contesta, apartándome.

Sí, se casa Dafne, y Evan es su joven y apuesto padrino. Aunque será Andrea quien la acompañe hasta este altar tan peculiar en mitad de estas aguas cristalinas.

Miro a Ele y le dedico un guiño cargado de intención. Lara y Evan se están dando un beso en la boca que acapara todas las miradas, incluida la del pastor o lo que sea el señor este que espera a que lleguen los novios. Como todos veíamos venir, Lara y Evan son novios, si se sigue usando ese término, que no lo tengo muy claro. Y están locamente enamorados. Son pegajosos y perfectos. Todos somos conscientes de que es su primer amor y, si alguna vez termina, dolerá, dolerá mucho, pero, mientras tanto, nos gusta verlos así.

El novio viene del brazo de su hermana Mariella, a la que hacía un montón de años que no veía. Me sonríe y nos guiñamos un ojo,

cómplices. El chiquitín de la familia Bianco está muy guapo. Sonríe, besa a todos y se coloca al lado de Evan después de darle un fuerte abrazo.

—Estos dos sí que parecen hermanos —le digo a Ele en voz baja, y ahora sí que me gano un codazo en mitad del estómago.

Gio y Dafne, ¿quién nos lo iba a decir?

Dos años de amor, de fogones, de proyectos compartidos, con inauguración de un pequeño restaurante incluido, con tanta fama que —dicen las malas lenguas— hasta los príncipes de Inglaterra están en lista de espera.

Dafne siempre dijo no. No a la locura de formalizar lo suyo, no a plasmarlo en los papeles, aunque nunca pudo negar lo que sentía por él. Pero Gio cuenta con la perseverancia entre sus numerosas virtudes; por eso, en aquella fiesta con todos de testigos, por fin aceptó dar este paso. Sin embargo, lo que iba a ser una ceremonia íntima y relajada, en cualquier lugar de Londres, se ha convertido en un viaje a miles de kilómetros como consecuencia de aquella absurda apuesta que hicimos los chicos con él.

Andrea avanza orgulloso por la pasarela con Dafne del brazo hasta Gio, que se emociona sin poder evitarlo. La cubana está increíble. Lleva una flor blanca en el pelo y un vestido ceñido del mismo color, en contraste con su piel, pero lo mejor que lleva puesto es su sonrisa, amplia y sincera.

Me hace gracia ver a mi amigo tan feliz en la boda de su hermano pequeño. Todavía recuerdo cuando confesó en aquel desayuno que sabía lo que estos se traían entre manos y lo enfadado que estaba porque se lo habían ocultado.

El Espagueti se ha convertido en un reputado fotógrafo de moda y todos quieren trabajar con él. Así que está más tiempo viajando por el mundo que en Londres. A él le encanta su trabajo casi tanto como vivir de acá para allá, sin ataduras. Sin embargo, en su último viaje a Italia coincidió con un amor de juventud y, aunque lo niegue continuamente, sé que ella es distinta, si no, no estaría sentada en primera fila, junto a nosotros. Junto a la familia.

Dafne y Gio se dan un casto beso en los labios y todos carraspeamos para que se relajen y comience la ceremonia.

Ele me da la mano y Lara apoya su cabeza en mi hombro, suspirando por el padrino. Lloran con los votos, y mira que las avisé. Cocinar el amor a fuego lento o evitar que las ganas caduquen son las metáforas culinarias que se dedican los novios, y a punto estamos todos de convertirnos en caramelo.

Azúcar, como diría Celia Cruz.

El sí quiero y el beso, ahora largo y caliente, muy caliente, junto con los aplausos de todos los presentes, ponen el punto final al enlace.

Saludos, fotos y risas.

En la playa bebemos, comemos, bailamos y bebemos, que eso siempre se nos da genial cuando queremos celebrar la vida.

—La siguiente, la tuya, ¿no? —pregunto a Andrea, que no para de mirar cómo su acompañante habla con su hermana.

—Estás loco, escocés.

—Nunca digas de esta agua no beberé.

—Ya, eso es lo que te pasó a ti con lo de los hijos, ¿recuerdas? Pues menos mal que te vino crecidita.

—Capullo.

Las chicas bailan en círculo con los novios en el centro. Andrea, Robert y yo nos acercamos para unirnos a ellos.

—Gracias por acompañarnos hoy —nos agradece una Dafne emocionada—. Sabéis que amo Cuba, pero el gris de Londres es menos triste con vosotros a mi lado.

—Oh... Tú también das color y sabor a nuestros días —añade Ele mientras se suelta de todos y la abraza.

—Oye, que el sabor también lo doy yo —protesta Gio, haciendo un mohín, lo que provoca que nos abracemos todos, como una piña.

—Es hora de dejar el alcohol o sellaremos otra apuesta de mierda —nos recuerda Robert, él siempre tan cabal.

—¡Ni de coña! —contestamos todos.

Suena *Everyday*, de Orishas, y bailamos todos con todos. Nos pasamos la botella de ron de boca en boca y rezamos para que se cumpla esa leyenda que dice que aquí no te emborrachas, porque el alcohol lo sudas.

NORA

Tengo en la mano la botella de ron que me acaba de pasar Ursu y le doy un trago mientras muevo el trasero pegada al paquete de Alan. Probablemente, si me viera por un agujero ahora mismo, ni yo me reconocería, pero en el fondo sigo siendo la misma, más relajada, más divertida y más feliz.

Suena una canción de Orishas, el mítico grupo cubano, perfecta para este momento, y bailamos todos en la orilla, descalzos y emocionados. Alan me canta en la nuca, haciendo suya la letra, y a punto estoy de flaquear, arrastrarlo a la habitación y desaparecer. Pero hoy no es nuestro día, es el de ellos.

Gio y Dafne, increíble, ¿verdad? Estos dos se han olvidado de la diferencia de edad, de idioma y de cultura, porque lo que los une es mucho más importante que lo que los separa, y se llama amor, con todas las letras. Sí, ya sé que esas palabras salieron de mi madre, y cuánta razón llevaban.

Ha sido una boda preciosa. Y eso que la idea de venir todos aquí salió de una noche en el patio con demasiadas copas, pero lo importante no es el sitio, que es impresionante, por cierto, por algo lo describió Hemingway como «un lugar de extraordinaria belleza virginal»; lo importante son las personas. Y ahora mismo, aquí, estamos las justas y necesarias. La familia que se elige, como siempre dice Alan, incluida mi Ursu, por supuesto, que consiguió una colaboración con una revista londinense hace algo más de un año y ahora la tenemos una semana al mes alojada en el apartamento.

Si te estás preguntando qué pasó con Camille, te diré que prácticamente dejó de formar parte de esta familia el mismo día que discutió con Alan. Nos enteramos de que, antes de dar a luz, se fue a vivir a París con su madre y nunca hemos vuelto a saber nada más de ella. Creo que nadie la ha echado en falta hoy.

El hermano mayor del novio ha traído a una nueva amiga, Antonella. Ya hay apuestas sobre cuánto tiempo pasará hasta que también forme parte del círculo. Soy la que más bajo ha apuntado, porque las miradas que el italiano le dedica son muy diferentes.

La noche transcurre con una magia especial. Buen rollo, besos y abrazos, con todos. Hoy es un día increíblemente propicio para dar lo que nos salga de dentro.

No tardará en amanecer.

Bailo entre Evan y Lara un rato, porque son como dos lapas, pero ni aun así consigo separarlos más de diez centímetros. Sí, se veía venir, lo sé.

—Norita, como siga viendo tantas muestras de amor voy a morirme de un ataque de glucosa —solloza mi amiga, colgándose de mi cuello y apartándome de mi hija.

—¡Vamos, Ursu! —La achucho—. Deja que los demás celebren la fiesta del amor.

—Y yo... ¿qué celebro? ¿La del polvo? Si no tengo ni una habitación para mí sola —se queja.

A todos nos ha hecho mucha gracia que comparta habitación con Robert, el más sensato de todos.

Alan se acerca por detrás y abraza a mi amiga, creo que nos ha oído hablar y quiere restregarle ese amor del que tanto huye.

—Rubia, ¿he oído polvo por aquí?

—Oye, rubiales, estoy hablando con mi amiga. Deja de meterte en nuestras conversaciones.

—¡Si yo solo vengo a darte un poco de amor! —la chincha, mientras la zarandea por los hombros.

—¡Quita, guapito de cara! El amor dáselo a esta y el polvo también, que lo llevas escrito en la cara, ¡salido!

Alan y yo nos echamos a reír cuando se marcha y nos deja solos.

—Tiene razón —aseguro cuando veo los ojos con los que me mira.

Ay, Alan... No sé qué te puedo contar de nosotros que no sepas ya.

Pues que el día que decidí volver a Londres y encima compartir mi vida y la de mi hija con él tuve mil millones de dudas, lo que me caracteriza, ya sabes, ese vértigo constante. Después de las primeras semanas de caos y desconcierto, todo se fue ajustando, como el engranaje de un reloj, a medida que pasaba el tiempo. Alan y yo fuimos encajando las piezas de lo que queríamos construir y hemos llegado hasta aquí. No te voy a decir que fue fácil, pero

tampoco complicado. Su filosofía de vida siempre ayuda a relativizar cualquier problema y, además, es contagiosa.

He crecido muchísimo a su lado, y no de altura, evidentemente. Disfruto de mi trabajo, de mi hija y de él, con la libertad y la seguridad que nunca tuve y con la necesidad de seguir acumulando ganas, infinitas, porque no quiero saciarme de nosotros, nunca.

La bendita segunda oportunidad que borró de un plumazo la primera, eso es él para mí.

El Alan que cambió de perspectiva para pensar más allá de mañana me tiene loca, de amor y de muchas otras cosas. Porque no hace falta que te diga que sigue siendo increíblemente guapo, provocador, con ese puntito arrogante que me pone tonta —no se te ocurra decírselo—, divertido, despreocupado, cariñoso, protector, feliz e irresistiblemente tentador, en todos los sentidos.

Él sigue exponiendo, siendo profesor en la escuela y haciendo de vez en cuando algún trabajo como modelo. Le encanta conservar esa parte de su vida y posar delante de la cámara, y qué quieres que te diga, a mí me encanta verlo ahí, con su pose estudiada y su sonrisa de anuncio.

Yo terminé mi primer libro, que tuvo muy buena acogida. Incluso estuve haciendo una minigira por algunas ciudades y en nada publicaré el segundo, así que, al parecer, el mundo de las letras me va a tener ocupada una temporada, y no podría estar más ilusionada y feliz.

La claridad se empieza a abrir paso para dejar atrás la noche y todos se van despidiendo.

Los novios, agotados y melosos, son los primeros. Becca se va detrás, porque Margot ya se ha retirado hace un buen rato. Antonella y Andrea, cogidos de la mano, nos dicen adiós en italiano. Mi hija y Evan son los siguientes; sé que van a dormir juntos, pero prefiero hacer como que no lo sé y dejar que vivan ese momento sin censuras.

—Si Whitney llora algún día por su culpa, le cortaré las pelotas —sisea Alan con su voz más ronca pegado a mi nuca. Su argumento y la recurrente alusión a la película *El guardaespaldas* me hacen reír.

Solo quedan Robert y Ursu.

—Soy patética, si hasta esos dos van a tener mambo —confiesa Ursu, señalando a los niños, que ya no lo son tanto.

—Deja de quejarte —dice Robert mientras la carga como un saco de patatas—, que yo también sé bailar.

—¡Hostias! —suelta Alan—. Yo ahí veo un polvo.

—Tú estás loco.

—Lo que yo te diga.

—Y aquí, ¿qué ves? —pregunto, contoneándome delante de su cara.

—Aquí veo un polvazo, el que voy a echarte ahora mismo.

—Cuánta seguridad desprendes, ¿no?

—Toda.

Y antes de que pueda seguir replicando, se lanza sobre mi boca. Alan me besa y me invade con todo: labios, dientes, lengua, manos, dedos, piel, sin dejarse nada.

Tiro de él para tomar el camino que nos lleva hasta la habitación, pero él tiene otros planes. Niega con la cabeza y me muestra su sonrisa más descarada. Me saca el vestido por la cabeza con ímpetu y me deja con el tanga espantoso de color carne que llevo puesto; es lo malo de ir de blanco. No pienso demasiado, no sé si por el ron, por la humedad o porque mi mente ya vuela. Le quito la camisa y el pantalón con manos rápidas y, para mi sorpresa, nada más, porque no lleva ropa interior.

Sonrío mientras me muerdo el labio y él tira de mi tanga hasta que cae en la orilla junto al resto de prendas.

—Al, ¿en la playa?

—¿No me digas, Little, que nunca lo has hecho en la playa?

—Pues no.

—Para todo hay una primera vez. Ven. —Me coge del trasero y se mete en el mar, conmigo enroscada en su cuerpo—. Mejor en el agua, y así también será la mía.

Apenas lo escucho, porque la diferencia de temperatura me hace pegar un pequeño chillido que él silencia con su boca. Su beso, lento y profundo, me enciende lo suficiente para dejar de notar el frío.

—Calla o despertarás a los peces.

—Estás loco.

—Por ti.

Cubre muy poco, por lo que avanza conmigo unos cuantos metros, hasta que el agua nos llega por la cintura. Cada vez hay más luz y no tardaremos en dejar de estar solos en medio del océano, así que, con una mirada llena de propósitos, me penetra, sin contemplaciones.

—¡Dios! —Sentirlo dentro, en el agua, es una sensación doblemente placentera.

—Por fin.

Lleva la boca a mis pechos y se recrea, sin dejar de balancear su cadera como un puñetero bailarín. Echo la cabeza hacia atrás y me pierdo en sus caricias. Gruñe. Cada estocada que me brinda es más precisa que la anterior; no necesito tocarme, porque sus movimientos son tan profundos que estimulan mi centro, con determinación. Gime más alto, me llama y me pierdo en mi propio nombre. Entrelazo mis manos en su nuca y clavo mis dientes en su cuello, aferrándome todo lo que puedo a él, a su cuerpo, a mi ancla. Sus dedos juegan ahora en mi trasero mientras me sujeta; yo le dejo hacer, porque si algo he aprendido con él, es que puedo explorar las rutas del placer, sin límites.

Flotamos, en más de un sentido.

Todas las descargas se arremolinan en mi vientre y busco su boca, para absorber los jadeos que empezamos a emitir. Saboreo el salitre y las ganas.

Me pierdo en este mar. Me encuentro en las sensaciones.

—Más, dame más —ruego.

—Todo, te doy todo.

El sol, el cielo, el océano y la playa son los únicos testigos de la conexión extrasensorial que sentimos cuando un orgasmo bestial nos alcanza, nos traspasa y nos abandona.

—Al...

—Ele...

Juntamos nuestras frentes con los latidos aún alterados y decimos un «te tengo» al unísono, susurrado en nuestros labios. Nunca nos decimos «te quiero», porque preferimos utilizar un montón de

verbos que significan mucho más para nosotros y nos definen mejor: me importas, te cuido, te escucho, te veo, no te suelto.

En un movimiento rápido, sin salir de mi interior, nos sumerge a los dos, mitigando un poco el calor que nos abrasa.

Cuando sacamos de nuevo la cabeza, me mira alzando una ceja, provocador.

—Entonces, ¿polvo o polvazo? —pregunta con esa mirada suya de «aquí estamos mi enorme ego y yo».

—Polvazo, polvazo —afirmo—. Sin lugar a duda.

Fin

Nota de autora

Como ya sabéis la mayoría de vosotras, esta historia la publiqué en 2020 en plena pandemia mundial con editorial. Fue mi primera vez en librerías y aunque la experiencia no resultó tan satisfactoria como deseé, fue un momento muy especial para mí que siempre recordaré.

A principio de este año pude recuperar los derechos. Fue entonces cuando decidí reeditarla para que nadie se quede sin leerla y aquí tenéis el resultado.

Durante estos años he evolucionado mucho como escritora, pero, sinceramente, soy de las que creen que si sigo en este mundo literario es gracias a aquellas primeras novelas, con todo lo bueno y con todo lo malo que plasmé en ellas. Mi pluma es mi alma y mi esencia, y por nada en el mundo me gustaría perderla. Por ese motivo, no he alterado ninguna parte de la trama, solo he limpiado el texto para que la narración fluya mejor, así que, si ya habéis leído esta historia, no encontraréis nada nuevo.

En cambio, si la descubrís por primera vez, espero que la disfrutéis mucho, pero recordad que está escrita en 2019 y ya sabéis a la velocidad tan rápida que pasa la vida y, sobre todo, nuestra forma de verla.

Playlist

Todas mis novelas tiene su propia playlist.
Aquí os dejo la original:



Y, de premio, una más:

Como Úrsula aporta tanto a la historia, decidí, para esta nueva edición y contando con la inestimable ayuda de mis lectoras, darle vida a la banda sonora de la *playlist* Mi Remember que ella menciona.

Gracias, chicas por vuestra colaboración. Espero que os guste la selección.



Otras novelas de Edurne Cadelo






LA FELICIDAD
ESTABA AQUÍ
(a la distancia exacta)


Edurne Cadelo
Entre (a) mar y (a) mar.TE